



# EL Tiempo en el Espejo

Gonzalo Munita  
Cortés

Gonzalo Munita

# EL TIEMPO EN EL ESPEJO

© 2019, Gonzalo Munita

Todos los derechos reservados.  
Esta publicación no puede ser reproducida  
en todo o en parte, ni registrada o transmitida  
por cualquier medio o procedimiento  
sin la autorización previa y por escrito  
de los titulares del *copyright*

Esta es una obra de ficción. En ella se mencionan instituciones existentes, sin que coincidan,  
necesariamente, las descripciones realizadas con las reales.

#### AGRADECIMIENTOS

Para todos aquellos que me ayudaron en concretar este trabajo, particularmente para Alberto  
Mazucca por sus agudos comentarios, a Marcos Sánchez por su excelente revisión y a mi esposa, Carmen  
Gloria, por su infinita paciencia.

*A Mario Andreis y Ernesto Oberhauser,  
mis grandes maestros y amigos*

*Es innegable que el ocio ayuda a meditar. El hecho de estar casi inmóvil por culpa de haberme estropeado el maldito tendón de Aquiles ha sido una buena forma de comprobarlo. Y la meditación, lleva aparejada la necesidad de comunicar, de expresar. ¿Por qué? Realmente no lo sé. Quizás por el cuento de que somos animales sociales. Y al vivir en sociedad, se supone que debemos comunicarnos. Es una impronta que está en nuestro ADN y que, de alguna manera, me impele a escribir. Jamás lo había hecho y ahora siento que es el momento de empezar.*

*Pero, si nos vamos a comunicar a través de la escritura, deben existir al menos dos personas. El que escribe y el que lee. ¿A quién irá dirigida esta cháchara? ¿A mis hijos? ¿A lectores anónimos? No lo creo. Para ser honesto, escribo para mí. Para poner en orden mis pensamientos, sistematizarlos y ver entonces qué tipo de persona realmente soy.*

*Para empezar, lo haré en castellano y no en catalán. Es una forma de dejar en claro, por si alguien llegara a leer esto, que no creo en las monsergas nacionalistas que son pan de cada día aquí, en Barcelona. Y, además, usaré las formas verbales y los modismos sudamericanos. Treinta y dos años viviendo en Chile, desde mis doce hasta mis cuarenta y cuatro, dejaron una huella que no he querido borrar, pese a los esfuerzos de muchos de mis conocidos que tratan de que retorne al modo peninsular cuando hablo o escribo en español. Me resulta mucho más fácil decir “ustedes son unos huevones” que “vosotros sois unos gilipollas”.*

*En estas horas de reflexión, me he dado cuenta de muchas cosas que no me detenía a considerar debido a las obligaciones de mi actividad actoral, especialmente ahora, que los años me han ido empujando hacia los papeles llamados “de carácter”. Antes, mis roles de galán en el cine no me afectaban tanto en mi identidad, pero tampoco me satisfacían. Actualmente, me he volcado más al teatro que al cine, encarnando personajes ásperos, indóciles, a veces hasta violentos. Es lo que realmente me gusta hacer, pero*

*que demanda mucha más concentración, más compromiso con el personaje.*

*En mi ocio actual, me he observado a mi mismo como se observa a los actores en el estrado y he podido darme cuenta de esa despersonalización forzada a la que debía someterme día a día. Se me ha hecho evidente que mi vida se ha desarrollado casi por entero en el hábitat falso del escenario. Y que el oficio de adoptar la personalidad de otros, con la consecuente obligación de sumergirme en sus pellejos para darles una vida coherente, ha traído como resultado el olvidarme de mi propio yo, de mis esperanzas, miedos, envidias, placeres y todo el bagaje de pasiones grandes y pequeñas que nos llenan el alma. Pero un estúpido accidente basta, a veces, para poner las cosas en su lugar. Ahora soy sólo yo, conmigo, con mi propio pensamiento, con mis personales ideas que han comenzado a revolotear a mi alrededor como mosquitos irreverentes que no tienen pudor alguno en incomodarme.*

*No sé cuánto tiempo hacía que no pensaba en mi propia familia. No me refiero a Raquel, que continuó su vida asociándose a un personaje probablemente menos insoportable que yo, y que, por tanto, no es de mi preocupación inmediata. Pero mis hijos, sí debían serlo. Y, ¡oh milagro!, los he llamado y me he enterado de cosas de sus vidas que sabía muy tangencialmente o, simplemente, que ignoraba. Y he intercambiado momentos con ellos, no sólo por la vía remota del ciberespacio. Ambos me han visitado genuinamente alarmados por mi accidente.*

*Ricardo está muy bien en su profesión médica. Es un oftalmólogo respetado que tiene un muy buen pasar, con su taciturna esposa y sus dos hijos, mis únicos nietos. Hace dos años que no los había visto y, cuando entraron, me parecieron, por segundos, unos desconocidos. Sobre todo, los niños que han cambiado una barbaridad. Actualmente tienen doce y diez años y, debo admitirlo con vergüenza, el nombre del menor se me olvida y confunde frecuentemente. Lo llamé Néstor varias veces y me daba cuenta de mi error al reparar en el rictus arrugado de Flora, mi nuera. Es Héctor, ahora lo sé bien. De Ricardo, en cambio, su nombre nunca se me ha olvidado, aunque no creo que eso sea gran hazaña, considerando que es mi primer nieto y que tiene el mismo nombre de mi hijo.*

*—Padre —me dijo Ricardo con cara seria tras sus gruesas gafas, mientras estiraba mecánicamente las mangas de su traje y se reacomodaba la corbata (son gestos que repite una y otra vez)—, puede irse con nosotros mientras se recupera. Aquí está solo, con movilidad limitada. Tengo una*

*empleada de hogar que es peruana y cocina de maravillas.*

*—No, gracias, hijo —le rehusé con suavidad el ofrecimiento, con el apoyo tácito de Flora cuyo rostro había adquirido el mismo rictus que aparecía cuando yo llamaba Néstor a su hijo menor—. Tengo a Guillem, un empleado del teatro que viene a ayudarme en lo más básico.*

*—Bueno, si necesita algo, padre, no dude en llamarme.*

*Ricardo es una buena persona, sin duda. Es inteligente y exitoso. Pero no puede atraerme su estilo serio, tan falto de humor. No sé si algún día ha contado un chiste o dicho alguna grosería. Y su esposa, parece hecha a la medida para su carácter. Debe haber pronunciado unas diez palabras en toda su visita con su cara alargada y de mejillas hundidas, en donde sólo sus casi imperceptibles gestos me alertaban sobre las repercusiones de nuestra conversación en su biología. Curiosamente, por lo que me ha comentado Ricardo más de una vez, sé que habla varios idiomas, quizás cuatro, pero al parecer no los ha estudiado para usarlos. Buscándole algo positivo, creo que debe ser una ama de casa eficiente y severa pues se ha dedicado por entero a la crianza de sus hijos, mis nietos. Ellos, en cambio, son de una gran simpatía. Vivaces y desenvueltos. Me gustaría verlos más a menudo.*

*Antonia, mi hija menor, sigue estudiando bellas artes. Tiene condiciones prometedoras. Me envió por email algunas pinturas suyas que realmente considero notables. Cuando apareció por mi casa me impresionó su figura que casi había olvidado. Alta, delgada, con un cuerpo sensual, como el que tenía Raquel en su juventud, pero dueña de una personalidad mucho más vivaz y alegre. Vive con un biólogo especialista en neurociencias que me asegura es intelectualmente genial y que tiene un estilo de ser que calza con mi persona. Me prometió traerlo y presentármelo uno de estos días. Antonia tiene una actitud de apoyo increíble. Sin reprochar mi aparente falta de interés por su persona en el largo tiempo que tuvimos de escasa comunicación, se mostró muy preocupada por mi situación de inactividad.*

*—Papá —me dijo con ternura—, sería complicado para ti quedarte sentado sin hacer nada, sin ver a nadie. Eres una persona creativa. Te sugiero que dediques parte de tu tiempo en hacer clases de actuación.*

*—Gracias, Tonia, pero no estaré totalmente inactivo. Leeré, pensaré y quizás hasta escriba.*

*—Sí, papá, yo sé que harás todo eso. Pero no te sentaría bien quedar*



*aislado del mundo. La interacción con gente que empieza en las lides de la actuación te haría muy bien. Si ofreces jornadas de especialización, te aseguro que tendrías excelentes postulantes, por tu reconocido nombre. No te demandaría grandes esfuerzos puesto que no serían neófitos completos para educarlos desde sus inicios. Seguramente, se trataría de actores ya profesionales que están abriéndose paso y necesitan consolidarse. Tú tienes una notable experiencia y oficio. No estaría para nada mal que los ayudes.*

*Después de varios días de pensar en ello, llegué a la conclusión que es una buena idea. Incluso, cuando ya mi pierna funcione y retome la actuación, no estaría mal combinar el teatro activo con la docencia. Hasta sería lúdico crear un pequeño estudio. “Academia Rufino Castell” suena prometedor. Podría disponer de espacio suficiente si en la sala de estar de mi viejo caserón saco los muebles e instalo butacas, dejando disponible unos seis metros cuadrados en donde poner un tablado, de modo que los futuros estudiantes realicen sus simulaciones de actuación con comodidad.*

*(Lo que acabo de escribir me causa gracia. Actuar es simular. Simular una actuación equivale a decir que estarían simulando simular. Y yo, como profesor, estaría valorando quién simula mejor simular. Pero, si alguien simula que simula, pareciera que deja de simular. Es como una persona que simula que canta y, que, por lo tanto, en realidad no canta. Entonces el que simula que simula, no simula; y si no simula, entonces simula. ¡Aj!).*

*Creo que podría llegar a instalar unas ocho sillas. Una concurrencia acotada sería mucho más personalizable. No me mueve un interés económico (por fortuna), sino lo que sabiamente Antonia me insinuó. Es un trabajo que permitirá mantenerme activo, creativo, humano. Quizás, hasta rejuvenezca. Una concurrencia acotada me permitirá una mejor valoración, conociendo a todos los personajes, perdón, a todos mis alumnos. (Se me escapan las palabras de mi mundo profesional. La actuación tiene personajes. La vida común, personas*

*Entretanto, he ido cavilando sobre mi presente y futuro. Estoy bordeando los sesenta y cinco y es un momento importante para tirar líneas. Pero, por favor, no se piense que me dedicaré a escribir mis memorias o a juzgar mi pasado. Lo que mi vida fue, ya fue. No hay remedio. Y no crean tampoco que soy un amargado al referirme así de las cosas que he realizado. Lo que quiero decir es que, en verdad, cambiaría muy pocas acciones de mi historia. O, más bien, que no deseo meterme en ella. ¡Que mis éxitos y*

*fracasos permanezcan tranquilos en su inmutabilidad! Sin embargo, el presente y el futuro son, o debieran ser para mí, los objetos en los cuales ocupar mi pensamiento. O, al menos, eso era lo que pensaba realizar.*

*Cuando se produjo el accidente, estábamos montando la adaptación teatral de Smultronstället, la maravillosa película de Bergman conocida en España como Fresas Salvajes. Según el director de la obra, mi buen amigo Gerard, el personaje de Isak Borg me calza como anillo al dedo. Y que, al no poder montarse el drama hasta que mi tendón de Aquiles se decida a trabajar, me sugirió practicar lo que el personaje hace, es decir, cavilar sobre lo que somos, nuestros deseos, ambiciones, miedos y esperanzas.*

*—Querido Rufino —me dijo con su cerrado acento francés—. Ahora que estarás lejos de las tablas, practica tu personaje. Dedicarte a pensar. Plasma esas observaciones sobre la realidad que más de una vez me has insinuado. Allí hay brotes prometedores. Cultívalos y, quizás, puedas hasta escribir sobre ellos.*

*En este teatro de las cavilaciones, (otra vez el lenguaje actoral) me he dado cuenta de que hay inquietudes intelectuales sumergidas que han comenzado a aflorar, como si la calma que me rodea las haya soltado de ocultas ataduras. Y, ojo, no es que sean cosas sorprendidas sobre materias en las cuales nunca he pensado. Muy por el contrario. Desde niño me ha gustado pensar sobre la existencia, su arbitrariedad, su misterio. Fui muy religioso de niño, hasta que me dejé llevar por las dudas. He leído mucho sobre estos temas, pero siempre como un outsider que cavila un poco, pero no profundiza nada. (La palabra “diletante”, que es más gráfica que “outsider”, no sé por qué me suena ofensiva, por lo que no la usaré). Y ahora, sí podría darles a estos temas un poco más de mi tiempo.*

*Al respecto, he tenido momentos especiales que no sé cómo calificar. Hace unos días, mientras miraba el atardecer a través de mi ventana, me di cuenta de que lo que veía se me presentaba en la cabeza como un todo. Veía el Turó del Carmel con algunas nubes enrojecidas en las alturas, unos árboles que parecen inclinarse cuando el terreno cercano va tomando pendiente ascendente, y unos charcos de agua que testificaban la lluvia reciente. Todo muy bien, pero una cosa me llamó la atención. No es que reparara primero en el cerro, luego en las nubes, los árboles y el charco. Todo estaba allí, en simultáneo. Mi conciencia era capaz de absorber el paisaje completo al unísono. Y, como me resultaba imposible tenerlo todo en una mirada, sabía que estaba viendo partes, pero de un todo que estaba en*

*mi mente.*

*Muchos pensarán que el tema no tiene nada de novedoso. He leído sobre la Gestalt (no lo suficiente, es cierto) que reparó en la capacidad integradora de la mente que toma diversas partes de una figura para rearmarla y captarla como un todo, incluso inventando trocitos que no están pero que se hacen necesarios. Hasta allí nada muy especial. Pero no me es satisfactoria la explicación de que es la memoria la que ordena todo. He notado algo curioso que ocurre con la dimensión del tiempo.*

*Sin ser un especialista en el tema (les recuerdo que soy un diletante, perdón, un outsider), quisiera hacer notar, previamente, que entiendo que hay una clara diferencia entre memoria y recuerdo. Par mí, “memoria”, es un depósito cerrado, inconsciente. Es como la Biblioteca Pública por la noche, que guarda miles y miles de historias, personajes y emociones, pero que nadie está leyendo. Todas están allí, latentes, pegadas a las páginas de los volúmenes que las contienen. “Recuerdo”, en cambio, es hacer presente un objeto guardado en la memoria. Es un ente que recobra la vida cuando alguien lo “lee”, es decir, cuando reparamos en él. Y, en ese momento, la historia engolfada en el recuerdo se hace tan presente como lo es el estar percibiendo el paisaje que veía desde mi ventana. Lo recordado (lo pasado), pasa a ser presente. Ahora veo sólo la montaña, pero los charcos y los árboles los ve mi conciencia y los integra en un todo. El tiempo lo sostiene y el fenómeno de mi percepción abarca, al unísono, fragmentos de pasado y presente. No es un instante. Es como si mi conciencia hiciese que el tiempo se dilate.*

*Bueno, quizás todo esto no sean más que tonterías. Pero como me propuse seguir el aforismo griego inscrito en el pronaos del templo de Apolo en Delfos, “Conócete a ti mismo”, lo escribo tal cual lo he sentido.*

*Para Montserrat, efectivamente son tonterías. O, al menos, así me lo hizo sentir cuando le describí mis cavilaciones.*

*—¡La inactividad te está horadando el seso, amor! — se rio con su voz de mezzo—. Tienes un montón de otras cosas a las que podrías dedicarles tu tiempo. Por ejemplo, a poner en práctica el proyecto que tu hija te propuso. Tu Antonia es una muchacha muy inteligente, me encantó conocerla. Y la voy a ayudar a ayudarte.*

*(Noto que aquí no se crea el loop malévolos del simular que se simula).*

*—Pero, Montse, una cosa no impide la otra. Creo que es un proyecto*

*que deberé llevar a cabo. Pero el tiempo me sobra y puedo pensar, divagar, especular y darme el lujo de inventar locuras.*

*—Bueno, si tienes a tu disposición una buena cantidad de tiempo, como dices, podrías dedicarlo a estudiar nuestro conflicto nacional. Con tu personalidad serías un excelente líder separatista, si te lo propusieras.*

*—Me lo dices como si el tema no me importara. ¡Por supuesto que pienso en ello! Y sabes de sobra que no me convencen los separatismos. A la larga, siempre se sale perdiendo. Podemos conservar costumbres, identidad nacional, cultura, etc., nada lo impide. Pero el deseo de escindirnos de España sólo podría ser explicable por dos posibilidades: o nos creemos superiores (racialmente hablando) o pensamos que nuestra economía, al ser mayor que el promedio de las otras regiones de España, merece ser independiente.*

*—Rufo, no puedo creer que no tengas el sentimiento de nación, de unidad, de simpatía entre nosotros. ¡No eres chileno, eres catalán!*

*—Sí, por supuesto que tengo esos sentimientos. De la misma manera que simpatizo con el Barça. Pero no me creo racialmente superior. Y, en lo económico, los separatismos a la larga producen daño. Imagínate que todo el mundo actuara así. Que Buenos Aires se separe de Argentina por ser más rica. Y que luego, el barrio de La Recoleta se separe de Buenos Aires por la misma razón.*

*—¡No seas ridículo, Rufo!*

*—Puede ser que tengas razón en esa cualidad mía. Por eso prefiero pensar en especulaciones inocentes como el engrosamiento del tiempo, sin entrar en conflicto con nadie.*

*Discusiones como esa las tengo con Montserrat iterativamente. Es una magnífica mujer, bonita, amable y graciosa. La conocí cuando tuve que informarme, para una obra de teatro, de cómo piensa un economista. En esa oportunidad estudié su forma metódica de pensar, muy racionalista, pero sin la fantasía que rodea a los artistas. Ella es muy reconocida en su disciplina lo que le produjo un grave conflicto con su exmarido, también economista, pero machista y sin la brillantez de Montse, por lo que no causó sorpresa su temprano divorcio, afortunadamente sin hijos de por medio. Pese a su pensar algo rígido, y a las espinosas discusiones que tuvimos mientras la analizaba, nos enamoramos. Por supuesto, siendo esa la situación, no es extraño que tengamos divergencias y que discutamos a menudo. Amo a Montse, pero creo que la distancia mantiene vivo ese sentimiento. Por eso*

*no le he pedido que vivamos juntos, y ella, por su parte, tampoco parece estar dispuesta a solicitármelo.*

*Después de un buen tiempo considerando pros y contras, finalmente los argumentos de Tonia me convencieron y, decidí llevar a cabo el proyecto que me propuso. La próxima semana le cobraré su promesa de ayudarme. Me dijo que, cuando se lo pida, vendrá con un par de sus compañeros de universidad a mover los muebles para hacer espacio. Tengo una pequeña pieza para guardarlos. Y Montse me prometió que se encargaría de la construcción del tablado, aprovechando a los carpinteros de la fábrica de muebles que posee su familia. Y me prestará las ocho sillas junto a un sillón más confortable, para que yo pueda, desde allí, ver y valorar la performance de mis futuros alumnos.*

*Sí, es verdad. Tengo dos magníficas mujeres que me ayudan. Soy un tipo afortunado.*

La pequeña calle del barrio El Carmel, habitualmente tranquila, estaba esa tarde con un número mayor que lo habitual de bicicletas y automóviles aparcados al frente y a los alrededores de una vieja casa de dos plantas con un letrero en su entrada donde se leía “*Acadèmia de Teatre Rufino Castell*”.

Ingresando a la casa se llegaba a un vestíbulo en donde Montserrat y Antonia recibían a las personas y chequeaban sus nombres en las listas de inscripción, para después darles pasada a una sala que se fue repletando de jóvenes ruidosos que conversaban, se reían y se observaban mutuamente a medida que se iban conociendo. La excepción era un señor algo añoso, regordete y de baja estatura, que estaba sentado, solo, en una de las sillas de más atrás. Su aceptación como alumno regular había seguido un trámite especial. Dos días atrás, Montserrat, al observar que la figura del maduro estaba en las antípodas de los demás ya inscritos, había pensado que éste estaba equivocándose de lugar y llamó a Rufino para que aclarara el punto con el postulante.

—¿Desea inscribirse para el curso de actuación, señor...? — le había preguntado Rufino, con curiosidad, dejando en vilo la pregunta sobre su nombre.

—Martí Serra —había completado éste con voz tabáquica, sonriendo en forma inocente—. Así es, vengo a inscribirme en el curso.

—¿Y...cuál es su experiencia?

—¿Perdón, experiencia en qué?

—En actuación, por supuesto —el tono amable de Rufino había virado a una ligera impaciencia.

—Pues, ninguna.

—¿No es usted actor? ¿Desea dedicarse al teatro ahora?

—Para nada.

—¿Y entonces, por qué desea inscribirse?

—Pues, para aprender.

—¿Para qué quiere aprender a hacer algo que después no hará?

—En realidad sólo quiero saber qué se siente al actuar. Qué se siente ser otro. Es algo que me ha estado inquietando por años.

La insólita respuesta le había bastado a Rufino para aceptarlo. Y, al especial personaje, no le faltaba entusiasmo. Había sido el primero en llegar en el día inaugural.

Las ventanas del lugar en donde se reunían los alumnos habían sido cerradas con persianas de bloqueo, de modo que la sala estaba iluminada con focos adosados al cielo. Había una generalizada excitación en la concurrencia mientras esperaban la llegada del profesor, el que, a su vez, aguardaba en otra de las habitaciones para hacer su entrada una vez que le avisaran que ya se había completado la lista de asistencia.

Cuando finalmente los ocho alumnos inscritos habían ya llegado, apareció Montserrat quien, después de cerrar la puerta de calle, pidió silencio a la concurrencia, indicándoles que tuvieran la amabilidad de tomar asiento. En unos segundos y mientras se sentaban, el ruidoso ambiente se fue aquietando hasta lograr un casi completo silencio. Entonces Montserrat hizo el saludo oficial.

—Bienvenidos a la Academia Rufino Castell. Hablaremos en castellano pues más de alguno de vosotros sois de afueras. Debo deciros que os han aceptado como alumnos tomando en cuenta vuestros propios méritos. De hecho, muchos postulantes debieron ser rechazados por no llenar los requisitos que se solicitaban. Sois, pues, un grupo selecto.

Mientras hablaba, miraba a la concurrencia con una sostenida sonrisa, mostrando dos hoyuelos en la mejilla que le daba un aire de familiaridad.

—Y ahora, os dejo con el profesor Rufino Castell —dijo finalmente, para después retirarse a un rincón en donde estaba Antonia, de pie.

El tablado quedó vacío, salvo un sillón de respaldo alto que reposaba en la mitad y que estaba iluminado por un foco directo. El color rojo de la felpa lo hacía resaltar como si fuera un personaje en el escenario.

Después de unos segundos apareció Rufino con el caminar pausado que le permitía la bota ortopédica en su pierna derecha, lo que no le impidió encaramarse al tablado con alguna agilidad.

—Estimados amigos, es un placer estar con ustedes —saludó con voz potente y perfecta dicción, de cara a la concurrencia, mientras separaba algo las piernas hasta quedar estático—. En los próximos meses nos veremos semanalmente todos los lunes por la tarde. Eso les dejará tiempo para que

puedan hacer otras actividades como trabajar en el teatro a los que ya lo estén haciendo. Espero que en este tiempo pueda transmitirles lo que ha sido mi experiencia en la maravillosa vida de la actuación y las claves que les permitirán una mejor expresión en el escenario.

Aunque el personaje era de por sí bastante alto, el desnivel del escenario acentuaba su estatura y hacía que se viera casi imponente, con sólo un pequeño abultamiento de barriga concedido por los años. Su pelo negro, con algunas canas en las sienes, era brillante y algo ondulado. Los ojos grises acerados miraban a derecha e izquierda con pausas en las que fijaba la vista en una particular persona para después cambiarla a otra y así sucesivamente. En sus mejillas se veían dos surcos casi verticales uno a cada lado. Los jóvenes lo miraban con el interés de quienes ven por primera vez al héroe de sus vidas.

—Míralo, Sofía. El tío es más guapo de lo que se ve en las fotografías —le cuchicheó una joven de pelo cobrizo acaramelado a su vecina que sonrió a modo de aprobación.

—Estoy completamente de acuerdo. Apostaría que es vegano —dijo la chica aludida—. Se le nota en su impecable estado físico a sus años. Yo los descubro con sólo mirarlos una vez. Y habla con un tonillo y modo sudamericanos que le hacen gracia —agregó, pero calló de inmediato al recibir el latigazo de la mirada gélida del actor.

—Antes que nada, debemos presentarnos. Yo soy Rufino Castell, como bien saben todos, actor, oriundo de Barcelona. Tengan la bondad de presentarse uno por uno, de pie, con nombre, apellido, profesión y ciudad de origen.

Así lo fueron haciendo, mientras Rufino escribía los nombres en una hoja acartonada, ordenándolos en círculos de acuerdo con las ubicaciones de cada cual. Martí fue el último de la lista, dejando un eco de risas reprimidas ocasionadas por algunos movimientos algo estrafalarios que hizo para ponerse de pie y para después sentarse, evidenciando dificultades, no por discapacidad sino por sedentarismo.

Quedó establecido que el curso estaba compuesto por tres mujeres a las que se les sumaba una transgénero, que se declaró como tal, y cuatro varones. Todos eran jóvenes, salvo Martí que confesó sus sesenta y ocho años sin que nadie se lo preguntara. En cuanto a los orígenes, había dos madrileñas, un argentino y un croata. El resto eran catalanes.

Inmediatamente, se distinguieron sus características particulares:



Andrea Jiménez, la del pelo cobrizo, se destacaba por estar en perpetuo movimiento con risas y gestos que intercambiaba con sus vecinos. Tenía un rostro vivo y simpático, con facciones finas y pecas en las mejillas. Aunque delgada, tenía un cuerpo muy proporcionado. Usaba una blusa con escote rebajado de corte sensual y una mini audaz. Hablaba con acento madrileño, usando frecuentemente términos de allí como *kely*, *buga* y *guindilla*. Sofia Contreras, su vecina de al lado, era morena, bajita, de brazos delgados, pero de musculatura destacada, pelo azabache, y una nariz filuda, algo aguileña y crecida. Ostentaba un tatuaje en el hombro de una cabeza de perro pastor con un texto animalista difícil de leer, en su base. Facundo Contrucci, el muchacho sentado detrás de Andrea, era un joven de pelo castaño, rasgos itálicos y contextura delgada. Se evidenciaba que era argentino por el acento, mientras disparaba bromas a su vecina de adelante, que a su vez desparramaba a su alrededor. Al lado de éste se encontraba una mujer de bonito rostro alargado y gruesas pestañas. Su figura esbelta, tenía el ligero desfase de manos grandes que delataban su condición biológica. Con mucha naturalidad dijo llamarse Gala Solé y se definió como una mujer transgénero, con voz algo ronca pero femenina, mientras miraba, a lado y lado, con una sonrisa firme, ligeramente desafiante. Más atrás se encontraba dos jóvenes que se contrastaban entre sí. Uno de ellos, Pau Bellprat, era bajito con algo de sobrepeso, de rostro sonriente y alegre, mientras que su vecino era un gigantón delgado de piernas y brazos alargados, con rostro muy serio. Se llamaba Darko Kovacevic y hablaba con fuerte acento croata. Finalmente, en la última fila, había dos personas que completaban el conjunto. Joana Martínez, una joven rubia, que hablaba muy bajito, evidenciando una ligera timidez. Tenía la piel bronceada y rostro tranquilo, en donde resaltaban dos grandes ojos de un azulino claro. El resto de sus facciones seguía ese mismo patrón: boca grande, nariz algo respingona pero destacada. Su vecino de al lado, Martí, parecía dormir en su butaca. Se le veía ovillado en su asiento con su figura añosa que contrastaba con la juvenil de los demás.

Rufino se quedó mirando el cartón con los nombres y ubicaciones por algunos minutos, como si estuviese memorizando lo escrito.

—Ahora que todos nos hemos presentado, comenzaremos —dijo, mientras se acomodaba en el silloncito en medio del tablado. —Permítanme que les hable sentado, por mi problema aquiliano. Hablar en esta posición será un esfuerzo para mí, ya que estoy acostumbrado a dictar clases moviéndome. En la Universidad Autónoma se decía que tengo las neuronas

conectadas a las pantorrillas.

El tono distendido fue calmando a los que habían temido tener un profesor altisonante por la aparición algo teatral que había realizado. Había un claro interés en el rostro de los asistentes y también en los de Antonia y Montserrat que se veían algo nerviosas, cuchicheando apoyadas en la pared en un rincón posterior de la sala.

—Quiero contarles, antes que nada, lo que un buen amigo médico me dijo refiriéndose a sus primeras experiencias en la Escuela de Medicina. En la clase inaugural, un viejo y respetado profesor que les daba la bienvenida, como yo lo hago ahora con vosotros, les dijo lo siguiente: “Los de ustedes que estén impacientes por ver enfermos para aprender a tratarlos, tendrán que ahogar esa impaciencia por, a lo menos, tres años. Antes de que puedan examinar personas, tendrán que aprender lo fundamental para entenderlos: biología, anatomía, fisiología, fisiopatología, etc. Y a la vez, antes de aprender las materias que les he mencionado, y que son las que explican el cómo y el porqué de la ocurrencia de las enfermedades, es necesario que afiancen los conocimientos necesarios para que puedan también entenderlas. Para ello, deberán repasar y profundizar lo que han estudiado en el colegio sobre matemáticas, física y química. Y cuando ya todo eso esté hecho, entonces, y sólo entonces, podrán analizar y entender lo que a un enfermo realmente le sucede”.

Los muchachos se miraban entre sí, sin comprender a dónde los llevaba el discurso de Rufino.

—Pues bien, este buen amigo me confesó que, a pesar de haber quedado desilusionado con ese discurso inaugural, con el tiempo entendió su significado. No se puede aprender un oficio complejo sin dominar los hilos internos que lo mueven. Además, el estudio de esos fundamentos va modelando la forma de pensar del estudiante. En el caso de los médicos, ellos deben adquirir el modo científico y racionalista del pensamiento, que se resume en saber que cada enfermedad tiene una causa natural, no mágica, responsable de haberla producido, y que es posible de ser analizada y entendida para hacerle frente con eficacia.

En ese momento, Rufino hizo una pausa como buscando elocuencia. Miró hacia el suelo por algunos segundos y después continuó.

—Lo que yo quiero hacer con ustedes se parece un poco a eso. No serán tres años, pero sí algunas semanas. Si algunos han llegado pensando que el próximo lunes haremos un ensayo en donde estaremos mirando y evaluando

a sus compañeros mientras actúan, analizando lo que dicen y cómo lo dicen, sus actitudes, movimientos, gestos, entonaciones de voz, etc., están muy equivocados. Antes de actuar, deberán plantearse otra cosa fundamental. Qué somos.

Dicho esto, dio una mirada general de lado a lado, deteniéndose, como antes, en algunos rostros para después continuar de derecha a izquierda. Finalmente posó la vista en la chica de pelo caoba.

—Andrea, dime, por favor, qué eres.

Dijo el nombre de la muchacha con absoluta seguridad, sólo ayudado por su memoria.

—Perdón, profesor, no le entiendo. *¿Qué soy?* —preguntó la muchacha con cara de sorpresa, mientras se acomodaba el cabello.

—*Decile que sos un bomboncito acaramelado* —le susurró el joven de atrás, con su marcado acento argentino.

—Soy una estudiante recién egresada de la escuela de teatro Carro de Baco...

—Andrea, esa es la respuesta para quién eres —la interrumpió Rufino—. Te he preguntado *qué* eres.

La joven permaneció pasmada, en silencio. Rufino volvió la mirada al resto, sonriendo sin que nadie se animara a decir palabra.

—¿Podría alguien contestar esta simple pregunta?

Facundo se inclinó hacia adelante, con una mano escondiendo la boca.

—*¿Qué soy? Che, que soy un pelotudo por haberme inscrito en este curso* —susurró nuevamente, provocando risas en los que alcanzaron a escucharlo.

—*¿Qué has dicho, Facundo?* —le preguntó Rufino, que sólo escuchó el rumor de risas.

—Nada, profe. Sólo que estamos algo desorientados —respondió el joven—. Y al parecer vos también —agregó en susurro, con nuevos murmullos alrededor.

Rufino no escuchó el último comentario, pero le sonrió con ironía, a la vez que levantaba ambas cejas.

—La pregunta más simple suele ser a veces la más complicada, muchacho.

Siguió preguntando si alguien osaba responder a algo tan sencillo, y todos rehuían contestar. Poco a poco, la amable voz de Rufino fue mutando a una áspera exigencia. Y, de pronto, estalló en una fuerte increpación dirigida a

todos.

—¿No hay en este recinto ni un solo puto individuo que sea capaz de decir algo? ¿Sois, acaso, unos moluscos inertes e irracionales? ¿Habéis venido a este lugar sólo a hacer descansar el culo en mis asientos? ¡*Hostias*, no puedo creerlo! —agregó en un tono y modo en el que el acento sudamericano había desaparecido, resucitando el estilo de habla peninsular.

En ese momento se oyó una voz tabáquica al final de la sala.

—La respuesta es múltiple, y, por tanto, para nada exacta.

Todos se voltearon para ver al gordito añoso que parecía haberse animado de su letargo.

—A lo largo de la historia, nos hemos planteado esta pregunta miles de veces, lo que ha generado, también, miles de respuestas —dijo, mientras se reacomodaba en su asiento—. Mencionaré algunas de ellas. Para Platón, somos bípedos sin plumas. Para Aristóteles, animales políticos. Para los escolásticos, que razonan. Para Kant, que juzgan. Para Marx, que trabajan. En fin, para cada pensador un atributo principal. Podríamos ser, también, animales que crean, que ríen, que sienten, que socializan, que ironizan.

Rufino lo miraba, con deleite y asombro a la vez.

—¡Exacto! ¡Es exacto que la respuesta a esta pregunta milenaria no lo es! —su tono sudamericano de hablar había regresado—. Las mil definiciones testifican que somos entes complejos, imposibles de definir en pocas palabras. Las que ha mencionado Martí sólo indican alguno de nuestros atributos. Específicamente, aquella característica que más le ha llamado la atención al pensador que la ha formulado. Y como ven, a nuestros padres intelectuales no les faltaba el humor en medio de sus serias disquisiciones. Que Platón nos defina como bípedos implumes, es una forma irónica de decir que es imposible abarcarnos de una sola mirada.

No pudo resistir permanecer más tiempo sentado y se levantó con alguna ligera dificultad, para empezar a pasearse, rengueando, por el tablado.

—Quiero proponerles un breve juego. Que me digan ustedes, qué es lo que podría definirnos, usando el breve formato que empleó Martí. Y eso, al gusto de cada cual.

Mientras se paseaba, miraba a la concurrencia en forma desafiante, de la misma forma saltarina que le era peculiar.

Después de algunos segundos, algunos se animaron a lanzar definiciones.

—Somos animales que compiten —dijo alguien.

—Que se enamoran —dijo una voz femenina.

—Que traicionan —retrucó una masculina con remedo cómico de voz dramática.

—Que juegan *playstation* —dijo otro, en un exagerado tono bobalicón.

—Que dudan —acotó uno con acento croata.

Y así, poco a poco, todos terminaron participando del juego, algunos en serio, otros bromeando.

—Que filosofan.

—Que matematizan.

—Que escudriñan.

—Que son capaces de herir sin provocar necesariamente daños físicos —dijo de pronto Gala.

Su voz sonó muy seria, sincera y diferente al tono lúdico de los demás que habían hablado, lo que de inmediato produjo un silencio en la sala.

—Somos animales que se afeitan —soltó Facundo con evidente intención de alivianar el momento.

—No todos lo hacen —le retrucó Andrea, sonriéndole.

—Bueno, tampoco todos razonan o socializan o trabajan como los definieron esos antiguos sesudos. Seamos democráticos. Es lo que la mayoría hace.

—Pero estás excluyendo a las mujeres —rio Martí con su voz tabáquica.

—¡Por favor, eso de que no se afeitan sería hace años! ¡Ahora estamos en el siglo veintiuno, *che!* —exclamó Facundo mientras juntaba los dedos de la mano derecha moviéndola de arriba abajo.

—Somos animales que se asombran —dijo de pronto una voz femenina en tono apenas audible.

Rufino paró su andar y se volvió hacia el lugar de donde vino la voz.

—¿Dijiste algo Joana? ¿Lo puedes repetir por favor?

La joven aludida estaba sentada en la última fila, vecina a Martí.

—Que se asombran —repitió Joana con mayor volumen de voz.

Rufino la miró durante unos segundos, con cara seria. La muchacha pestañó repetidamente al recibir la mirada.

—Creo, Joana, que has aportado la mejor definición. Efectivamente, el ser humano es un animal que es capaz de asombrarse. Y ese asombro nos lleva a cuestionarnos, a dudar y también a maravillarnos. Incluso, nos hace jugar, y divertirnos. Y, todo eso, a su vez, nos obliga a plantearnos preguntas. Y nos identifica como entes diferentes a un computador. Como una vez Picasso lo dijo, con deliciosa ironía, “los ordenadores son máquinas inútiles, porque

sólo dan respuestas”. No son capaces de preguntar porque carecen de asombro.

Reinició el paseo mirando a la concurrencia con su modo peculiar, guardando algunos segundos de teatral silencio.

—Y, a propósito de asombro, muchos se estarán preguntando qué diantres tiene que ver esto con el teatro —sonrió mientras se detenía por unos instantes, mirando fijamente a Facundo, hasta que éste desvió la mirada e hizo movimientos de reacomodarse en su asiento. Rufino sonrió con la mitad de su boca para luego retomar el paseo mirando a diestra y siniestra a los concurrentes.

—Lo que quiero hacerles notar es que no somos entes planos. Si queremos ser exitosos en actuación, debemos tener presente que el personaje debe ser disecado en sus más íntimos detalles.

—Pero no siempre nos tocará representar a un rey Lear, profe. Seguro que nos iniciaremos con caracteres menos complejos —dijo Sofia, la vecina de Andrea.

—Hasta el más simplón de los personajes que deberán interpretar, es complejo, Sofia. Representar a un estúpido, con convicción, es difícil. Y no crean que, si alguno de ustedes es estúpido, entonces le sería fácil y natural hacerlo. Un estúpido, representando a otro estúpido, siempre es desastroso.

Se escucharon algunas risitas incómodas en la concurrencia.

—Seguro que un estúpido representando a un estúpido debe resultar en un boludo brillante —susurró nuevamente Facundo.

—Nosotros somos entes complejos, de mil caras —continuó Rufino—. Y así también son nuestras personalidades y creencias. Deberán representar todo tipo de sujetos con diversas características, virtudes, defectos, religiones, etc. Y cuando lo hagan, deberán adoptar, por algún tiempo, todos esos atributos si quieren lograr ser creíbles.

Se había hecho un silencio. La voz de Rufino había ido subiendo de volumen paulatinamente mientras caminaba de lado a lado, lo que parecía haber provocado un efecto hipnótico en la concurrencia que lo miraba concentradamente.

—Aquí no hay cabida para los intolerantes —continuó en igual tono—. Tales sujetos no lograrían jamás comprender a un tipo que no congenie con sus prejuicios y, por tanto, no lograrían ser convincentes en sus interpretaciones.

—Perdón, profesor —preguntó el muchacho bajo y algo obeso sentado en las filas centrales—, ¿qué pasa si uno representa al más repugnante

criminal? ¿Tendríamos que simpatizar con esa forma de ser?

—Para nada, Pau —contestó Rufino, con su habitual seguridad en el nombre del alumno, sin haber consultado el listado—. Simpatizar es aceptar una idea o sentimiento. En nuestro caso, la palabra adecuada es empatizar, es decir, entender el interior de esa persona. Hasta el más descarriado de los rufianes tiene un interior con su propia lógica. Uno puede entender ese interior, sin compartirlo, por supuesto. Y si lo entiendes, el arte es olvidar por un instante las antipatías y conducirte como lo haría el personaje. Si es deleznable, debes actuar como tal.

—Me encanta eso de explorar qué somos —dijo Gala—. Hasta hace un tiempo era una pregunta que yo pensé que sólo nos hacíamos las y los que compartan mi condición. Pero veo que todos debemos plantearnos esta pregunta.

—¿Y por qué crees tú, Gala, que sería tan importante plantearnos qué somos? Y no me refiero a la vida real, sino a la ficción del teatro.

—Creo que es clave saber qué somos en nuestra base, para encontrar algo común en todas las personalidades que deberemos representar —contestó Gala—. Y, desde ese punto común, partir para diferenciarnos.

—¡Yo *está* completamente de acuerdo! Yo *está* aburrido de gilipollas que sólo me identifican como extranjero —dijo Darko, el croata. Era un muchacho muy alto, con extremidades delgadas que sobresalían exageradamente desde su asiento, dándole al conjunto un aspecto ligeramente arácnido.

—O sea —se aventuró a decir Pau—, la idea sería el lograr desnudarnos de nuestras específicas características, que son accidentales, y quedarnos sólo con la base. Es como encontrar la melodía simple en una pieza musical llena de sonidos de otros instrumentos que la acompañan. En el jazz, por ejemplo, uno puede darse cuenta de que hay una melodía escondida, que...

—¡Exacto! —lo interrumpió Rufino—. De ese modo partimos de cero, sin olvidarnos de que somos humanos comunes, pero sin estar contaminados por las cualidades contingentes que nos moldean. Desnudarnos para quedar impolutos. Y desde ese momento construir nuestros personajes. Si no lo hacemos así, forzosamente iremos introduciendo girones de nuestras propias características y podríamos falsearlo.

—Es decir, sólo darnos cuenta de que existimos, y de ahí construir el ser. Eso suena muy existencialista —acotó Martí.

—“La existencia precede a la esencia”, sentenció Sartre, aunque nunca

me ha quedado claro el significado de esa frase —dijo Sofia.

—Creo que quiso decir que uno se fabrica a sí mismo —dijo Joana—. Primero, existo. Después construyo mi esencia.

—¿Y cuál sería la diferencia entre ser y existir? —preguntó Andrea mientras continuaba jugando a acomodarse el peinado—. Me suena como lo mismo.

—Bueno, no es tan claro este punto —dijo Martí—. Ha habido múltiples definiciones para diferenciar “ser” de “existir”. La más simple de ellas nos dice que existir es estar en la realidad. Desde ese punto de vista los planetas, el agua, los relojes y los humanos, existen. Comparten esa definición. Pero son entidades distintas. El ser, en cambio, las define de acuerdo con sus características particulares. Lo que Sartre opinó al respecto, es que, en el género humano, esas características particulares no vienen predeterminadas en el individuo. Cada persona las crea en un acto libre.

—No *está* de acuerdo —opinó Darko—. La biología nos define. No elegimos género, ni raza, ni época de vivir, ni aspecto *física*, ni nivel de inteligencia, ni *otro* cosas. Nacimos así.

—El género sí lo podemos elegir —dijo Gala—. Lo otro, lo podemos manejar.

—Yo creo que es algo diferente —dijo Sofia—. Comenzamos a existir cuando comenzamos a pensar. Pero, como somos arrogantes, estamos convencidos de que ese privilegio nos da el derecho de arrasar con las demás especies animales y con el planeta entero.

La audiencia, inicialmente tranquila y algo callada, se había ido transformando, paso a paso, en un conjunto de jóvenes animados, algo ruidosos. Se escuchaban discusiones, risas y gesticulaciones. El ambiente continuó así por un buen lapso, mientras Rufino se paseaba ordenando las discusiones y provocando a los participantes con preguntas de aparente sencillez pero que al momento se daban cuenta de que había enigmas ocultos en las posibles respuestas.

—Bueno muchachos, ha sido todo por hoy —anunció Rufino, después de más de una hora en esto—. Pero antes de que se vayan, quiero que nos reunamos unos minutos.

Se paró y se bajó del tablado, tomando una silla de un rincón lateral y la plantó delante del grupo, pidiendo a los demás que se movieran para formar un semicírculo parecido a los que se componen en las terapias de grupo.



Se produjo el consiguiente desorden en el que los muchachos movían las sillas formando la línea circular solicitada por Rufino, quien se mantuvo sentado, expectante.

—Me gustaría ahora que hagamos el ejercicio de conocernos mejor. Quiero saber qué los ha motivado a estar aquí y cuáles son vuestros gustos, motivaciones y ...temores, si es que existen. Siempre que hay intereses fuertes hay también dudas y zonas oscuras. Para que tengan tiempo de entrar en calor, comenzaré conmigo mismo —agregó sonriendo.

Bajó la cabeza y cayó por unos segundos, mientras permanecía sentado, como ordenando sus ideas.

—Sin que mi intención sea la de mostrarme como una celebridad, creo que todos conocen algo de mi trayectoria. Fui actor de cine muchos años atrás, cuando ustedes, quizás ni habían nacido. Fui famoso, es cierto, pero de algo que actualmente me avergüenza. Esas películas fueron un éxito de taquilla y, al mismo tiempo, un fracaso profesional, si lo tomamos en la perspectiva de lo que un actor podría desear. Me vi forzado a actuar en papeles bobalicones, tratando de complacer a directores que lo único que deseaban era ver dinero. No fui lo suficientemente honesto como para rechazar los ofrecimientos del mundo del cine comercial, hasta que, en la cúspide de mi supuestamente exitosa carrera, me di cuenta de que algo me estaba mortificando en un rincón del alma. No me fue fácil para nada aceptar que existía esa zona gris y negativa, acostumbrado como estaba a las lisonjas del triunfo, pero finalmente lo logré. Y, en ese instante, decidí de un golpe dejar el cine. Había un contrato relacionado a la filmación de una película de la serie *El Señor Misterio*, que era el estúpido nombre que se me daba. Se suponía que iba a ser la más importante de todas y ya hasta Hollywood había sacado sus tentáculos para participar de la fiesta. Tuve que asumir los costos de mi negativa que fueron duros y dolorosos. Les confieso que esta ha sido, para mí, la mejor de las decisiones que vez alguna haya tomado. Y, desde entonces, he incursionado en

el teatro, mi verdadera vocación.

Los asistentes escuchaban el relato en silencio. Casi ninguno conocía la antigua carrera cinematográfica de Rufino.

—Actualmente, me he visto forzado a alejarme temporalmente de las tablas, por un accidente. Y esta inmovilidad ha sido la verdadera razón por la cual he decidido retornar a la docencia, pero esta vez como profesor autónomo. Y ahora que los dados están echados, deseo, de corazón, no defraudarlos.

Fue evidente la sorpresa de los muchachos al ver a un actor famoso reconociendo errores mayúsculos del pasado. Daban por hecho que las celebridades vivían en un medio en el cual el Súper Ego era un factor sempiterno.

—Ya que todos han escuchado mi historia, quiero que me imiten. Me interesa saber de vuestros gustos, pasiones y anhelos. Las razones por las que eligieron el teatro. Qué debieron sacrificar para lograrlo, etc. Por favor, el que se sienta a gusto con esta idea, que se manifieste.

Después de un momento de espera, Andrea levantó la mano. Rufino le indicó con un gesto que comenzara a hablar.

—¡Vamos, Andreita! —le susurró Facundo a su lado—. ¡Tenés que contar todo, incluso aquello!

—Me enamoré del teatro por los títeres —dijo con una risa como si estuviese avergonzada.

—Los títeres son un material magnífico —la animó Rufino—. Cuéntanos cómo llegaste a ellos.

La joven comenzó a hablar, con un tono dubitativo que se fue afirmando a medida que avanzaba

—La historia es algo larga —dijo como disculpa—. Yo vivía en Madrid y mi familia era muy pequeña. Mis padres eran de Colombia y se conocieron aquí a meses de haber llegado. Habían emigrado huyendo del desastre del narcotráfico y la violencia. Yo no tenía hermanos ni parientes que vivieran en este país. Apenas recuerdo sólo la voz de mis abuelos maternos y a dos tíos, también por el lado de mi madre, a los que, en esa época, contactábamos únicamente por teléfono. Mis abuelos paternos habían muerto en un episodio de violencia que se vieron envueltos fortuitamente. Una bomba, puesta por las FARC, los mataron cuando, por azares del destino, ellos pasaban frente a una guarnición militar.

Hizo una breve pausa que destacó el silencio que se había hecho en la

sala.

—Cuando estaba en el colegio, añoraba tener las familias diversas que veía en mis compañeros de clase. Todos contaban con hermanos, tíos y abuelos, además de los padres, claro. Había una familia, en particular, que envidiaba de corazón. Se trataba de la de mi amigo Mario Cantarini, que vivía en las afueras de Madrid, en una casona gigante que le pertenecía a una de sus abuelas, una señora inolvidable. Era viuda de hacía largo tiempo y, como buena descendiente de italianos, oficiaba de una suerte de *Grande Nonna*, jefa nuclear de la familia. Allí vivía Mario, junto a sus padres, dos hermanos y tres tíos jóvenes, solteros. La *nonna* tenía, además, otros seis hijos casados y con familiones grandes, de modo que sus cumpleaños eran celebrados con una enorme cantidad de parientes, con el añadido de novios, novias y amigos. Para esas ocasiones, los tíos de Mario, que tenían aptitudes artísticas especiales, se las habían arreglado para construir un teatro de títeres con maderas y cortinas, en las que los personajes eran fieles reproducciones de esa pléyade de parientes. Los títeres no eran sólo buenas imitaciones en lo físico, sino también, durante la función, graciosas caricaturas con los caracteres, virtudes y defectos de los individuos que representaban. Yo tuve la suerte de que Mario me invitara a unos de esos episodios.

—Seguro que el chico ese se las traía con vos— le susurró Facundo en un segundo de pausa.

—¡Quedé deslumbrada! —continuó Andrea, sin hacer caso al comentario socarrón—. No sé si sobrevaloré lo que veía. El encatrado en el que realizaban las presentaciones, al que le habían puesto un letrero en el que se leía “Teatro Mili Metro”, me pareció magnífico. Las cortinas subían y bajaban como en un teatro de verdad. Las luces se apagaban paulatinamente. Me divertí y emocioné con la función, a pesar de que no entendía los chistes, puesto que no estaba enterada de cómo eran en la vida real los personajes representados por los títeres. Y, desde ese momento, mi interés central fue estudiar teatro.

—Es interesante ver las fuentes de nuestro interés. Las vocaciones se crean desde los más diversos orígenes —comentó Rufino—. Continúa, por favor.

—Asistí a clases en un grupo teatral en el colegio, en donde una de las profesoras había sido formada en la Escuela de Teatro Carro de Baco. A través de ella conocí lo que era esa institución. Cuando yo finalizaba el colegio, mis padres se estaban trasladando a Barcelona por razones de

trabajo, de modo que eso me llevó a cursar mis estudios allí, contando, por fortuna, con el apoyo de ellos. Terminé hace dos años y desde entonces he participado en teatro en papeles menores. Siempre sentí que mi conocimiento parcial del catalán jugó en contra de mi formación teatral, por lo que decidí, nuevamente apoyada por mis padres, asistir a este curso en castellano.

—Muy bien, Andrea. Ha sido muy interesante tu relato. ¿Alguien más quiere contar las razones de su vocación? —preguntó Rufino dirigiéndose a todos en general.

Sofía, la vecina de Andrea levantó la mano y comenzó a hablar con mucha decisión que desmentía su aparente fragilidad física.

—Sinceramente, no sé de dónde me vino este amor al teatro, aunque lo experimento día a día. Quizás todo se originó desde que decidí apoyar con todo mi corazón las causas ecologistas y animalistas. Recuerdo que esto empezó cuando era pequeña. Había unos *niñotes* del barrio que gozaban molestando animales. Yo debo haber tenido unos ocho años cuando, en una ocasión, estos energúmenos perseguían a un pobre gatito con el fin de amarrarlo a un perro gigantesco de uno de ellos y ver lo que pasaría. Yo estaba sentada en la entrada de mi casa, con la puerta abierta. La calle era un callejón ciego y dos de ellos permanecían vigilantes en la entrada, de modo que el pobre animal corría hacia un lado y se encontraba con los vigilantes y si se movía hacia el otro lado, con el final del pasaje. Ellos pasaban corriendo por la calle para aquí y allá persiguiendo al animal mientras yo les gritaba con toda mi alma que lo dejaran tranquilo. En una de esas carreras, el gato se percató de que la puerta de mi casa estaba abierta y de un salto se introdujo en ella. Yo de inmediato me puse de pie y la cerré de un golpe. Afuera quedaron los chicos gritando improperios de muerte, mientras yo buscaba el lugar en dónde se había metido el felino. Finalmente descubrí que yacía agazapado en un pequeño aparador. Si me acercaba se engrifaba con el chillido característico de los gatos que se sienten acosados, de modo que opté por llevarle un poco de leche en un platito. Poco a poco le fui dando después trocitos de carne que devoró con prisa evidenciando el hambre que el pobre sufría. Al cabo de un buen rato, ya no se engrifaba al acercarme, pero igualmente se apartaba si intentaba tocarlo. Pasaron algunas horas y el gato cedió finalmente y se dejó acariciar, poco a poco. Lo tuve por meses a escondidas de mis padres y de mi hermano mayor, hasta que, finalmente, mi madre lo descubrió. Inútiles fueron mis ruegos de que me permitieran quedármelo y el gato fue finalmente expulsado de la casa.

—¿Qué fue del pobre animal? —preguntó Pau.

—Lo ignoro. Al menos, al parecer, no fue presa de nuevos acosos de los chicos del barrio. Pero, desde ese momento, mi intención de proteger a los animales fue *in crescendo* a lo que se agregó con posterioridad un fuerte interés por el cuidado del medio ambiente. Me hice, primero vegetariana y luego vegana. Comencé a participar en manifestaciones animalistas y ecologistas y me fui dando cuenta de que tenía aptitudes para comunicar. Pronto comenzaron a llamarme para arengar a los manifestantes en los eventos organizados por estos grupos afines como *Bajo el Asfalto está la Huerta*, *Ecologistas en Acción*, *El Trasgu*, *Arca de Noé* y unas cuantas más. Me di cuenta de que la capacidad de transmitir una emoción te da una increíble sensación de poder. Pero no del poder mezquino del dinero. La comunicación en el plano emocional te conecta íntimamente con quien te escucha y crea una especie de lazo invisible. Entonces, alentada por algunos amigos cercanos que me insinuaron que veían en mí una actriz en ciernes, exploré esta veta, primero en grupos de aficionados, para después estudiar en la Escuela de Artes Escénicas en Madrid. Estando allí, conseguí una beca de perfeccionamiento en la Carro de Baco de Barcelona en donde conocí a Andrea y juntas decidimos, después de haber terminado nuestros estudios, asistir a esta academia.

—Muy bien, Sofía —le dijo Rufino al callar la chica—. El interés y la aptitud de comunicar es otra forma para llegar al teatro. ¿Alguien más quiere comentar sus vivencias vocacionales?

Facundo levantó ambas manos como un prisionero que es apuntado con un fusil.

—Mi situación es algo diferente —comenzó a hablar el joven, sin esperar la invitación de Rufino—. Debo confesar que no fue la vocación la que me llevó al teatro, sino una especie de reacción en contra de mis progenitores. Soy la oveja negra de mi familia. Mi padre, mi abuelo y un tío paterno son ingenieros, por lo que se suponía que yo debía también serlo. Sin embargo, la varita de la matemática jamás tocó mi seso. Como tampoco lo hicieron las de la biología, de la arquitectura o de las leyes. Yo deseaba no estar encasillado en nada y sólo pasarlo bien en esta singular vida. Mi verdadera vocación estaba orientada más bien a *cargar* a los demás.

—Quiere decir, molestar o tomarle el pelo a los demás —interrumpió Andrea—. Concéntrate en el idioma, chico. No voy a estar explicando tus giros a cada rato.

—Gracias, amiga. No sé qué haría sin vos—dijo Facundo con un exagerado remedo irónico—. ¿Puedo continuar?

—Adelante, *che* —respondió la joven.

—De la broma me fui directo a la comedia —continuó Facundo—. Gozaba animando las fiestas de mis amigos o contando historias que inventaba a medida que las iba relatando. Tenía el don de la improvisación. Yo admiraba la comedia y, los fines de semana seguía a la farándula del teatro. Era admirador de *Les Luthiers* un grupo de músicos comediantes poseedores de un humor fino pero blanco como el de los niños. Aprendía cómo divertir a los demás, haciéndolos reír y capturando su atención, sin tener que arrastrarlos a pensamientos profundos ni trágicos. Pero, no me había dado cuenta de que mi perfil personal comenzaba a deteriorarse. Un día escuché, por casualidad, a dos de mis profesores del colegio que estaban hablando de mí. No me vieron cuando me aproximé y hablaban, por tanto, libremente. Me percaté de que el más suave de los epítetos fue “ese bueno para nada de Facundo”. Eso me produjo una atroz vergüenza y, a la vez, un deseo como de venganza. “Si eso creen de mí, les refregaré en sus narices que están equivocados”, pensé. Pero ¿qué podría hacer a esas alturas? Ya no sería ingeniero, ni médico, ni arquitecto, ni abogado. Pero era consciente de que tenía un don. El de comediante. Decidí que ese sería mi destino e ingresé a la Escuela de Teatro Buenos Aires, de la que salí hace unos meses. Mis padres, aunque financiaron mi aventura, nunca me apoyaron en lo emocional. Sin embargo, no se mostraron contrariados cuando les hice saber que tenía las intenciones de probar suerte en Europa, quizás porque vieron una buena oportunidad de deshacerse del niño descarriado que veían en mí. Me entregaron un dinerillo que, por milagro, aún no se termina, aunque está pronto a hacerlo. Viajé por Francia, Inglaterra e Italia sin hacer, lo confieso, nada relacionado al teatro hasta que, pasando por Barcelona, vi el anuncio de este curso. Me di cuenta de que era el momento de empezar a hacer algo en serio. Postulé, me aceptaron y aquí estoy.

—Muy bien, Facundo —le dijo Rufino cuando el joven finalizó—. Como ves, aún es tiempo, pero queda poco. Es importante que lo aproveches en serio y al máximo.

La vecina de Facundo, Gala, se volvió hacia Rufino.

—Yo creo reconocer, al igual que el caso de Facundo, elementos reactivos en mi decisión de tomar esta carrera.

—Adelante, Gala, te escuchamos.

Hubo un breve momento de silencio hasta que la voz ronca pero femenina de Gala se hizo presente.

—Todos conocen mi condición, y seguramente se hacen la idea de lo que debo haber sufrido en mi niñez. Es muy cierto. No ha sido fácil para mí. Debí luchar contra la agresión gratuita sin que me quedaran claros sus orígenes. No sé si pensaban que era una especie de terapia para mi alma y cuerpo enfermos. O si se trataba de una sutil venganza por algún insulto que yo les habría hecho que, al parecer, ninguno de ellos recordaba. Lo sufrí en mi familia, en el colegio y en cada rincón de la ciudad cuando alguien se enteraba de mi situación.

El tono de voz había comenzado suave y tranquilo, pero de pronto adquirió fuerza.

—Pero, se equivocan si creen que vivo hundida en la desesperación. Es cierto que sufrí tiempos muy difíciles, discriminaciones, insultos gratuitos y otras vejaciones. Pero llegó el día en que, repentinamente, casi sin haberlo planificado, me salió del alma decir ¡Basta!

Lo dijo con pasión, dando un golpe con el puño en la palma de la otra mano.

—Ese día tomé la decisión de no esconderme más, de no continuar a la defensiva de las humillaciones. Sentí una libertad que probablemente sólo es posible de ser experimentada en las situaciones límites. En verdad, desde ese momento no me fue tan difícil continuar con mi nueva actitud. Tengo el privilegio de haber crecido a la par con la evolución de la sociedad hacia la aceptación de esta realidad. Décadas atrás, me hubiese sido muy complicado hacerlo. Pero hoy el mundo está evolucionando hacia lo positivo. Pero, también, estoy consciente de que este cambio no es parejo. En las familias burguesas promedio siguen existiendo los prejuicios y los rechazos. A veces son escondidos por exageradas muestras de condescendencia, lo que los hace aún más insoportables. Poco a poco me fui dando cuenta de que los medios intelectuales y artísticos son los que mejor han evolucionado. Como reacción, creo, hacia la soledad y la individualización que me vi obligada a vivir, busqué en el arte colectivo un lugar en el que me sentiría cómoda. Creo que elegí bien. El teatro, se me apareció como una actividad hecha a mi medida, no sólo por las acciones de comunicación y las catarsis emocionales, sino también por la presencia de gente de mente abierta y solidaria. Estudié en *Le Cours Florent*, en París, gracias a una beca que gané con grandes esfuerzos. Egresé hace unos meses y he participado en algunas obras en papeles

secundarios en Francia. Acabo de retornar a Barcelona y espero tener algún día la oportunidad de saltar a un papel de peso.

—¿Tienes alguna preferencia en cuanto a rol? —preguntó Rufino.

—La verdad es que no. Más bien trataría de evitar aquellos que me encasillen en mi condición transgénero. No porque me moleste realizarlos, sino porque mi deseo es ir más allá de lo que tu propia situación te ofrece.

—¿Te atreverías a encarnar, en una obra de teatro, a una prejuiciosa mujer que odia todo lo que no sea heterosexual y tradicional? —le preguntó Facundo.

—No sólo me atrevería, sino que sería un anhelo cumplido. Creo que es un rol que conozco a fondo y desearía interpretar. Tengo muy presente la doble actitud de una dama de sociedad que, en público dice aceptarlo todo y que, en privado, abomina de cualquier cosa que a ella le parezca anormal.

Sofía la observó como para dirigirle una pregunta, pero se veía dubitativa.

—¿No hay en tu actitud algún grado de resentimiento? —le preguntó, finalmente.

Gala le sonrió con rostro ligeramente triste.

—Has acertado. Estoy consciente de que a veces me domina un sentimiento de...¿cómo calificarlo?, no sé si revancha sea la palabra. Pero me doy cuenta de que es negativo y muy parecido a un prejuicio, por lo que trato de evitarlo. No quiero caer en lo mismo que yo experimenté de los que, sin razón aparente, me agredían. Pero, debo reconocerlo, no siempre lo logro.

—Te agradecemos la franqueza y honestidad que has tenido, Gala —la animó Rufino—. Los sentimientos negativos son a veces inevitables. Pero es un paso enorme reconocerlos como lo has hecho y no justificarlos por haberlos sufrido en carne propia.

—Como se ha visto, hay casos de vocación, otros de reacción —dijo entonces Pau—. El mío pertenece, más bien, a la esfera de lo casual.

—Te escuchamos, Pau —lo invitó Rufino.

—Lo mío es muy simple y temo aburrirlos —dijo con una sonrisa con la que parecía pedir disculpas—. Siempre pensé que la música era mi verdadera y única pasión. He estudiado piano por años en el Conservatorio y nunca pensé incursionar en otra área artística. Pero se dio la oportunidad cuando algunos amigos que estudiaban teatro montaron una pequeña pieza dramática para celebrar la despedida de un viejo profesor. La obra era muy emotiva y decidieron que debía existir un fondo musical que acompañara a los



actores. Me llamaron y me pidieron ayuda para esto. Los acompañé, en el proyecto, improvisando fondos musicales con los que intentaba dar un ambiente relacionado a las emociones que se trasmitían en cada acto. Curiosamente, me fui involucrando con la obra, al punto de que terminé con lágrimas en algunas escenas. Me cautivó que fuese posible ese grado de compromiso a través de la actuación, y decidí que ese era mi camino. No estaba dispuesto a abandonar el piano, pero sí me convencí de que mi verdadera vocación era la actuación. Ingresé, entonces, a la Escuela de El Timbal, aquí en Barcelona, y terminé mis estudios hace un año. Desde entonces he estado participando en algunas obras de teatro alternándolas con mis estudios de piano. Y también he compuesto algunas pequeñas piezas musicales. Y esos son, simplemente, mis intereses.

—Te felicito, Pau —le dijo entonces Rufino—. Una de las cosas que he aprendido en mi vida es que las vocaciones no son excluyentes. Ojalá cultives tu lado pianista a la par de tus desarrollos teatrales.

—Mientras más disciplinas conozcas, es mejor para que tengas *fuentes* de inspiración —dijo Darko, el croata.

Rufino se volvió y fijó la vista en la figura arácnida del muchacho.

—¿Quieres seguir tú, Darko? Pues, adelante.

El aludido se irguió en su asiento y, aunque no se puso de pie, eso bastó para apreciar su estatura.

—Yo quiera pedir disculpas, antes que nada, por no dominar bien el idioma *castellana* y, menos aún, el catalán. Hace menos de un año que llegué a Barcelona con mis padres y una hermana. Habíamos quedado arruinados por *el guerro* de la independencia de Croacia. Mi familia tenía *un fábrico* de calzado de muy buena calidad, especialmente de calzado de *seguridade* para trabajadores, cerca de Dubrovnik. En la guerra con el Ejército Popular Yugoslavo, la *fábrico* fue arrasada por los bombardeos y mi padre, gestor del negocio, murió allí. Posteriormente al desastre, mi madre y un hermano de ella, mi tío Ivo, trataron de normalizar *la negocia* reconstruyendo la fábrica. Pero ninguno de los dos tenía mentalidad comercial. *Los* deudas se sucedieron año a año y la *fábrico* estaba sólo parcialmente en funciones, bajo una desastrosa conducción comercial. Mi tío Ivo, era, o debió haber sido, en realidad, un hombre de ciencias. Deseaba estudiar *físico* teórica, pero no acudió a la universidad por verse en la obligación de tomar las riendas de *la negocia* familiar. En sus ratos libres, nos reunía con mi hermana y nos hablaba de astronomía, física moderna, computación y futurología. No tocaba nada

referente a *la* comercial ni menos cosa alguna que tuviese que ver con *la marketing* o conducción de *empresas*. Eran temas que no dominaba porque, simplemente, no le interesaban. Yo aprendí de él a tener *un* mente racionalista y a ver, en cada problema, cuál podría ser una solución pensada. Pero, tampoco recibí formación para hacer funcionar *el fábrico* y, francamente, a mí, tampoco me interesaba. Al mismo tiempo, mi tío Ivo era muy aficionado a la lectura y me alentaba a ello. Me empezó a seducir el arte de *escrituros*. Con mi hermana éramos buenos alumnos y aprendimos mucho de él. Fue entonces que, en medio de las *penurias* económicas se le ocurrió que podríamos ganar algún dinerillo organizando presentaciones teatrales para ser actuadas por todos nosotros en cumpleaños de niños. Yo escribía los guiones y actuaba de príncipe, mi hermana de princesa y mi tío de villano, ogro y mago malvado. De a poco, algo *maravillosa* me fue ocurriendo. Cuando actuaba, se me olvidaban las necesidades económicas, la guerra y los sufrimientos. Pese a que las obras teatrales eran de argumento muy sencillos y predecibles, me hacían vivir en una dimensión *mágico*. Y, desde ese momento, amé la actuación. Lógicamente, todo eso llevó a que lo poco que logró recuperar su función la *fábrico*, terminara por desplomarse. Las deudas nos aniquilaron y mi madre se vio en la obligación de vender lo que quedaba del negocio, y al mismo tiempo, emigrar donde una prima que vive aquí. Llegamos a Barcelona hace un año y aquí estamos. No he estudiado actuación, como he visto en mis compañeros de curso, pero tengo la gran *inquietudes* de aprender.

—*Seguí* a este varón —le dijo Facundo tocándose el pecho—. Te aseguro que aprenderás. Aunque no sé si será actuación.

—Hazle caso —se rio Andrea—. Lo más probable, si lo haces, es que consigas aprender a enaltecer tu ego.

Mientras los muchachos bromeaban entre ellos, Rufino se había dado cuenta de que Joana quería hablar.

—Trataré de ser muy breve —dijo la muchacha en voz tan baja que sólo la escuchó Rufino.

—Más alto, Joana, por favor —le dijo cuando las palabras de Joana se perdieron por el bullicio y las risas de los otros muchachos.

Rufino se volvió hacia los revoltosos con gesto airado.

—¡Callaos ya! —rugió con fuerza—. ¡Si hay algo que no toleraré jamás es la falta de respeto hacia una persona!

De inmediato los muchachos se silenciaron y quedaron inmóviles ante la sorpresiva reprimenda. Rufino los miró durante unos cuantos segundos.

—Puedes continuar, Joana —dijo después, volviéndose hacia la joven con voz nuevamente calmada.

Joana miraba esto con cara de espanto.

—En verdad, me da algo de pudor hablar de mí —dijo entonces—. No sé si lo que encuentre bueno de lo que he hecho parecerá presuntuoso, y lo malo como falsa modestia.

—No tienes para qué calificarlo —le dijo Rufino—. Sólo cuéntanos tus motivaciones.

Joana tardó algo en convencerse a empezar.

—Al igual que Pau, yo no pensaba ser actriz, pese a que mi madre me insistía en ello. Quería que yo cumpliera lo que ella no pudo o no la dejaron hacer. Yo, en cambio, siempre pensé en seguir una carrera humanista no relacionada a la actuación. Me gustaba la filosofía y el arte. Esto último, en términos generales, sin ninguna preferencia especial por alguna manifestación artística. Estudié filosofía en Madrid, teniendo siempre en mente, como núcleo de pensamiento, la creatividad y el concepto de la apreciación subjetiva de las obras artísticas. Mi tesis se relacionó a la fenomenología de la creatividad en esa área. Y recién en ese momento, en parte siguiendo los consejos de mi madre, me incliné hacia el teatro como concepto de expresión.

—Cuéntanos algo de eso —la animó Rufino.

—Mi madre había querido ser actriz y entonces, siguiendo su insistencia, ingresé en Madrid...

—Perdón, me refería a tu tesis.

Joana lo miró con sorpresa.

—Me temo que estaría horas hablando.

—Resúmela para nosotros.

La muchacha se veía algo contrariada.

—En términos muy condensados, mi idea se refiere a que toda obra artística hace uso de dos elementos antagónicos. Lo esperable y lo sorprendente. Esos dos elementos están siempre presentes en toda obra de arte. En una melodía, por ejemplo, lo esperable es lo duro, lo concreto, el ritmo. Una obra con el máximo en ese atributo sería una sola nota prolongada en el tiempo. Sería la melodía de lo esperable. Allí no habría sorpresa alguna.

—Tal obra sería un poquitín monótona —rio Pau.

—Lo sorprendente, en cambio —continuó Joana—, es lo que no esperas. Lo que te sorprende. Así como en lo esperable lo máximo es una nota continua, el extremo de lo sorprendente sería una melodía caótica, siempre

cambiante sin ritmo ni estructura. Como la orquesta que afina sus instrumentos antes de un concierto.

—Seguiría siendo insoportable, aunque por el reverso del caso anterior —acotó Pau.

—En una melodía “bella” —siguió Joana, haciendo las comillas con los dedos—, esos dos atributos se mezclan en forma equilibrada. Los sonidos cambian en forma algo sorpresiva, pero, al mismo tiempo, en forma lógica, como siguiendo una estructura. Hay frases que parecen semejantes entre sí, pero con elemento diferentes. Hay simetría, como escalas que suben y que bajan. Lo puedes ver en el pentagrama en donde está escrita la obra. Es decir, tiene los elementos de lo esperable, pero dosificados con lo sorpresivo.

—Es interesante ese planteamiento, Joana. —dijo Rufino—. ¿Quiere decir que si algo es bello tiene ese equilibrio?

—Así me parece, y si eso es correcto, la belleza en el arte podría tener algún fundamento. No sería algo absolutamente arbitrario o subjetivo.

Pau había estado escuchando con mucho interés.

—Pero la belleza es relativa —intervino—. De hecho, existen las modas. Lo que es bello en una época, puede no serlo en otra.

—Justamente, eso explicaría los estilos y las modas —dijo Joana—. Cuando alguien descubre algún elemento muy hermoso y diferente y lo desarrolla, hay otros que, cautivados por el resultado, siguen las normas generales de ese nuevo modelo. Y eso crea el elemento de lo esperable. Es como la veta de una mina que comienza a explotarse.

—Hasta que se agota —dijo Rufino—. Tiene mucho sentido este planteamiento. Te felicito por tu originalidad, Joana. Me encantaría que esta idea tuya pueda ser discutida en extenso por todos nosotros en algún momento a futuro. Invito a todos a que, si tenéis alguna idea o teoría sobre principios generales en el ámbito que sea, nos las presenten.

Dicho esto, chequeó al grupo como verificando si todos habían hablado ya. Entonces notó a Martí que permanecía callado en su rincón.

—Estimado decano de grupo, ¿podrías iluminarnos sobre tu persona?

El aludido demoró algunos segundos en responder, como si examinara con atención el suelo, para después levantar la cabeza sonriendo.

—Soy un psiquiatra forense, recientemente jubilado. Y, debo agregar, amante obsesivo de la filosofía. Soy viudo, sin hijos y bastante solo. Nunca he pensado en llegar a actuar. Este curso me llamó la atención, Rufino, porque soy un admirador de tu vida profesional como actor de renombre. Y, al revés

de lo que mencionaste, me encantaban tus películas. Se me ocurrió que asistir a tus clases sería una ocupación que, por un lado, me sacaría de mi incómoda quietud y, por otro, me ayudaría a entender una faceta del ser humano que, como psiquiatra forense, me asombra sobremanera. En mi vida profesional, siempre me fascinó constatar la capacidad de actuación de los acusados de asesinatos y otras fechorías, especialmente la de los estafadores sofisticados. En verdad, me interesaba conocer cómo el hombre es capaz de desdoblarse y simular vivir una realidad diferente y, muchas veces, ser tan coherente con esta segunda versión de la existencia que se hace muy difícil descubrir la verdad. Sin ofender, los actores, comparten esa faceta con los estafadores. Son, en cierto modo, unos mentirosos sofisticados. Descubrir cómo se puede llegar a esos grados de coherencia siguiendo una realidad simulada, ha sido mi motivación primordial para asistir a este curso. Sin embargo, nunca pensé que se iba a desarrollar como lo has llevado, Rufino, cimentándolo en prístinas bases filosóficas. Me has sorprendido gratamente.

—Gracias, Martí. Es un placer no haberme equivocado al aceptar tu postulación.

—Espero que en las futuras clases y, cuando lleguemos a examinar las técnicas de la actuación, muchas de las interrogantes que tengo puedan ser respondidas. Y te doy las gracias de haberme aceptado pese a que no pienso llegar a actuar.

—No digas de esta agua no beberé, amigo Martí —dijo Rufino mientras se levantaba de su silla con algunas dificultades con su pierna inmovilizada. Una de vez de pie, comenzó a hacer algunos ejercicios de estiramiento.

—Bueno, muchachos, creo que ahora nos conocemos mejor —dijo al rato—. Me ha encantado escuchar vuestras vivencias que, por otra parte, confirman algo que siempre he sostenido. Uno se hace actor por una infinidad de circunstancias distintas. Pero, todas ellas, tienen que ver con nuestra vida emocional. Que tengan una bonita semana y los espero el próximo lunes.

En ese momento, después de unos segundos de silencio, Facundo comenzó a aplaudir, poco a poco, seguido de inmediato, in crescendo, por todos los demás. Rufino los miró con cara de sorpresa y luego hizo un gesto con el pulgar levantado para enseguida pedirles silencio con el índice en los labios.

—Gracias, amigos —dijo, simplemente.

Todos se levantaron entonces, recogiendo sus cosas, mientras

comentaban entre ellos entre bromas y risas.

Al momento en que se retiraban, Rufino retuvo a Joana a un costado.

—Concuerdo con muchas de tus ideas, Joana. Tu tesis sobre el gusto artístico me ha encantado. Quisiera que alguno de estos días la podamos discutir. Me doy cuenta de que, más allá de tu probable capacidad actoral, tienes un pensamiento interesante y curioso.

—Gracias, profe —contestó la muchacha casi susurrando.

—Llámame Rufo.

—Bueno, gracias...Rufo. Debo irme ya. Adiós —dijo con aire más de huida que de despedida, mientras se alejaba con rapidez.

Mientras tanto, Montserrat y Antonia aguardaban en un rincón con expresiones en las que se mezclaban la ansiedad y la curiosidad. Tan pronto el último de los alumnos salió del recinto, Rufino se les acercó con la mayor calma del mundo, poniendo al llegar, sus manos en los hombros de ambas.

—Me parece que esto va a funcionar —fue su escueto comentario.

Joana salió presurosa y se dirigió a un Lexus híbrido que se destacaba entre los pequeños y modestos automóviles aparcados alrededor. Una vez dentro, miró su reloj inclinándose a la derecha para buscar algo de luz, ya que estaba bastante oscuro.

—¡Mierda! —exclamó, al darse cuenta de lo avanzado de la hora. Puso en marcha el coche y salió disparada.

Después de unas cuantas vueltas se enfiló hacia el barrio de *Sarrià-Sant Gervasi* ingresando al estacionamiento de un edificio de ocho pisos de fachada lujosa. Aparcó con prisa en su espacio reservado y voló hacia los ascensores.

Tan pronto ingresó al departamento, escuchó la voz de su madre.

—¡Llegas tarde, Joana! El señor Gispert tiene que irse, de modo que debes dejar ahora todo firmado para que el proceso se realice. La parte notarial que me correspondía a mí ya está hecha.

La madre de Joana era una mujer de unos cuarenta y cinco años, alta, de un bello rostro moreno, ojos oscuros y gruesos labios. Su pelo le caía en mechones sobre su frente, en un desorden estético. Su nariz y mentón eran sensualmente redondeados. Estaba sentada en un sofá amplio, con sus largas piernas entrecruzadas y ladeadas como para una foto. A su lado se veía un hombrecillo gordo, de cara colorada, con una serie de papeles en la mano.

—Lo siento, madre y discúlpeme, señor Gispert—balbuceó Joana tan pronto ingresó a la sala—. Estuve en una interesante sesión de teatro que recién terminó. Por favor, pásame los papeles y los firmaré de inmediato.

El señor Gispert, se levantó y le dio la mano murmurando una especie de saludo.

—¿Podremos iniciar ya las firmas de su hija, señora Kravchuk? —preguntó, intentando no parecer muy vehemente, aunque era notoria su impaciencia.

—Por supuesto, Antonio. Pero, por favor, no me llame así. Dígame

Estel y punto.

El señor de la cara colorada le entregó los papeles a Joana quien los tomó con cierta brusquedad y fue rápidamente hacia una pequeña mesita de tipo escritorio a un costado de la sala, en donde los depositó, sentándose en el sillón. De inmediato tomó un bolígrafo de un pequeño recipiente ubicado en el centro de la mesa y comenzó a firmar los papeles.

—¿No los vais a leer, Joana? —le preguntó su madre.

—¿Para qué? Si vosotros los habéis redactado, por seguro que estarán *ok* —y continuó firmando sin pausa por unos minutos hasta que completó la serie.

El señor Gispert se acercó cuando vio que Joana había terminado. Tomó los documentos, los examinó con rapidez y los guardó en un maletín lustroso.

—Estoy listo, señora Estel. ¿Podría avisarle a su chofer que me lleve de vuelta?

Estel presionó un botón en la cara inferior de una mesita. Segundos después, apareció desde la cocina un sujeto particular. Era de enorme estatura y muy fornido. Tenía la nariz aplastada de los boxeadores y un mentón prominente y duro.

—Jordi, por favor, lleva de regreso al señor Gispert.

—Por supuesto, señora Estel —dijo el gigante con familiaridad—. Señor Gispert, por favor, sígame.

El abogado se despidió de las mujeres y salió presuroso tras Jordi, él que, aunque con un caminar pausado, avanzaba con buena velocidad por lo largo de cada paso que daba.

—Hoy se ha terminado el proceso, Joana —dijo Estel cuando se encontraron solas—. No podrá contra nosotras.

—Madre, todo esto hubiese sido menos apurado si me hubiese escuchado a mí y a mi tío Donat. Ambos se lo dijimos hace ya más de un año.

—Por favor, Joana, no me tortures con lo mismo. Lo hecho, hecho está. Y, a pesar de mi estupidez, lo hice antes de la fecha del matrimonio, tal como vosotros me lo aconsejasteis.

—Es que, si no lo hubiese hecho así, hoy estaría en un lío que le impediría divorciarse.

—Es cierto, pero finalmente os hice caso. Ya nada me pertenece. No puede quedarse con nada. No me lo refriegues más, por favor.

—Es que me asusta que pueda llegar a caer en lo mismo a futuro. Usted



es ingenua y soñadora. Se deja llevar por lo físico e inventa todo el resto para que encaje en ese ideal que su fantasía ha construido.

—No es como lo pintas, Joana. Pero, bueno, si llegara a hacerlo de nuevo, en el futuro, el remedio ya está hecho.

Joana no parecía muy convencida. Permaneció sentada en la silla mirando fijamente a su madre por algunos segundos.

—Madre, tengo miedo. Una cosa es lo que usted ha hecho y otra es la reacción que él pueda tener cuando se entere. Sabe perfectamente que es violento.

—Cuando se entere, será tarde para él. Una vez que todo esto se oficialice legalmente, iniciaré los trámites del divorcio. Hay que esperar sólo una semana para que tu tío Donat llegue a Barcelona, justo el tiempo que faltan para que Demyan regrese de su viaje. La causal de mi petición será maltrato mental y físico. Puedo disponer de testimonios de testigos como, por ejemplo, el de tu tío que presencié directamente uno de esos episodios. Por eso debemos esperar a que esté presente.

—No sé si será válido el testimonio de una persona tan cercana a ti, ya que es hermano de mi padre.

—Antonio Gispert me asegura que sí. Tu tío es intachable. Es presidente del comité de Bioética de la Universidad Autónoma. En base a ese testimonio, es casi seguro que habrá medidas cautelares que se le aplicarán a Demyan. La más obvia será la prohibición de acercárseme físicamente. Si él osara transgredirla, le podría costar muy caro. Más aún, siendo extranjero.

Joana pareció calmarse un poco, aunque sus manos hacían como un tamborileo en la cubierta del escritorio.

—¿Está segura de que no volverá antes? Un tipo así es imprevisible.

—Me preocupé de que viajara a la feria de Milán con el subgerente de operaciones que es, finalmente, quien ejerce de gerente. Pero como Demyan pretende aparentar ser él quien maneja el tema, no lo va a dejar solo eligiendo las maquinarias. Hará lo de siempre, es decir, que José elija lo que corresponda para luego preocuparse de cacarear, a quien quiera oírlo, que fue él quien tomó las decisiones.

Joana se levantó de su silla y comenzó a pasearse. Hizo un par de ademanes para hablar, pero continuó en silencio por algunos segundos. Finalmente se decidió.

—Madre, por favor, contésteme una pregunta con sinceridad. ¿Amaba usted a mi padre?

—Pero hija, por Dios, te lo he dicho mil veces. Tu padre ha sido para mí el amor de mi vida.

—Pero, antes de un año de su muerte estaba con Demyan.

—Justamente, por eso. Gaspar llenaba de tal manera mi vida que su ausencia me hizo sentir una soledad tan profunda que se me hizo insoportable. Su muerte repentina no me dio tiempo a prepararme. Estando en ese estado de vulnerabilidad, apareció Demyan. Fue gentil, bondadoso y me sentí apoyada, acompañada y reconfortada.

—Omite que le deslumbró su físico. Y que, además, usted había coqueteado con otros hombres.

Estel movió la cabeza con gesto entre molesto y triste.

—Es verdad, hija. Soy débil en ese punto. La atracción física es un valor importantísimo para mí, pero te debo recalcar que era la soledad la que actuó como catalizador. Soy, quizás, algo coqueta por naturaleza. Eso me divierte, me hace sentir más segura. Pero cuando conocí a Demyan, él fue mi único fin. Y fui incapaz de darme cuenta de quién era realmente el que estaba detrás de esa figura.

—Madre, yo, sin conocerlo a fondo, me di cuenta de que era un cazafortunas. Tenía todas las características: sujeto misterioso, recién llegado de Ucrania, cinco años menor que usted, sin trabajo, sin relaciones, sin antecedentes pesquisables, pero encantador y atractivo. Decía tener propiedades maravillosas en California, que, por supuesto, sólo deben existir en su imaginación. ¿Por qué alguien así se trasladaría de un país a otro si no es por haber tenido algún lío? Y usted, a las pocas semanas de conocerlo, lo contrata como gerente de operaciones de la empresa constructora.

—Tienes razón, hija, soy una estúpida. Y más aún por haberme casado a pesar de que ya se vislumbraba su verdadero carácter. Pero debo decir, en mi defensa, que el tipo era un comediante de primera y sabía cómo engatusarme. Tú, que has estudiado teatro, podrás entenderme mejor que nadie. Además, yo tenía claro que José continuaría haciendo el trabajo en esa gerencia y que la empresa no sufriría mayor daño.

Joana continuaba con el tamborileo.

—Madre, le repito que tengo miedo. Yo fui testigo de su forma de ser. Vi cómo la dominaba, logrando hacer lo que él quería. Cómo logró convencerla de casarse sin separación de bienes, aduciendo que hacer lo contrario era poco romántico. Cómo la engatusaba al decirle que a él no le importaba que sus “posesiones” —hizo el signo de comillas con los dedos— de

California pasaran a usted. Y cómo, después, fue cambiando, paso a paso. Primero, la conducta despectiva, las agresiones verbales y luego, perdóneme, madre que se lo recuerde, las físicas.

—Tienes razón, hija, así fue. Pero te lo repito. Él no podrá hacer nada puesto que, tan pronto presentemos la demanda del divorcio, mi abogado pedirá las acciones cautelares, basándose en hechos reales, que fueron presenciados por terceros. No podrá acercarse a mí.

Joana permaneció en silencio por un momento.

—Madre, hay algo que usted debe saber. No quería referirme a eso, pero es el momento que lo sepa.

—¿A qué te refieres?

—Hace una semana, antes de partir a su viaje, tuve una conversación con Demyan.

—No me habías contado nada, hija. ¿De qué hablaron?

Joana rehuyó la mirada de Estel.

—Le pregunté, directamente, por qué tenía esa actitud con usted.

—No debieras involucrarte, hija.

—¿Sabes lo que me contestó?

—Me imagino que se enfureció y que te mandó a la mierda.

—Nada de eso, madre. Creo que fue algo peor. Yo temía que reaccionara así, pero, en lugar de eso, me sonrió poniendo la más dulce de sus miradas y me dijo “Joana querida, no entiendes nada. No existe ningún problema. Tu madre se merece grandes cosas. Dentro de poco le haré un obsequio que la dejará sin habla.” Recalcó eso de que la dejaría muda. El tono exageradamente gentil que usó para decirlo me produjo escalofríos. Me hizo pensar, justamente, que algo terrible podría ocurrirle a usted.

—Puede ser que hayas interpretado erróneamente lo que decía.

—Madre, un tipo así es temible. Hasta puede contratar un sicario que le haga daño.

—¿De qué le valdría herirme? Ya la empresa no es mía sino tuya. No podrá reclamar parte de su propiedad porque te transferí todas las acciones a tu nombre antes del matrimonio. El que no haya separación de bienes no me afecta porque oficialmente no tengo nada. Tú lo tienes todo.

—Pero sigue siendo peligroso. ¿Y si fuese vengativo?

—Es peligroso mientras pueda sacar algo de mí. Después ya no. Y no creo que se moleste en vengarse. Creo que va a preferir buscar una nueva víctima.

—Algo me dice que estamos en peligro.

—Acuérdate de que contamos con Jordi. Es un tipo capaz de enfrentarse con Demyan y hacer que éste le tema. Más que un chofer, veo en él a un guardaespaldas.

—No estoy tan segura de Jordi. Es buena persona, fuerte y fiel. Pero no es de lo más inteligente. Y se le nota que usted lo fascina. Eso me preocupa.

—Tranquila, Joana. Como lo mencionaste, es un tipo cien por ciento fiel. No haría nada que me pudiera herir, estoy segura. Si lo tengo fascinado, tanto mejor. De ese modo, hará sólo lo que yo le ordene. Además, tal como lo dices, el pobre no tiene mucha iniciativa.

—Puede ser —dijo Joana en tono dubitativo—. Pero usted también me preocupa. Toma determinaciones alocadas.

—Joana, tú me convenciste de que me divorciara. ¿Te estoy haciendo caso o no? Me doy cuenta, y os agradezco, lo inteligente que fuisteis con tu tío Donat en convencerme de que hiciera el traspaso de mis bienes a tu nombre antes de concretar este matrimonio nefasto. Sé que yo insistí en postergar los detalles específicos con la esperanza de que ustedes se convencerían de que estaba de más hacer eso. Una vez más lo reconozco, soy una estúpida. Pero los bienes ya son tuyos y sólo faltaba oficializar los detalles para los fines tributarios, cosa que Gispert se ha encargado de realizar. No puedes decirme ahora que faltan cosas por hacer.

—Tiene razón, madre. Eran sólo aprensiones. Por otra parte, una vez que el tipo desaparezca, yo le devolveré a usted todo.

—Está bien, hija. En verdad, me daría lo mismo. Tengo absoluta confianza en ti. Lo que tu padre nos dejó, fue para las dos. Si yo tengo la función de presidente de la constructora, es porque ya lo era en el momento de su muerte.

—Y resulta que usted, sí que será la dueña de la mitad de lo que él posea.

—¿Estás de broma? ¡Si no tiene nada!

—¿Está realmente segura de eso, madre?

—¡Absolutamente! —dijo Estel, en tono molesto—. Por favor, no sigamos con esto. Prefiero que hablemos sobre el curso al que estás acudiendo.

—Está bien, madre. Ya el tema de Demyan me tiene harta.

Estel sonrió con evidente alivio.

—¿Cómo han ido tus las clases de actuación? —preguntó en un tono

jovial.

—Excelente, madre —dijo Joana mientras volvía a sentarse en su silla—. Ha sido una sorpresa. Temía que el profesor fuese un tecnicista aburrido que se dedicaría a repetirnos lo que ya todos hemos aprendido. Pero me encontré con una especie de filósofo de la vida. Creo que su método es llevarnos a profundidades para luego trabajar sobre nuestra sensibilidad. Es un tipo fascinante.

—¿Es apuesto?

—Sí que lo es, pero, además, tiene una personalidad profunda, misteriosa, atractiva.

Estel levantó el torso de su asiento y miró de frente a su hija.

—¿Qué fue lo que dijo que te produjo esa impresión?

—Es del tipo de personas que tú le ves sinceridad en su discurso. Sí que es un poco teatral para hacerlo, pero, en fin, ese es su oficio. Transmitir con fuerza una idea a través no sólo del discurso, sino en la forma de expresarlo con voz y gestos apropiados. Y lo que hizo fue obligarnos a pensar con profundidad en lo que somos como seres existentes. El quiere que partamos de cero y que, por algunos momentos, nos olvidemos de nuestra profesión activa y bajemos a las bases de la vida.

—¿Me suena fascinante! —exclamó Estel.

—Sí que lo es. Y no sólo porque tenga un atractivo sexi. Es fascinante tanto para las mujeres como también para los varones. Las cosas las ve de un modo peculiar, de una forma que normalmente uno no considera.

—¿Cómo se llama?

—Rufino Castell.

—¿Castell? ¿El actor de cine? ¡No puedo creerlo! ¡Es fantástico!

—¿Lo conoce? Actualmente es un actor maduro alejado del cine. Se dedica ciento por ciento al teatro.

—Yo he visto varias de sus películas. No creo que sea tan mayor. ¿Qué edad tiene?

Joana sonrió, se levantó de su asiento y se acercó a su madre, sentándose a su lado sonriendo, mientras le tomaba una mano.

—De más de sesenta años, madre. No sólo sería demasiado mayor para mí, sino también para usted. Y es un intelectual, no es su tipo.

Estel meneó la cabeza.

—Joana, hay dos equivocaciones insertas en el modo en que me hablas. En primer lugar, no he dicho en forma alguna que estuviese interesada

en él. Y, en segundo lugar, estás equivocada si crees que huyo de los intelectuales. Tu padre, hasta cierto punto lo era. Y después, sólo tuve tiempo para liarme con Demyan. Ya te he mencionado lo vulnerable que estaba. Él se veía fuerte, encantador, protector y seguro de sí mismo. Pero, sinceramente, no me di cuenta de lo intelectualmente pobre que era. Esa falencia no fue lo que me atrajo de él.

—Está bien, madre —sonrió Joana—. Pero, por favor, prométame que lo va a pensar mucho la próxima vez que se sienta atraída por alguien.

—Ok, *mami* —sonrió Estel—. Pero, hay un tercer error en lo que me dijiste.

—¿Sí? ¿Cuál?

—En pensar que un hombre de sesenta y tantos años fuese demasiado viejo para mí. Después de Demyan, preferiría uno así a un joven vacío.

Joana meneó la cabeza sonriendo. Besó a su madre para luego levantarse y dirigirse a su habitación.

*La verdad, es que he quedado moderadamente conforme con la primera sesión. Y conste que no soy un complaciente que acepta cualquier gilipollez. Confieso que tenía dos aprensiones. Por un lado, tenía miedo de que mis alumnos fuesen unos jovencitos planos, herederos de esta época digital, con pocos intereses de reflexión. Por otra, de que se tratara de unos intelectualoides irritantes, llenos de pretensiones narcisistas más sonoras que efectivas. No fue ni lo uno ni lo otro. Está claro que tienen falencias que son, justamente, las que pretendo limar con mis clases, pero he recibido un grupo fresco y espontáneo, donde se ve mezclado el ardor juvenil, la inocencia, la inquietud intelectual y el espíritu lúdico. Y esta mixtura está sazónada con las reflexiones de un alumno maduro que es filósofo y psiquiatra. Me he sentido rejuvenecido, recordando mis tiempos de profesor en la universidad.*

*En esta primera sesión me han llamado particularmente la atención algunos de mis alumnos. Facundo, el joven revoltoso que me recuerda a mi mismo en mis años mozos, cuando era un rebelde que pretendía ver humor en las más alejadas veredas; Martí, el viejo filósofo que ingresa a un curso de teatro sólo para llenar un vacío espiritual y, sobre todo, Joana, la tímida muchacha de pensamiento e ideas profundas.*

*Creo que todos, cual más, cual menos, han entendido la razón de ser del programa y me parece que lo van a hacer bien. Estoy seguro de que estos ejercicios, aparentemente separados de las actividades del teatro propiamente tal, los ayudarán en sus futuros desempeños actorales.*

*Unos días después de esta primera clase, me decidí a visitar a mi hija Tonia. Ella y su novio biólogo viven en un piso que rentan, ubicado en una serpenteante callejuela de Ciudad Vella. No me fue del todo fácil, pero pude dar con la dirección. Se trata de un antiguo edificio que tiene el frontis algo inclinado por el tiempo, y una fachada gris que los siglos han patinado*

*de diversos tonos.*

*No sin cierta aprensión absurda, toqué el timbre de su departamento en el citófono de la entrada. En segundos, luego de haberme identificado y saludado, Tonia hizo chasquear la cerradura y pude abrir la puerta que se había liberado. Subí con las dificultades propias de mi pierna inmovilizada hasta el tercer piso que es el que ellos ocupan, por una escalera de madera tan vieja como el barrio, mientras sostenía, en perfecto equilibrio, la botella de vino tinto que es la ofrenda, poco original lo confieso, de esta época cuando uno va de visita.*

*No niego que tenía una enorme curiosidad por conocer al personaje que convive con mi hija. Como hacía muchísimo tiempo que no visitaba a Tonia, sólo conservaba los recuerdos que en cierto modo habían marcado nuestra relación a través de los tiempos. Por ejemplo, la imagen de su cara juvenil, casi de niña, cuando me anunció que se iba a vivir con unas amigas. Tuve ese día un intenso dolor en el corazón, pero, fiel a lo que pretendo ser, no hice objeción alguna a sus proyectos y le deseé que tuviese un lindo futuro. Ahora, mi pequeña Tonia ha crecido y vive con su pareja, un tipo que no he visto en mi puta vida.*

*—¡Papá, pasa por favor! —me dijo, chispeante, tan pronto abrió la puerta.*

*Ingresé al pequeño piso después de besarla con cariño. Antes de darme cuenta de lo increíblemente hermoso que puede llegar a lucir un espacio tan pequeño cuando hay creación, gusto y dedicación en decorarlo, me topé con un señor casi de mi edad, algo subido de peso, muy alto, calvo en la parte superior de la cabeza y melenudo en el resto, vistiendo una T shirt en la que se leía “Soy una buena ocasión. Acuérdense que la pintan calva”. Me saludó con efusión mientras sonreía tras una tupida barba-candado.*

*—¡Bienvenido, Rufino, es un placer conocerlo! —me dijo, con un ligero acento itálico.*

*—Papá, te presento a Giorgio Cremaschi, mi pareja —me dijo Tonia. En verdad, lo poco que ella me había comentado de él, no cuadraba con ese señor barrigón que, más bien, podría ser uno de mis ex compañeros de escuela.*

*Hice mis mejores esfuerzos por no ser prejuicioso. Lo que trato de inculcarles a mis nuevos alumnos es, justamente, el ejercicio de desprenderse de toda pre-evaluación gratuita, motivo por el cual no puedo*



*caer en ese mismo error. Pero comprobé también, que no siempre es fácil lograrlo.*

*Giorgio agradeció mi botella y me invitó a que nos sentáramos en la salita de estar, mientras traía unos quesitos y frutos secos que depositó en la mesita de centro. Entonces procedió a abrir la botella con un artilugio curioso que nunca había visto antes. Siempre me ha llamado la atención el comprobar que los sacacorchos son los aparatos más diversos que la humanidad ha producido. Los hay de todo tipo y de los más ingeniosos sistemas de función, como si el acto de abrir una botella de vino fuese una potente fuente de inspiración creativa.*

*Estuvimos unos minutos hablando de las sandeces típicas de buena crianza sobre el tiempo, y las actualidades políticas, que Giorgio no comentó mayormente, con prudencia de extranjero. Luego, a medida que el vino nos hacía más locuaces, nos centramos en mi situación actual tras la lesión de mi tendón. Les conté cómo se materializó la idea de Tonia de montar la academia de teatro. Mi hija estaba al tanto de resultado de la primera clase, de modo que me concentré en relatarle a Giorgio las cosas que ocurrieron en esa sesión, las que adorné un poquito para divertirlo. Luego, ellos me contaron la historia de Giorgio, un biólogo italiano originario de La Toscana, que se mudó a Barcelona en la década pasada y que se enamoró de la ciudad al punto de no querer volver. Entonces, entre risas infantiles, se refirieron a la situación particular por la que se conocieron. Eso ocurrió cuando participaban en un seminario sobre el concepto de la creatividad en arte y ciencia durante el cual hubo una sesión de discusión entre un representante de las ciencias, Giorgio, y una de las artes, Tonia. Ambos, que previamente no se conocían, debatieron acaloradamente, sobre el sentido de la palabra creatividad en el ámbito de sus disciplinas. Partieron de posiciones antagónicas sobre lo que ese concepto significaba para el arte y para la ciencia. Hubo ironías y hasta sarcasmos de lado y lado, pero que, de pronto, comenzaron a suavizarse. La razón de ese cambio se debió a que, a medida que discutían, se habían empezado a sentir atraídos mutuamente e iban cediendo posiciones. En un determinado momento, ya no hubo más antagonismo sino concesiones. No había polémica sino coqueteo. Y la audiencia se fue dando cuenta de la situación, al punto que, cuando cada uno resumió sus opiniones finales, que se suponía debían aparecer bajo un cierto antagonismo con respecto a las de su oponente, en lugar de discutir, celebraban lo que el otro sostenía,*

*generando carcajadas en el público.*

*Yo estaba esperando la ocasión para conocer más sobre el trabajo actual de Giorgio, de modo que, una vez que terminaron de contar cómo se fueron enamorando al punto de decidir vivir juntos, fui directo al grano.*

*—He sabido por Tonia que eres biólogo neurocientífico. Es un área que se me ocurre fascinante.*

*—Efectivamente, Rufino.*

*—Por favor, Giorgio, llámame, Rufo y tuteémonos —lo interrumpí, siguiendo mi libreto de ser lo más cercano posible.*

*—Ok, Rufo, encantado.*

*—El tema de cómo funciona nuestro cerebro es fascinante.*

*—Así es, pero hay que tener cuidado con la palabra función. ¡Joder! Eso es como maquinizar el cerebro. Como si fuese un puto computador.*

*Con el lenguaje que usaba Giorgio, me di cuenta de que se sentía a sus anchas conmigo. Eso me encantó.*

*—Si no podemos usar la palabra función, ¿cuál podríamos usar entonces?*

*—Funcionar es presuponer algo. Estar hecho para algo. Actuar me parece mejor. El cerebro actúa.*

*—Perdóname, pero no veo clara la diferencia.*

*—Un computador funciona, porque está fabricado para que se le metan algoritmos en forma de programas. Trabaja de acuerdo con eso. La intencionalidad se la pone el que fabricó el ordenador y el que escribió el software. El cerebro, en cambio, no tiene en su estructura algoritmos o programas. Simplemente, actúa per se. Sin pautas preestablecidas. Lo hace porque tiene intencionalidad.*

*—Ahora creo entender lo que me dices. No te rías, pero últimamente, con mi pierna estropeada, me ha dado por pensar. Y me he dado cuenta de que el fenómeno de la consciencia me atrae en forma particular. ¿Estás involucrado en ese tema?*

*—Así es, Rufo. Es inevitable para un neurocientífico de hoy no involucrarse en eso.*

*—Pero inicialmente eras biólogo. ¿Cómo te involucraste?*

*—Efectivamente, partí como biólogo celular. Desde niño me fascinaban las células, esas mini maquinitas complejas. Me maravillaba que en ese volumen impensablemente pequeño se pudiesen producir las acciones complejas de la vida. Las células, genéricamente, eran mi tesoro, sin*

*distinguir ninguna en particular entre la pléyade de clases existentes. Veía, alucinado, cómo trabajaban copiando fragmentos de su ADN para fabricar sus proteínas y armar toda la orquesta biológica que las sustentan. Yo las consideraba a todas como entidades semejantes que no tenían entre sí más diferencias que las que les concedía el tejido de procedencia y los genes que echaban a andar de acuerdo con sus tipos. Hasta que hice un trabajo con neuronas. Fue un estudio de muchos meses y de pronto, un día cualquiera, se me produjo un fenómeno curioso.*

*En ese momento, vi cómo el rostro de Giorgio cambiaba. Se diría que había adquirido una entonación entre soñadora y mística.*

*—Mientras miraba con el microscopio a las neuronas de un fragmento de tejido cerebral, me di cuenta de que ellas estaban siendo observadas por otras neuronas; las mías. Ese momento, produjo en mi un shock. Se me hizo evidente la presencia de un fenómeno particular que consistía en el hecho de tener conciencia de que aquello ocurría. Mi yo estaba sumergido, de algún modo, en unos ovillos celulares dentro de mi cerebro, semejantes a los que observaba. Había algo circular, como un gato tratando de cazar su cola. Pero fascinante. Entonces tomé la decisión. Desde ese momento mi tema sería la neurociencia. Pero no sólo interesado en el mecanismo material que nos hace pensar, sino también en el producto final en sí: la consciencia.*

*Quedé alucinado por escuchar sobre esa experiencia íntima, casi religiosa experimentada por Giorgio. Siempre me han interesado esos extraños fenómenos psíquicos que suceden repentinamente, como el eureka de Arquímedes. Sé que han sido denominados “epifanías”, término de origen griego que significa “apariciones”. Es decir, algo inesperado, involuntario. Son actos reveladores, aunque no siempre entregan la solución a algún problema. En efecto, a veces, como en el caso que relataba Giorgio, se nos presentan como sensaciones que evidencian que existe algo misterioso, oculto, inaparente en cosas que habíamos considerado ramplonamente simples.*

*—Giorgio me habla muchísimo de la consciencia como fenómeno —intervino Tonia—. Es un tema muy interesante, aunque, por mi parte, yo prefiero su lado musical. Toca la guitarra que es una maravilla.*

*—Perdona, Tonia —le dije—, pero me gustaría que continuáramos hablando de eso. Es algo que últimamente me ha estado inquietando. Entonces, le conté a Giorgio mi propia experiencia. De cómo,*

*cavilando en mi ociosidad obligada, capté algo en lo que no había reparado nunca. Que la consciencia crea una dilatación del tiempo. O bien que, de algún modo, los ovillos neuronales crean esa dilatación de la que emerge la consciencia. Todo lo dije atropelladamente, sabiendo que es un tema que no domino. Sensaciones más que pensamientos.*

*—Es muy interesante lo que mencionas, Rufo —me dijo Giorgio, sinceramente interesado en lo que yo le relataba—. Siempre he pensado que el tiempo juega un rol crucial en lo que es la consciencia. Efectivamente, el presente casi no tiene dimensión. El presente físico, el real, aparece y se disuelve instantáneamente en el pasado. El presente de la conciencia, en cambio, es complejo y no puntual. Para que podamos darnos cuenta de un movimiento, por ejemplo, el de un caballo que galopa, tu consciencia tiene que tomar en cuenta, en forma simultánea, lo que ya pasó y lo que está pasando, a la vez que debe adivinar el posible futuro inmediato. Eso no es posible de conseguir en un presente físico puntual, instantáneo, sin duración. La conciencia crea un cubo temporal que reúne el pasado inmediato, el instante presente y el futuro que anticipa...*

*—No se pongan lateros, mis niños grandes —nos interrumpió, Tonia—. Giorgi, por favor trae la guitarra y cántanos esas baladas napolitanas.*

*Yo ardía en deseos de continuar discutiendo ese tema, pero me daba cuenta de que Tonia quería una conversación más liviana. No quería decepcionarla, de modo que acepté y me uní a sus pedidos por canzonettas italianas. Al comienzo se hizo un poquito de rogar, mientras yo notaba que se iba animando paso a paso. Decía chistes, contaba anécdotas graciosas que habían vivido con Tonia y episodios curiosos de su vida científica. Contó que en el colegio había sido considerado un muchacho atrasado por lo aislado que era. Recién comenzó a hablar a los 4 años. Me afirmó que tiene vívidos recuerdos de que, ya en esa época, tenía una profunda inquietud intelectual por saber sobre la existencia, la vida y los por qué de nuestra estadía en la realidad. Y que había notado que era distinto a los demás niños. Los demás no se interesaban por esas cosas que a él lo apasionaban.*

*Finalmente, tomó la guitarra y comenzó a cantar con una voz suave, de no mucho volumen, pero con un excelente vibrato, mientras miraba a mi hija, casi como ignorándome. La cara de Tonia era de ensoñación, con un rictus dulce que me recordó un episodio vivido cuando aún compartía nuestro hogar conmigo y con Raquel, su madre. Me refiero al día en que*

*Tonia se me acercó para contarme que había decidido dedicarse al arte. Su rostro era una copia exacta del que tenía ahora cuando observaba cantar a Giorgio, mientras éste la miraba sin pausa. Era evidente que estaban muy enamorados.*

*Mientras tanto, en mi cabeza aún seguía dando vueltas el tema de la conciencia y el tiempo. De pronto observé que el canto de Giorgio era una especie de ejemplo de lo que habíamos hablado. Para poder apreciar el canto, yo escuchaba el sonido presente y, al mismo tiempo, retenía los sonidos pasados y me anticipaba a lo que venía, exactamente de la forma en que Giorgio lo había mencionado. El presente de la conciencia tenía duración y abarcaba el presente físico puntual, mezclado con estrías de pasado y luces del futuro.*

*Esta vez fui yo el que sentí la epifanía. En un segundo creí darme cuenta de lo que era la conciencia. Y desde ese instante de iluminación, esta sensación persiste en mí.*

El lunes siguiente a la primera clase, se repetía la aglomeración de bicicletas y automóviles alrededor de la casa de Rufino. Confirmando eso de que el hombre es un animal de costumbres, los asistentes tendían a repetir sus conductas anteriores, de modo que los automóviles y demás vehículos estaban aparcados de una forma bastante parecida a la semana anterior.

En la sala de clases persistía el mismo barullo, aunque esta vez más franco e informal, puesto que ya todos se conocían. Igualmente callaron cuando Montserrat apareció anunciando que se iniciaba la segunda clase, y en forma similar apareció la figura de Rufino, teatralmente coordinada al anuncio.

—Queridos alumnos, sean todos bienvenidos —dijo con calidez al entrar a la estrecha sala. Vestía una chaqueta liviana de un color café claro, y una camiseta negra de cuello redondo. Trepó al tablado con la pequeña dificultad de la bota y se plantó al medio, sonriendo.

—Siguiendo con nuestro programa —continuó—, así como el lunes pasado el tema fue el ser, hoy será la creatividad. En términos muy generales, crear es hacer real algo inexistente. No ser capaces de crear, es lo peor que a un ser humano le pudiera ocurrir. Es lo yermo, la muerte.

La alocución inicial fue hecha de pie, con mirada seria, torso rígido, piernas separadas y volumen creciente de la voz, poco a poco. Igual que el lunes pasado, toda esa parafernalia pareció producir un efecto hipnótico en los asistentes.

Después de una corta introducción, se encaminó al sillón colocado en el centro del tablado.

—Toda obra artística se basa en la creación —continuó, mientras se acomodaba de frente a la audiencia—. Y el actuar es un arte. Por lo tanto, actuar es crear. Por el momento me gustaría que definieran qué es para ustedes “crear”.

Desde su lugar, Rufino fue mirándolos inquisitivamente uno por uno.

Le hizo un imperceptible gesto a Martí para que guardara silencio.

Joana hizo un pequeño ademán de hablar, pero permaneció en silencio mientras se mordía ligeramente las uñas.

—Inventar algo —dijo Sofía.

—Correcto, pero esa palabra no nos explica nada. Es un sinónimo —dijo Rufino.

—Creo que se refiere a realizar algo que no existía antes —dijo Pau—. Estoy de acuerdo con eso.

—Entonces un perro defecando está en pleno acto creativo —dijo Facundo—. Antes de que cagara, no había ningún rastro de mierda.

—Gracias, Facundo —sonrió Rufino—. ¿Por qué una mierda de perro no es una creación?

—Bueno, *che*, puede que no siempre sean muy artísticas. Pero yo tuve un perro que acostumbraba a cagar dejando los lulos sobre las plantas, especialmente de los jardines de mis vecinos. Quedaban así, cual flores.

—Muy interesante, Facundo —había desaparecido el toque jovial al hablar—, pero insisto, ¿por qué, de acuerdo con la definición de creatividad, tu perro no estaba creando nada? ¿O crees que estaba en pleno acto de creación artística?

—Yo estoy convencido de que sí creaba. Cuando vi sus obras, lo rebauticé, cambiándole el bobalicón nombre de Bobby por el más artístico de Salvador. Por Dalí, claro.

Hubo un murmullo de risas. Rufino se levantó, y con una agilidad que desmentía su pierna estropeada bajó del tablado y se plantó delante de Facundo. La cara se le había transformado en una máscara.

—¿Estás de burla, muchacho o de verdad crees lo que dices? —tronó con fuerza de barítono—. ¡Que te den por culo! Según eso, tu perro que caga en forma particular y los programas de un ordenador que hacen pinturas serían unos creadores. ¿Piensas eso?

—No, en verdad, no creo eso —balbució Facundo con voz algo más baja que la dicción potente con la que habitualmente expresaba su gran seguridad en sí mismo.

—Yo, en cambio, sí *está* de acuerdo. Ellos crean —dijo Darko.

—¿Cuál es tu punto de vista, amigo? Por favor, ilústranos—lo animó Rufino, con una sonrisilla irónica.

—*Una programa* de ordenador es capaz de crear si lo que hace reúne las condiciones de ser algo *nueva*, inédito. Es la inteligencia artificial

—Y, ¿qué me dices de ese nombre? ¿Es inteligente ese ordenador?

—Por *supuesta* que sí. Si hace cosas que parecen o se ven inteligentes, entonces lo es.

—¿Las abejas crean cuando fabrican su maravilloso panal?

—Por supuesto que sí crean—dijo Darko, con absoluta seguridad.

—No estoy de acuerdo —intervino Sofia—. Para crear, deben tener conciencia. Las abejas se mueven por instinto, es decir, en forma mecánica. Y están en riesgo de extinguirse por culpa de los que sí tenemos conciencia. Nosotros los humanos.

—Muy bien, muy bien. Eso suena muy ecológico, pero el asunto es algo diferente. ¿Por qué hay tener conciencia para crear? —preguntó Rufo.

—Porque, para que haya creatividad —intervino Joana—, debe existir la intencionalidad de realizar algo. Es decir, el que inventa algo tiene que haber urdido un programa anticipando lo que vendrá antes de que el invento o la creación se materialice. Y para eso debe ser consciente.

Rufino miró una vez más a Joana con fijeza.

—Muy bien, Joana. Entonces, debe planificar ¿es eso lo que nos quieres decir?

—Así es —enfaticó la muchacha con energía—. Para ello, debe desear. Y, a su vez, para desear, debe sentir. Más allá de la simple sensación física. Debe sentir que existe. Un computador no siente, y, por tanto, no sabe que existe. En consecuencia, no desea y no crea.

—Pienso, luego existo —completó Pau.

—Voy más allá que eso —dijo Joana—. No es necesario pensar para saber que uno existe. Quien siente, comienza a existir. Aunque no razone. Aunque sea un simple renacuajo.

—¿Crees que *una* renacuajo sabe que existe? —le preguntó Darko, poniendo cejas tristes a la vez que sonreía.

—No lo reflexiona, como nosotros, pero sí. Yo creo que, en cierto modo, la sensibilidad lo sitúa en la realidad. Y, entonces, capta su existencia.

—“Siento, luego existo” —rio Pau—. Es el nombre de una canción del conjunto argentino llamado Las Pelotas.

El comentario causó risas entre los asistentes. Rufino miraba fijamente a Joana, pero cambió el gesto al escuchar a Pau.

—¡Muchachos, debatan sin ponerse cargantes! —dijo con voz tonante y ceño fruncido—. ¡Ironicen todo lo que quieran, pero sin sarcasmos!

La seriedad de Rufino hizo que a los jóvenes se les desapareciera la



risa repentinamente.

—Lo siento —dijo Pau—, no era mi ánimo ofender. En verdad que esa canción y ese conjunto existen. A mí me encanta su música y he tratado de sacar sus canciones en mi guitarra. No es fácil.

—No hay problema —rio Joana—. Y me causa gracia el nombre de la banda que mencionas. Lo buscaré.

—Lo que nos dice Joana es muy interesante —sonrió Rufino—. Es posible que la sensibilidad sea lo que nos ponga realmente en el universo. No sé qué quisieron decir los del conjunto Las Bolas al poner ese título a su canción, pero la frase es interesante: siento, luego existo.

—Las Pelotas —corrigió Facundo—. Según Pau, ese es el nombre del conjunto de boludos.

—Entiendo lo que dice Joana —, dijo la voz tabáquica de Martí, sin hacer eco de lo dicho por Facundo ni en los ademanes de Rufo para que se mantuviera en silencio—. Si en el Universo no hubiese ningún ser sensible, sería igual a la nada. Siguiendo la idea panteísta iniciada por Spinoza, como somos parte de la realidad, y sentimos, es el Universo el que siente, piensa y desea.

— Desear, insisto —continuó Joana, sonriéndole a Martí por su apoyo —, es el punto de partida de crear.

—¡Exacto! —exclamo Martí—. Esa es la definición de “deseo” que a mí me gusta. Como en el caso del “ser”, el “desear” ha tenido mil concepciones en el pensamiento. Algunos, pesimistas, explican el deseo como lo opuesto a la razón, o como la causa de todo sufrimiento. Otros, entre los que yo me encuentro, lo definen como la motivación del hombre. El deseo, en términos generales, sería la pulsión de vida. Y que, como tal, tiende a la creatividad.

—Sin deseo, no nos moveríamos —agregó Joana.

—A veces el deseo hace que nos movamos de maravillas —murmuró Facundo. Las risas en su sector lo delataron y Rufino le hizo un gesto de reprimenda poco creíble.

—Sin embargo —acotó Martí—, muchas filosofías de raíces orientales navegan hacia anular los deseos...

—Calma, calma —intervino Rufo—, todo eso es muy interesante pero no nos desviemos del tema central. Hoy nos interesa hablar de la actuación tomada desde un punto de vista creativo. Pero antes, quiero cerrar el tema de las impresiones espontáneas —le hizo, con una media sonrisa, un nuevo guiño

de silencio a Martí— sobre lo que es un acto creativo.

—Tomando lo ya dicho, creo que es idear algo inédito ya sea para resolver un problema o, simplemente, para divertirnos —dijo Facundo. Su locución burlona había mutado a seriedad.

—Interesante. ¿Te puedes explayar?

—Trato de decir que existen actos creativos prácticos como diseñar un puente o plantear una ecuación matemática para resolver un enigma físico, y actos de divertimento, como componer una sinfonía, pintar un cuadro, escribir una historia o simplemente lanzar una broma oportuna —completó Facundo, enfatizando el último ejemplo.

—Efectivamente —agregó Martí, mientras le hacía un gesto intencionalmente cómico de súplica a Rufino para que lo dejara hablar—, sin ir a la filosofía, las personas creativas pueden hacer muchas de esas cosas o algunas en particular. Los tipos que hacen buenas bromas en una conversación son de mente creativa —terminó, guiñándole un ojo a Facundo.

—También son creativos los mentirosos que se las ingenian para parecer verídicos —dijo Sofía.

Joana hizo un movimiento brusco, palideció ligeramente y el lápiz cayó de su mano rodando por el piso. Facundo se inclinó recogéndolo y se lo llevó de vuelta entregándoselo con una sonrisa, mientras Rufino observaba la escena.

—Es decir, la creatividad no está necesariamente asociada a un fin positivo —dijo Facundo—. Quienes diseñaron el plan de la Solución Final hacia los judíos, durante la guerra, eran tipos creativos, también.

—¿Crees que se le pueda calificar de creativo a eso? —exclamó Joana, con ligero temblor en la voz.

—Así es, aunque no nos guste —dijo Martí—. Si queremos ser fieles a la definición, debemos reconocer los actos creativos como tales, antes de calificarlos en lo ético o en lo estético. Quien ideó la guillotina para industrializar la decapitación dada la gran demanda que existió durante la revolución francesa, fue un gran inventor.

—Tendemos a asociar lo creativo con lo positivo, a tal grado, que endiosamos a los creadores que son de nuestro gusto. Sin embargo, han existido artistas admirables por las obras realizadas, pero deleznable en su vida personal —completó Sofía.

—Facundo mencionó que existen las creaciones prácticas y las de divertimento. Curiosa definición, pero que me parece exacta —dijo Rufino—.

En ese contexto, la creatividad artística queda en el segundo grupo. ¿Qué tipo de divertimento es el que se asocia a la creatividad artística?

—Creo que las vivencias personales nos emocionan. La emoción nos crea la sensación de vida. Nos sorprenden —dijo Joana.

—Y sentimos deseos de que esa vivencia sea compartida por otros, para lo cual es necesario expresarla. Y, por tanto, el arte es una forma de comunicación —dijo Sofía.

—Muy bien, ¿y qué tipo de mensaje a comunicar sería ese?

—Pues el de los sentimientos, emociones, percepciones. Una obra de arte, más allá de comunicarnos una idea específica, nos debe poner en contacto con el mundo interior del artista que la creó.

—Muy bien, Sofía —La alentó Rufino—. O sea, serían entonces mensajes no racionales. ¿Y qué mensajes puede transmitir un actor?

—Debiera transparentarnos su vida interior —dijo Gala.

—¡Exacto! Los actores intentan transmitirnos el mundo interior del personaje. Cuando ustedes, por ejemplo, interpreten un personaje histórico, deben ser capaces de hacerlo volver, en cierta manera, a la vida.

—Tengo una pregunta..., Rufo —dijo Joana con su habitual bajo volumen de voz, mientras hizo el ademán de levantar el brazo que finalmente no concretó.

—Adelante con tu pregunta, Joana.

—Por lo que dices, si tuviésemos que representar un personaje histórico, lo correcto sería entonces conducirnos exactamente como él. Mientras más parecido, mejor sería la caracterización. Pero eso sería más bien copiar algo. ¿Y dónde queda la creación entonces?

Rufino la miró sonriendo, mientras abría los ojos al máximo por dos segundos.

—En el arte, copiar no es el objetivo último. Éste es, más bien, como ya se dijo, comunicar. El artista tiene imágenes emocionales que desea transmitir. Puede hacerlo en el contexto de situaciones reales, pero separándolas de lo que estrictamente ocurrió.

—¿Podría explicarlo un poco más, profe? Perdón, Rufo.

—Para ser artísticamente expresivos, nos aprovechamos de la Comunicación Gestual que es la disciplina que analiza las herramientas corporales para enviar mensajes, que generalmente se dan en forma inconsciente. En el teatro le agregamos elementos que no se dan exactamente igual que en la vida corriente. Puedes inventar cosas que acentúen las

características propias del personaje, como un gesto, un tic, una exclamación, aunque no haya ninguna evidencia de que el sujeto histórico las realizara. Hay un enorme espacio para desarrollar la creatividad en la actuación. Especialmente cuando hablamos de teatro y no de cine. Ya lo trataremos más adelante, pero como ha aparecido este tema, examinemos cuáles serían los enemigos naturales de un actor creativo. Díganmelo ustedes.

Nuevamente paseó la mirada saltando de persona en persona.

—*Serlo* muy flaco, muy gordo, muy alto. O sea, que no te crean porque tu figura no *calzo*.

—¡No, no, no! —vociferó Rufino, poniendo sus manos en la cabeza, mientras Darko plegaba su metro noventa y cinco en el asiento, como escondiéndose de la furia.

Rufo pareció olvidarse de su acento para hablar como un verdadero español, pero mezclando palabras de uso habitual en Sudamérica.

—¡Joder, Darko! ¡Que te folle un pez! ¡Es, justamente, todo lo contrario! En todo personaje hay un exterior, es decir, su estructura corporal, y un interior, lo que éste vive ama o sufre. ¡Si vosotros creyeseis que para interpretar un Napoleón convincente debéis ser unos putos *petisos*, os equivocaríais medio a medio! ¡Hasta tú, con tu estructura de *señor Jirafales* podrías interpretarlo, claro que cuando aprendas algo más de este maldito curso!

Darko miraba con los ojos casi desorbitados y la boca semiabierta, mientras Facundo le trataba de explicar el concepto de petiso con mímica, poniendo una mano cerca del piso, pero que se cruzaba con los gestos de Pau, el que ponía muy arriba la mano para explicarle lo de señor Jirafales.

—¿Quiere decir que, si estudiamos bien el personaje en sus gustos, intereses, ideas, virtudes y defectos, podríamos olvidarnos de su aspecto físico? —preguntó Gala, como si fuese el acto distractor que emplearía un animalista para distraer a la fiera de su presa.

La intervención pareció calmar a Rufino. Dejó de lado a Darko y se acercó a Gala.

—Así es, amiga.

—Ojalá fuera así también en la vida real —dijo Gala, suspirando—. Que no importe el exterior, sino el interior.

Rufino sonrió, asintiendo.

—Exacto, sería el ideal. Pero eso es aún más importante en el teatro. Allí, la expresión del interior del personaje es lo fundamental. Con los límites

que impone el sentido común. Cuando la característica fundamental del personaje se centra en algo físico, no puedes obviarlo. Sería ridículo poner a un petiso interpretando a Goliat mientras Darko hace de David. Pero en el caso de Napoleón, su estatura era un accidente sin importancia comparado a lo que el personaje era en su interior.

Joana, que había estado intentando intervenir, pero que sólo hacía el ademán de hablar, se decidió, finalmente.

—Entonces, el enemigo de la creatividad de un actor, según lo has mostrado, sería el centrar mucho la actuación en su exterior, es decir en su aspecto, y no en su interior.

—Así es, Joana. Pero, por otra parte, el hecho de que ese exterior no coincida con el estereotipo de un determinado personaje puede ser muy ventajoso. No hay nada más interesante que un villano o una villana en los cuales la hermosura sea una de sus características externas destacadas. En tal caso, los actores o actrices deben trabajar con mucho detalle su interior para ser convincentes, pero si lo logran, harán un personaje inolvidable.

Joana se puso intensamente pálida. Cruzó los brazos, y mantuvo la vista ligeramente hacia abajo.

—Los gestos pueden ser usados también para humanizar al personaje y darle características especiales —dijo Rufino, después de haber observado a Joana por unos segundos—. Por ejemplo, la voz con disfonía que Brando le puso a su personaje en *El Padrino*. Lo hizo tan bien, que algunos lo imitaron cuando encarnaron a capos mafiosos en otras películas. Había pasado a ser considerado una característica propia del mafioso.

—*El Padrino* es una buena película, Rufo, pero algo anticuadilla —dijo Facundo. Yo la vi, pero dudo que muchos de aquí la hayan visto.

—El buen cine no tiene fecha de expiración, muchacho. Y para los que no la han visto, los invito a que la busquen en Netflix. Estudien el personaje que es notable en su comunicación gestual, más allá de su voz.

—A propósito de Netflix y de buenas películas antiguas, yo vi allí *Cinco Bodas y un Funeral* —dijo Andrea—. En la película se cumple eso de los gestos sin objeto aparente, que te hacen muy humano al personaje. El pestañeo de Hugh Grant era notable. Te estaba diciendo lo tímido que era. Me daban ganas de abrazarlo y hacerle cariño en sus ojitos —agregó, suspirando.

—Correcto, pero, no me *comparés* a Brando con Grant, por favor —dijo Facundo, sonriendo.

—Y pusiste una boda de más. La película era *Cuatro Bodas y un*

*Funeral* —rio Sofia—. Al parecer tienes metido en tu cerebro la palabra boda.

—Nada de eso, bruja —contestó Andrea, imitando una cómica cara de furia—. Si crees que ando en busca de casorio estás más que equivocada. Amo la libertad. Pero peor hubiera sido mantener algunos funerales de más en la cabeza.

—Bueno, hay matrimonios que semejan ser funerales —insistió Sofia con igual cara burlona.

En ese momento, el lápiz de Joana volvió a volar hacia el suelo. Esta vez fue Rufino el que lo recogió, pasándoselo a una Joana que se veía muy pálida. El profesor quedó observando a la alumna con atención.

—¿Todo bien, Joana? —le preguntó en baja voz mientras le entregaba el lápiz.

—Si, Rufino. Gracias. Estoy bien —le susurró ella al recibirlo.

La clase continuó, mientras Rufino explicaba el arte de comunicar emociones y sentimientos usando para ello, sólo gestos. Se había producido un pequeño barullo entre los asistentes que participaban con preguntas, comentarios y hasta a través de apasionadas pequeñas discusiones. Joana, sin embargo, se mantuvo en silencio por el resto de la clase.

—Esto ha sido todo por hoy, muchachos —anunció Rufino mirando su reloj, después de unos cuantos minutos de debate.

Nuevamente emergieron los aplausos desde la audiencia, a los que Joana se unió, aunque parecía hacerlo mecánicamente, como si estuviese ausente. Rufino la miró por algunos segundos y después se dirigió hacia el lugar en que Montserrat y Antonia se mantenían de pie.

—Montse, por favor, tráeme los apuntes que dejé sobre Comunicación Gestual en el vestíbulo.

Montserrat partió de inmediato y trajo un paquete de folletos que se los entregó a Rufino.

—Les he traído unos apuntes que hace años escribí sobre Comunicación Gestual. En él verán los fundamentos en los que se basa y varios ejemplos corrientes. Pero, ojo, no es una biblia. Sólo una motivación de trabajo. Ustedes, si son creativos, van a descubrir una serie de gestos y actitudes corporales con los que el actor o actriz puede comunicar al público varias emociones y sentimientos en mejor forma que la verbal. Los dejo aquí para que, cada uno de ustedes retire un ejemplar —finalizó, depositando los folletos en una pequeña mesita al lado del sillón del tablado, mientras se

guardaba uno en el bolsillo de la chaqueta.

Los alumnos fueron retirando, cada uno un ejemplar, a medida que iban saliendo del recinto. Cuando Joana se acercó, Rufino le solicitó que esperara unos segundos hasta que todos los demás se hubiesen ido.

—Debo retirarme, Rufo —le dijo Joana con su voz de hilillo.

—Te acompaño —le contestó Rufino y se adelantó caminando hacia la salida.

Una vez fuera, Joana hizo un precipitado ademán de despedirse, pero Rufino permaneció estático.

—Te invito un café. Quiero que hablemos, amiga mía.

—Estoy bien, Rufo —protestó Joana—. No es necesario que te molestes por mí.

—Insisto. A la vuelta de la esquina hay un café muy agradable, con mesitas en la vereda.

Y sin dejarle espacio para rechazar la invitación, la tomó del brazo y bajaron las escalinatas de entrada.

Rufo la guio caminando con ella a su lado y en silencio hasta el café. Se trataba de un local animado, con mucha gente joven de aspecto vanguardista, sobresaliendo los *punks* y los multi tatuados con *piercings* insertos hasta en los más insólitos sitios.

—Por aquí cerca queda la *Associació d'Amics del Metall* dedicados al *rock* pesado —explicó Rufino, mientras elegía una mesa en la vereda, lo más apartada del bullicio.

Se sentaron y al momento apareció un garzón que les tomó el pedido. Ambos eligieron un café cortado.

—Joana, quiero, antes que nada, felicitarte. Eres una alumna inteligente. Tienes ideas afines con las mías, aunque no quiero decir que por eso sean verdaderas o maravillosas. Ambos podríamos estar horriblemente equivocados. Más bien, quiero decir que noto que tenemos cierta sincronía de pensamiento.

—Gracias, Rufo. Pero no pienses que son ideas muy originales. Son el resultado de una relación que tuve con un chico extraordinario que era libre pensador, iconoclasta y artista. Me dejó marcada.

—¿Dices que tuviste? ¿Terminó?

—Lamentablemente, sí. Y me costó un gran esfuerzo reponerme del todo.

—¿Te dejó? ¿Se pelearon?

—No pasó ni lo uno ni lo otro. Fue una decisión mutua cuando Ferrán (ese era su nombre) me confesó que, en realidad, era gay.

—Pero ¿no te habías dado cuenta?

—Para nada. En la intimidad —se ruborizó ligeramente al decirlo— era muy normal. Y hasta apasionado e hiper activo.

—¿Y por qué se declaró homosexual?

—Fue algo súbito. Al parecer, ni él mismo lo sabía. Tenía muchos amigos que eran de su misma onda, revoltosos y simpáticos, entre los cuales



había uno en particular que era muy cercano a Ferrán, de nombre Ignasi. Yo los conocía a todos y nos juntábamos en fiestas y reuniones de discusión, a las que acudían junto a sus parejas del momento. Lo digo así, porque sus relaciones no eran muy duraderas y cambiaban a menudo. Nosotros éramos los más estables y llevábamos casi dos años de relación. Lo único que me llamaba algo la atención, era que a Ignasi jamás le conocí pareja.

—¿Y fue él quien le hizo descubrir a Ferrán su verdadera tendencia sexual?

—Exactamente. Fueron de viaje a Málaga a celebrar a un amigo de allí que había realizado una exposición pictórica muy exitosa. Y a la vuelta, sin más tapujos, Ferrán me confesó que se había dado cuenta de que era *gay* y que se iría a vivir con Ignasi. Se mostró muy apesadumbrado por el dolor que me causaba, y me rogó que continuáramos siendo amigos, pues yo era, en sus palabras textuales, su adoración.

—¿Y cuál fue tu reacción?

—Una mezcla de estupor, ira, dolor y vergüenza. Yo en realidad lo amaba y, en cierto modo, aún lo amo. Pero ya sin atracción sexual. Es un amor platónico. Seguimos siendo muy amigos y nos mandamos mensajes casi a diario.

—Entonces, superaste tu dolor.

Joana hizo una ligera pausa, mirando hacia la ventana con una leve sonrisa y mirada soñadora.

—Creo que está totalmente superado. Es historia pasada, pero que me marcó fuertemente en mi modo de pensar. Soy ahora más tolerante y me choca toda muestra de fanatismo, especialmente el religioso.

—Pero, no te equivoques, Joana. Cuando dices que tu modo de pensar actual se lo debes por entero a Ferrán, no significa que tú hayas sólo absorbido pasivamente lo que él te transmitió. Para que haya sucedido eso, forzosamente tenías tú, quizás sin saberlo, una predisposición a ese modo de pensar. De otra forma, jamás hubiesen congeniado. Ferrán no te lo creó. Sólo hizo que tú lo descubrieras. Eres tú, finalmente, la que piensa y valoras las cosas del modo en que actualmente lo haces.

—No lo había pensado así, pero puede ser que tengas razón —reconoció Joana sonriendo.

—Entonces el asunto Ferrán, por decirlo así, ya no te afecta.

—Para nada.

En ese momento el garzón apareció con los cafés y una bandeja de

galletitas. Rufino tomó su taza, y miró a Joana con atención.

—Bueno, amiga mía, quiero ayudarte. Cuéntame qué diablos te sucede.

—No me sucede nada, Rufo —dijo Joana, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Te acabo de decir que lo que pasó con Ferrán, más bien me hizo crecer. Y reconozco que hoy estaba algo débil porque he comido muy poco en todo el día. Es posible que me hayas notado algo retraída, pero debe haber sido por ese motivo. Eso es todo.

—Ferrán es historia, te creo —dijo Rufino, asintiendo con la cabeza—. No me estoy refiriendo únicamente a lo pálida que lucías durante la clase. He estado observando tus actitudes y sé que hay algo que te atormenta. Lo vi en la primera jornada y se ha acentuado ahora, claramente

—Estás equivocado. ¡No me pasa nada! —dijo Joana, algo precipitada al hablar.

—No te olvides de que, como lo mencioné en la clase, llevo muchos años estudiando Comunicación Gestual. Es esencial para un actor. Con ello aprendemos a dar énfasis a nuestros personajes, los que realizan movimientos y ademanes que refuerzan o contradicen lo que dicen en los parlamentos. Ya lo practicaremos en nuestras clases.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que me ocurrió hoy? Yo no he estudiado esa disciplina. Dudo de que pueda expresar sentimientos gestualmente.

—Joana, no te equivoques. Todo ser humano educado hace gestos inconscientes que delatan lo que ocurre en su interior. No se necesita aprenderlos. Son espontáneos. Pero no todos los que los observamos, poseemos el mismo nivel para entenderlos. Si se estudian sistemáticamente podemos comprender mejor lo que le ocurre a una persona entre bambalinas, y, a la vez, usarlos para ser expresivos en nuestras interpretaciones teatrales. He estado observando varios gestos tuyos en la clase, y creo que estás complicada por algo.

—Puede ser que domines muy bien esa ciencia, pero creo que esta vez te equivocas medio a medio —dijo Joana mirando fijamente a Rufino con exagerado énfasis, mientras cruzaba las piernas.

—Acabas de realizar dos gestos que contradicen lo que me dices. Sólo quiero ayudarte, Joana. No hay nada más balsámico que compartir problemas con aquellos que tú consideres que son tus amigos.

Joana quedó pensativa por un instante y dejó de protestar. Finalmente, sonrió, suspirando.

—Está bien, Rufo, tienes razón. Sí que tengo un problema. No es algo demasiado complicado, pero que me avergüenza contarlo. Se trata de mi madre.

—Cuéntamelo sólo si consideras que te aliviará el hacerlo. De lo contrario, guárdatelo, disfrutemos del café y estaré abierto si algún día decides confienciar-me lo que te sucede.

—Creo que prefiero que te enteres ahora sobre lo que me atormenta —reconoció Joana—. Lo que me has dicho, parece ser cierto. Ahora soy yo la que desea hablarte, porque creo que voy a experimentar alivio al compartir el problema con un amigo.

—Pues, adelante.

Joana le relató, con cierta timidez, la situación de su madre con su nuevo marido y los arreglos legales que se habían realizado para evitar la usurpación de su fortuna. A medida que iba hablando, parecía, minuto a minuto, cada vez más firme y directa. Rufino escuchaba con mucha atención, mientras observaba el rostro angustiado de Joana. De tanto en tanto daba pequeños sorbos a su café.

—¿Cómo fue capaz ese tal Demyan de ganarse el amor de tu madre?

—El tipo es muy atractivo y encantador de modales. Cuando mencionaste en la clase que los villanos hermosos son más perturbadores, se me vino de inmediato a la mente la imagen de Demyan. Confieso que hasta yo me sentí atraída por él —nuevamente se ruborizó al hablar—. En términos de edades podría haber sido tan apropiado para mí como para mi madre. Es cinco años más joven que ella.

—Supongo que no estarás despechada con tu madre por haberse ganado la atención de Demyan.

—No, para nada —sonrió Joana—. Fue justo en el momento en que había terminado con Ferrán. Estaba vulnerable.

—¿Él se te insinuó?

—Nunca. Sólo tenía ojos para mi madre. Pero pronto me di cuenta de que había algo raro, misterioso, perturbador en ese hombre. Lo comenté con mi querido tío Donat y él fue el que me hizo abrir los ojos. Entonces, juntos, hicimos todo un trabajo para convencer a mi madre. No pudimos lograr que desistiese del matrimonio, pero logramos que aceptara realizar el traspaso de sus bienes a mi nombre, antes de que se casara. Finalmente documentó la operación a regañadientes, no porque desconfiara de mí, sino porque le avergonzaba hacer algo a escondidas de Demyan. Pero los hechos posteriores

le dieron la razón a mi tío. Pronto después de la boda, se hicieron sentir los primeros síntomas de violencia psicológica. A los pocos meses, mi madre me relató, llorando, de que Demyan la había agredido físicamente.

—Entiendo que cuando se casaron Demyan no sabía que tu madre te había traspasado sus bienes.

—Así es. Él siempre pensó que se casaba con una mujer inmensamente rica.

Rufino miró de fijo por algunos segundos a Joana.

—Entonces, la fortuna está a salvo en la familia porque es actualmente tuya. E, incluso, tu madre está fortalecida porque ella sí tendría acceso a los bienes de Demyan, suponiendo el caso que los tuviera. Al parecer estaría todo arreglado —dijo Rufino—. ¿Cuál es el problema entonces?

—Es que nosotros estábamos terminando el papeleo del traspaso. Se suponía que Demyan llegaría cuando la petición de divorcio estuviese ya realizada. Y apareció el martes pasado, mucho antes de lo que pensábamos. Y estaba enterado de todo.

Rufino abrió los ojos más de lo habitual y echó hacia atrás ligeramente su cabeza.

—¿Apareció? ¿Estaba de viaje?

—Estaba en viaje de negocios junto a José, el ejecutivo que hace en realidad el trabajo en la gerencia de operaciones. Mi madre puso a Demyan de gerente allí, pero es José el que realmente maneja ese puesto —agregó Joana, mientras meneaba la cabeza.

—¿Llegó de improviso y enterado de todo? ¿Significa eso que alguien le comunicó lo que ustedes estaban realizando?

—Así es. Sospecho que ha sido Remei, una joven ayudante de Roser, que es la secretaria jefa en la empresa de mi madre. Es muy posible que Remei haya estado husmeando en los papeles que maneja Roser, entre los cuales se encuentran muchos documentos referentes a asuntos personales de mi madre. Roser, más que secretaria, es su amiga. Yo ya me había dado cuenta de que Remei miraba a Demyan con estúpida arrobación. Si alguien le advirtió de lo que estaba sucediendo, debe haber sido ella.

Rufino escuchó con atención y luego permaneció en silencio mirando su café.

—Hay algo que no entiendo —dijo después de revolver su taza unas cuantas veces—. Tú me has mencionado que antes del matrimonio, tu madre te traspasó todos sus bienes. Sin embargo, se encuentra actualmente haciendo

trámites con un abogado. ¿Significa que ese traspaso no es aún definitivo?

—El traspaso es definitivo. Eso es lo que el documento premarital estableció. Lo que estamos haciendo ahora es detallar cada una de esas propiedades, con sus valores efectivos, para los efectos tributarios. La operación no ha sido a costo cero, puesto que hay impuestos duros que debemos pagar, aunque creemos que valió la pena hacerlo. Ya la fortuna está en mis manos, a salvo de lo que este sujeto pueda pretender realizar.

—Entonces no habría vuelta atrás. Lo hecho, hecho está. ¿Por qué entonces tanta preocupación?

—Es cierto, los bienes están a salvo, pero eso lo ha hecho enfurecer. Mi madre me lo ha contado todo. Demyan le ha dicho que él no quiere el divorcio. Que no acepta las cosas de la forma en que se han hecho. Ha amenazado a mi madre diciéndole que lo va a lamentar, y no sólo en lo emocional. Estamos aterradas. Por fortuna, decidió no seguir en el departamento con nosotras y, al parecer, ha arrendado algo o se ha ido a algún hotel. Pero sigue apareciendo en las oficinas de la empresa, cumpliendo supuestamente sus funciones de gerente de operaciones. Lo único que nos hace sentir más seguras es la presencia de Jordi, el chofer de mi madre, que es un sujeto enorme y fuerte, que está oficiando de verdadero guardaespaldas. Incluso, a pedido de ella, está viviendo actualmente con nosotras, en el departamento.

—¿No han dado aviso a la policía?

—Mi madre no lo ha querido hacer. Cree que eso lo puede poner más furioso y que lo incite a hacer algo irracional.

—Opino que tu madre debiera hacerlo —dijo Rufino—, pero son ustedes las que tienen que tomar ese tipo de decisiones.

—El abogado le aconsejó que esperara tener todo lo relacionado al traspaso de los bienes completamente formalizado antes de iniciar los trámites del divorcio y pedir las medidas cautelares en su contra.

Rufino guardó algunos segundos de silencio, mirando su taza. Luego, levantó la vista hacia la muchacha.

—Joana, ¿confías plenamente en lo que tu madre te cuenta?

—¿Qué insinúas? —preguntó Joana con cierto énfasis, mientras la comisura izquierda de su boca tomaba una trayectoria descendente.

—Absolutamente nada, tranquila —dijo Rufino poniendo ante sí las dos palmas de sus manos—. Sólo quiero estar seguro de que las cosas han sucedido realmente en la forma como las cuentas. A veces las percepciones

nos engañan.

—¿Piensas que mi madre pudiera estar falseando los hechos? ¡Por favor! —el tono de voz se hizo ligeramente ronco.

Rufino negó con la cabeza, sonriendo.

—No lo tomes de esa manera, Joana. Lo que quiero expresar es sólo que, a veces, las situaciones teñidas de emociones fuertes pueden relatarse ligeramente diferentes a como realmente han sucedido. Pueden ser deformaciones involuntarias.

—En este caso no parece haber mucho espacio para interpretaciones diferentes —dijo Joana, con un tono de voz retornando a lo normal—. Pero está bien. Me parece normal que tengas dudas sobre el tema, porque no conoces a mi madre ni a ninguno de los personajes de esta historia.

Se levantó de la silla, pero unos segundos después volvió a sentarse.

—Creo que esto ha sido todo lo que quería confiarte —añadió, con las cejas en acento circunflejo— Gracias por escucharme, realmente me siento aliviada. Pero, por favor, no hablemos más de este tema. Es algo que en realidad me desagrada y quisiera dejar un poco de lado.

—Espera, Joana, no te precipites—le dijo Rufino, mientras ponía, por un breve instante, la mano en el dorso de la que Joana tenía apoyada en la mesa—. Me entristecería que mis comentarios te hayan molestado. Te repito que mi única intención es ayudarte a que puedas enfrentar las cosas de la mejor forma.

Joana, que permanecía seria, con la vista baja, se acomodó en su asiento después de algunos segundos y le sonrió a Rufino.

—Lo sé, discúlpame si parecí estar molesta. No eres tú el problema, es la situación desagradable que estamos viviendo. Eres muy dulce en preocuparte de mí. Te lo agradezco de corazón.

—Déjame darte mi última opinión para cerrar este tema que te molesta, y con justa razón —dijo Rufino e hizo una pausa para terminar lo que quedaba de su café.

—Vistas las cosas como las has contado —continuó—, no veo que haya mucho problema. El tipo no podrá hacer nada. Y si son capaces de presentar con el abogado el asunto en forma adecuada ante el juez, es seguro que conseguirán que se le impongan medidas cautelares, y allí terminaría todo.

—Gracias, Rufino. Eso hace que me sienta mejor, de verdad —dijo Joana, asintiendo con la cabeza—. Pero ahora, cambiemos de tema, por favor. Hablemos de tu curso.

—Por supuesto. Me encantaría saber cómo has recibido las lecciones que intento transmitir.

—Debo decirte que el curso me ha encantado de la forma como lo presentas. Y que justo ahora me acabas de dar una lección más al hablar de la Comunicación Gestual.

—Sólo esbocé el tema, Joana. Lee por favor este folleto —dijo Rufino mientras sacaba de su chaqueta el ejemplar que había guardado previamente y se lo pasaba, sonriendo—. Más adelante lo trataremos en forma más profunda.

Joana lo recibió remedando la cara que un niño pone al recibir un regalo de cumpleaños.

—¡Gracias, eres más que amable, querido Rufo! Ha sido una suerte haberme convertido en tu discípula. ¡Te prometo que lo voy a estudiar con la mayor atención!

—Mis alumnos se merecen esto y mucho más. En cuanto a ti, estoy seguro de que llegarás a ser una actriz de primera línea.

Joana ojeó con interés algunas páginas y luego se volvió hacia Rufino.

—Va a ser muy interesante aprender de este escrito la forma de comunicar en el escenario ideas internas y emociones a través de gestos corporales corrientes, en mis futuras actuaciones, estimado Rufo —dijo Joana con auténtico entusiasmo—. Y, también, cómo ocultarlos o disfrazarlos en la vida real —añadió guiñándole un ojo.

—¡Se supone que mis apuntes son sólo para lo que hagas en el teatro! —dijo Rufino riendo.

Entonces Joana comenzó a tamborilear con los dedos en la mesa.

—¿Qué se supone que te estoy diciendo con este gesto, maestro Rufo? —le preguntó sonriendo, mientras movía los dedos con agilidad y tornaba el rostro ligeramente a un lado, pero sin dejar de mirarlo.

Rufino se tomó unos segundos antes de responder.

—Hay dos interpretaciones posibles. La primera: Que tu maestro, como lo llamas, te ha estado dando una lata feroz y que estás impaciente y deseas irte cuanto antes. La segunda: Que estás coqueteando con ese maestro.

—¡Exacto! Deseaba expresar ambos mensajes, pero sólo como un ejercicio gestual. Lo hice para que vieras que aprendo rápido. La verdad *verdadera* —enfaticó la redundancia con una sonrisa—, es que debo irme de inmediato, ya que mi madre me espera. Pero ha sido para mí muy interesante esta entrevista. Te agradezco de corazón tu preocupación y apoyo. Ahora, eres la única persona que sabe el detalle de nuestros problemas, aparte del

abogado. Siento que estamos muy bien acompañadas contigo.

—Me alegra que lo veas así, Joana. Cuenta conmigo para lo que sea.

Joana se puso de pie y se inclinó hacia Rufino, dándole un beso en cada lado de la mejilla, para después encaminarse hacia la salida.

—Nos vemos el próximo lunes, Joana —le lanzó Rufino mientras la joven se alejaba.

Ésta, sin darse vuelta, elevó el brazo derecho con el pulgar levantado, saliendo prestamente hacia la calle.



*En verdad, me siento muy tranquilo y contento con el resultado de las sesiones. Mis alumnos son todos de buen nivel y no ha salido de ellos ninguna estupidez mayor, sino sólo pequeñas dudas, tonterías y equivocaciones que pronto se aclaran, sin mayores dificultades. Por fortuna, siendo yo un tipo tranquilo y racional, no se han producido roces ni me han obligado a enfadarme.*

*Pese a todo esto, he estado algo preocupado por Joana, que la considero una de mis mejores alumnas. Empatizo mucho con su manera de ver el mundo, pero tiene una fragilidad increíble. Es curiosa la forma en que las personas llegan a veces a complicarse la vida por asuntos simples. Joana es inteligente, al parecer bastante culta, pero se ahoga fácilmente en un vaso de agua. Está muy enredada por una situación que compromete a su madre, a pesar de que es un problema menor. Me da la impresión de que está sobrevalorando el tema, probablemente porque está acostumbrada a una vida fácil y tranquila, sin mayores zozobras. Es comprensible entonces que, al primer remezón, se le complique su existencia.*

*Una hora después de terminada mi segunda clase recibí una llamada de mi hijo invitándome a almorzar para el día siguiente. Me contó que iba a estar forzosamente en casa porque le había fallado un viaje a un congreso en El Cairo por motivos de seguridad interna en esa ciudad. Siguiendo los propósitos que me fijé al quedar lesionado, uno de los cuales era acercarme a mis hijos, acepté de inmediato, de modo que partí hoy a almorzar con Ricardo. No me atraía mucho el panorama, lo confieso, principalmente porque iba a tener que tragarme la estadía con su esposa. Está claro que no tengo simpatía hacia Flora, cosa que ella me retribuye de una forma solidariamente recíproca. Por fortuna habla poco, de modo que la solución es, simplemente, imaginar que es una foto más de las que cuelgan en su panó familiar.*

*Aun así, movido por los pocos escrúpulos burgueses que aún me quedan, decidí llevarle a mi nuera un pequeño ramo de flores, junto al sempiterno obsequio vinícola para mi hijo. Aunque los galenos me han prohibido manejar debido a mi pierna derecha lesionada, no veo razón a obedecerles, ya que, una vez acomodado en el asiento del conductor, suelto mi bota ortopédica, la libero y quedo en condiciones de hacerlo. Es cierto que me molesta un poco al frenar, pero si lo hago con suavidad no pasa nada. Me encaminé entonces en mi automóvil al barrio de Sarriá, en donde viven. La casa es enorme, de un elegante estilo mediterráneo que mezcla espacios cúbicos de color blanco con paredes de piedras grises.*

*Cuando llegué, Ricardo y Flora estaban solos, porque los niños se encontraban en el colegio. Mi hijo me recibió con claras muestras de simpatía, mientras Flora agradecía con una ligera sonrisa las flores, para retornar nuevamente a su habitual gesto neutro.*

*Me hicieron pasar a un espacioso salón de cielos elevados, adornado con elementos demasiado clásicos para mi gusto, pero en un conjunto armónico y agradable. Flora me invitó a tomar asiento en un sofá de estilo Imperio, mullido y cómodo, para luego ofrecerme un aperitivo, que acepté haciendo esfuerzos para sonreírle.*

*—¿Cómo han estado sus clases, padre? —me preguntó Ricardo una vez acomodados— Antonia me contó que ya se inició el curso de post grado que usted dirige.*

*—No lo llares curso de post grado, hijo. No soy universidad. Son, simplemente, unas jornadas de perfeccionamiento en las cuales yo intento transmitir mi experiencia en el teatro a actores que están, en su mayoría, iniciándose. No ganarán créditos para sus currículos, pero sí experiencia.*

*—¿Por qué siempre es tan modesto, padre? —me preguntó mi hijo, mientras yo alcanzaba a divisar un leve gesto irónico en el rostro de Flora que duró un par de segundos, para después retornar a su neutralidad—. Seguro que sí será un elemento destacado en sus currículos.*

*Estuvimos un buen rato disfrutando del aperitivo que, debo reconocerlo, estaba excelente, mientras Ricardo me preguntaba cómo eran mis alumnos. Si se veían de buena cepa y prometedores para el futuro. Si eran simpáticos o pesados. Trabajadores o flojos. Yo le explicaba que, a mi parecer, eran superiores a lo que yo inicialmente pensaba. Y que eso, en parte se explicaría porque no había aceptado a todo postulante, sino a aquellos que habían demostrado una buena razón para asistir.*

*Curiosamente, no parecía estar interesado en el contenido de las lecciones.*

*Como una hora después apareció una mujer morena y ligeramente subida de peso, anunciándole a Flora que el almuerzo estaba listo. Hablaba con un sonsonete peruano y era vivaz y movediza.*

*—Gracias, María —le dijo Flora y luego se volvió hacia nosotros invitándonos a pasar a la mesa.*

*El comedor estaba separado de la salita por gruesas puertas de roble de gran estilo, tal como la mesa y las sillas. Nos sentamos a disfrutar de una excelente comida peruana, con ceviche, ají de gallina y papas a la huancaína. Los vinos eran de cepas chilenas de selección. Mientras tanto, Ricardo contaba sus peripecias profesionales, centrado en unas nuevas técnicas de regeneración retiniana usando células madres, que permitiría recuperar la visión a personas que sufren de una enfermedad llamada degeneración macular o algo así.*

*El almuerzo finalizó con varias opciones de postres peruanos y un excelente café negro de Colombia. Ricardo me invitó a pasar a la salita y nos ofreció un licor a nuestra elección. Los tres elegimos un cognac Martell, para lo cual Ricardo nos proporcionó unas lindas copas globosas de cristal fino. Observé que Flora se sirvió una porción más bien generosa, de modo que yo la imité, mientras mi hijo vertía una pequeña cantidad en su copa.*

*De pronto, el celular de Ricardo sonó. Éste miró la pantalla y puso cara de contrariado.*

*—Es de la clínica. Discúlpeme un momento —nos dijo y salió de la habitación, dejándonos solos.*

*Creo tener experiencia en el dominio de situaciones gracias a mi profesión, pero confieso que me sentí incómodo. La verdad, nunca había estado solo con mi especial nuera, y estuve a punto de irme del lugar, sin mayor explicación. Miré de soslayo a Flora, la que se veía tanto o más incómoda que yo. Finalmente, mi aprecio hacia Ricardo prevaleció y decidí encarar el momento de la mejor manera.*

*—Es muy agradable vuestra casa, Flora. Moderna, bien decorada, cómoda. Los muebles clásicos hacen un buen contraste con la arquitectura. Apuesto a que Ricardo los eligió. Tienen la formalidad típica de su forma de ser.*

*—Todo aquí lo hacemos de mutuo acuerdo —me contestó Flora con sequedad—. Y es fruto de nuestro esfuerzo. Nada fue regalado.*

*Me dieron ganas de decirle algo mordaz, pero me contuve.*

—¿Cómo han estado los niños? —le pregunté, tratando de mantener una conversación civilizada.

—Están muy bien. Es bueno que te intereses por tus nietos —me dijo, con su típico tonillo irónico.

—Bueno, sé que no he sido un abuelo ejemplar, pero, aunque no lo creas, me intereso mucho por ellos —le contesté enfatizando el “aunque no lo creas”.

—Discúlpame que tenga algunas dudas—me dijo con una sonrisilla—. Tú, como actor, debes tener muy buena memoria para los parlamentos en el teatro. Pero te olvidas del nombre de uno de tus nietos. ¿Cómo podría aceptar tu declaración de abuelo cariñoso?

Me sentí algo tocado. Realmente, eso no debía pasar, pero nunca lo atribuí a una falta de cariño. Simplemente no sé por qué me ocurría ese olvido.

En ese momento, Ricardo reingresó a la sala y la atmósfera se alivianó al instante.

—La tecnología de los celulares es una maravilla —nos dijo, sonriendo—. Uno de mis ayudantes estaba con un caso clínico que lo tenía complicado y me quería en la clínica. Yo le pedí que me enviara una foto del fondo de ojo del paciente en cuestión y pude solucionar el problema sin tener que ir.

Entonces reparó que las copas yacían intactas sobre una mesita.

—Creo que es un buen momento para que brindemos —, nos dijo tomando la suya e invitándonos a que lo imitáramos.

Flora y yo tomamos las copas y nos acercamos a Ricardo.

—¡Salud, padre! ¡Salud, Flori! —nos dijo mientras chocaba nuestras copas—. Ojalá éste sea el inicio de un acercamiento mutuo.

Tanto Flora como yo, chocamos las copas, pero sin decir palabra, mientras Ricardo nos observaba con rostro ligeramente preocupado.

—Póngase cómodo, padre —me dijo señalando un sofá para que me sentara, mientras él y Flora lo hacían a su vez, cada uno en un silloncito.

Y entonces, Flora, como para alivianar la evidente intranquilidad de Ricardo, me preguntó sobre los contenidos del curso. Para mí, fue muy notorio que hacía esfuerzos para notarse interesada. Me dijo que quería saber si se trataba de sesiones prácticas en las que los alumnos desempeñarían roles de personajes teatrales famosos, como el monólogo de Hamlet, u otro tipo de ejercicio actoral. Pese al aparente interés de sus

*preguntas, seguía hablando con un tonillo irónico que el bueno de mi hijo no parecía notar.*

*Yo le seguí la corriente. Le conté que mi estilo de enseñanza consistía en buscar primero definiciones sobre el ser humano, porque esa era la única manera de que mis alumnos captaran las bases con las que debían trabajar sus personajes. Le narré las experiencias que había tenido con ellos en las primeras clases, y, por primera vez, noté una cierta luz de interés en los ojos de Flora.*

*—¿Y tus alumnos entendieron esa propuesta? —la ironía parecía haber desaparecido de su voz.*

*—Al comienzo les causó una cierta perplejidad, hasta que, después de un tiempo, entendieron lo que yo les invitaba a hacer. Creo que, como ya te lo había mencionado, al ser mis alumnos inteligentes, creativos y con enormes ganas de perfeccionarse, no tuvieron mayores dificultades en lograr eso.*

*—Discúlpame, Rufino, pero yo pensaba que actuar era sólo cosa de práctica. Veo que el asunto es más profundo.*

*—Bueno, es difícil de entender la actuación para cualquier persona no envuelta en este tipo de arte. Porque actuar, es realmente eso. Un arte —le dije, usando el mismo tonillo irónico que ella había estado empleando inicialmente.*

*—Bueno, sí, estoy alejada de ese tipo de actividades. Mi profesión es algo diferente.*

*—Entiendo que eres agrónoma, pero que te has dedicado a ser dueña de casa para entregarte por entero a tus niños.*

*—¡Nada cierto en lo que crees! —me dijo en un tono divertido—. En primer lugar, me dedico a algo que tiene que ver con la tierra, pero no para cultivarla. Soy geóloga. Y, en segundo lugar, hace ya más de dos años que he vuelto a trabajar en mi profesión. Los niños ya están grandes.*

*—Y ¿en qué consiste tu trabajo? —era yo ahora el sorprendido.*

*—Investigación y docencia sobre Geología en la Universidad Autónoma de Barcelona.*

*—Sin olvidar que Flori es además políglota —intervino Ricardo, que nos miraba auténticamente sorprendido de que yo estuviese conversando tan fluidamente con su esposa.*

*—Eso es sólo un hobby —rio Flora. Fue increíble el cambio de su rostro al reír. Se veía atractiva, casi bonita.*

*—Entiendo que hablas cinco o seis lenguas.*

*Dije ese número sólo para halagarla. Yo pensaba que, en realidad, eran tres o cuatro.*

*—¡Doce! —señaló Ricardo, riendo con orgullo—. Y eso, por ahora. Veremos en un año más.*

*Confieso que mi visión sobre Flora estaba mutando en ciento ochenta grados. Yo, que me vanaglorio de no ser prejuicioso, me di cuenta de que lo había sido profundamente con Flora. Pero creo, en mi descargo, que ella parecía serlo igualmente conmigo.*

*—¿Quieres que Flori te haga una demostración? —me preguntó Ricardo en tono desafío, mientras mi nuera protestaba con cara de risa.*

*—¡Le encanta lucirme! —dijo, meneando la cabeza.*

*—Haremos la prueba clásica con Google Traductor —me informó Ricardo con gesto de picardía, mientras sacaba su celular y abría el programa—. Dime una frase cualquiera de unas quince palabras —agregó.*

*Esperé unos segundos y le seguí la corriente.*

*—“En esta tarde, el viento ha soplado con fuerza sobre nuestro hermoso jardín” —, le dije mientras él tipeaba.*

*—¡Listo! —me dijo pasándome el celular—. En el lado izquierdo quedó tu frase en español. A la derecha aparecerá la frase en el idioma que elijas. Sólo tienes que buscarlo desde la lista.*

*—Por la cantidad de lenguas que Flora conoce, supongo que debo descartar las más corrientes como inglés, francés alemán e italiano. Se lo pondré difícil. Elijo el húngaro —diciendo lo cual lo seleccioné de la lista.*

*En la pantalla del traductor apareció “Délután a szél keményen fújta a gyönyörű kertünket”. Flora, después de unos segundos, dijo exactamente, lo que allí se veía. Aún con el exagerado número de tildes, reconocí lo que la pantalla mostraba.*

*Quedé boquiabierto y divertido. El sentido lúdico se me despertó de inmediato.*

*—¡Increíble! Ahora veamos en turco —dije, mientras cambiaba a ese idioma.*

*“Bu öğleden sonra, rüzgar güzel bahçemize sert esiyor”, se vio en la pantalla, lo que fue dicho por Flora al instante, con sólo pequeños titubeos.*

*Repetí la acción con dos idiomas más con igual resultado, mientras mi admiración iba en aumento. Sólo falló cuando le puse la frase en azerí. ¡Hubiera sido demasiado que pudiera conocer ese idioma!*

*—Francamente me tienes perplejo, Flora. ¿Cómo es posible que*

*guardes en tu memoria esa cantidad de información?*

*—La verdad, es que no creo tener una memoria notable. Te confieso que se me olvida con gran facilidad un montón de cosas como, por ejemplo, caras y nombres de personas, libros que he leído, películas que he visto y varias cosas más. Pero tengo una especie de chip en la cabeza que me hace aprender lenguas con gran facilidad y recordar esas palabras, aunque las use muy poco.*

*—Entiendo lo que me dices. La memoria es un misterio —le dije, asintiendo—. A mí, por ejemplo, no me cuesta memorizar listados de personas de una sala, relacionando sus nombres con las ubicaciones en que se encuentran. Siempre lo hago cuando dicto charlas a audiencias que no sean demasiado numerosas. Me encanta asombrarlos cuando menciono sus nombres sin consultar la lista. Sin embargo, igual como a ti te ocurre, olvido con facilidad los mismos elementos que has mencionado.*

*—En una publicación leí que la memoria no es un depósito que se va llenando —dijo Flora—. Según ese artículo, nuestras neuronas se agrupan formando circuitos. Siendo ellas billones de pequeñas unidades, los circuitos posibles a formar son virtualmente infinitos. La misma neurona puede formar parte de millones y millones de circuitos diferentes. Es como el abecedario. Cada letra puede participar en millones y millones de palabras.*

*—Lo que me asombra, más que nada —opiné, a mi vez—, es nuestra capacidad de evocación. Uno revive lo que está guardado. Me maravilla que podamos hacer tal cosa.*

*—Creo que la memoria es una entidad viva, que está siempre presente, aunque no la estés evocando —dijo Flora—. Es como un bosque que está frente a uno. Imagínate que cada recuerdo es un árbol. Si miras al bosque en su conjunto, éste te impacta de algún modo por su colorido, belleza, etc., pero no por algún árbol en particular. Ahora bien, si te fijas en uno de ellos, o en dos o tres, entonces, aunque el bosque sigue allí, logras captar los detalles de los que focalizaste, y éstos te emocionan de forma diferente a como lo hacía el bosque en su conjunto.*

*Me impresionó esa opinión, porque yo siempre había separado los conceptos de memoria y recuerdo. Memoria como un dispositivo inerte, que si no es evocada no actúa. Pero Flora me estaba insinuando que no es un depósito dormido. Puede estar presente influyendo sobre nuestra conducta de un modo permanente.*

*Me sentí animado y le comenté mis pensamientos sobre el concepto de consciencia. Flora se vio auténticamente interesada en el tema y, a su vez, se mostró muy intrigada cuando le mencioné mis ideas sobre cómo la consciencia parece inducir una especie de prolongación del tiempo presente. Estuvimos largos minutos discutiendo sobre ese punto cuando de pronto, justo en el momento en que Flora abría la boca para expresar una de sus opiniones, se sintió un rugido como de mini sierra eléctrica que funcionaba a pequeños intervalos.*

*Ambos volvimos la cabeza hacia el lugar de donde venía el ruido para finalmente darnos cuenta de que era Ricardo el que lo emitía al roncar plácidamente en su sillón con su cabeza hacia atrás y con la boca totalmente abierta. Flora, con la cara llena de risa, se acercó y le acomodó la cabeza hacia el lado, haciendo desaparecer el ruido. Luego tomó una pequeña manta de una silla cercana y le cubrió los pies con delicados movimientos.*

*—Mi Ricardito tiene poca resistencia al alcohol. Espero que este fenómeno no les suceda a tus alumnos cuando haces las disquisiciones filosóficas sobre el ser humano —bromeó Flora.*

*—Para nada. Mis discípulos son tipos interesantes e interesados. No he visto dormirse a ninguno. Y no les he dado alcohol. Al menos, aún no.*

*Flora rio de buena gana.*

*—Tendrás tus favoritos, ¿o no eres del tipo barrero, como dicen tus amigos de Chile?*

*—Trato de ser lo más igual posible en mis relaciones con ellos, pero, por supuesto, hay algunos que se distinguen por sus características o virtudes.*

*—¿Cuáles te han impresionado en particular?*

*—Aunque creo que todos son muy capaces, debo reconocer que tres de ellos me han llamado mayormente la atención. Martí, Facundo y Joana. El primero es un estudiante atípico. Es psiquiatra y filósofo, muchísimo mayor que sus compañeros e incluso, algunos años mayor que yo. Me ha ayudado mucho en centralizar los temas filosóficos y humanistas. Facundo, por su parte, es un chico argentino muy simpático, irreverente y bromista. Se conduce como yo lo hacía a su edad, echando todo a la broma, pero a la vez, sin olvidar el sentido ni perder la seriedad de los conceptos que examinamos. Y Joana, quizás la que más me ha impresionado, es una muchacha muy inteligente, de pensamiento profundo, con grandes*



*afinidades a mi modo personal de pensar. Desafortunadamente, está pasando por un momento complicado.*

*—¿Qué le ocurre?*

*Me di cuenta de que sería tonto esconder lo que sabía de ella por escrúpulos de privacidad. Por otra parte, el cognac me hacía más locuaz que lo habitual, de modo que en breves palabras la puse al tanto de lo que ella me había contado.*

*—Como verás, no creo que sea un gran problema —le comenté—, pero el asunto parece haber afectado enormemente tanto a la madre como a la hija.*

*—Creo que ellas tienen toda la razón en sentirse preocupadas —me dijo Flora, con mucha seriedad—. La sensación de amenaza puede ser diferente de acuerdo con el género que poseamos, no por biología sino por historia. Las mujeres hemos vivido amenazas más frecuentes y duras de sus parejas que los varones. Afortunadamente, esto ha comenzado a cambiar, pero deben pasar muchas décadas para que realmente se iguale. Ten cuidado en darles consejos quizás precipitados de tranquilidad. Eso puede facilitar a que las cosas terminen muy mal. Te lo lamentaría de por vida.*

*—Puede ser que tengas razón —reconocí tras unos segundos de considerar el problema—. Quizás he sido un poco liviano para juzgar los hechos.*

*En ese minuto sonó la puerta de calle y entraron los muchachos como una tromba, corriendo hacia la salita. Flora los hizo callar poniendo los dedos sobre su boca, mientras les sonreía. Después les señaló la figura de Ricardo que dormía plácidamente en el sillón, lo que hizo reír de buena gana a los muchachos. Éstos se dirigieron entonces hacia mí.*

*—Hola, yayo —me saludaron en susurro, bajo la mirada atenta de Flora.*

*—Hola, niños —les contesté— ¿tan temprano salen de sus clases?*

*—Es que hoy estamos celebrando el aniversario del colegio —dijo el mayor.*

*—¡Qué suerte, Ricardito! Tuvieron entonces jornada corta.*

*—No tuvimos clases —dijo Héctor—, sólo celebraciones y juegos. Y mañana vamos de excursión al Montserrat.*

*—¡No me digas! ¿Y van a alojar allí?*

*—No, yayo, sólo será un paseo por el día.*

*—Yo, cuando tenía un poco más de la edad de ustedes, iba de*

*excursión al sur de Chile, donde hay bosques, lagos y volcanes.*

*—¿Y hace mucho calor, allí? —preguntó Ricardo.*

*—No, es más frío que aquí.*

*—Pero dijiste que había volcanes.*

*—Claro, pero, aunque tiran a veces fuego por sus cráteres, no llegan a calentar la atmósfera.*

*—¿Y cómo se siente dormir en una carpa?*

*—¡De maravillas!, siempre que no llueva.*

*Para entretenerlos les conté un montón de fantasías sobre mis viajes por el sur de Chile, enfrentando pumas feroces y cóndores gigantescos. Flora me miraba con simpatía, de forma muy distinta a lo que yo estaba acostumbrado a ver en su rostro. Estuvimos en eso un buen rato hasta que me pareció prudente emprender la retirada.*

*—Yayo, no te vayas —me suplicó el pequeño Héctor.*

*—Quisiera quedarme con ustedes, pero justo ahora debo partir. Me gustaría mucho que algún día hagamos una excursión con carpas, cantimploras, lámparas a gas, cuerdas y todo. Les prometo que los invitaré cuando mejore de mi pierna rota.*

*—¡Yaaaa! —gritaron ambos, pero callaron rápidamente el ver a su madre pidiéndoles silencio nuevamente, pero sonriendo.*

*—Adiós niños, espero verlos pronto —les dije mientras hacía el ademán de pararme.*

*—No te olvides de la excursión prometida, yayo —gritó el mayor.*

*—Y de que me llamo Héctor, no Néstor —agregó el menor con una risotada semi contenida, seguida por la de su hermano.*

*—Vayan de inmediato donde María para que les prepare algo de comer, niños —dijo Flora, lo que fue inmediatamente obedecido por ambos.*

*—Son unos chicos encantadores —le dije a Flora, mientras me ponía de pie.*

*—Y te quieren, a pesar de que no los ves muy a menudo —me dijo ella, sin que aquello me sonara ahora a reproche.*

*—Ha sido una tarde encantadora, Flora. Despideme de Ricardo, por favor.*

*Dicho esto, me quedé unos segundos, pensando.*

*—Creo que te debo una disculpa —le dije finalmente, sonriendo.*

*—Me imagino que es la misma que te debo yo —replicó ella.*

*—¿Y cuál sería esa disculpa? —la desafié con una sonrisa.*

—Me arrepiento de haberte juzgado mal, sólo por prejuicios —me contestó al instante.

—Es exactamente mi propia disculpa —le dije—. Y gracias por reconocerlo en forma tan clara y rápida. Creo que a mí me cuesta más ser tan transparente. Y ya que hablamos de transparencia ¿cuál era la opinión que tenías de mí?

—¿Prometes no ofenderte?

—Lo prometo.

Flora se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa algo fruncida.

—Pensaba que eras un tipo engreído, narcisista, carente de ideas profundas y que se sentía maravillado por el aprecio que te demuestran los idiotas que componen aquella masa llamada público.

—¡Vaya! —exclamé—. Eso sí es ser transparente. ¿Puedo yo, a mi vez, darte mi opinión de lo que pensaba de ti? Siempre que tú tampoco te ofendas.

—Adelante, Rufo. Permaneceré tranquila —dijo con voz suave.

—Creía que eras una mujer amargada, antipática, mal genio, terriblemente aburrida y quizás frígida.

—No pongas insultos extras aprovechándote de la inmunidad que acordamos—rio, sin pizca de resentimiento.

—Quizás exageré un poquito —le dije con voz que procuré sonara como inocente—. Quería probar tus nervios.

—No pasa nada. Y, bueno, estoy muy feliz de haberme equivocado en mis conceptos hacia ti.

—Y yo igual —repliqué al instante—. Sólo me queda una duda.

Me miró con una picaresca cara de intrigada.

—¡Adelante! Estaría feliz en aclararte cualquier misterio.

—Ricardo y tú se ven muy felices juntos. Mi hijo es una buena persona, pero su forma de ser no parece calzar con esta segunda tú, aunque sí con la que yo pensaba que eras ¿Dónde está el secreto?

—No te olvides que esta segunda tú, como la llamas, es la verdadera.

—Así es. No me calza —le insistí.

—Rufo, no conoces a tu propio hijo. Es bueno, es cierto, pero no cándido. Es también inteligente, buen profesional, buen padre, buen amigo y buen...—y detuvo la frase repentinamente.

—¿Buen qué?

—Buen amante —completó, riendo de buena gana.

—Bueno, después de todo, algo tenía que heredar de su padre — bromeé, sumándome a su risa.

—La recomendación viene de demasiado cerca. No es para nada válida.

Reímos con distensión. Ambos parecíamos relajados, como si se nos hubiese aclarado que una terrible noticia recibida con anterioridad había sido, finalmente, falsa.

—¿Sabes por qué creo yo que nos sentimos aliviados, Rufo?

—Dímelo.

—Porque hemos insultado abiertamente a nuestros falsos yo. Tú al mío y yo al tuyo. Les dijimos las cosas que nos hubiera gustado haberles dicho cuando creíamos que eran los reales.

—No puedo estar más de acuerdo, Flora. Eres muy aguda. Habrías sido una excelente actriz.

—Bueno, creo que aún se podría. Avísame cuando exista un cupo disponible.

Era curioso. Parecía que estaba hablando con una nueva persona pero que, al mismo tiempo, la conocía de hacía años.

—Espero que de ahora en adelante nos veamos más a menudo, hija —le dije con cariño. Era la primera vez que la llamaba de ese modo.

Por respuesta, me tomó del brazo mientras nos dirigíamos a la salida. Una vez fuera, se acercó y me dio dos besos de despedida, uno en cada mejilla.

—Adiós, Rufo —me dijo simplemente, pero con calidez, para luego entrar, cerrando la puerta de calle. Me quedé pensativo un rato, dándome cuenta de lo estúpidos que podemos llegar a ser al guiarnos sólo por las primeras impresiones.

Luego, recordé lo que Flora me dijo sobre mi forma de ver el problema de Joana. Me invadió una cierta inquietud. Me di cuenta de que había sido demasiado desaprensivo. Le había dicho a la joven, sin tener claros fundamentos, que no se preocupara porque no pasaría nada. Flora se dio cuenta de esa liviandad y me advirtió que eso podría ayudar a que todo termine muy mal. Es curioso el peso que me producen ahora sus opiniones.

Envalentonado por el cognac, tomé mi celular y busqué en la lista de mis alumnos. Vi que, en los datos de contacto de Joana, estaba anotado el nombre de su madre, Estel Kravchuk, junto a su dirección. Considerando el aperitivo, el vino y el cognac que había consumido, opté dejar aparcado mi

*automóvil y llamé un Uber.*

Tan pronto arribó al lujoso edificio, Rufino se dirigió hacia el escritorio del conserje para preguntar por Estel.

—¿Podría decirme su nombre, por favor? —preguntó un señor de aspecto oriental, detrás de un inmenso escritorio lateral.

—Soy Rufino Castell, profesor de la hija de la señora Kravchuk.

—Un momento, señor —dijo el conserje procediendo a llamar por citófono interno, ante la mirada contrariada de Rufino.

El conserje sostuvo unos segundos de diálogo en susurros inaudibles para el visitante.

—La señora Kravchuk me ha dicho que por favor la espere unos minutos, señor. Tenga usted la bondad de tomar asiento en aquellos sofás —le informó al finalizar el diálogo oculto—. Yo le avisaré cuando pueda pasar.

Rufino asintió y se dirigió al mueble indicado en donde se sentó pensando que la espera sería de unos cinco minutos. Pero el tiempo empezó a pasar sin mayores señales hasta que, alrededor de un cuarto de hora después, ... el conserje lo llamó.

—Puede usted pasar al elevador número cuatro, señor Castell. Sólo tiene que oprimir el botón del piso duodécimo y lo dejará en su interior. Discúlpeme, pero antes debo tomarle una fotografía por motivos de seguridad —dijo mientras sacaba una minicámara—. Son reglas de la junta de vecinos —se disculpó.

Rufino se dejó tomar la fotografía con cara más bien de resignación, una vez hecho lo cual se encaminó a los elevadores. El interior del cubículo era de diseño futurista, con espejos impecables y suave luz. Una vez que el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y se encontró de frente con un personaje muy alto de rostro serio y nariz aplastada.

—Señor Castell, acompáñeme, por favor —lo invitó con voz de barítono.

Rufino salió del elevador y siguió al gigantón hacia una sala de estar

amplia, con muebles de color pastel y decoración minimalista. En las extensas paredes colgaban sólo dos cuadros. Eran obras de tipo abstracto, de gran tamaño, sin marco. Había también algunas estatuas de un gris oscuro, igualmente de corte vanguardista. De fondo sonaba una suave música de ópera, con una soprano dramática.

—Por favor, tome asiento —lo invitó el guía desde sus alturas—. La señora viene enseguida —agregó, desapareciendo después por una puerta lateral.

Unos minutos después se hizo presente Estel, luciendo un fino vestido azul oscuro y calzando unos zapatos de tacones delgados, muy altos. Rufino se puso de pie al instante.

—Disculpe, señor Castell, por la demora. Me tomé unos minutos en ordenar el salón. Sea usted bienvenido —le dijo estirando la mano para saludarlo, mientras Rufino observaba el delicado maquillaje de labios y ojos que, seguro, precisaría de unos cuantos minutos para ser efectuado. Al mismo tiempo, tomó nota, de la esbelta figura de Estel, de sus facciones algo exóticas y sensuales y de sus largas piernas realzadas por el especial calzado.

—Encantado de conocerla, señora Kravchuk, y discúlpeme por la intromisión. He venido a solicitarle algunos minutos para conversar sobre su hija Joana.

—Para mí es un placer saludarlo, Rufino —le dijo ella, con una sonrisa mientras le estrechaba la mano—, no sólo por lo que mi hija me ha hablado de usted, sino también porque fui su *fan* hace años atrás.

—Bueno, el tiempo pasa. Me temo que se va a decepcionar —dijo Rufino también sonriendo.

—No lo creo, pero ya lo veremos —dijo Estel mientras lo invitaba a que se sentara en el mismo sofá que había ocupado, mientras ella se acomodaba en el que quedaba a su lado, con un movimiento que le hizo subir la falda un buen tramo hacia arriba de su rodilla y que al instante bajó con su mano con aire recatado.

—No lo tome a mal, Rufino, pero encuentro graciosa esta situación —dijo Estel con cara divertida—. Joana me ha hablado mucho de su profesor y ahora los papeles se invierten. Es el profesor el que quiere hablarme de ella.

Rufino miraba el rostro de Estel con atención, como buscando sentidos ocultos, mientras ésta le sonreía con total naturalidad.

—Antes que nada, quiero que sepa que Joana es una de mis mejores alumnas. Es inteligente y profunda en su forma de pensar. Me imagino que está

orgullosa de ella.

—Así es Rufino. Es el principal motivo de vida para mí. Más que una hija, es mi mejor amiga.

Rufino guardó unos segundos de silencio, mientras miraba a su alrededor.

—Este lugar es maravilloso, Estel. La decoración es muy fina y de excelente gusto. La felicito.

—Gracias, Rufino —dijo ella, mirándolo de un modo interrogativo.

—Bueno, querrá saber el motivo de mi visita.

—Soy toda oídos —respondió Estel, abriendo las manos y encogiéndose ligeramente de hombros—. Pero, por favor tuteémonos. Eso me hace sentir más relajada. Yo sé que apenas nos estamos conociendo, pero odio las formalidades.

—Por supuesto, Estel. Eso me acomoda mucho también a mí —le sonrió Rufino, con alivio.

—Pues, adelante. Pregúntame lo que quieras saber.

—He notado que Joana, pese a su excelente desempeño, ha estado últimamente distraída y, aparentemente, con cierto grado de angustia.

—¡No me digas! ¿Has hablado con ella?

—Así es. Debo decirte que yo, a menudo, me involucro en lo personal con mis alumnos. Hablé con ella, tal como lo he hecho en la universidad con muchos de ellos, cuando notaba que estaban en algún problema.

—No dudo de que eso sea algo que haces con frecuencia —dijo Estel—. Lo que me dices calza, justamente, con la buena impresión que mi hija tiene de ti. Pero cuéntame, ¿qué te ha comentado?

—No ha sido muy explícita, pero al parecer tu proceso de divorcio la tiene alterada.

—¿No te ha explicado el detalle del problema? —le preguntó Estel con un esbozo de sonrisa al mismo tiempo que fruncía ligeramente la frente.

—Pues, no —mintió Rufino—. Sólo me ha dicho que está preocupada porque tu marido, es decir, tu aún marido, no sería una persona fácil. Yo quise tranquilizarla diciéndole que estos procesos suelen ser desagradables, pero que, finalmente, se normalizan. Le dije también, que podían contar con mi ayuda para lo que fuera.

—Eres un amor, Rufino. Yo sé que no es mucho lo que alguien puede hacer en estos casos, pero creo que debe haber ayudado en el ánimo de Joana el sentirse apoyada, aunque sólo sea en el plano emocional.

El tono en que hablaba era muy distendido, sin atisbos de mayor



complicación.

—Yo le dije a ella y te lo digo a hora a ti, que estoy abierto a lo que ustedes quieran confienciarme.

Estel permaneció en silencio, mientras que con una mano jugaba con un mechón de su cabello.

—Sólo en caso de que decidieran hacerlo —agregó Rufino después de un leve lapso, como dando por terminado el tema.

—Es que no hay nada importante de qué preocuparse, Rufino. Te agradezco mucho tu buena disposición, pero, ya que estás aquí, me encantaría conversar contigo sobre las clases que tienen tan entusiasmada a mi hija. ¿De qué se trata el programa?

Rufino la miró por algunos segundos sin decir nada. Al ver que Estel seguía igualmente silenciosa y sonriente, pareció convencido.

—Puede ser que mi programa no sea muy convencional —dijo a modo de introducción

Estel recogió con agilidad las dos piernas sobre su sofá y se sentó sobre ellas mientras lo miraba con absoluta atención

—Me gusta empezar por las raíces —continuó Rufino. Por el origen. Por lo básico.

Comenzó entonces a explicarle con todo detalle los fundamentos de la metodología de enseñanza que había usado, para pasar después a narrarle la manera en que estos principios se fueron aplicando en las dos primeras clases, y las situaciones que esto generó en los alumnos.

Estel lo miraba con los ojos muy abiertos, como los niños que miran a los titiriteros.

—¿Crees que sea tan importante para un actor o actriz filosofar sobre la vida? —preguntó, en un momento de pausa de Rufino.

—Creo que no sólo es una actividad importante. Es, más bien algo fundamental. Alguien que interprete caracteres, debe tener una amplia cultura de vida. Debe pensar.

—Perdóname, pero para mí la filosofía es una actividad un poquitín grandilocuente. Se dicen obviedades en forma rebuscada o francamente inentendible.

Rufino la miró con una media sonrisa.

—Las cosas más simples son a veces muy complicadas porque miramos sólo su superficie.

—Pero no le veo la gracia de buscarle complicación a las cosas. Lo

simple es lindo, directo, transparente. Lo complicado me aterra.

—No existen las cosas sencillas y transparentes, Estel. Pero sí que existen las miradas simples —dijo Rufino sin poder contenerse.

—A mí no me gustan las miradas complicadas —dijo Estel, sin parecer incómoda por la frase de Rufino—. Creo que la filosofía las complica innecesariamente.

—La filosofía no obliga a nadie a que la practique, Estel. Es una disciplina abierta. Pero en la actuación, pienso que es muy importante. El actor debe pensar en profundo, aún cuando interprete a un ser simple y claro.

—Pero habrá quienes, a pesar de ser cultos y de pensar profundo, como actores podrían ser desastrosos.

—Así es —concedió Rufino—. Indudablemente, para ser un buen actor, debe haber también una cierta predisposición personal o un talento innato como ocurre con todas las artes. Pero no he visto casos al revés. Es decir, nunca he conocido personajes que sean excelentes actores o actrices, pero de pensamiento plano y cultura delgada.

—Cuéntame, ¿qué se siente al actuar, en frente de un público numeroso? ¿te pones nervioso? Si el personaje se enoja, ¿te enojas tú realmente? —inquirió Estel, siguiendo al instante con una serie de preguntas de igual tónica mientras Rufino, con gesto contrariado, se limitaba a contestar con un simple “sí” o “no”.

Por el énfasis que ponía Estel, los temas de las preguntas parecían ser esenciales para ella. Quería saber si el estado de ánimo del actor influía en su desempeño; si eran ellos los que elegían el vestuario; si era frecuente los romances entre actor-actriz, o los conflictos entre ellos, etc. Los minutos iban pasando y Estel se veía cada vez más entusiasmada, mientras que la impaciencia de Rufino crecía a un ritmo paralelo.

—Esta conversación se ha puesto muy interesante y me gustaría acompañarla con algún trago—dijo Estel en un minuto determinado, como reparando en algo olvidado—. No te he ofrecido nada aún, discúlpame. Soy inepta como anfitriona.

—No te preocupes, Estel —dijo Rufino, mirando la hora en su reloj—. De todos modos, debo marcharme ya.

—No, no, no, mi amigo. No te puedes marchar así. Insisto en ofrecerte algo. Si me dices que no, me quedará la sensación de ser una estúpida por no haberte invitado algo a tiempo.

Rufino ocultó a duras penas la impaciencia.

—Está bien, Estel. Creo que me vendría bien una copa de vino tinto. Pero por sólo unos minutos —concedió Rufino, sin gran entusiasmo en la voz.

De inmediato, Estel pulsó el timbre camuflado en la mesita de arrimo y a los segundos apareció el gigante.

—Jordi, por favor tráenos una botella de *Chateau Saint Louis* y dos copas.

Al minuto reapareció éste con lo pedido. Descorchó allí la botella y sirvió los dos vasos para después esfumarse de nuevo.

—Brindo por haberte conocido, finalmente. He visto que mi hija no exageraba cuando hablaba de ti —dijo Estel levantando la copa hacia Rufino.

—Salud —dijo Rufino en tono anodino, chocando su copa con la de Estel.

—Estoy contenta de poder conversar con alguien que no se transforma en un arrogante por la fama.

—Estel —dijo Rufino en tono áspero—, la fama que puedo haber tenido fue en mi época de cine. Creo que crecí, realmente, cuando me dediqué al teatro. Y allí, la fama, por fortuna, no ha sido la misma.

—No seas modesto Rufino. Lo del cine es muy importante. Yo te recuerdo como el galán que eras entonces.

—No estoy orgulloso de mi etapa de cine, Estel. No porque el cine no sea relevante, sino porque encarné personajes anodinos, planos y mediocres, en todo el sentido de la palabra. Eran películas muy comerciales. La cosa cambió en ciento ochenta grados con el teatro.

—¡Qué importa eso! —exclamó Estel—. Entiendo que estés orgulloso del teatro, pero te podrás dar cuenta de que no te dan la cobertura de prensa que te daban antes. Debieras volver al cine. Aún puedes deslumbrar al público. Eres muy atractivo.

—Por favor, no sigas con esas exageraciones —dijo Rufino, con ironía—. Hace décadas que no me sonrojo. Si sigues en esas, lograrás que eso me suceda.

Estel no parecía notar el tono que empleaba Rufino.

—Te vas a reír, pero de jovencita estaba enamorada de ti. Es decir, del actor de cine que eras en esos entonces.

—Me emociona escuchar eso —dijo Rufino, manteniendo la misma forma de hablar.

—Yo era una adolescente soñadora, de las que caían rendidas ante las estrellas de cine de la época. En esos tiempos no me atraía el teatro. Cuando te

vi actuar en *Pasión en Madagascar*, me enamoré por un buen tiempo. Era tu máxima *fan*. De hecho, vi la película tres veces.

Rufino, que había mantenido una sonrisa forzada, no pudo evitar fruncir el ceño.

—¡Por favor, Estel! Esa película debe ser el peor engendro en el que tuve participación.

—Pero te veías tan lindo con tus botas de montar. Yo suspiraba.

—Deben haber sido botas de muy lindo estilo —sonrió Rufino con la mitad de su boca—, pero casi todo lo que ves en el cine es falso.

Estel continuaba hablando con igual entusiasmo.

—Bueno, te explicaré por qué estaba tan interesada en lo que me has contado sobre tus clases. Debido a esa película, para mí maravillosa a pesar de que tú la llamas engendro, yo quise estudiar actuación, con lo que casi le provoqué un infarto a mi padre. La negativa fue total y la depresión que eso me produjo sólo se me llegó a desaparecer cuando conocí a Gaspar, que sería posteriormente mi marido y padre de Joana.

A Rufino no se le escapó el tono que adquirió la voz de Eliana al mencionar a su primer esposo.

—Es lamentable que los padres intervengan de manera tan antojadiza —comentó Rufino, tratando de suprimir la ironía—. Quizás hubieses llegado a ser actriz.

—En respuesta a esa decepción, yo alenté a Joana a que lo fuese. No laforcé a ello. Sólo le presenté esa actividad como una legítima opción. Y a mi hija le fascinó. Su padre cooperó conmigo en esa misma dirección y pudimos constatar, con alegría, que Joana parece haber sido hecha para convertirse en actriz. Mi sueño personal se cumplió a través de ella.

Rufino la observó con seriedad por algunos segundos.

—Me da la impresión de que fuiste más que feliz con tu marido.

—Sí que lo fui. Quizás demasiado. Hasta que un accidente automovilístico me lo arrebató en un segundo —la voz se le quebró al final.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo Rufino.

—Ese fue el comienzo de mis padecimientos. Vino después la aparición de Demyan y todo se comenzó a complicar. Pero, en fin, no es posible que las cosas maravillosas sean eternas.

Calló entonces y quedó pensativa, mientras Rufino continuaba observándola con atención.

—¿Hay algo más que me quieras contar en este problema? —inquirió

Rufino, recordando las palabras de Flora.

—Claro que...no —titubeó ella, mientras la voz se le ponía temblorosa, para finalmente callar en forma brusca.

Rufino vio que los ojos de Estel estaban nublados y la boca contraída.

—La verdad —dijo, cuando pudo volver a hablar—, es que creo que sí estamos con un problema. Ese hombre es peligroso.

—¿Te refieres a Demyan, tu nuevo esposo?

—Así es. Creo que, hasta que no se oficialice el divorcio, estamos expuestas a ciertos riesgos.

Rufino tamborileó con los dedos de la mano derecha en el dorso de la izquierda. Hizo un ademán como para acercársele, pero finalmente no se levantó.

—¿Qué riesgos crees que estás corriendo, Estel? —preguntó desde su sitio.

—¡Me amenazó con que podría ocurrirme algo, pero sin especificar nada! ¡Eso lo hace aún más tenebroso! —dijo ella con voz afligida.

—Creo que es motivo suficiente para que hagas una denuncia en la policía —le dijo Rufino.

—Es que es un tipo totalmente loco. Si está furioso, no mide las consecuencias. Si yo hago una denuncia, puede ser peor. Mi abogado me ha aconsejado al respecto y estamos esperando unos días solamente para poner la demanda de divorcio, en cuyo momento se pedirán medidas cautelares en su contra.

—Es que dejarlo así, siendo el tipo peligroso, puede ser que estén corriendo un real riesgo.

—Tengo un guardaespaldas que no me deja ni de día ni de noche. Creo estar bien protegida.

—¿Te refieres al gigante que me recibió en el ascensor y nos sirvió el vino? Bueno, debe ser tranquilizador tenerlo de amigo —concedió Rufino.

—Sí. Me tranquiliza su presencia. En realidad, Jordi es mi chofer, pero también hace de recadero y guardaespaldas. Está autorizado a portar un arma. Pese a su facha poco amable, es muy simpático y participa con nosotras de unas reuniones que organizamos para relajarnos. Es buenísimo para contar chistes y nos tranquiliza una barbaridad. Justamente, hoy tenemos programada uno de esos encuentros con Joana, y Jordi. ¿No quieres venir con nosotras?

—Lamentablemente, estoy comprometido a cenar hoy con otra persona —se excusó Rufino, aunque, en verdad, no tenía nada programado para ese día.

—Es una lástima. Seguro que la reunión va a estar entretenida. Piensa que los tipos buenos para contar chistes son en cierto modo comediantes, es decir, actores. Estarías en tu ambiente.

—Gracias, Estel, quizás en otra oportunidad. Creo que es hora de marcharme. Ha sido muy grato conocerte —dijo Rufino, poniéndose de pie.

—Por favor, no te vayas aún —le dijo Estel, juntando las manos en mímica de súplica—. Espera unos minutos que me gustaría confidenciarte algo.

Se paró de su asiento y fue nuevamente a la mesita lateral en donde pulsó el timbre por la parte de abajo de la cubierta. A los segundos apareció nuevamente Jordi.

—¿Necesita algo, señora? —preguntó con su voz gruesa.

—Jordi, por favor toma la lista de las cosas que debes comprar para esta noche y que dejé en el segundo cajón del mueble lateral de la cocina. Y de pasada, ve a casa de Ximenita, la amiga de Joana y espérala allí para que la traigas de vuelta. Ellas llegarán en una hora y media del teatro.

—Muy bien señora. ¿Quiere que parta de inmediato? —preguntó en tono de duda.

—Por supuesto, Jordi, parte ya —le dijo Estel, haciéndole un ademán amistoso con la mano.

El gigante miró por unos segundos a Rufino que permanecía de pie y luego asintió con la cabeza, desapareciendo hacia los ascensores.

Entonces Estel se sentó en el sillón en el que había estado Rufino y lo invitó a acomodarse a su lado con golpecitos de la mano en el cojín.

—Quiero confidenciarte que me sucede algo extraño, Rufino —le dijo con tono de voz susurrante.

—¿De qué se trata? —preguntó éste con cierta sorpresa, mientras se sentaba en donde Estel lo había invitado.

—Amo la adrenalina —dijo ésta con una sonrisa algo particular, como la de un niño que cuenta una travesura.

—¿Qué me quieres decir?

—Debes saber que hay gente aficionada a deportes algo riesgosos, como, por ejemplo, el parapente, las competencias de carreras de motos o escalar en paredes verticales.

—Bueno, en gustos no hay nada escrito —rio Rufino—. Nada de eso me llega a seducir.

—¿Sabes por qué les gusta eso a los que lo practican?

—Me imagino que los divierten. No se me ocurre cuál más podría ser la

motivación para tener esas aficiones.

—¡No, Rufino! No es sólo porque los encuentren amenos. Es porque aquellas actividades les hacen secretar adrenalina. Y esa sustancia produce efectos notables en nuestro cuerpo. Nos acelera el corazón, nos pone en alerta y nos agudiza los reflejos. En suma, nos hace sentir vivos. Y es, además, adictiva.

—Bueno, sí, he leído comentarios al respecto, pero no estoy tan seguro de que simplemente una sustancia química sea tan importante como para que te lleve a realizar esas actividades con el sólo fin de sentir sus efectos. Según esa teoría, entonces yo abominaría de la adrenalina porque no me atraen los deportes riesgosos.

—Ese es el punto, querido Rufino. La adrenalina produce atracción en algunos y rechazo en otros. Y no sólo eso. Cuando experimentas atracción, ésta puede ser expresada de formas muy diversas.

—Estás muy misteriosa, Estel. No sé, aún, a dónde quieres llegar.

—La adrenalina me produce un efecto curioso, Rufo —usó el apelativo con la naturalidad de quien conoce por años a la otra persona.

—¿Cuál efecto?

—Me da vergüenza decirlo.

—¿Te avergüenza decir que te atraen los riesgos?

—No me entiendes, Rufo. El riesgo me produce un efecto particular. Me excita —al decir eso, puso la mano tapándose la boca escondiendo la sonrisa.

—¿Te excita? ¿Te produce hiperactividad?

—No, tonto. Me excita sexualmente —le susurró Estel, como contándole un secreto peligroso. Le dijo “tonto” con la misma familiaridad que tuvo al comenzar a llamarlo por su apelativo.

Rufino la miraba con una sonrisa incómoda.

—Por favor, Rufo, no vayas a comentar con Joana nada de esto. ¡Me mataría! Es más: ni siquiera le comentes que me has visitado. No sé por qué te confieso mis secretos. Quizás porque me has dado mucha confianza y me siento, en cierto modo, protegida por ti.

—Tranquila, quedará esto entre nosotros.

—Cuando conocí a Demyan, lo que más me atrajo de él no fue su indudable hermosura y simpatía. Fue la violencia que yo le adivinaba poseer. Me produjo una sensación erótica difícil de explicar.

Rufino parecía impaciente e incómodo.

—Bueno, como actor, me ha tocado desempeñar roles en los que la parte

sexual puede expresarse de formas poco comunes —dijo con voz ligeramente cambiada—. Es uno de los rasgos más complejos del ser humano. Ya lo había advertido Freud.

—Pero no vayas a creer que se trata de una excitación sadomasoquista. No es para nada así. No encuentro placer sexual alguno en el dolor físico. Es el riesgo en sí el que me exacerba la libido. ¿Estaré enferma? ¿Seré perversa? ¿Loca?

—Ya sólo el hecho de que reconozcas esa particularidad te releva de ser loca —dijo Rufino, sin que su afirmación sonara muy convincente—. Los dementes no tienen conciencia de sufrir un problema.

—La situación que estamos viviendo con Joana y el presunto riesgo que conlleva, hace que la adrenalina circule por mi cuerpo acelerándome el corazón y los deseos. Siento palpar mi pecho constantemente.

Estel le tomó una mano a Rufino y se la llevó a su pecho. Éste pereció tomado por sorpresa y la dejó hacer.

—¿Sientes el palpar? —le preguntó ella con voz ronca mientras le arrastraba la mano más bien hacia el seno izquierdo.

Rufino percibió, efectivamente, las palpitaciones agitadas bajo su palma, pero también la tibieza de la piel y la redondez de la superficie. Y se dio cuenta de que no había más ropa debajo del escote cuando sus dedos chocaron con un pezón erecto y firme.

—Creo que estás equivocando el camino —le dijo Rufino mientras retiraba la mano con suavidad.

Estel lo quedó mirando unos segundos, con cara de sorpresa. Luego se levantó y se sentó en el otro mueble.

—¿Crees que no soy atractiva? —le preguntó en un tono mezcla de decepción y vergüenza.

—Muy por el contrario, Estel, Creo que sí lo eres, y mucho. Pero te has estado dejando llevar por las fantasías del pasado, cuando yo era el artista de cine que convertiste en héroe.

—Me siento pésimo, Rufo. Perdóname.

—No te sientas así. Es sólo que, por un momento, fuiste presa de una ficción. Yo no soy el héroe que tú veías en mí cuando colegiala. Tengo unos cuantos años más, una vida algo complicada y una pareja. El sexo es excitante en sí. No es necesario inventar toda una historia sobre la adrenalina para justificarlo. Pero es importante elegir un buen momento y un *partner* apropiado. No necesitas improvisar.



Estel parecía hundida en su asiento, con rostro triste.

—Por favor, no sigas hablando. Me siento muy humillada.

—Tranquila, Estel. Muchas veces hacemos cosas que no sopesamos. Está en nuestra naturaleza humana.

—Me vas a odiar por esto.

—Estel, soy un viejo que con el tiempo se pone sabio. Jamás haría la tontería de tomar esto a la tremenda.

—Pero me criticarás en tu pensamiento.

—No puedo reprocharte sentir deseos sexuales, Estel. Todo lo contrario. Lo yermo, lo frío, lo neutro son, en realidad, los elementos que deberían asustarnos.

Se hizo un silencio de algunos segundos. De pronto, Estel miró de frente a su visitante.

—¿Me deseaste, aunque fuese sólo por algún segundo?

—Intensamente, te lo aseguro—le contestó, con voz baja. En la frente le brillaba una ligera humedad—. Por eso mismo, debo irme.

Diciendo esto, Rufino se puso de pie, se acercó a Estel que permaneció encogida en su asiento, le dio un beso en la mejilla y partió en dirección al ascensor.

Ingresó al cubículo con aparente tranquilidad y apretó el botón. Tan pronto las puertas se cerraron tras sí, apoyó la frente en la pared con los ojos cerrados a la fuerza y dio un golpe de puño que hizo estremecer al aparato en su descenso.

Al lunes siguiente, la tercera clase se desarrollaba como era ya habitual, con plena participación de la audiencia. En esa oportunidad el tema central sería la Verdad.

—Este concepto —había indicado Rufino al comenzar la clase— es un monstruo de mil caras. Para un actor que representa un personaje que sostiene alguna de ellas, es muy importante que esté consciente de este relativismo. De esa manera podrá ser fiel a qué tipo de verdad es la que ostenta.

—Perdón, profe...—dijo Darko.

—Lámame Rufo —lo interrumpió Rufino.

—Ok, Rufo —continuó Darko—, creo que verdad es sólo *uno*. Si se describe algo tal como ese algo es, estaríamos diciendo la verdad. Esa es la forma en que la Ciencia ha *avanzada*.

—¿Y cómo sabes que lo que describes es correcto?

—Gracias a las pruebas y a *los experimentaciones*. Podemos llegar a *otras* planetas gracias a la teoría de la relatividad de Einstein.

—Pero la ciencia trabaja sobre supuestos. Lo que Newton aseguró, Einstein lo corrigió. Y lo que Einstein dijo, entra, en muchos casos, en conflicto con la teoría cuántica. Son sólo supuestos, Darko. Por algo, son calificadas como “teorías” —dijo Rufino, haciendo las comillas con los dedos.

—La verdad absoluta, no existe —dijo Martí—. La ironía de Sócrates lo expresó en la famosa frase de “sólo sé que nada sé”.

—Pero eso es contradictorio —terció Pau—. Si dijo que no sabía nada, no podía saber que no sabía nada —agregó poniendo cara de loco.

—Eso es un juego dialéctico, amigo Pau —dijo Martí, sonriendo—. Se adelantó en ello a Gödel—, agregó, mientras la audiencia lo observaba con evidentes signos de no saber quién diablos podría ser ese personaje.

—Pero habrá cosas que son evidentes en sí—dijo Sofía.

—Hay distintas formas de verdad —dijo Martí—, pero, básicamente,

podemos hablar de verdad ontológica y verdad lógica. La primera se refiere al ser, es decir a lo que la cosa es y no de lo que pensemos sobre esa cosa. Por ejemplo, es verdad ontológica que el agua se compone de dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno. La verdad lógica, en cambio...

—Gracias, Martí—lo interrumpió Rufino—, pero lo que quiero es que vayamos al simple sentido común. No quiero que profundicemos en filosofía, sino que tengamos la mirada práctica. Por ejemplo, has dicho que la verdad absoluta no existe. ¿Lo crees así?

—Así lo pienso. Creo que toda verdad es, más bien, una simple, interpretación humana.

—A ver, muchachos, díganme si creen que lo que dice Martí es verdadero.

—¿Estamos todos *al pedo*? —preguntó Facundo—. ¿Vos nos *preguntás* si es verdadero que nada es verdadero? Es la misma boludez de Sócrates.

—Lo preguntaré de un modo diferente. ¿Creen que sea posible que algo sea irrefutablemente verdadero?

—Creo que la tierra es *redondo* —declaró Darko con seguridad absoluta.

—Como estamos hablando de absolutos, amigo Darko, eso es falso —le replicó Rufino—. El concepto de redondo en geometría ideal se aleja de lo que la tierra realmente es.

—Bueno, si vamos por *esa* camino de gilipollas, nada es *verdadera* —dijo Darko en tono molesto.

—Bueno, yo pienso que es verdad que todos estamos sentados en esta sala —dijo Sofia.

—¿Todos aceptan eso? —preguntó Rufino en tono desafiante, mirando hacia Joana que parecía estar en otro mundo.

Había observado que la muchacha estaba en esa actitud desde el comienzo, lo que lo sorprendió porque era contradictorio con la impresión con la que había quedado después de conversar con ella.

—Podríamos ser un sueño inducido por una especie de *Matrix* —dijo Facundo en tono burlón—. No podemos estar seguros de que estamos realmente aquí, en lugar de ser un proceso computacional que se desarrolla en un ordenador siniestro.

—Es verdad —reconoció Sofia.

—¿Has dicho “es verdad”, así como así, cuando estamos dudando todos de que algo sea verdad? —se rio Facundo. —*Sos* una mujer fantástica.

Has solucionado el problema de un golpe.

—Bueno, es un decir, para sostener que estoy de acuerdo con algo — se defendió Sofia.

La discusión se extendió por unos cuantos minutos, mientras todos se daban cuenta de que era muy difícil asegurar algo en forma contundentemente clara.

En un momento, Rufo pidió atención.

—Muchachos. Lo que yo quiero que ustedes reconozcan es la verdad de nuestras propias opiniones. Por ejemplo, si yo digo que detesto la carrera militar y fuese sincero al decirlo, eso sería verdad. Pero no sería verdad, necesariamente, que la carrera militar sea detestable. Sería verdad que yo opino eso. Entonces las opiniones que son expresadas, cuando coinciden con lo que uno piensa, son verdaderas en relación con esa coincidencia. La tragedia de nuestros tiempos consiste en considerar que es verdad lo que uno piensa sólo porque uno sinceramente lo cree así.

Todos miraban con cierta confusión. Algunos hacían pantomimas de caras de loco.

—Cuando actuemos —continuó Rufino, sin hacer caso de esas manifestaciones—, estaremos diciendo cosas que deben ser interpretadas como verdades o mentiras, pero en relación con lo que el sujeto piensa de lo que dice y no de la falsedad o verdad en sí de lo dicho. Eso es lo esencial en un diálogo. Son verdades y mentiras que se cruzan. Nuestro deber, como actores, es saber expresar hacia el espectador lo que interiormente el personaje supuestamente piensa. Pero, al mismo tiempo, tendiéndole, de tanto en tanto, trampas que le hagan pensar que estamos siendo sinceros cuando en realidad mentimos o viceversa. El actuar es un juego. Por algo en inglés se usa la misma palabra para ambas cosas: *to play*.

La audiencia comenzó a dar signos de entender el trabalenguas de Rufino, mientras comentaban entre sus cercanos lo que éste acababa de decir.

—Voy a proponerles un juego —les dijo Rufino después de un rato—. Quiero que ustedes digan algo que piensen como verdadero o falso, pero deberán tener una prueba de que lo dicho coincida con el calificativo elegido. Una vez que lo hayan decidido lo dirán en voz alta y el vecino deberá decidir si es verdadero o falso. La gracia del juego consistirá que, en el momento de decir la frase, lo hagan de modo que confundan al vecino.

—¡Pero qué boludez! —susurró Facundo—. Sería más directo y entretenido que directamente repartamos cartas y juguemos *poker*.

Hubo unos minutos de desorden en los que se pusieron de acuerdo en las parejas de cada juego. Martí tuvo problemas para explicarle el juego a Joana, que era su vecina de la última fila. La muchacha lo miraba como si no hubiese escuchado nada de lo que Rufino había propuesto, mientras éste los observaba desde el tablado.

En un momento, la asamblea acordó iniciar el juego desde la primera fila.

—“Jamás llevo en mi bolso un preservativo” —dijo Andrea soltando una carcajada.

—¡Por supuesto que eso es falso! —exclamó Sofia, que era la que debía decidir.

—Has fallado, amiga. He dicho la verdad. Jamás llevo uno, sino dos —dijo Andrea abriendo el bolso y extrayendo dos cajitas del elemento en cuestión, mientras todos reían alrededor.

Darko era el que seguía.

—“Yo siempre me apego a las reglas y a *los* leyes” —dijo éste, mirando a Pau en forma desafiante.

—Considerando tu cabeza cuadrada, no me cabe duda de que eso es verdadero —le dijo Pau—. ¿Estáis todos de acuerdo, amigos? —preguntó, mirando a la audiencia, mientras soltaba una risotada.

—Amigo mío, ¡te *equivocasta!* —dijo Darko, sacando de su bolsillo un documento de infracción del tránsito que le habían impuesto el día anterior.

—Seguro que la infracción no fue porque *hayás* querido hacerla, sino por boludez —le mandó Facundo desde su sitio.

La siguiente frase le correspondió a Gala.

—“Los tiempos han cambiado y ya nadie me molesta por ser transgénero” —dijo mirando a Facundo, con una sonrisa.

—¡Falso! —exclamó éste, con decisión—. Los pelotudos son una raza difícil de exterminar.

—¡Acertaste! —dijo Gala con alegría, mientras sacaba de su bolso un papel en el que alguien había escrito insultos y amenazas “al Galo maricón”, como la mencionaban.

Mientras seguía el juego, mitad en broma y mitad en serio, entre exclamaciones y risas, Rufino aprovechó de dirigirse a la última fila al lugar de Joana. Le hizo un guiño a Martí que estaba a su lado y tomó una silla libre en la cercanía, sentándose allí.

—Creo que me debes una explicación, Joana —le dijo en voz muy

baja, mientras la miraba de fijo.

Joana le devolvió la mirada, intentando sonreír, pero el resultado fue una ligera mueca.

—No sé a qué te refieres, Rufo.

—Es evidente que no has prestado atención en toda la clase.

—¡No es así! —le dijo Joana, frunciendo el ceño—. Es cierto que pueda parecer algo diferente porque me duele un poco la cabeza, pero eso es todo.

—No me hagas repetirte todo lo que conversamos el otro día sobre mis conocimientos de Comunicación Gestual. Es evidente que algo te ocurre.

—¡No me ocurre nada! Por favor, Rufo, no continúes con este interrogatorio que realmente me desagrada —el tono se le puso agrio.

—¿Pasó algo con Demyan?

Joana lo miró con ceño fruncido por algunos segundos. Tomó sus cosas, se levantó y salió casi corriendo, sin despedirse.

El resto de la asamblea seguía con el juego de la verdad sin percatarse de la situación, mientras Rufino miraba la puerta de salida meneando la cabeza. Después de un rato, volvió al tablado para continuar con la clase.

*La conducta de Joana me tiene algo intrigado. En la clase de hoy, no participó como habitualmente lo hace en su desarrollo y se veía como ausente. Eso me llamó aún más la atención porque, cuando hablé con ella días atrás y me confidenció su problema, tuve la sensación de que, a efectos de mis comentarios, ella había quedado mucho más tranquila. Pero hoy se mostró muy diferente, como si su inquietud, en lugar de haberse calmado, hubiese crecido. Al terminar la clase, rechazó hablar conmigo y desapareció con rapidez.*

*Su actitud no calza con la de su madre, la que parecía bastante relajada al respecto, cuando la visité el martes pasado. Los comentarios que Flora había hecho sobre mi aparente exceso de tranquilidad con el que yo había tratado el tema con Joana, fueron la razón que me motivaron a realizar esa visita. En efecto, Flora me hizo ver que la liviandad de mis consejos pudiera generar un desenlace trágico ante una persona violenta como parece ser ese tal Demyan.*

*Durante aquella entrevista, Estel me pareció un personaje curioso. Es, por cierto, bella y atractiva, pero tiene la mentalidad de una adolescente. Durante casi toda la conversación se dedicó a recordar mis tiempos de cine como una niñita que se encuentra con su héroe de ensueños. En los pocos minutos que dispuse para hablar sobre el objetivo de mi visita, traté de hacerle ver de que era importante que considerara en serio las amenazas del sujeto en cuestión, y de que hiciese una denuncia ante la policía. Desechó de plano esos consejos. Me pareció que la causa principal de que Estel no se viera realmente preocupada por su situación, era la presencia de un gigantón armado que oficia de guardaespaldas y que la cuida día y noche. Yo vi al tipo, y, en verdad, tiene un aspecto que intimida.*

*Después de más de una hora de intentos, me di cuenta de que no era permeable a mis consejos, de modo que me despedí de ella con la sensación de que habíamos quedado en el mismo punto. En todo caso, para mi*

*tranquilidad, sé que hice todo lo posible para que recapacitara. Lo que pudiera suceder a futuro, no será entonces de mi responsabilidad.*

*Con todos estos asuntos en la cabeza, más los textos de revisión que debo repasar para preparar mis clases, me he dado cuenta de que he descuidado mi relación con Montse, de modo que, terminada la clase de hoy, sentí la imperiosa necesidad de estar con ella. La invité a quedarse conmigo para cenar y le pedí que pasáramos la noche juntos. Antes de mi accidente, era cosa que hacíamos con frecuencia.*

*—Creí que ya no te interesaba estar conmigo, Rufo —me reprochó en tono cariñoso con su voz ronca, a pesar de que jamás ha fumado—. Acepto encantada tu invitación.*

*—Es que, para preparar estas clases, he necesitado más tiempo de lo que pensaba —le expliqué—. Discúlpame por estas ausencias, pero, en realidad, el nivel de mis alumnos y la presencia de Martí, me han obligado a largos repasos sobre conceptos filosóficos de la conducta humana.*

*Le di un beso de confirmación para expresarle que lo nuestro sigue vigente y fuimos a la cocina. Es de rutina que, los días que Montse se queda conmigo, nos dediquemos a preparar juntos una buena cena, ayudados por unos libros de recetas. Ojeamos uno de ellos hasta dar con un plato de consenso. Esta vez, elegimos preparar un fricandó que es un maravilloso guiso de ternera con setas, y, tal como lo hemos hecho siempre, nos repartimos amigablemente las tareas. Yo me encargué de la carne y Montse de los aderezos, que, debo reconocer, es la parte más delicada del plato. Y, de postre, una crema catalana que es una maravilla preparada por las manos de Montse.*

*Nos calzamos los delantales-pechera que usamos para estos casos y nos pusimos manos a la obra con mucha dedicación. Después de unos cuantos minutos en ello, mientras yo preparaba la carne antes de su cocción y Montse los aderezos en el otro extremo de la cocina, sentí que algo húmedo me caía sobre la cabeza.*

*—Tienes la ternera esperando demasiado —me gritó Montse desde su extremo.*

*Me di cuenta de que me había lanzado un pimentón.*

*—¿Y cuál es el apuro? No veo que hayas terminado el aderezo —le contesté, tirándole, a mi vez, una rebanada de tomate de un plato de ensaladas que tenía a mano.*



*El proyectil voló con precisión y se hundió certeramente en su peinado. Esa fue nuestra declaración de guerra amistosa. Es algo frecuente que, durante la preparación de una cena, juguemos tirándonos aderezos y hasta harina por la cabeza entre risotadas e improperios. En previsión a eso, cada vez que cocinamos lo hacemos enfundados en esos largos atuendos protectores. Ese día estábamos más alegres que de costumbre, porque era como un reencuentro después de un par de meses sin practicar la cocinería juntos. Nos reímos como nunca, cual colegiales en recreo, mientras cruzábamos proyectiles vegetales. El desorden que resultó de todo eso fue normalizado con rapidez antes de sentarnos a comer, siguiendo lo tácitamente acordado desde el día que iniciamos esas batallas campales. En efecto, después de la primera guerra vegetal que tuvimos, habíamos decidido que la cena tenía que ser servida, siempre, en una cocina ordenada, con música suave y velitas románticas. Para lograr eso, tal como lo acordamos en otras ocasiones, nos repartimos las tareas de limpieza. Yo me ocupé de asear el piso y Montse de normalizar las cubiertas de mesas y mesones. El arreglo personal de cabezas y pelos lo realizamos en forma cruzada: yo me encargué de Montse y ella de mí, de forma que tanto la cocina como nosotros logramos quedar impecables.*

*Nos sentamos entonces en la mesita que tenemos para esos efectos puesta en la misma cocina, acompañando la comida con un vino cabernet francés de excelencia, que mi amigo Gerard me regala de tanto en tanto. Y, concluida la cena, que, en verdad, quedó de maravillas, nos regalamos con un brandy de Lepanto.*

*—Hace tiempo que no me cuentas de tus peripecias económicas —le dije, con algún sentimiento de culpa porque, en realidad, estaba consciente de que esa falta de comentarios de su parte se debía a que yo no le había preguntado nada desde hacía semanas y ella era reservada con sus actividades.*

*—La Generalitat me encomendó realizar un estudio sobre la repercusión económica de una eventual independencia de Cataluña. He estado trabajando en eso, junto a un equipo de asesores.*

*—Me imagino que una separación de España traería algún impacto negativo de...*

*—Que se compensa con el menor gasto que significaría dejar de pasar dinero al gobierno central —me cortó al instante, con vehemencia.*

*—¿Crees que se compensa totalmente? —le pregunté acentuando*

*adrede mi escepticismo.*

*—Puede que demore algún tiempo, pero al final así será.*

*—Pero Montse, ¿para qué arriesgarnos a una situación incierta, que puede fracasar, si al final lo que podríamos aspirar es a llegar, con suerte, a lo mismo?*

*—Pero seríamos nosotros los dueños de nuestro destino.*

*—Está bien —le concedí sin mucha fe en ello—, puede que tengas razón.*

*Me miró con cara de dudas sobre mi sinceridad, pero sonrió y levantó la copa como un signo de brindis algo tardío.*

*—Sería bueno que brindemos por este reencuentro —dijo mientras me mandaba un beso aéreo.*

*—¡Salud! —le dije, levantando mi copa.*

*—¡Salut y força al canut! —exclamó con picardía al chocar los vasos.*

*Bebimos lo que nos quedaba de la copa, mientras nos mirábamos a los ojos, como ella me pedía hacerlo en nuestros brindis.*

*—He notado que estás muy preocupado por tu alumna Joana —me dijo, después de observarme con atención por algunos momentos.*

*Busqué en el risueño rostro de Montserrat si había alguna intención especial en su comentario, pero no vi nada más que una auténtica curiosidad.*

*—Joana es una de mis alumnas más inteligentes —le contesté, aunque no había habido pregunta de por medio—. Pero está pasando por una situación incómoda.*

*Ante la sostenida mirada interrogadora de Joana, comencé a relatarle la situación de su madre, y las conversaciones que había tenido con ambas mujeres. De cómo este problema, para mi sorpresa, en lugar de irse reduciendo, parecía estar aumentando día a día.*

*—Cuando escuché el relato de Joana —le dije —, pensé que no era un problema tan serio y así se lo hice ver. Me dio la impresión de que ella había quedado tranquila. Quizás en demasía, como me lo hizo ver Flora, mi nuera.*

*—Creí que no hacías mayor caso de las opiniones de Flora —me dijo Montse en tono que me pareció algo burlón.*

*—La impresión negativa que antes tenía sobre mi nuera, cambió radicalmente cuando tuvimos la oportunidad de conocernos mejor. Es, en*

*realidad, una persona inteligente y aguda.*

*—Me alegra escuchar eso. Las pocas veces que la he visto bastaron para darme la impresión de que era una persona amable y encantadora. Pero tú, al parecer, la detestabas —rió con su tono ronco de voz.*

*—Como ves, aunque pontifico sobre la necesidad de no ser prejuicioso, caigo en ese error de vez en cuando. Ok, lo reconozco. Soy culpable, mi malévola Montse.*

*—Qué bueno que lo reconozcas, amor. Eso es lo que me gusta de ti. Tu honestidad.*

*—Pero, volviendo al tema de Joana, no entiendo qué pasó que le hizo cambiar tanto su actitud. Hoy se veía ensimismada y melancólica.*

*—¿No has pensado que sea posible que el tipo ese haya terminado por concretar alguna de sus amenazas?*

*—Al quedar intranquilo por lo que me hizo notar Flora, decidí visitar a la madre de Joana. Cuando lo hice, me dio la impresión de que, si bien estaban preocupadas, no era algo de vida o muerte. Y tienen una especie de gorila de dos metros, armado, que las acompaña día y noche.*

*—De qué edad es..., ¿cómo me dijiste que se llama la madre de Joana?*

*—Estel —dije con despreocupación, a pesar de que me di cuenta de que era el tono que Montse usaba cuando iba a iniciar sus típicas seguidillas de preguntas—. Es de unos cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años, o algo así. Muy elegante y, al parecer, riquísima.*

*Montserrat me miró de fijo.*

*—¿Es bonita?*

*—Bueno, tanto como una real belleza no, pero sí podría calificarla de atractiva —dije, tratando de usar un tono más bien casual.*

*—¿Qué quieres decir con atractiva? ¿Es sensual?*

*—Tiene un rostro interesante y un cuerpo esbelto. Pero, lamentablemente, piensa como una colegiala.*

*Montse estiró sus brazos y me tomó las manos.*

*—Dime la verdad, Rufo, ¿trataste de seducirla? ¿o ella trató de hacerlo contigo?*

*En mis años con Montse, me he acostumbrado a lidiar con estos episodios absurdos de celopatía, cada vez que, por alguna razón, he debido estar con alguna mujer a solas.*

*—Montse, Montse —le dije meneando la cabeza—. No me digas que otra*

vez te atacan los celos.

*Me siguió mirando de fijo por algunos segundos más, pero finalmente cedió. Me soltó las manos y sonrió.*

*—Está bien, amor. Discúlpame, no lo puedo evitar.*

*Entonces la abracé con cariño y le di un beso paternal en la frente.*

*—Me dejó preocupado lo que me dijiste sobre la posibilidad de que el tipo ese haya concretado alguna de sus amenazas —le dije, pensativo.*

*—Tienes que hablar con Joana. Quizás sea algo que no tenga que ver con lo de su madre.*

*—Quise hacerlo hoy, después de clases, pero literalmente huyó cuando me acerqué a ella.*

*—Esto es realmente raro. Me preocupa.*

*Quedamos un rato, pensando en silencio. Se escuchaba el tic tac del reloj de pared en la cocina.*

*—Pero, por otro lado —dijo entonces Montse—, el hecho de que Joana siga asistiendo a tus clases significa que no puede ser algo muy grave lo que haya sucedido, si es que realmente ha pasado algo. Si su madre hubiese sido agredida, ella, de seguro, no continuaría viniendo como si nada.*

*—Tienes razón. Algo ha pasado, pero debe ser alguna tontería menor, sin importancia. No nos preocupemos más de este asunto y disfrutemos de nuestra noche.*

*Montse se levantó entonces de su silla y se estiró como los gatos que han permanecido mucho tiempo en una posición fija. Yo amo su cuerpo sensual en el que se destacan un cuello esbelto sin signos de papada, un busto más bien pequeño pero muy bien conservado, la cintura breve y, sobre todo, un trasero notable. Creo que tiene bien ganado el apodo de “hormiguita” como la llamo en nuestros momentos de intimidad. Su gesto de elongación hizo resaltar esos atributos, lo que me produjo una oleada de erotismo, al pensar en la buena jornada que me esperaba para la noche.*

*—Creo que es buen momento para irnos a la cama, mi hormiguita.*

*La invitación me salió del alma, espontánea, casi sin participación de mi voluntad.*

*—Por supuesto amor. ¿Qué serie estábamos viendo? Hace tanto tiempo que no estamos juntos que lo olvidé —me contestó, pero era evidente que era sólo una travesura suya.*

*—Creo que podemos ver algo mucho más interesante, que no lo están dando en el cable ni en Netflix —le dije, acercándome.*

*La abracé y noté su calor y las sinuosidades de su cuerpo. Siempre me ha parecido mágico el hecho de que unas simples sensaciones táctiles, despierten de esa manera mis sentidos.*

*Se rio con complicidad, me abrazó y nos besamos, primero como jugando y luego cada vez con más pasión, para enseguida apresurarnos al dormitorio.*

A pesar de lo conversado con Montserrat, Rufino seguía inquieto por Joana. El martes por la mañana decidió contactarla a su celular, pero no le contestó la llamada después de tres intentos. Al cuarto, escuchó el mensaje de que el celular estaba apagado o fuera de cobertura.

Rufino analizó las posibilidades. O la conducta de Joana no tenía nada que ver con el problema de su madre, o bien, que algo había pasado, realmente. Ante la imposibilidad de hablar con su alumna, decidió visitar nuevamente a Estel.

Esta vez, las cosas fueron bastante distintas. No hubo necesidad de que el conserje le tomara una foto pues ya estaba en los archivos. La espera para recibir el *ok* fue cortísima, y, cuando se bajó del ascensor, no lo recibió el gigantón, sino la propia Estel, casi sin maquillaje y en bata de levantarse. La sala estaba algo desarreglada, con el periódico tirado en la mesa de centro y un ordenador abierto y encendido al costado. No había música alguna de fondo.

Rufino pudo constatar que, si bien en esa tenida la mujer no lucía el atractivo que él recordaba, seguía siendo hermosa. Le llamó la atención su aspecto cansado, como si no hubiese dormido bien.

Cuando se acercó a saludarla, Estel le estiró formalmente la mano, la que éste debió estrecharle, con cierta sorpresa.

—Disculpe que lo reciba de esta manera, Rufino, pero he estado ocupada en algunos asuntos domésticos que me han quitado bastante tiempo. Pase por favor y tome asiento —agregó, indicándole el pequeño sillón de al lado del sofá en el que se habían sentado juntos la vez anterior.

Rufino constató la ausencia de tuteo y la frialdad formal de sus modales. Tomó asiento donde le indicaba con cara de sorpresa.

—¿Desea un café? —le preguntó Estel que permanecía de pie.

—Muchas gracias, Estel, siempre que no sea molestia —le aceptó, tratando de poner un tono de voz aparejado al de ella. —No

es problema. En un segundo vuelvo —dijo, saliendo de la sala, sin apretar el botón con el que hacía los llamados a Jordi.

Rufino miraba a su alrededor, sorprendido. Estel era otra persona y el gigante parecía estar ausente.

A los minutos retornó Estel portando una bandejita con una sola taza, que le ofreció a Rufino.

—Yo no tomo café a estas horas —explicó, mientras se acomodaba en un sillón al frente de donde estaba Rufino.

—¿Está sola, Estel? ¿No está Jordi con usted? —le preguntó Rufino, cuidando de mantener el formalismo que ella había impuesto.

—Jordi debió viajar a Gerona, de donde es, el miércoles de la semana pasada. Tiene a su hermana allí que está delicada de salud y viajó para cuidarla. Pero, dígame en qué lo puedo ayudar.

Rufino volvió a mirarla con atención. Notó que el párpado del ojo izquierdo de Estel, tiritaba de tanto en tanto.

—¿Ha tenido algún problema su hija Joana? En la última clase se veía muy ensimismada. Y no quiso hablar conmigo.

—¡Absolutamente nada, Rufino! —le dijo con exagerado énfasis, poniendo cara de sorpresa—. Sigue feliz con sus clases. Conmigo está igual de alegre y positiva.

—Créame que estaba notoriamente cambada. Muy callada y pálida.

—¡Tonterías! Quizás sea eso que nos ocurre a las mujeres cada mes.

—¿No ha pasado nada con su situación? Me refiero a las preocupaciones que tenían referentes a su marido —exploró Rufino con aire escéptico.

—Nada, nada, Rufino —dijo con voz precipitada.

—Pero, actualmente está sola. ¿No tiene miedo?

—Estoy muy tranquila. Demyan retornó a Ucrania y con ésto el tema se solucionó. Como ve usted, no tengo nada más de qué preocuparme.

—¿Demyan se fue? ¿Está segura de que viajó a Ucrania?

—Él le pidió a mi secretaria en Construct que le comprara los pasajes y yo misma lo llevé al aeropuerto el domingo.

—¿Construct es la empresa en donde él trabaja?

—Es mi empresa constructora. Y él era el gerente de operaciones. Renunció a su puesto y me anunció que volvería a su país. Que ya no deseaba tener más problemas conmigo y que me deseaba éxito.

—¿No tuvo temor a verse con él? ¿La acompañó Jordi?

—No, Jordi ya se había marchado. Pero no tuve ningún temor en llevarlo. Cuando me llamó para pedírmelo, su tono era conciliador, muy diferente al que había tenido con anterioridad. Conversamos amistosa y largamente sobre nuestra situación. Me aseguró que ya se había convencido de que lo mejor, para ambos, era separarnos. Me convencí de que había recapacitado y que, de verdad, Demyan quería volver a su país. Como usted puede comprobar, estoy sana y salva. Nada malo llegó a pasar.

Rufino tomó su café guardando un momento de silencio. Miraba a Estel que lucía una sonrisa estática.

—Y ahora, Rufino, discúlpeme, pero tengo que seguir trabajando. Usted ve que tengo el ordenador encendido —me dijo, mostrando el aparato en la mesa de centro.

—Está bien, Estel. Disculpe por esta intromisión, pero he venido sólo porque estaba preocupado. Me alegra mucho que todo esté solucionado. A propósito, ¿seguirá con sus planes de divorcio?

Estel hizo un ligero pestañeo repetido.

—Veré lo que mis abogados me aconsejen —dijo.

Rufino se puso de pie para despedirse, con la taza de café aún en la mano. Se acercó a la mesita de centro para depositarla allí. Justo en ese momento, el celular de Estel que estaba en la cubierta del mueble semi oculto por el periódico, hizo el *bip* característico de la llegada de un mensaje de *WhatsApp*. Rufino alcanzó a ver el fragmento de pantalla que no estaba tapado por el periódico en la que pudo distinguir la fracción de algunas líneas.

“...gundo aviso” “...nero a reunir” “...no se realiza” “...abrá todo”

Rufino tenía una visión rápida y una memoria reciente muy activa. Alcanzó a ver esas porciones de mensaje y quedaron rápidamente grabadas en su memoria, justo cuando Estel se precipitaba a la mesa y tomaba el celular apagándolo.

—Gracias por su visita, Rufino. Espero que haya quedado tan tranquilo como nosotras lo estamos —le dijo estirándole la mano para despedirlo.

Rufino le estrechó la mano, pero se la retuvo por algunos segundos.

—Estel, ¿estás absolutamente tranquila? ¿se solucionaron por completo tus problemas?

—No se preocupe más, ya todo está bien —le respondió, con cierta impaciencia, dejando de lado la invitación al tuteo que tácitamente le habían propuesto.

Rufino se dirigió al ascensor con muchas dudas en la cabeza, mientras



trataba de reconstruir los fragmentos de mensaje que había alcanzado a ver. Ayudado por su memoria, armó tentativamente las palabras trucas que permitirían completar parcialmente esas frases fragmentarias. Después de unos cuantos intentos mentales, pudo reconstruir algunas probables palabras: “segundo aviso”, “dinero a reunir”, “si no se realiza”, “se sabrá todo”, concluyó después de probar algunas posibles alternativas. Quedó pensativo. ¿Indicaba eso que estaban siendo chantajeadas? Pero si fuera así, ¿por qué?, ¿por quién? De pronto consideró que no se podía desechar que ellas no fueran las chantajeadas, sino que las mujeres fueran en verdad las chantajistas y que, en ese caso, el mensaje sería de su o sus víctimas. Pero rápidamente desechó la idea por absurda, al pensar en la figura de Joana. No calzaba para nada en el perfil de los que realizan esas actividades. Pero Estel podía ser diferente. ¿Era realmente la mujer de pensamiento banal que él creía? ¿No sería, más bien, una buena actriz, como había querido ser?

Decidió entonces averiguar algo más de toda esa situación confusa. Buscó en el celular la empresa Construct de Barcelona y tomó nota de su dirección. Llamó a un Uber y en minutos llegó a las oficinas de la empresa, que estaba ubicada en el barrio de *Poblenou*, ocupando el primer piso de un antiguo edificio de tres pisos que estaba rodeado de galerías de arte y de tiendas de muebles de diseños vanguardistas.

Sobre la entrada había un inmenso letrero en el que se leía:

CONSTRUCT: L'EMPRESA QUE L'AJUDA A POSSEIR LA  
MILLOR HABITAGE

La sala de recepción estaba decorada con muy buen gusto. Los muebles eran muy del estilo de las tiendas que se veían a su alrededor. Rufino se dirigió al primer escritorio, en donde una joven secretaria tipeaba en un ordenador con aire distraído

—Buenos días, quisiera hablar con el señor Kravchuk, por favor.

La joven pegó un respingo, mientras miraba a Rufino por unos segundos.

—Discúlpeme señor...—dejó el suspenso como si fuera una interrogación.

—Castell. Rufino Castell. Tengo un asunto importante que tratar con Demyan —dijo Rufino, haciendo honores a su experiencia de actor.

—El señor Kravchuk debió viajar a Ucrania..., al parecer.

—¿Al parecer?

—¿Es usted amigo cercano del señor Kravchuk? —le preguntó, en

forma exploratoria.

—Soy muy amigo de él. Y estoy preocupado porque le he perdido contacto. Es raro que no me avisara que iba a viajar —improvisó Rufino.

—¿No lo llamó a su celular?

Rufino pensó por un par de segundos qué debía contestar.

—No me contesta. Parece que tiene el celular apagado o en un lugar sin cobertura.

La secretaria miró hacia los lados en donde había otros escritorios con gente trabajando. Luego le pidió con un leve gesto a Rufino para que se acercara.

—Señor Castell. Por favor, le ruego que me espere en la calle, en la esquina, a la derecha. Yo iré en unos diez minutos —le susurró.

Rufino la miró con sorpresa y tardó algunos segundos para luego responderle.

—Allí estaré —le contestó, en el tono sigiloso que había usado la chica.

La saludó con un gesto de despedida y se dio vuelta en dirección a la calle.

Rufino caminó hacia la derecha hasta alcanzar la esquina, para luego detenerse allí. Miró hacia los lados y se quedó como observando la vitrina de una galería de arte que se encontraba justo en ese sitio, con cuadros vanguardistas que le parecieron, más bien, horrorosos.

Poco más de diez minutos después apareció la muchacha, caminando con cautela.

—Señor Castell, usted me da confianza, no sé por qué. Espero no equivocarme.

—Quisiera que me expliques, por favor, esto que parece algo misterioso —le dijo Rufino.

—Estoy muy preocupada por esta situación —dijo la chica—. No estoy segura de que el señor Kravchuk haya viajado.

—Pero ¿por qué crees que es posible que no haya viajado?

—Los pasajes los compro siempre yo, ordenados por mi jefa, la secretaria de la señora Kravchuk. Roser no me pidió que hiciera la compra de esos boletos.

—Quizás, esta vez los compró Roser directamente. O lo hizo la señora Kravchuk —le propuso Rufino como explicación.

—Vi los registros de Roser. No aparece esa compra. Pero hay algo

mucho más importante que me hace dudar de todo.

—¿Qué sería ese algo? —preguntó Rufino.

—Si Demyan hubiese viajado, yo lo habría sabido —dijo, usando el nombre propio en lugar de señor Kravchuk.

Rufino la miró inquisitivamente. Recordó el nombre que Joana le había confidenciado, sobre la persona de la que ella sospechaba haber sido la que informó a Demyan sobre la situación patrimonial de Estel y de sus intenciones de divorcio.

—¿Tu nombre es Remei? —le preguntó de golpe.

La muchacha lo miró con aires de sorpresa.

—Sí, yo soy. ¿Cómo lo sabe?

—Demyan me ha hablado muchísimo de ti —le lanzó Rufino, explorando el terreno.

—¿En serio? ¿Qué le ha dicho?

—Que están enamorados. Y me ha insinuado que estaría dejando a la señora Kravchuk para irse contigo.

Rufino notó la luz de alegría en el rostro de la joven.

—Por eso yo le digo que, si Demyan planea viajar, me lo habría dicho. Es más. Tal como le sucede a usted, no contesta mis llamadas.

—Quizás no contesta las llamadas porque efectivamente viajó.

—Ya le dije que él me hubiese contado que iba a viajar. Y si lo hizo precipitadamente, por alguna razón de fuerza mayor, me habría contactado apenas hubiese llegado a destino. Estoy muy preocupada, señor Castell. Temo que le haya pasado algo —dijo, mientras retorció el cinturón de su capa.

—Pero ¿qué crees que pudiera haber pasado?

Remei miró a los lados como asegurándose de que estaban solos.

—Desconfío de su esposa. Ella es, o pretende ser, una gran dama, muy bien comportada. Pero podría tratarse de un lobo con piel de oveja. Sé que se ha valido de la buena disposición de Demyan, para sus propios fines. Logró que se casaran sin separación de bienes, en circunstancias de que Demyan tiene muchas propiedades de gran valor en California. Y ahora, pretende sacar su tajada divorciándose.

—Pero la señora Kravchuk es también de gran fortuna, Remei.

La muchacha se le acercó a Rufino con el objeto de hablarle en voz susurrante.

—Sé, de buena fuente, que Estel Kravchuk hizo toda una maniobra para engañar al pobre Demyan. Transfirió todos sus bienes a su hija, antes de firmar

el matrimonio.

Rufino la miró con detención.

—¿Crees que ella pretende quedarse con la mitad de la fortuna de Demyan?

—Me temo que sí. Lo que le he confidenciado a usted lo he sabido de fuentes directas, muy recientemente.

—¿Y qué crees que ha pasado con Demyan si no ha viajado, como me dices?

La muchacha estuvo a punto de ponerse a llorar, pero logró contenerse tras unos esfuerzos.

—Ella sabe que Demyan está enterado de todo y de que podría solicitar una investigación sobre las circunstancias de ese matrimonio e impugnar la validez del pacto prematrimonial. Y, lo que más me asusta, es que Estel, como seguramente usted ya sabe, tiene a un individuo muy peligroso a su servicio. Es ese gorila de nombre Jordi, y que es capaz de cualquier cosa.

—¿Crees que le pueda haber sucedido algo a Demyan?

La muchacha contuvo, una vez más, el llanto que estuvo a punto de aflorar.

—Tengo mucho miedo, señor Castell. ¿Podría usted ayudarme a averiguar qué pudo haber acontecido?

Rufino comenzó a sentirse incómodo con la comedia que había estado siguiendo.

—Por favor, debes permanecer tranquila, Remei —le dijo con sinceridad—. Te prometo que trataré de averiguar qué diablos está pasando. Dame tu número telefónico y te comunicaré lo que pueda saber de este enredo.

La muchacha sacó un papel de su capa delantal y escribió allí su número de celular.

—Es muy importante, Remei, que no le cuentes a nadie que yo he estado por aquí haciendo preguntas.

—Por supuesto, señor Castell —dijo la joven mientras le pasaba el papel con su número a Rufino—. Ahora debo regresar antes de que Roser comience a buscarme. He notado que me vigila de cerca. Quizás ya sospecha de mi y, lo más probable es que no siga mucho tiempo más en Construct.

Se despidieron dándose la mano. La muchacha se volvió con rapidez a las oficinas, mientras Rufino caminaba hacia la avenida más concurrida para pedir allí un Uber. Tenía dando vueltas en su cabeza el montón de interrogantes que configuraban un puzle difícil de ordenar. Recordaba que Estel le había

asegurado que Roser, su secretaria, sería la persona que compró los boletos aéreos de Demyan para su viaje a Ucrania. Pero, según la versión de Remei, esto, realmente no habría acontecido. ¿Viajó o no viajó Demyan? No había respuesta. Por otra parte, recordaba la transformación de personalidad sufrida por Estel y los fragmentos del mensaje que alcanzó a ver en su celular que hacían pensar de que alguien estaba jugando al chantaje, sin que quedara claro el quién y el porqué de aquello. Y la actitud de Joana que parecía ahora una muchacha preocupada y temerosa. El tema estaba complicado, pero, por otra parte, no era algo que le concerniera directamente. Se encogió de hombros y llamó al automóvil desde su celular.

El lunes siguiente por la tarde, Rufino estaba nuevamente en el centro del tablado para iniciar la clase del día. Había conseguido en el curso de la semana, que los médicos le permitieran estar algunas horas sin la bota ortopédica, siempre que no exagerara con el movimiento de la pierna. Estaba, entonces, libre del incómodo adminículo y listo para dar las palabras iniciales. Se le veía bastante más ágil y rápido de movimientos.

—Muchachos, esta es la última sesión introductoria. El próximo lunes comenzaremos las prácticas de actuación, pero quisiera que no se olviden jamás de todo lo que hemos hablado hasta ahora. Si quieren ser buenos actores y actrices, deben ser sujetos pensantes, críticos y capaces de analizar, en la forma más profunda que les sea posible, las situaciones que deberán interpretar en sus actuaciones futuras.

Miró de costado a costado a la concurrencia, pudiendo constatar, de pasada, que, para su sorpresa, Joana estaba sentada en su puesto habitual y aparentemente atenta a su discurso.

—El tema que trataremos ahora, es quizás uno de los más reiterativos en las obras de teatro. Me refiero a la Responsabilidad y la Culpa —dijo con énfasis teatral mirando de fijo a Joana que de inmediato bajó la vista.

—Cuando hablo de culpa—continuó Rufino en igual tono dramático—, al igual de lo que hice ver con el tema de la Verdad, no me refiero a la culpa objetiva, es decir a la culpa judicial. Me refiero a la culpa subjetiva, es decir, al sentimiento que una persona pueda tener al darse cuenta de que ha sido responsable de un acto que trajo consecuencias nefastas.

Bajó del tablado con más facilidad que antes debido a su pierna libre del grillete, como él llamaba a la bota, y caminó de lado a lado.

—¿Qué creen ustedes que es la Responsabilidad? —preguntó en tono desafiante.

Después de algunos segundos de espera, se oyó la voz de Darko.

—Así como sostengo que la Verdad existe, afirmo que la

Responsabilidad no *exista* —dijo, en su habitual tono de seguridad absoluta.

—Explicanos esa opinión, Darko.

—Nuestro *cuerpa* está formado por átomos y moléculas. Ellas se mueven siguiendo las leyes de la *físico*. Si matamos a alguien, son *nuestros* moléculas *los* que lo hicieron, siguiendo esas mismas leyes. No somos responsables de lo que *ellos* hagan.

—Pero tenemos la consciencia que es la que le dicta al cuerpo lo que debe hacer —le objetó Sofía.

—La consciencia es una fantasía, *una* regalo totalmente inútil — interrumpió Darko—, es *una epifenómeno*.

—¿Qué quieres decir, Darko? —preguntó Sofía.

—Que si no tuviésemos el fenómeno de la conciencia todo sería igual. La materia es *una relojito* que se conduce siguiendo el causa-efecto. La libertad es una ilusión. Sin consciencia nos conduciríamos igual. Diríamos las mismas palabras, pero no sentiríamos su significado. Los ruidos asociados a las palabras producirían el efecto. Es como cuando llamamos a “¡Oye Siri!” en *la* celular. Siri responde correctamente, pero sin entender nada.

—No puedo estar más en desacuerdo con lo que ha planteado Darko —dijo Sofía—. En primer lugar, si lo que sentimos fuese un epifenómeno innecesario, es curioso que coincida con lo que hacemos. Si sentimos hambre comemos. Si estamos en peligro, sentimos miedo. Si lo que hacemos es conveniente para nuestro organismo sentimos algo positivo y si es inconveniente sentimos lo contrario. Pero tú planteas, Darko, que lo que sentimos no tiene nada que ver con lo que hacemos. Entonces podríamos sentir náuseas y comeríamos igual. Podríamos sentir confianza e igual huiríamos ante el peligro. No necesitaríamos entonces, para nada, que la calidad de la percepción coincida con lo que hacemos.

—Es que así tiene que ser, *forzosamente* —replicó Darko, aunque no lució muy seguro al decirlo.

—Sería un kilombo ponernos a comer cuando tenemos deseos de follar —susurró Facundo, como siempre para sólo ser oído en su entorno.

Rufino se plantó entonces frente a Darko.

—¿No crees que ese pensamiento suena ridículamente ingenuo y forzado? —le enrostró Rufino, con exagerado tono de sorna, como desafiándolo.

—¿Ingenuo? ¡Me parece *insultanto*! ¿Y forzado? Creo que usted no *acepto* que exista libertad de *opinionas* —dijo Darko, con indignación.

—Vaya, vaya, qué moléculas tan sensibles tienes, amigo Darko —le dijo Rufino con su sonrisilla irónica—. Yo no he querido herirte. Deben de haber sido mis átomos rebeldes. Y, al revés de lo que dices, aquí el único que parece negar las libertades eres tú.

Darko se calló, confundido.

—Lo que ha dicho Darko es lo que sostiene la escuela materialista a ultranza —dijo Martí, sin que quedara claro si estaba apoyando o denostando las opiniones de Darko—. Esa teoría afirma que somos algo así como robots que no siguen las acciones que nuestros deseos nos hacen realizar, sino que siguen estrictamente las leyes causales de la física.

—Pero, entonces, *che* ¿qué pito tocan nuestros deseos? ¿Son adornos inútiles? —preguntó Facundo con su típico gesto de mover la mano de arriba abajo con los dedos estirados hacia arriba y juntos en las yemas—. Para qué, entonces, nos dan ganas de *morfar* si, según lo que dicen esos sabios, *morfaríamos* igual.

—Los que sostiene esas teorías nos indican que la calidad de las experiencias de la mente consciente, denominadas *qualia*, son epifenómenos, es decir, entidades innecesarias —explicó Martí.

—Y entonces, ¿para qué coño existen esas famosas *qualias*? —preguntó Pau, casi como si se hubiese enojado.

—Serían una especie de regalito de Natura —rio Martí—. La verdad es que, hoy en día, son muy pocos los que se atreven a sostener tales ideas, pero no por eso son tan fáciles de desechar o impugnar. Y son, por cierto, ideas totalmente respetables—, terminó mirando a Darko.

Joana seguía, en tanto, con mucha atención, todo lo que se iba diciendo.

—Ilumínanos un poco, estimado Martí —le pidió entonces Rufino—. ¿Qué es lo que las escuelas filosóficas nos hablan sobre estos conceptos?

Martí permaneció unos instantes en silencio, ordenando sus ideas.

—Antes que nada —comenzó finalmente a explicar—, es necesario hacer notar que el concepto de responsabilidad se deriva directamente de lo que es libertad. Si concluimos que existe realmente la libertad, entonces surge de inmediato la responsabilidad como un ente necesario. Sin embargo, esto queda matizado de una forma diferente. La libertad de realizar un acto es un absoluto. Existe o no existe.

Tosió, un poco con su carraspera tabáquica, para después continuar.

—La responsabilidad, en cambio, es algo un poco más relativo.



Cuando un acto criminal, por ejemplo, ha sido cometido, puede haber distintos grados de responsabilidad en los que participaron, sin negar que todos ellos han tenido el cien por ciento de libertad.

Joana comenzó a palidecer mientras Martí continuaba hablando. A medida que avanzaba en su discurso sobre la responsabilidad, comenzaron a aparecer signos de alteración en la muchacha, que progresaban paralelamente con el avance de la disertación.

Montserrat, que después de lo que había conversado con Rufino estaba como pendiente de la actitud que mostraría Joana durante la clase, se percató de esos signos.

—Algo raro ocurre con esa muchacha —le dijo a Antonia, mientras ambas observaban, como de costumbre, el desarrollo de la clase de pie en un rincón de la sala—. Mantente aquí, sin dar señales de alarma. Iré a ver qué le pasa.

Martí había dejado caer toda su oratoria sobre el tema de Libertad, Responsabilidad y Culpa, lo que era seguido con mucha atención por Joana, que parecía respirar con cierta agitación, como si hubiese hecho un ejercicio físico. De pronto, dejó de mirar al orador y clavó la vista en el suelo. Montserrat llegó presurosa acercándose a Joana que se veía blanca como un papel. Nadie más parecía haberse dado cuenta del problema, particularmente porque la muchacha estaba en uno de los extremos de la última fila.

—¿Estás bien? —le susurró Montserrat.

—Sí, perfectamente —le contestó Joana con un hilillo de voz.

—Mira, muchacha, será mejor que vengas conmigo —le dijo Montserrat en igual tono quedo.

Mientras tanto, Rufino miraba alternadamente esta escena y a Martí, el que hacía méritos de su capacidad dialéctica.

—Estoy bien —le insistió Joana, justo en el momento que parecía estar a punto de desvanecerse. A la palidez del rostro se le sumó sudoración que hizo brillar su piel.

Montserrat se inclinó hacia Joana y la abrazó con cuidado, ayudándola a levantarse. Ésta se vio algo recuperada y se dejó llevar, sin nuevas protestas, mientras en el aula se había abierto una discusión animadísima sobre los conceptos vertidos por Martí.

Antonia abrió la puerta para darles paso mientras caminaron hacia el vestíbulo de salida y de allí hacia una salita dormitorio con una cama, un velador y dos sillas. Montserrat la ayudó a que se tendiera en la cama y luego

le levantó las piernas desde los talones y se las mantuvo erguidas por unos cuantos minutos. Los colores parecieron retornar al rostro de Joana. Antonia se apresuró a traerle un vaso de agua.

—¡Qué vergüenza! —dijo Joana después de beber el agua—. Gracias por ayudarme, sois un encanto. No sé qué me ha pasado. Ha sido una *rauxa* de no sé qué.

—No te preocupes, amiga —le dijo Antonia—. Has tenido una fatiga leve. No creo que sea para preocuparse. Pronto te sentirás mejor.

—Me siento muy incómoda por haber protagonizado este episodio. Espero no haber interferido en el desarrollo de la clase.

—No te preocupes, Joana. Nadie parece haberse enterado de tu pequeño accidente —le aseguró Montserrat.

—Debo volver a la sala.

—Tranquila, amiga —le dijo Antonia—. Por hoy es mejor que termines. No pasará nada si te quedas unos minutos más en reposo.

Joana hizo esfuerzos para protestar, pero se dio cuenta de inmediato de que sería mejor hacer caso a lo que le decían.

Mientras tanto, en la sala, la clase continuaba animadísima con acaloradas discusiones, risotadas y expresiones entre irónicas y mordaces. Pasó más de una hora hasta que Rufino dio por terminada la sesión. En ese momento Joana se sentía totalmente recuperada y esperaba sentada en una de las sillas del dormitorio.

—Espera a que todos se vayan —le sugirió Montserrat—. Te ahorrarás tener que dar explicaciones.

En unos minutos, todos los asistentes habían partido, mucho de los cuales hacían, como de costumbre, comentarios cruzados con Rufino de aprobación o críticas de último momento.

Cuando ya todos terminaron por salir, Rufino se acercó a Antonia, quien le informó sobre la situación de Joana.

—Ha sido una pequeña fatiga. No parece ser nada serio —le informó su hija, mientras llegaban a la pieza en donde se encontraba Joana, ya totalmente recuperada, acompañada de Montserrat.

—Discúlpame, Rufo —le rogó Joana con embarazo—. Creo que esto me ha pasado por no haber almorzado en forma adecuada. Pero ya me encuentro totalmente recuperada,

—Tranquila, Joana. No ha pasado nada. No tienes por qué pedir disculpas. ¿Te sientes realmente bien?

—Así es, Rufo, gracias. Montserrat, Antonia, habéis sido muy amables conmigo. Creo que ya puedo irme —dijo Joana poniéndose de pie y procediendo de inmediato a despedirse con mucho afecto de las dos mujeres.

—Espera un momento, por favor —le dijo Rufino, mientras le hacía discretos gestos a Montserrat y Antonia para que lo dejaran con la joven.

Las dos mujeres entendieron los signos y abandonaron la pieza dejando solos a Rufino y Joana.

—Mira, Joana. Esta vez no voy a dejar que tomes la determinación de marcharte, así como así. Sé que les ha pasado algo muy complicado a ti con tu madre.

Parecía que la fatiga sufrida por Joana iba a reaparecer a juzgar por la palidez que nuevamente cubrió su rostro.

—¿Por qué me dices eso con tal seguridad? —le preguntó Joana.

—El martes pasado visité a tu madre.

Joana se sentó en una de las illas, casi como cayendo en ella.

—¿Ella te lo ha contado? —dejó escapar, para, al momento, darse cuenta de su imprudencia—. Quiero decir, ¿te ha contado algo?

—Me he dado cuenta de que han pasado muchas cosas —respondió Rufino—, y sé que están en un lío mayúsculo. El chantaje es algo gravísimo —se aventuró a especular.

Joana comenzó entonces a llorar, en forma progresiva, con sollozos convulsivos.

—No fue nuestra intención, Rufo, créeme por favor.

Rufino se levantó de su silla y la abrazó por algunos segundos susurrándole el ¡shhhh! que se usa para consolar a los niños que lloran.

—Lo sé, lo sé, mi querida niña —continuó Rufino con su especulación, sin tener idea aún de lo que podría haber pasado—. No hay nada que no tenga remedio.

—No veo cómo podría esto arreglarse —sollozaba Joana.

Rufino se acercó al velador en donde estaba el jarrón de agua, llenó el vaso y se lo ofreció a Joana.

—Gracias, Rufo —dijo ésta, bebiendo presurosamente.

—En primer lugar, Joana, quiero que sepas que mi deseo es ayudarlas a superar este lío de la mejor manera.

—Lo sé, lo sé, Rufo —le agradeció Joana tomándole las manos—. Realmente siento como si fueras mi padre, que siempre lograba consolarme en los momentos de aflicción.

—Para que yo pueda ayudarte, necesito que todas las cosas que han pasado me las expliques, una por una. Sin tener todos los detalles unidos, no lo podría hacer.

—Pero, antes que nada, quisiera saber si estimas que somos culpables —le suplicó Joana mirándolo a los ojos, mientras le mantenía las manos tomadas con fuerzas que desmentían su contextura delgada.

Rufino quedó sorprendido. ¿Culpables ellas? ¿De qué? Al mismo tiempo, se dio cuenta de que, si no le aseguraba que las consideraba inocentes fuese lo que fuese a lo que Joana se estaba refiriendo, la muchacha tal vez no llegaría a contarle nada. Le respondió el apretón de sus manos con las suyas propias.

—Joana, si te creyera culpable, no estaríamos conversando como lo hacemos ahora —le dijo, buscando una manera ambigua para no crear la sensación de estarle mintiendo.

—¿Me juras que nos ayudarás?

—Te lo juro, mi niña —le dijo con voz firme mientras se sentaba en la otra silla.

Joana pareció finalmente convencida. Se notaba más animada y su tono de voz era ahora firme.

—Las cosas sucedieron sin que nadie se propusiera que ocurrieran así —dijo, aparentemente calmada.

Rufino la esperó en silencio, mientras Joana buscaba las palabras para expresarse. Era claro que no le era fácil hablar.

—El martes de la semana pasada —comenzó finalmente a relatar—, mi madre había organizado un pequeño encuentro que de vez en cuando realizamos, para relajarnos. Jordi me pasó a buscar a casa de Ximena, una amiga mía, y nos llevó a casa. Te recordarás que una vez te comenté que Jordi es el chofer de mi madre, un gigantón de casi dos metros, muy fornido, que hace además de guardaespaldas.

—¿Iba tu amiga también?

—Así es. Suele estar con nosotros en esas reuniones. Está al tanto del asunto de mi madre, de modo que no hay problemas con eso.

Joana tomó nuevamente agua, para aclarar la garganta y recuperar confianza.

—Recuerdo que mi madre estaba esa tarde algo extraña. Se veía más preocupada y triste que de costumbre. Estaba ansiosa por tener la reunión, como deseando relajarse para olvidar. He notado que está bebiendo más que de costumbre. Incluso, vi que había estado tomando unos vinos con Jordi, porque había dos copas con restos.

Rufino cambió de posición en su asiento y carraspeó ligeramente.

—En un momento en el que estábamos las dos solas en la cocina, le pregunté que desde cuándo invitaba a Jordi a unos vinos. Le hice ver que eso podía interpretarlo él de forma errada, porque, debo decirte, es claro que el gigantón suspira por mi madre.

—“No hay problema, hija” —me dijo, después de pensarlo un rato algo largo—, “Jordi tiene clarísimo hasta dónde puede llegar. Hoy estoy con un ánimo algo bajoneado y quise que nos relajáramos un poco. No sé por qué he estado así de triste, considerando que por fin me había dado cuenta de que no hay nada que temer. Deben ser restos que quedan por haber estado tanto tiempo dolida. Justamente, quiero que hoy festejemos y nos olvidemos de todo.

Hemos sido unas tontas por preocuparnos tanto, si finalmente el problema se reduce a incomodidades que paso cuando debo hablar con Demyan”.

—Te menciono esto —continuó Joana—, porque quiero que te des cuenta de que ese día parecía haber llegado el final de nuestros problemas. Aunque no entendía por qué mi madre había cambiado de actitud, me pareció algo muy positivo y que por fin la odisea se terminaba. Al rato de estar conversando en la cocina, volvimos a la sala en donde nos esperaba Ximena y unos minutos más tarde se nos unió Jordi.

—¿Hicieron ese día lo que otras veces habían realizado, sin diferencias notables? —preguntó Rufino, entrecerrando un poco los ojos.

—Así es, Rufo.

—¿Y qué es, exactamente, lo que hacen en esas reuniones?

—Nada trascendente. Como el objetivo es, simplemente, relajarnos de las tensiones creadas por Demyan, nos dedicamos a conversar gilipolleces, reírnos y bailar. Jordi es muy gracioso para contar historias y chistes. Y mi buena amiga Ximena, baila maravillosamente los ritmos tropicales que están de moda.

—¿Es eso todo lo que hicieron ese día? —preguntó Rufo, mirándola de una forma inquisidora.

Joana acusó recepción de la mirada y bajó los ojos, sonriendo.

—Es lo que hacemos normalmente, señor Comunicación Gestual —dijo en voz baja, pero sonriendo—. Veo que sabes, no sé cómo, que ese día hubo algo más...

—¿Qué hubo, además de lo que ya me has contado?

— En su trabajo diario, Jordi es un chofer privado muy profesional, formal, respetuoso y muy callado. Pero, iniciadas las reuniones, todo cambia. Se transforma en un muchachón gracioso, muy alegre y simpático. Mi madre le ha dejado claro que para esos momentos puede actuar como un amigo más, sin complejos, siempre y cuando retorne a su conducta profesional y respetuosa en las horas de trabajo.

Rufino mantenía la mirada inquisidora.

—Esa noche —continuó Jona—, habíamos bebido mucho vino y estábamos muy alegres. Como siempre, Jordi se había lucido contando chistes subidos de tono y rayanos en la vulgaridad, sin que nos hubiésemos sentido incómodas por eso. Ximena, por su parte, había bailado como nunca, cumbias y salsas. De pronto, Jordi se acercó a mi madre y le dijo algo al oído. Al instante ella comenzó a reír con fuerza y le hizo un gesto de aprobación con el

pulgar levantado. Entonces, éste se sentó con una sonrisa de oreja a oreja y sacó de su bolsillo una especie de pipa redonda y un paquetito de papel.

—“Estimadas chiquillas” —nos dijo—, “espero que no os ofendáis por este regalito traído directamente de Colombia. Ya os explico”.

—“No serás tan gilipollas, Jordi, para que creas que nos tienes que explicar qué coño es lo que has sacado” —le dijo Ximena que no tiene pelos en la lengua.

—“¡Claro que no!” —reconoció Jordi al instante—. “Pero dejadme al menos que os cuente que es la mejor del planeta”

Joana se había encogido de cuello con los hombros levantados, manteniendo una sonrisilla al contar esa parte.

—¡Vamos, niña! —protestó Rufino—. Al ver tus remilgos, estoy como estaría tu amiga Ximena. Muerto de la risa. ¡He oído cosas peores en mi vida! —agregó, riendo.

Joana cambió de posición a una de total normalidad, como siguiendo lo que le sugería Rufino.

—Comenzamos entonces a fumar la pipa como los indios americanos, pasándola de uno en uno. Al rato estábamos todos muertos de la risa, sin saber el porqué de las carcajadas. En verdad, era la hierba más potente y especial que he fumado nunca. Experimentaba algo de irrealidad, pero, al mismo tiempo, hacía que nos sintiéramos tremendamente alerta. De hecho, recuerdo todo ese episodio como si me lo hubiesen grabado en la cabeza. Todos hablábamos y hablábamos sin parar de distintos tópicos. Ximena de su escuela de danza; Jordi de las peculiaridades de los pasajeros a los que debía atender ocasionalmente en la empresa de mi madre; yo de las clases de teatro de mi espléndido profesor.

Joana, hizo una pequeña pausa y miró de reojo a Rufino que le contestó con un guiño de ojo.

—Mi madre había permanecido en silencio, escuchando y riéndose de lo que decíamos, fuese o no gracioso, pero de pronto, comenzó a hablar, primero con suavidad, para luego ir subiendo de volumen, poco a poco.

—“Creo que todo se ha arreglado para mí, pero falta un pequeño movimiento” —empezó a decir—. “Tengo claro que ya es imposible para Demyan dañarme, pero me ha seguido molestando con sus llamadas amenazantes. Me causan desagrado y, a veces, hasta miedo. Son perturbadoras. El día que deje de hacerlo habré superado, por fin, este desagradable momento”.

—“Yo no veo por qué se preocupa tanto, Estel” —le decía Ximena—. “Sé que no quiere hacer una denuncia a la policía y es entendible eso por las razones personales que tenga, pero usted tiene la ley de su parte. Por otro lado, es cuidada nada menos que por Jordi, un superhéroe”

—“Cuando Demyan la llame, simplemente cuélguele, madre” —le insinuaba yo, aunque sabía lo que respondería.

—“Yo no puedo dejar de contestar cuando me llama. El abogado me ha aconsejado que lo haga. Que de no hacerlo podría usar eso en mi contra. A veces Demyan se disculpa por haber sido grosero la vez anterior, pero al rato cae de nuevo en lo mismo. Cada vez que llama, yo me hago la ilusión de que por fin ha decidido decirme que ya me no molestará más. Pero sigue y sigue. Es una tortura permanente”.

—En eso seguíamos mientras la música se nos antojaba mágica, y parecíamos flotar irrealmente en nuestros asientos. De pronto Jordi se puso de pie y comenzó a discursar.

—“Creo que el problema principal, Estel, es la forma en que me has pedido que me conduzca”

—“No te entiendo, Jordi” —le dijo mi madre—. “Por favor explícame qué quieres decir”.

Joana se puso seria en ese momento del relato. Volvió a beber un vaso de agua, con cierta precipitación y continuó.

—Jordi se veía distinto. Parecía habersele esparcido el efecto de la hierba por todo su cuerpo. Nos miraba casi con agresividad.

—“Me has pedido que esté siempre aquí” —le dijo a mi madre casi gritando—, “cuidándote y evitando que ese tipejo o algún esbirro se te acerque. Y cuando sales, yo debo andar cerca tuyo para evitar cualquier contratiempo. Y si viajas, lo mismo”.

—“Pues eso es lo que deseo de ti, Jordi” —le contestó mi madre—. “Por lo demás, lo has cumplido a la perfección y no se ha atrevido a agredirme. Te lo debo todo a ti, mi amigo”.

—Entonces, Jordi comenzó a pasearse como un león enjaulado. Nunca lo había visto así. Cuando se detuvo, sus ojos se fijaron en mi madre de forma tal que parecía que Ximena y yo hubiésemos desaparecido de la pieza.

—“Estel, creo que eso es una forma equivocada de hacer las cosas” —le dijo casi como una súplica.

—“Yo creo que ha sido perfecto. Gracias a eso, Demyan no ha osado acercárase”.



—“Pero te sigue acosando por teléfono”.

—“Terminará por aburrirse”.

—“Estel, hemos estado a la defensiva, siempre. Es hora de que seamos proactivos y no estemos siempre esperando lo que él pueda hacer. Creo que sé cómo acabar con esto de raíz” —terminó Jordi con una decisión que jamás le había visto tener.

—Yo me di cuenta de que mi madre estaba francamente asustada. Miraba a Jordi con los ojos muy abiertos.

—“¡No estarás pensando en algo violento, *joder!* ¡Eso, no te lo voy a permitir!” —le vociferó a Jordi en su cara, mientras éste se había plantado delante de ella.

—“¡No me malentiendas, por favor, Estel!” —le suplicó Jordi—. “Creo que, si yo hablo civilizadamente con él, podré darle un mensaje claro que él va a entender”.

—“¿Qué tipo de mensaje sería ese? ¿Un puñetazo en la nariz?”.

—“¡No, no, nada de eso! Solamente le diré, con muy buenas palabras, que, si tú vuelves a recibir una llamada amenazante, no va a recibir un puñetazo en la nariz, sino varios allí y en diferentes partes del cuerpo. Y que me importaría un carajo que haga la denuncia que quiera, ya que estoy dispuesto, por usted, Estelita, a cargar con toda la responsabilidad. Y él se dará cuenta de que no blufeo”.

—Mi madre lo seguía mirando con los ojos abiertos, pero su expresión comenzó a cambiar. Ya no había la especie de indignación y susto que había notado inicialmente en su cara.

—¿Y qué hacían tú y Ximena en el intertanto? —preguntó Rufino levantando la cabeza que había tenido más bien baja mientras escuchaba con atención el relato.

—Ximena parecía estar flotando en otro mundo. No creo que haya entendido nada de lo que estaba pasando. Yo, por mi parte, sentía que la hierba me había aguzado los sentidos y veía esta escena con la pasividad de un espectador que mira una película en la tele. Sin perder detalle, pero sin participar de la acción.

—“¿Me juras por los cielos que no harás nada violento?” —le preguntó mi madre con cierta ansiedad.

—“¡Lo juro por mi madre!” —le dijo Jordi en tono solemne, como si una invocación de ese tipo fuese sagrada e imposible de ser falsa.

—“¿Crees que pueda ser efectivo un encuentro de ese tipo? Me daría

pavor que terminara mal”

—“Estelita querida” —sonrió Jordi en tono de broma—, “habrás visto en el cine que cuando un matón le pide algo muy deseado a una de sus víctimas que aún no sabe con quién está lidiando, lo hace de una manera cariñosa y zalamera, que disfraza el verdadero significado, pero, a la vez, con algunos modales que sí evidencian lo que realmente pasaría si rechazasen el pedido. El matón le dice a su víctima, con una socarronería mafiosa, que le hará una oferta que no podrá rehusar” —y largó una risotada que me pareció más bien siniestra.

—Mi madre seguía dudosa por unos cuantos segundos, y yo, permanecía muda. En ese momento, no sospechaba que todo lo que acontecía pudiera deberse al efecto desinhibidor de lo que habíamos fumado.

—“¿Qué pasaría si Demyan no acatara lo que le vas a proponer o, más bien, a imponer?” —le preguntó mi madre.

—“Si optara por ponerse violento o si no acatara mi solicitud, no me dejaría opción. Pero lo que pudiera acontecer, en ese caso, sólo sería un acto mío de defensa a una agresión. Y créeme que no osará realizar tal estupidez” —agregó sobándose con la mano izquierda los enormes músculos de su brazo derecho.

—“¿Estás de acuerdo con que se hagan las cosas así?” —me preguntó mi madre de súbito. Yo pequé un respingo y no tuve tiempo de pensar.

—“Sí, madre. Será lo mejor” —me escuché diciendo, como si la respuesta hubiese emergido automáticamente desde las neuronas ahogadas con los alcaloides.

—“¿Crees que dejará de amenazarme?” —le preguntó entonces a Jordi.

—“Te lo doy firmado, mi princesa” —le contestó con tono de absoluta seguridad. Me chocó la familiaridad que tuvo para decirle “mi princesa” lo que mi madre, o no oyó, o no pareció que le molestara.

Rufino miró a Joana extrañado.

—¿Crees que Estel pudo haber tenido tratos tan familiares con Jordi fuera de esas reuniones? —le preguntó con el ceño ligeramente fruncido.

—No lo creo. Nunca vi un trato de él tan familiar. Por lo demás, el concepto que ella tenía de su chofer era que se trataba de un buen muchacho con cerebro de caracol y apariencia horrible.

—¿Piensas que esa forma de trato era el resultado de lo que habían fumado?

—Creo que la hierba nos hizo hacer cosas extrañas. De hecho, al escuchar lo que decía Jordi, mi madre se levantó y se lanzó a abrazarlo, como agradeciéndole la propuesta. Y yo vi, claramente, que él trató de besarla en la boca, a lo que ella respondió con un movimiento brusco de rechazo.

—“¡Basta, Jordi, no te equivoques, conmigo!” —le gritó indignada—. “¡Te disculpo porque hemos estado algo fuera de control, pero no vuelvas a intentar algo así nunca! ¿Escuchaste? ¡Nunca!”

—Todo eso se lo dijo a Jordi con énfasis, pero a media voz, aunque, con mis sentidos exaltados, creo haberlo escuchado con claridad. En todo caso, se me hizo evidente de que mi madre lo rechazó. Ella entonces se sentó, mientras el gigante permanecía de pie, con cara de niño pillado en falta.

—“Perdóname, Estelita. No volverá a pasar” —le dijo Jordi con voz tan baja que yo más bien lo deduje por el movimiento de los labios.

—Después de unos minutos eternos, mi madre suavizó su voz.

—“Bueno, amigo, no es para tanto. No pasa nada” —le dijo en tono casi cariñoso—. “Dime, Jordi, cómo cuándo y dónde lo vas a enfrentar”.

—“Mientras antes, mejor, para que no sigas pasando días de angustia, mientras esperas algo a lo que le temes” —le contestó Jordi—. “Sé que mañana por la tarde Demyan acudirá a una cita con los subcontratistas del edificio *Muntaya Blanca* que Construct está terminando, y que está situado a sólo dos cuadras de aquí. Se han atrasado con la finalización del pavimento para los estacionamientos y Demyan quiere apurarlos. Creo que pretende dar así un aire de normalidad a su posición en la empresa. Allí podré abordarlo”.

—“Tan pronto hayas realizado el trámite, ven a verme” —le rogó mi madre—. “Y no te olvides de que juraste no emplear la fuerza”.

—“A menos que no me quede otra opción” —le contestó Jordi, sonriendo—. “Para que estés tranquila, Estelita, iré desarmado. Te dejaré la pistola en la gaveta de tu escritorio”.

—Así terminó la reunión de esa noche —dijo Joana—. Jordi se despidió de todas nosotras y se dirigió a su habitación. Mi madre se quedó un rato más en la salita diciendo que escucharía algo de música pues el sueño se le había esfumado. Por mi parte, yo ayudé a Ximena, que parecía una sonámbula, al dormitorio en donde la ayudé a acostarse, para después yo hacer lo mismo en la cama de al lado.

Rufino le palmoteó una mano y le sonrió.

—Tu relato es muy claro y preciso, Joana, muy digno de tus

capacidades. Me han quedado varios puntos claros. En primer lugar, tu madre tiene un guardián temible, pero que a su vez se encontraría enamorado de ella. En segundo lugar, este sujeto parece ser tan fiel a Estel, pese a que ésta lo rechaza, que llegaría a sacrificar su libertad, llegado el caso, si se ve obligado a actuar con violencia. El tercer punto sería que en la fiesta que me has relatado se produjo un cambio en la actitud que hasta el momento había llevado Jordi con respecto a Demyan, pasando de la defensa o prevención, a la ofensiva o, al menos, a la proactividad.

—Yo había hecho exactamente ese mismo análisis. Pero las cosas se precipitaron hacia una situación muy diferente.

—Adelante, Joana. Continúa, por favor —la animó Rufino.

Joana permaneció un rato en silencio, como buscando la forma de seguir el relato. Se retorció un poco las manos y volvió a hacer la mímica de beber agua, aunque en realidad sólo tocó el vaso con los labios.

—Lo que viene a continuación, es muy perturbador, Rufo. Me da miedo contarlo.

—Calma, hija. Tómame tu tiempo y cuando estés lista continúa. Puedo esperar el tiempo que sea necesario.

Joana se puso de pie y caminó por unos instantes de lado a lado. Por fin, pasado más de un minuto, se sentó nuevamente y retomó su relato.

—Mi madre y yo esperábamos que Jordi se comunicara con nosotras al día siguiente, que era el miércoles en que encararía a Demyan. Pensábamos que podría contarnos lo acontecido esa misma noche, o bien, a más tardar, en la mañana del jueves. Sin embargo, pasó ese plazo y nada. No volvió al departamento, como debió haberlo hecho. Mi madre lo llamó a su celular repetidas veces, sin que éste le contestara y al parecer, apagó su dispositivo. Seguimos sin noticias suyas hasta el viernes en la mañana. Cuando mi madre pensaba que se había esfumado, recibió por fin una llamada suya.

—“Estelita, tengo un problema serio” —le dijo con voz extraña—. “Todo ha salido de la peor manera”.

—“¿Te encuentras bien? ¿Qué ha pasado?” —le preguntó mi madre que había puesto la llamada en altavoz y me miraba con angustia.

—“Prefiero contártelo en persona. ¿Puedo ir ahora?” —le preguntó o, más bien, le suplicó.

—“¡Por supuesto! ¡Te esperamos!” —le contestó mi madre de inmediato.

—Unos 15 minutos después, apareció Jordi, hecho un desastre. No se había afeitado y tenía el pelo revuelto. Cuando ingresó, llevaba la solapa de la chaqueta levantada, ocultándole parcialmente el rostro.

—“¿Hostias, Jordi, pero qué *coño* te ha ocurrido?” —le gritó mi

madre apenas éste ingreso.

—Jordi no contestó, sino que abrazó a mi madre en silencio. Entonces ella comenzó a decirle palabras de consuelo para que pudiera hablar. Cuando se separó unos centímetros, nos percatamos que tenía la mitad izquierda de la cara muy hinchada. Mi madre le bajó la solapa de ese lado para verlo mejor y exhaló un grito. Tenía en la mejilla de ese lado una fea herida alargada, con costras irregulares en su trayecto.

—“¿Qué te ha pasado, muchacho? ¡Tienes una lesión de muy mal aspecto! Déjame ayudarte. Necesitas que te realicemos un aseo y curación para que no se te vaya a infectar”.

—Yo partí rápido hacia el baño y traje un botiquín de primeros auxilios. Ayudada con mi madre, lo tendimos en un sofá y le lavamos la herida, poniéndole un antiséptico y un vendaje esterilizado, mientras Jordi se mantenía en silencio. Mi madre le preguntaba una y otra vez por la situación que había sufrido y él no respondía nada. Entonces ella empezó a perder la paciencia.

—“¡*Me cago en la leche!* ¡Habla de una puta vez!”

En ese momento del relato, Rufino no pudo evitar una semi sonrisa.

—Y movido por el estímulo de la imprecación —continuó Joana—, Jordi pareció volver a la realidad. Se puso de pie, con tal brusquedad, que los implementos de curación que posaban sobre su tórax salieron volando. Comenzó entonces a hablar con voz precipitada y muy excitado.

—“Siguiendo el plan que me había propuesto, llamé a Demyan a su celular el miércoles por la mañana y le dije que tenía algo importante que contarle de tu parte. Lo cité para que nos reuniéramos ese día en el edificio en donde revisaba o hacía como que revisaba la obra atrasada. Le pedí que lo hiciéramos una vez que terminara la reunión con los consignatarios de la pavimentación y que, cuando estuviese libre, me llamara y yo llegaría en pocos minutos. Lo hizo como a las 7 de la tarde y partí a la reunión. Cuando llegué, estaba solo y exhibía una sonrisilla que me dio mala espina. Entonces, sin mayor dilación, le dije lo que habíamos acordado aquí. Juro que lo hice con buenas palabras y tratando de ser conciliador. Se rio de mí y me preguntó si era *coña* lo que le decía. Que lo que yo pensara le daba lo mismo y me lanzó una serie de insultos en catalán, español y hasta ucraniano. Yo tengo el genio algo ligero, como sabes, Estelita, y no pude aguantarme. Me acerqué hacia el tipo y éste, seguramente, no me debe haber visto muy alegre. Vi su rostro de temor y al cretino no se le ocurrió nada mejor que sacar un arma. Yo estaba ya muy cerca y estiré la mano para arrebatársela. Entonces el estúpido

me dispara intentando darme en la cabeza. Por fortuna le moví la mano de un tirón y la bala sólo alcanzó a rozarme la mejilla. El dolor fue intenso y entonces comencé a ver todo rojo y no fui más dueño de mí. Le agarré la mano que sostenía el arma, torciéndosela hasta que tuvo que soltarla. Y entonces, fuera de mí, le lancé un puñetazo con todas mis fuerzas y el tipo salió volando como dos metros, golpeándose la cabeza en una cañería metálica. El impacto debe haber sido enorme y allí quedó tirado, sin moverse. Me acerqué para constatar si estaba malherido y pude comprobar que no respiraba y que se formaba allí un charco de sangre. No tenía pulso. Aún estaba enloquecidamente furioso y no hice el menor intento de socorrerlo. En lugar de aquello, me paseaba como alienado a pasos rápidos yendo y volviendo. Poco a poco, comencé a calmarme. Entonces, me di cuenta, con espanto, de lo que había acontecido.”

—“¿Lo has matado?” —preguntó mi madre mientras yo escuchaba horrorizada lo que decía Jordi.

—“¡Fue un accidente!” —gritó Jordi—. “¡Si no hubiese sacado un arma nada de eso hubiese ocurrido! ¡Fue en defensa propia!”

Joana se detuvo un momento, mientras ahogaba sollozos que parecían estar a punto de aflorar.

—Calma, hija —le dijo entonces Rufino—. Lo que me cuentas es terrible, pero, ni tú ni tu madre son culpables de nada.

Joana puso sus manos en sus ojos como haciendo presión sobre ellos a modo de contención. Luego las fue resbalando a su boca y luego las puso sobre la mesa con los dedos cruzados. Parecía finalmente calmada y continuó con su historia.

—“¿Has dejado el cadáver de Demyan tirado en el estacionamiento de ese edificio en construcción?” —preguntó mi madre.

—“No, Estelita. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, inmediatamente supe que podría ir a la cárcel. Y yo no quiero eso. Sé que fue, en cierto modo, algo inesperado, no buscado. Pero sé, también, que eso no va a ser aceptado, así como

así, por las autoridades. Miré a mi alrededor sin tener idea de qué hacer. Entonces vi que parte del piso del estacionamiento está cubierto con gravilla, esperando ser cementada. No lo pensé dos veces. Busqué una pala y empecé a retirar la gravilla en un punto cercano a la pared. Debí cortar la malla metálica con las herramientas que habían quedado en el lugar. Cavé hasta encontrar el suelo firme de tierra. Seguí entonces con la tarea de ir profundizando el hoyo.

Gracias a mi fortaleza, como en cinco horas logré obtener una cavidad lo suficientemente profunda como para colocar en su interior el cuerpo de Demyan. Luego rellené con tierra. Lo apisoné y puse nuevamente gravilla cubriendo totalmente la zona. El material sobrante de tierra y ripio, lo acumulé en las zonas de acopio de esos materiales. Pensaba que, cuando las máquinas que se encargan de la pavimentación actúen, quedará una placa de cemento imposible de generar la más mínima sospecha de lo que oculta. Lavé las manchas de sangre con gran cuidado, logrando que se viera todo como si no hubiese ocurrido nada.

—“¿Te has vuelto demente, Jordi?” —le pregunté yo, sin poder contenerme, totalmente aterrorizada— “¿Qué no te das cuenta de lo que has hecho? ¡No puedo creer que simplemente creas que basta que no se pueda encontrar el cuerpo para que todo esté *ok*, sólo porque no había intención tuya en producir ese daño!”

—“¡Por favor, Joana, entiende mi situación! ¡Si enfrento a las autoridades iré preso y seré condenado! ¡La justicia no tiene miramientos!”

—“¡Entiendo perfectamente lo que me dices, Jordi, pero lo correcto es que vayas al lugar y desentierres el cuerpo y luego te entregues! ¡Será mucho peor si, cuando se descubra el hecho, que, créeme, tarde o temprano ocurrirá, se verifique que intentaste ocultarlo!”

—Mientras yo hablaba, mi madre permanecía en silencio. En un momento me volví hacia ella para que me apoyara en lo que le estaba diciendo a Jordi y me quedé de una pieza cuando escuché lo que dijo, finalmente. Creo que es el peor error y la peor decisión que haya jamás tomado.

—“Espera un momento, hija” —me dijo, mientras se paseaba de aquí hacia allá—. “No podemos dejar abandonado a Jordi a su suerte. Debemos ser solidarios y, a la vez, prácticos.”

—“¡Pero, madre, no estamos hablando de un delito de poca monta! Esto es un asesinato, voluntario o no. No pensará ser usted cómplice de esto.”

—“¡Escúchame primero! Veamos todos los puntos de este asunto. Primero, yo y también tú, alentamos a Jordi a que encarara a Demyan. Segundo, lo ocurrido fue realmente un acto que no tuvo intencionalidad. Tercero, Demyan era un sujeto peligroso y que probablemente podría habernos herido. Viste que estaba armado. Cuarto, aquí no tiene parientes y no es querido por nadie. Dudo de que exista alguien que se preocupe de hacer algún intento de denuncia por su desaparición.”

—“Y, quinto” —agregó Jordi—, “ya verifiqué que la pavimentación



del lugar fue realizado el jueves por la tarde, sin que nadie haya notado cosa alguna fuera de lugar.”

—“Nosotras también somos responsables, Joana —me dijo entonces mi madre—. ¡No podemos abandonar a Jordi!”

Joana se detuvo y miró a Rufino con aire ansioso.

—Sentí una forma de presión emocional y, aunque aún sostengo que fue un error que hayamos actuado así, por otra parte, era cierto que fuimos algo instigadoras para que Jordi encarara a Demyan.

—Pero, había sido Jordi el que propuso hacer eso —objetó Rufino.

—Así es, pero nosotras no nos opusimos, y, finalmente, lo alentamos a que realizara el encuentro.

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó Rufino.

—Finalmente, comencé a sentirme miserable en mi posición de abandonar a Jordi a su suerte. Cuando mi madre se dio cuenta de que yo aceptaba protegerlo, nos llamó a que le prestáramos máxima atención.

—“En primer lugar” —nos dijo—, “es importante que Jordi quede fuera de toda sospecha. Si por alguna razón alguien echase de menos a Demyan e hiciese una denuncia por presunta desgracia, cosa que dudo que ocurra, debemos armar el escenario para que nadie sospeche. Jordi, tú debes viajar a Gerona, de donde eres, hoy mismo y hacerte ver por el mayor número de gente posible. Cuando te pregunten por tu herida, dirás que te la hiciste moviendo, frente a mí, un mueble pesado que terminó cayéndote encima. Yo seré testigo de ello. Por mi parte, diré que acompañé a Demyan al aeropuerto el domingo, de modo que cuando tu te paseas solo por las calles de Gerona, se supondrá que Demyan aún vive y prepara su viaje a Ucrania.”

—“Estelita” —dijo Jordi—, “eres un ángel. Ambas sois ángeles para mí. Me habéis hecho emocionar” —agregó, aunque sospecho que me involucró en los agradecimientos para hacerme difícil recular.

—“Mientras Jordi viaja” —continuó mi madre con mucha seguridad en su voz—, “nosotras debemos llevar una vida lo más normal posible para evitar el más mínimo riesgo de que se levanten sospechas. Yo seguiré visitando a mis amigas como de costumbre y tú seguirás acudiendo a las clases de actuación, como si nada hubiese pasado.”

—Me llamó mucho la atención la forma como mi madre enfrentaba la situación. Me sorprendió su temple. Me sorprendía en ella, no sólo la solidaridad espontánea hacia Jordi, sino también la tranquilidad y casi familiaridad con que dejó todo finalmente arreglado, al menos, aparentemente.

—¿Aparentemente? —preguntó Rufino.

—Es que ahora empieza lo peor. Yo debía asistir a tus clases tratando de aparentar la mayor normalidad posible, mientras tú me lo hacías muy difícil con los temas que elegías: el lunes pasado Verdad; Mentira; Simulación. Por supuesto que sé que fueron coincidentes. Y entonces, el miércoles de la semana pasada, mi madre recibe el primero de una serie de mensajes de *WhatsApp* enviados desde celulares de prepagos. En ellos, alguien afirma que está al tanto de lo que pasó el miércoles. Que sabe lo de la muerte de Demyan y su sepultación en cemento. Que nosotras hemos actuado como instigadoras y cómplices del crimen. Que no tiene nada en contra de nosotras y que no pretende dar a conocer nada de eso, a menos que nos neguemos a pagar cinco millones de euros en *cash*. Que nos estará contactando para estos efectos. Que comprende que nos puede tomar un tiempo reunir esa cantidad en billetes, pero que, finamente, lo deberemos hacer. Todos los días íbamos recibiendo mensajes y, últimamente, empezó a pedirnos que debíamos responder si aceptábamos o no.

—¿Hablaron de esto con Jordi?

—Lo llamamos de inmediato, estando él en Gerona. Nos dijo que no podía saber quién podría ser semejante acosador. Que estaba seguro de que no podía haber testigo alguno.

—¿Notaron algo especial en Jordi?

—Efectivamente, estaba muy nervioso, o más bien, raro. Dijo que lamentaba mucho lo que nos estaba pasando y que trataría de ayudarnos. Pero...

Joana calló mientras se retorció las manos.

—¿Pero? —inquirió Rufino.

—Desde el lunes no contesta nuestras llamadas.

Rufino quedó pensativo durante un rato, mientras tamborileaba en la mesa con los dedos.

—Y hoy debí participar de tu sesión sobre responsabilidad y culpa— continuo Joana—. Fue demasiado y no pude evitar descompensarme.

Rufino le sonrió por unos segundos, para retornar de inmediato al rostro serio que había tenido durante el relato.

—¿Saben dónde se encuentra Jordi? —le preguntó.

—Vive en las afueras de Gerona con una hermana veinte años mayor que él y que oficia de mamá. Fue empleada de mi madre cuando yo era muy niña, y me trataba como a una hija. De tanto en tanto la he visitado.

—¿No hay nadie más que pudiese estar relacionado, sea con Jordi o con Demyan?

—No, ambos eran personas muy solitarias —empezó a decir y se detuvo—. Disculpa, sí hay alguien, pero en el plano hipotético. Remei, la secretaria asistente de Roser, que es la titular. Creo que podría haber tenido algún tipo de relación con Demyan.

—¿Conoces a esa tal Remei?

—Claro que sí. Es la típica mosquita muerta que se muestra activa y muy sonriente. Es, realmente, eficiente en sus labores, pero, por debajo, habla mal de casi todo el mundo, particularmente de su jefa, y, probablemente, de mi madre. Hay claras sospechas de que ella fue quien le dio la información a Demyan sobre la situación de mi madre, en relación con la sesión de sus bienes a mí y sus planes de divorcio. Es más, creemos que podría haber tenido una relación amorosa con Demyan.

—¿No podría haber sido Roser, la secretaria jefa, la que dio esa información a Demyan?

—¡Jamás! Roser es prácticamente de la familia. En cambio, Remei, creo que sería capaz de hacer algo así mientras efectúa su trabajo, como si nada. Es una actriz de primera. Debería estar en tus clases —agregó con una sonrisa mordaz.

—Pero ¿cómo es que sigue trabajando en la empresa de tu madre?

—Creo que ya fue despedida. En realidad, sería intolerable que continuara allí.

Rufino se levantó y comenzó a pasearse por la habitación con la mano derecha en su barbilla, mientras con la izquierda sujetaba el codo adosado al vientre.

—Joana, estoy dispuesto a ayudarlas, si ustedes me lo permiten. Primero que nada, creo que aquí deberán participar con nosotros personas que no puedan ser identificables tan fácilmente en su relación contigo o con tu madre.

—No lo entiendo con claridad, explícamelo por favor.

—No sabemos quiénes podrían estar involucrados en el chantaje y, por lo tanto, debemos conducirnos de manera tal que para algunas situaciones deberán actuar amigos nuestros que no sean relacionados con ustedes. De esa manera, las personas con las que conversen serán más abiertas.

Joana lo miró con una sonrisa.

—De acuerdo, Rufo. Procede del modo que tú creas que sea el mejor.

—Además, estas personas deben ser inteligentes y, sobre todo, desprejuiciadas. Nos ayudarán a pensar. Voy a programar una reunión con Facundo y Martí, puesto que creo que son los adecuados para que me ayuden en esto. Por supuesto que tú también debes participar. Pero, debo ser claro. Tienes que estar dispuesta a aceptar que ellos conozcan, lo mismo que yo, todo lo que está aconteciendo.

Joana parecía contrariada.

—¿Es realmente necesario proceder así? Eso implicará estar muy vulnerable.

—Querida Joana. Yo he aprendido en la vida a saber en quien confiar. Créeme que es necesario. En cuanto a juicios de valor, sin referirme a la responsabilidad judicial, pienso que ustedes han sido muy descuidadas, pero, al mismo tiempo, las creo bien intencionadas.

Joana lo miró de fijo. Comenzó a afirmar, primero muy suavemente con movimientos de su cabeza que fueron aumentando progresivamente, mientras mantenía una sonrisa de labios contraídos.

—Es una suerte haberte conocido, Rufo. Acepto lo que propones.

—Una cosa más. Creo que será mejor que no le cuentes a tu madre que yo estoy al tanto de todo. La pondrías inútilmente nerviosa.

—Está bien, Rufo, así lo haré. Y ahora debo partir. Por favor avísame apenas hayas decidido el día, lugar y hora, para reunirnos —le dijo, mientras se levantaba y le daba un beso en cada mejilla para luego encaminarse a la salida.

Apenas la muchacha salió, Montserrat y Antonia irrumpieron en la sala, sentándose ambas precipitadamente al borde de la cama mientras miraban a Rufino con cara de interrogación. Éste no pudo reprimir una sonrisa.

—Creo en la igualdad de género —dijo, mientras afirmaba con la cabeza—, pero hay cosas en las que aún nos diferenciamos.

—¿Qué comentario machista vas a decir? —le preguntó Montserrat.

—Que la curiosidad no mató al gato. Mató a la gata.

—¡Y después pontificas que eres el rey del desprejuicio! —le echó en cara, mientras Antonia soltaba la carcajada.

Rufino se puso serio.

—Tranquilas, por favor. La verdad es que la situación no es para chistes. Les voy a relatar lo que está aconteciendo con Joana.

Tan resumido como pudo les contó lo que la joven le acababa de confidenciar, mientras las dos mujeres escuchaban muy atentas con asombro

creciente.

—¡No puedo creerlo, amor! —dijo Montserrat, después de unos segundos de silencio al finalizar el relato—. ¡Esto es gravísimo!

—¡Papá, puede ser muy peligroso para ti! —dijo a su vez Antonia.

Rufino las miró con ceño algo fruncido, para relajarlo después de unos segundos.

—Escúchenme con atención. He decidido ayudar a Joana y, por favor, créanme que no cambiaré de idea. En cierto modo, le he dado mi palabra.

Ambas asintieron con la cabeza, porque conocían la forma en que Rufino tomaba decisiones irrevocables.

—Espero que Martí y Facundo me ayuden en esto, aunque debo proponérselos y espero que acepten. Ustedes dos, ellos, y yo, seremos los únicos externos que estaremos al tanto de lo que sucede. Pero, es también mi voluntad, que ustedes queden al margen de las acciones que hagamos, por si algo saliera mal. Oficialmente, no saben nada. Eso es lo que, tanto Joana como Martí y Facundo, creerán. Les ruego que se conduzcan de acuerdo con esa pretendida ignorancia.

—Papá, sé lo generoso que eres. Yo quiero ayudarte. Si estás corriendo riesgos no me importa correrlos yo también.

—Puedes contar conmigo también, mi Rufo. *Ets la meva mitja taronja* —le dijo a su vez Montserrat, usando la frase que solía decir cuando quería expresarle que harían algo juntos porque, en cierto modo, los dos eran uno.

—Les agradezco lo que me dicen, pero insisto en que ustedes sólo actuarán como consejeras secretas. Las mantendré al tanto de todo para que puedan darme los consejos que sean necesarios, siempre y cuando me prometan que se mantendrán al margen de lo que realicemos.

—Perfecto, amor. No sabemos nada —le sonrió con cariño Montserrat.

—Pero, prométenos, a tu vez, que no correrás riesgos innecesarios —le rogó Antonia.

—Claro, se los prometo. Pero déjenme ahora solo por unos minutos. Quiero pensar un poco en todo esto.

Las dos se pusieron de pie, se despidieron de beso en la mejilla y abandonaron la pieza.

Rufino se quedó pensativo y, maquinalmente, tomó una servilleta al lado del vaso de agua en el velador y comenzó a dibujar unos círculos.

“Estel-Joana-Jordi”, escribió, poniendo los nombres en el interior de

cada círculo y uniéndolos luego con barras.

“Estel-Jordi”, escribió más abajo. Luego, “Estel-Joana”. A la línea siguiente “Joana-Jordi” “Remei-Jordi” y finalmente “Estel” “Remei” y “Jordi”, en círculos individuales, sin uniones.

Quedó pensando un buen rato y después comenzó a tachar algunas de las alternativas escritas. Tachó la primera, la tercera y la cuarta, en las que figuraba el nombre de Joana. Luego, después de otro lapso, tachó la séptima, que incluía el nombre de Remei en solitario.

Permaneció sentado por unos cuantos minutos, mirando la servilleta. Finalmente, se estiró bostezando, con los brazos en alto y curvando la espalda. Se levantó entonces de la mesa tomando el papel que arrugó con esmero formando una bolita que lanzó, cual basquetbolista, a un canasto para papeles a cuatro metros de distancia. Ésta dio en el borde más cercano, dio un rápido rebote en el más alejado y luego cayó al piso, fuera del recipiente.

*Después de las sesiones sobre Libertad, Responsabilidad y Culpa, sumadas a la situación que viven Joana y su madre, esos conceptos, que creía tener claros, se arremolinan ahora en mi cabeza y hacen que lo que yo pensaba ya no tenga la misma fuerza de la evidencia. Si las cosas sucedieron tal como Joana las cuenta, ¿tomó Estel la decisión de encubrir un asesinato, en plena libertad? ¿No habrá existido algún condicionamiento previo que la obligó a actuar así?*

*¿Qué es más importante? ¿Lo legal o lo moral? Los acontecimientos que Joana me ha relatado ponen en evidencia que pudo existir un conflicto entre delatar o encubrir a Jordi. La justicia obligaría a delatarlo. La amistad y la solidaridad, a encubrirlo. Aparentemente, Estel tomó la segunda opción y convenció a Joana a hacer lo mismo, haciéndole presente esas motivaciones, con el agregado de su presencia de madre. Ambas habrían actuado por un fuerte condicionante emocional. ¿Impidió aquello a que hayan sido libres al tomar la decisión de ayudar a un asesino?*

*Todas las opciones que tomamos en nuestra vida tienen condicionantes que las influyen. Éstas no son sólo las relativas a lo emocional. También las genéticas, las contingentes y las que se crean por nuestra propia formación educacional, religiosa y cultural. Así ocurre también con todos los fenómenos de la naturaleza. Ellos son condicionados, de algún modo, por factores previos. El único fenómeno que llega a producirse sin influencia alguna es aquel que responde al azar verdadero. No al azar de la ignorancia sobre los factores físicos que determinan una acción, como el cara o sello al tirar una moneda, sino al azar puro; el azar de los fenómenos sin causa alguna. Para disgusto de Einstein, que afirmaba que Dios no juega a los dados, ese azar existe en la física cuántica. Hay fenómenos que ocurren sin causa. Sólo tiene la probabilidad de hacerlo. Y, como un bumerang dialéctico, esa idea, justamente, mataría los argumentos de los que proclaman la libertad como algo meritorio, propio del ser. El*

*azar verdadero sería tan externo como una roca caída en el camino que te obliga a variar de rumbo en tu marcha.*

*¿Es preciso, entonces, negar la existencia de la libertad? No lo creo así. A raíz de los últimos acontecimientos, he vuelto a cavilar sobre un tema que siempre me ha inquietado: ¿Qué es la libertad? ¿Existe realmente?*

*Ahora, más que nunca, se me ha hecho evidente lo que había concluido hace mucho tiempo atrás: el concepto de libertad no se refiere a la ausencia de factores condicionantes externos al ser, previos a una determinada decisión, sino más bien, a una sensación que ocurre en forma simultánea a ella. La libertad no antecede a la decisión. Es su contemporánea o, más bien, su sinónimo. Por lo tanto, si eso es así, todas las decisiones son libres.*

*Pensamientos como éste no me han dejado tranquilo, y lo que he concluido, para nada me es satisfactorio. Estoy convencido de que no somos marionetas o robots que se conducen en forma previamente determinada, como mi inteligente pero obcecado alumno Darko lo piensa. La propia consciencia, fenómeno que nos otorga la capacidad de cavilar, es una prueba evidente en sí de que no estamos determinados. Somos libres, querámoslo o no, pero he empezado a darme cuenta de que esa libertad es, para mí, algo muy distinto a lo que me enseñaron en mi niñez y juventud. Y, al mismo tiempo, he de aceptar que puedo estar terriblemente errado. Si no aceptara esa duda, justamente, no podría sentirme libre.*

*En el caso Joana, me queda pendiente sólo el tema de la Verdad. ¿Sucedió lo que Joana me ha relatado, exactamente de esa forma? Confieso que las dudas se arremolinan en mi cabeza. Pero debo tomar una decisión. Y como lo he sostenido, por ser una decisión, será un acto completamente libre. Y, siguiendo esta convicción de libertad, he decidido que Joana y Estel merecen ser ayudadas. Si todo lo que ellas relatan me hubiese sucedido a mí, creo que hubiese actuado de igual forma.*



Rufino programó la reunión en su casa para el jueves en la mañana, es decir para tres días después de la conversación con Joana. Tuvo la precaución de llamar a Facundo y Martí a las 8 y a la joven dos horas después, para tener tiempo de ponerlos al día sobre la situación, sin ella presente. Les había dicho que los citaba por un asunto personal, reservado, y que, por ello, no podía darles más explicaciones por teléfono. Ambos llegaron puntualmente, con mucha curiosidad por saber qué se traía en manos el profesor de teatro.

—Calma y paciencia, amigos —los saludó Rufino—. Ya les contaré lo que pasa. Tengan la bondad de acompañarme a la cocina, que es el lugar más cómodo para estos efectos.

Los hizo sentarse a la mesita del lugar, en donde les ofreció café y algunas galletitas, hablándoles de las sesiones de estudio y de una serie de tópicos que no se relacionaban con el objetivo de la reunión, para exasperación de los visitantes. Después de unos cuantos minutos de tenerlos en vilo, se decidió a explicarles el motivo de la reunión.

—Les he pedido que vengan —les dijo con seriedad—, porque ustedes son las personas en las que más confío para este tipo de situaciones. Una de mis alumnas está enfrentando un problema mayúsculo. Necesito con urgencia de vosotros, para que podamos, juntos, ayudarla.

Y comenzó a explicarles, con lujo de detalles, lo que estaba aconteciendo.

Al terminar el relato, tanto Martí como Facundo permanecieron en silencio por un largo rato, con los ojos muy abiertos.

—Vaya, vaya —dijo entonces Martí—. Esto sí que es raro e inesperado.

—¡Y terrible! —agregó Facundo.

—Quiero que estén conscientes de la decisión que deberán tomar —les advirtió Rufino con mucha seriedad—. Este momento es el punto de no retorno. Si deciden ayudar, podrían ser acusados algún día de obstrucción a la

justicia por haber estado en conocimiento de estos hechos sin haberlos denunciado. Es un cargo grave que los que estemos dispuestos a seguir adelante en este asunto podríamos enfrentar. Si no quieren participar, yo lo entenderé perfectamente y pueden irse sin consecuencia alguna para nuestra amistad.

—*Podés* contar conmigo, Rufo —dijo Facundo de inmediato—. Como se han dado las cosas, es claro que las mujeres no son responsables de un crimen, pero sí de una gran torpeza.

—Eso es también un acto de fe —le hizo ver Rufino—. No tenemos garantía alguna de que Joana me haya dicho la verdad o de que Estel no esté escondiéndole algo a su hija. Si algún día la justicia nos reclama nuestro proceder, esa convicción de inocencia que podemos tener ahora hacia ellas, no sería un atenuante en nuestro delito. Porque, hablemos claro, obstruir la justicia es un delito.

—Rufo, cuenta también conmigo —dijo a su vez Martí, arrastrando las palabras con su voz tabáquica—. Nunca pensé que algún día estaría trabajando de ese lado.

—¿A qué lado te refieres? —le preguntó Rufino.

—Pues, del lado del delito, je, je, je —contestó con ánimo exaltado—. Pero, tengo la corazonada de que será por una buena causa.

—Entonces —insistió Rufino—, debo suponer que ambos han aceptado trabajar conmigo, a pesar de conocer las consecuencias que esto nos podría eventualmente acarrear, y que cuento con vuestro compromiso de honor de que, una vez que iniciemos las acciones, no se retractarán. Sería penoso que eso sucediera.

—Lo juro —dijo Martí, mientras Facundo, por su parte, estiraba su mano abierta con la intención de chocarla con la de Rufino como jovial señal de aprobación. Éste tardó unos segundos en responderle pues no se había percatado del sentido del movimiento, pero finalmente le dio una precipitada palmada de *ok*.

—Somos un equipo, amigos. Gracias por la confianza que me demuestran —les dijo Rufino.

—¡Hostias! Nunca pensé que iba a vivir algo tan excitante —dijo Martí con aire de entusiasmo—. Esto es muy distinto a leer en mi sofá con la luz de mierda que tengo allí o regar los maceteros de mi patio. Siento la adrenalina correr a mil.

—¿Y qué te produce esa adrenalina, amigo? —preguntó Rufino, con

malicia.

—Siento que puedo realizar acciones físicas de las que no me sentía muy capaz —contestó Martí con toda inocencia—, como correr, o subir una escalera de a dos peldaños por paso.

—Bueno, ya que hemos acordado actuar juntos en esto, veamos cuáles serán los pasos por seguir. Joana debe estar a punto de llegar, de modo que será mejor que la esperemos para que decidamos el qué hacer. Mientras tanto, les ofrezco un *refill* de café.

Rufino calentó agua y puso más galletitas en la mesa que de inmediato fueron requeridas por manos ansiosas. Todos se veían excitados, como si hubiesen recibido una descarga eléctrica.

Poco rato después, apareció Joana presurosa. Miró con timidez a los presentes, a quienes saludó, uno por uno, con sendos besos dobles en las mejillas.

—Bueno, Rufo. Ya estoy aquí, y podemos empezar —le sugirió, con voz de resignación.

—Tranquila, Joana. Ya los he puesto al tanto de todo y han aceptado colaborar. No es necesario que expliques nada. Siéntate por favor con nosotros.

Joana suspiró con alivio y les sonrió, mientras tomaba asiento.

—Martí, Facundo, os doy las gracias de corazón —les dijo la joven—. Sé con claridad lo que esto significa para vosotros y no tengo palabras para expresaros mi gratitud. Y, por supuesto, a ti, Rufo, te agradezco, sinceramente, una vez más lo gentil que has sido en llevar esto tanto en su fondo como en su forma. Hubiera sido penoso para mí tener que repetir el relato de esta historia. Me produce un enorme alivio saber que tú lo has hecho por mí.

—Joana, quiero que sepas —dijo entonces Martí—, que hemos decidido con Facundo dar nuestro sí a la solicitud de ayuda que nos hizo Rufo, porque tenemos la convicción de que, realmente, tú y tu madre sois inocentes. Os habéis movido por la solidaridad hacia un hombre que, si bien es cierto cometió un crimen, lo hizo sin intención. Yo, como forense, he visto mil veces casos similares en los que la justicia dice una cosa y el enfoque humano dice otra totalmente distinta. Habéis cometido errores, pero sin causar daño a nadie más por ello.

—Yo opino exactamente lo mismo que nuestro maestro Martí —dijo Facundo, guiñándole un ojo a Joana—. Y *vos sos piola*, por añadidura —agregó, mientras ella se ruborizaba.

—Perfecto muchachos, manos a la obra —dijo Rufino—. Antes que nada, Joana, debes entender que lo que haremos entre nosotros es algo delicado. Lo diré con mucha claridad. Estamos encubriendo un delito, lo cual es muy serio. Tanto Martí como Facundo han tenido la generosidad de arriesgarse ayudándonos.

—Y tú también has decidido correr ese riesgo —lo interrumpió Joana, con una sonrisa.

—Para seguridad de los que estamos en esto, nadie debe saber cosa alguna acerca de nuestra participación —continuó Rufino con mucha seriedad—. Ni siquiera tu propia madre. ¿Está claro?

Joana lo miró con cierta sorpresa.

—¿Qué debería decirle a mi madre?

—Sólo que te estoy apoyando en lo emocional por las tensiones que te está causando su divorcio.

—Está bien, Rufo, así se lo explicaré.

—Lo primero que debemos hacer —continuó Rufino—, es definir lo que pretendemos descubrir, para entonces planificar el quehacer para ese objetivo. Por favor, digan sus opiniones.

Se quedaron pensativos en silencio por algunos segundos.

—Me parece claro que es preciso averiguar, antes que nada, quién está detrás de ese intento de chantaje —opinó Martí.

—¡Exacto! —exclamó Facundo—. Obviamente, el primer sospechoso es aquel que realizó el crimen. Está enterado de todos los detalles.

—Parece lógico de que sea así —dijo Rufino—. Entonces, manos a la obra. Visitaremos a Jordi en Gerona. Tenemos algo así como una hora y media de viaje. Aunque ando sin el grillete, si no les importa, preferiría no conducir, como mis galenos me lo han recomendado.

—No es problema, amigos —dijo Joana de inmediato—. Si os atrevéis, yo conduzco. Hay espacio suficiente para que vayamos confortablemente los cuatro.

—¡Perfecto! ¡Partamos ya! —exclamó Rufino mientras llevaba tazas y platos al lavabo.

Caminaron animadamente al lugar en que Joana tenía estacionado su Lexus. Rufino se sentó al lado de la joven, mientras que Martí y Facundo ocuparon el asiento trasero.

—¡Che, Joana, mirá el tremendo bondi que tenés! —exclamó Facundo

al subir al coche.

—Tranquilo, Facó. No me lo he ganado. Lo he heredado —rio Joana—. No tengo mérito alguno en esto.

Se acomodaron y partieron hacia la autopista AP-7 en dirección Gerona. El movimiento de automóviles era bastante moderado a esas horas de la mañana, de modo que pronto se vieron transitando a velocidad normal.

Mientras viajaban, el silencio de los ocupantes indicaba el grado de nerviosismo y confusión que parecía gravitar en sus cabezas. Unos cuantos minutos después, repentinamente, Martí comenzó a hablar con mucha convicción y fluidez, como si fuese el resultado de algo en lo que había estado cavilando.

—Debo decirte, Joana, que distingo claramente la culpa cuando existe alguien dañado por ese hecho u omisión, de la culpa, llamémosla administrativa, en la cual se han omitido pasos establecidos por nuestras leyes, pero, sin que nadie haya resultado perjudicado por ello. Creo que, en este caso, tenéis una culpa del segundo tipo. Para mí, el límite entre lo lícito y lo ilícito, es el perjuicio. En vuestro caso, os habéis apegado al deseo de que un inocente no resulte vulnerado por un actuar que no estuvo premeditado. El tema es que vosotras no habéis dañado a nadie, sino que, quizás, estáis evitando el castigo de alguien que ha obrado sin intención.

—Simpatizo con lo que dice Martí —dijo Facundo—. Sólo están obviando un entramado administrativo que no siempre es justo.

Joana conducía el automóvil con toda calma escuchando lo que se decía.

—Os agradezco, sinceramente, vuestras opiniones. Yo, a mi vez, he estado analizando todo lo sucedido y he llegado a la misma conclusión —dijo, con convicción—. Al comienzo, pensé que mi madre había actuado de la peor forma posible. Después, he concluido que, más bien, se ha arriesgado por proteger a quien considera inocente de culpa. Actualmente apoyo todo lo que ha hecho.

Durante el resto de viaje mantuvieron la conversación en esos términos. Era como una intención de racionalizar todo lo acontecido para justificar las decisiones tomadas. Y, estaban todos tan enfocados en el tema, que se sorprendieron de estar, de pronto, circulando por las pintorescas calles de Gerona. El tiempo se les había hecho muy breve a pesar de que había transcurrido más de una hora y veinte minutos de viaje.

—La casa de la hermana de Jordi queda un par de kilómetros más allá

de la ciudad, cerca de *Sàrria de Dalt*, por un camino secundario —dijo Joana—. Pronto llegaremos.

Unos quince minutos después, se desvió por un camino lateral angosto hasta llegar a un caserío, deteniéndose en unas de las últimas casas del conjunto. Se trataba de una pequeña choza blanca a la cal, con tejas rojas y marcos de ventana verde. Joana condujo el automóvil a un pequeño jardín de arbustos y flores, aprovechando que la puerta de hierro con moho café se encontraba abierta. Estacionó en un espacio para esos fines y los cuatro bajaron de inmediato, al momento que se asomaba una señora de enorme contextura, tanto por la estatura como por los kilos que evidenciaba.

—¡Joanita, qué gusto de verla! —exclamó abriendo los brazos a su encuentro.

—¡Hola, querida Meritxell! —exclamó Joana, mientras desaparecía en la generosa anatomía que la rodeaba al abrazarla. Después de algunos segundos, logró emerger de vuelta, mientras reía con gusto.

—Quiero presentarte a Rufino, mi profesor de actuación, y a mis compañeros de clases, Martí y Facundo. Hemos aprovechado la jornada de estudio y a la vez de paseo que estamos haciendo por la linda Gerona, para pasar a verte y saber de Jordi. Hace días que hemos perdido su pista.

Al escuchar esto último, Meritxell cambió su expresión a una de franca preocupación.

—¿No habéis visto a Jordi? Os iba a preguntar por él, pero, por favor pasad y conversemos —les dijo mientras los invitaba a pasar con sus grandes brazos estirados.

La casa era muy sencilla, adornada con elementos propios del medio campestre. Meritxell los invitó a sentarse y en seguida les ofreció un café que todos aceptaron de buen grado.

—Teníamos la idea de que Jordi estaba contigo —le dijo Joana.

—Estuvo aquí desde el viernes en la noche al martes. Vino por lo del accidente —dijo, Meritxell.

—Sí, fue muy fea la herida que se propinó al caérsele el mueble en la cara —dijo Joana, siguiendo el libreto acordado con su madre—. Estábamos muy preocupadas sobre eso y queríamos saber cómo estaba.

—Cuando llegó, lo noté muy nervioso. Si bien, la herida era lo suficientemente complicada como para estarlo, su estado no me calzaba con el temperamento que mi hermano tiene. Tú sabes que es algo rudo y —dejó unos segundos en suspenso—...bueno, hablemoslo sin eufemismos, es algo bruto.

Es un niño grande, más bien, enorme, con un gran corazón, pero muy ... inocente. Lo que yo hubiese esperado es que él, más bien, se riera de esa herida. Estoy segura de que la cicatriz que le cruzará el rostro de por vida, le importa un pepino. Sin embargo, se veía muy preocupado, casi asustado.

—¿Dijo algo que explicase el origen de ese miedo? —preguntó Rufino.

—La verdad, es que no. Al menos, no con claridad —replicó Meritxell—. El domingo había bebido algunas cervezas de más con sus amigos, y estuvo a punto de contarme algo. Dijo que iba a ser rico, o algo así, y que me iba a ayudar a que nunca más tuviese escasez de nada. Él es adorable. Un buen hermano, pero, más bien, un niño fantasioso. No sé de dónde habrá sacado esos delirios.

—¿No le explicó por qué habría de llegar a ser rico? —preguntó Martí.

—No, todo fue muy vago. Lo dijo en forma ambigua. Como si efectivamente estuviese convencido de ello, pero, a la vez, siendo presa de una fuerte carga emocional. Como si celebrara y se arrepintiera de algo, simultáneamente. Yo lo atribuí a que estaba fantaseando por las cervezas que habría bebido.

—¿Y dónde está Jordi, actualmente? —preguntó Facundo.

—No lo sé. Dos días después de esto, decidió viajar. No sé a dónde ha ido y no se ha vuelto a contactar conmigo. Pensé que estaba con Estelita.

Rufino se quedó pensativo, mirando hacia el piso. Luego levantó la vista hacia Meritxell.

—¿No dijo dónde se iría? ¿Simplemente desapareció?

La dueña de caso asintió con la cabeza.

—Unos días antes, me había señalado de que quizás realizaría un viaje. Que iba a estar ausente por un buen tiempo, pero que sería para mejor. No pude sacarle qué quería decir con eso. Se veía muy nervioso y triste.

—Cuando se fue, ¿llevó toda su ropa? ¿Parecía un viaje largo? —preguntó Martí.

—Hizo una pequeña maleta. Aparentemente fue un viaje repentino. Ni siquiera se despidió de mí, apropiadamente. Sólo me dijo, el día que lo vi por última vez, que lo perdonara, pero iba a tener que hacer cosas odiosas, en mi beneficio. No entiendo qué quiso decir. Y no me lo explicó a pesar de las preguntas que le hice. Agregó que estaría ausente por unas cuantas semanas y desapareció.

La reunión se extendió por algunos minutos más sin que aparecieran datos nuevos de alguna relevancia. De pronto, Rufino le hizo un ligero gesto a Joana, la que se puso de pie, siendo imitada por los otros tres, de inmediato.

—Has sido muy amable con nosotras, Meritxell. Debemos marcharnos ya de retorno —le dijo Joana mientras la abrazaba con afecto.

Los tres varones se despidieron después, cortésmente, con apretones de mano. Cuando tocó el turno de Rufino, Meritxell se la retuvo por unos instantes y, mientras le guiñaba un ojo, le acercó la cara hablándole en susurros sólo audibles para él.

—Por favor, trate bien a mi Joanita, profe. Estoy más que orgullosa de ella. Es muy inteligente, pero atrocamente sensible.

—No hay cuidado, señora. Es de mis mejores alumnos —le respondió éste en igual tono.

—No lo dudo. ¡Es tan inteligente mi Joanita!

—Por favor, apenas sepa algo de Jordi llámeme —le pidió Rufino, mientras le pasaba su tarjeta.

Los cuatro se encaminaron al automóvil y se acomodaron de la misma forma en que habían llegado.

—¡Envíale, por favor, mis saludos a Estelita! —le gritó la señora, desde la puerta de a casa.

Joana le hizo un gesto con el pulgar levantado y puso en marcha el motor mientras los demás ocupantes se ponían el cinturón de seguridad. Después agitó la mano como despedida, mientras Meritxell le respondía de igual forma.

—Sí que ha sido interesante lo que nos ha dicho esta señora —opinó Martí.

—Al parecer, Jordi estaría involucrado en el chantaje, aunque no concuerda con la personalidad de niño que aparenta tener —dijo Rufino.

—Pero todo este *quilombo* no tiene mucho sentido —opinó Facundo—. ¿Cómo *podés* chantajear a alguien si *sos vos* mismo el que cometió el delito? Te estarías disparando en los pies, como les gusta decir hoy a los políticos.

—No se olviden de que mi madre armó las cosas de tal modo que exculparan a Jordi, es decir, le fabricó una coartada —dijo Joana—. Todo el mundo lo vio en Gerona mientras se supone que ella llevaba a Demyan en su auto al aeropuerto.

—Así es —dijo Martí—. Si Jordi cae, arrastra a tu madre, no sólo



como encubridora, sino como cómplice. Aparentemente, está jugando a que ella no se arriesgaría a delatarlo. En la psiquiatría forense, se ven casos de psicopatías como ésta. Tipos que basan su accionar en causar temor sobre sus víctimas, más que en tratar de evitar lo que podría pasarles a ellos.

—Pero se supone que Jordi estaba *encajetado* por tu madre, Joana. No *podés* hacerle eso a tu amor potencial.

—Supongo que quieres decir que estaba enamorado de ella —dijo Joana, con cierta impaciencia—. Así lo creo, pero también recuerdo la cara de desagrado que él puso cuando mi madre lo rechazó, gritándole que nunca intentara de nuevo algo así. Ese “nunca” sonó tan claro y definitivo, que quizás le produjo una especie de resentimiento.

—Sería, entonces, una suerte de venganza al sentirse rechazado—dijo Martí—. Tiene sentido.

—Es decir, de una plumada, se venga y se hace rico —dijo Facundo—. Dos en uno, como las ofertas de los supermercados.

—Sin embargo, el tipo no parece ser un psicópata sin afecto alguno, como es lo corriente en esa clase de individuos —objetó Martí—. Por lo que relata su hermana, pareciera que Jordi está sufriendo.

—Puede ser que tenga una lucha interior, entre la culpa por dañar a Estel y la satisfacción de hacerse rico y ayudar a su hermana —dijo Rufino—. Ese tipo de conflictos causan estragos emocionales.

Siguieron después en silencio por algunos minutos, mientras todos se preguntaban qué sentido podrían tener los detalles relatados por la hermana de Jordi.

En eso llegaron a Gerona y, a petición de Rufino, se desviaron por unas callejuelas en el barrio antiguo de *Barri Vell* de arquitectura medieval, hasta un pequeño puesto de comida rápida.

—Muchachos —les dijo, al llegar—, estos son los mejores emparedados de la región. Los invito a que elijan los que quieran, con sus correspondientes bebidas.

Bajaron del automóvil que Joana había aparcado casi frente al local y se sentaron en una de las mesitas que estaban en la vereda, siendo atendidos casi de inmediato por un garzón anciano, de caminar arrastrado. Había quitasoles de diferentes colores, lo que acentuaba lo pintoresco del lugar. El día estaba soleado y a una grata temperatura.

Cada uno ordenó el emparedado de su gusto, viendo las fotos que aparecían en el menú y que lucían francamente provocativos, los que fueron

llevados por el garzón en pocos minutos. Eran ya más de las dos y media de la tarde, de modo que habían comenzado a sentir un apetito que hizo devorarlos en pocos minutos. Martí aprovechó el *brake* para fumar, con cara de placer infinito, un cigarrillo, alejándose del grupo para no incomodar a nadie.

—¡Sos loco, Martí! —le gritó Facundo cuando éste estuvo a unos treinta metros—, ¡igual te estamos viendo! Entre ver u oler es la misma *vaina*. *Vení* con nosotros, a nadie le molesta tu *pucho*. ¿O me equivoco? —agregó mirando al resto, sin que nadie pareciera haberlo escuchado. Todos parecían ensimismados.

Martí terminó con tranquilidad su cigarrillo y retornó con cara de satisfacción, sentándose de nuevo con el resto.

—No entiendo cuál sería el propósito del viaje e Jordi —dijo Joana de pronto, frunciendo el ceño. Era claro que había estado cavilando en ello mientras almorzaban.

—Buena pregunta. Más que nada es curiosa la forma en que se produjo su salida —dijo Rufino—. Si reflexionamos que el tipo está enviando mensajes de chantaje por su celular y se prepara para organizar el método de recepción del dinero, es comprensible que quiera estar solo. Pero ese viaje repentino...

—Hace pensar en la posibilidad de un tercero involucrado — interrumpió Martí.

—Tercero o tercera. Es decir, un o una cómplice —agregó Rufino, para luego quedar en un mutismo pensativo, mientras hacía un gesto al garzón para que le enviara la cuenta.

Pagó la cuenta una vez recibida y los cuatro volvieron al automóvil. Entraron al coche en silencio y Joana retornó a la autopista.

—Sí, puede haber un tercero involucrado. Pero ¿quién? —rumió Rufino mientras se rascaba una oreja. Después de un rato de cavilaciones buscó en su bolsillo y sacó su celular, digitando un número.

—¿Se puede saber a quién llamas? —le preguntó Martí, mientras Rufino esperaba con el celular en su oído sin contestarle de momento.

—Hola, Remei —dijo, de pronto, a lo que Joana viró la cabeza bruscamente hacia Rufino. Quedó mirándolo con fijeza, mientras el auto se desviaba hacia la derecha.

—¡Cuidado! —gritó Facundo desde atrás, al ver que se iban hacia el borde de la carretera. En ese momento Joana volvió la vista al frente y corrigió el rumbo, con un leve patinar de las ruedas.

—¡Joana, querida, *conducís* de una forma excitante, es cierto, pero no muy segura, *che!* —gritó Facundo, a lo que la joven contestó levantando una mano a modo de disculpa.

Mientras tanto, Rufino, con la oreja pegada al teléfono, escuchaba con mucha atención, como si no se hubiese dado cuenta del riesgo corrido.

—Qué suerte que me haya llamado, no tenía su celular. Necesito hablar urgente con usted —le oyó decir a Remei. La chica hablaba con voz de muy bajo volumen y sonaba temblorosa y excitada.

—No te logro escuchar muy bien. Dime de qué se trata, Remei. Puedo escucharte todo el tiempo que desees.

—No puedo hablar ahora —susurró la voz—. Roser me vigila de cerca. Es que ...—murmuró, agregando una larga frase que fue ininteligible para Rufino.

—¿Me puede repetir lo que dijiste? No logré entender —dijo Rufino.

—Después lo llamo —susurró la voz y cortó.

—¿Conoces a Remei? ¿Qué te dijo? —preguntó Joana con una sonrisa irónica—. Apostaría a que te lloró como víctima por su despido.

—Nada importante —contestó Rufino, sin dar mayores detalles—. Más adelante conversaré con ella. Es bueno escuchar a todo el mundo.

—Tienes razón, Rufino, discúlpame. Es que, de verdad, no me cae bien esa tal Remei.

—¿Nos podrían aclarar quién es esa mujer? —preguntó Martí—. Tanto Facundo como yo mismo, somos tipos curiosos. No olviden, como lo acordamos en nuestras clases, que la curiosidad es nuestro rasgo más distintivo de especie.

—Se trata de la ayudante de Roser, la secretaria de mi madre —les informó Joana—. No es santo de mi devoción, porque al parecer, tenía un lío amoroso con Demyan, quien la usaba para sacar toda la información posible. Fue la que le informó que mi madre se había casado traspasándome sus bienes antes del matrimonio y de que ahora planificaba el divorcio.

—¡Ah, bueno! —exclamó Facundo—, el amor puede hacer cosas de todo tipo. No le *guardés* rencor. Seguro de que ella no se dio cuenta de que estaba siendo usada.

—Puede ser, Faco. Gracias por el consejo —le dijo Joana en tono irónico.

En ese momento habían arribado ya a Barcelona y se dirigieron a la casa de Rufino, para que Martí y Facundo cogieran sus automóviles.

—*And, what next?* —preguntó Martí tan pronto llegaron.

—Creo que es esencial, Joana, que tú, junto a tu madre, le sigan la corriente al chantajista —dijo Rufino—. Respondan a sus mensajes diciéndole que aceptan sus condiciones y negocien que se dilate el tiempo de pago mientras ustedes reúnen los billetes. Tienen un buen pretexto. La cantidad solicitada en *cash* toma un tiempo considerable en juntarse. Es algo que debes de acordar con Estel, sin que tengas que decirle que es un consejo que yo te he dado. Recuerda que, quienes te estamos ayudando en esto, debemos permanecer al margen.

—De acuerdo, Rufo. Así lo haré.

—Más adelante los llamaré para reunirnos y planificar los próximos pasos que deberemos seguir —les dijo Rufino mientras se despedían—. Por el momento, continuaremos nuestra vida como si no ocurriera nada extraño. Nos vemos el lunes en mis clases.

Rufino se quedó frente a la puerta de entrada por unos instantes mientras sus alumnos se dirigían a sus respectivos automóviles. Luego subió sin prisa a su habitación tirándose en la cama para pensar en todo lo acontecido. Le parecía obvio que Jordi estaba involucrado. ¿Dónde estaba? ¿Actuaba solo? Luego recordó la conversación con Remei ¿Qué le iba a comunicar? ¿Tenía algo que ver Roser en todo esto? Si eso fuese así, ¿estaría Estel contando toda la verdad? ¿Qué pasaría con Martí, Facundo y él mismo si el crimen fuese descubierto? ¿Sería mejor que eso no ocurriera nunca? De pronto se quedó dormido, profundamente.

El celular sonando y danzando entre vibraciones en la cubierta de su velador, lo despertó. Se dio cuenta de que habían pasado cuatro horas. Con movimientos lentos y algo erráticos logró tomarlo para contestar la llamada.

—¿Sí? —dijo entre bostezos.

—Debo comunicarte algo muy serio, Rufino —oyó la voz conmovida de Joana.

—Cuéntame.

—Remei se ha suicidado.

Ese día, a la misma hora en que Rufino y sus alumnos salían a Gerona, una mujer muy rubia, alta y de cuerpo curvilíneo entraba al edificio de Estel. Vestía un traje sastre oscuro y llevaba una cartera cuadrada de cuero sobre el hombro. Se dirigió con decisión al escritorio de recepción.

—Soy la teniente Kalyna Lutsenko, jefe de policía de la quinta circunscripción de Kiev, Ucrania —le dijo al conserje, en un castellano bastante fluido, aunque con acentuado acento. Miró de fijo a los ojos orientales del conserje mientras le mostraba una identificación en cuero con el escudo ucraniano y la foto de la portadora.

El conserje no podía apartar la mirada de esos ojos celestes, tan claros que parecían transparentes.

—Disculpe, señora, digo, teniente ¿en qué la puedo ayudar?

—Necesito hablar con la señora Kravchuk por un asunto de su marido Demyan.

—Un momento, por favor —dijo el conserje, mientras procedía a llamar por el citófono.

Después de unos murmullos que parecía corresponder a un diálogo de preguntas y respuestas con la persona a quien había llamado, el conserje se volvió hacia la visitante.

—Sí señora, puede pasar. Es en el ascensor número cuatro. Pulse el número doce que la dejará en el departamento mismo —le indicó con la mano—. Pero, antes que pase necesito, por reglamento, tomarle una foto. Discúlpeme, por favor.

La visitante accedió a ello sin problema. Puso una sonrisa seductora mientras la fotografiaban.

—No sé si era necesario hacer esto en este caso —agregó el conserje en tono dubitativo, sin que pareciera claro si el comentario iba dirigido a sí mismo o a la visita. La mujer lo miró con cara de interrogación.

—¿Qué me ha dicho? —le preguntó ella abriendo los ojos.

—Eh...nada importante. Pase por favor.

—Muchas gracias, pero, antes, quisiera preguntarle algo.

—Con todo gusto, teniente.

La visitante se acercó al conserje con su mirada celeste y una sonrisa luminosa.

—Lo que le preguntaré es confidencial —le dijo en tono susurrante—. Yo sé que usted, al igual que yo, debe mantener discreción en muchas cosas. En ese sentido, nuestros trabajos son muy cercanos.

—Claro que sí, la entiendo muy bien —dijo el conserje, poniendo automáticamente su voz a igual tono de la teniente.

—Por asuntos de cuidado hacia la señora Kravchuk, y por su propia protección, debo averiguar algo que sé muy bien que usted lo considerará información privada. Sin embargo, es sólo un detalle que me permitirá protegerla a ella. Usted debe saber que a veces los adultos, por tonterías de la vida, nos comportamos como niños —dijo, manteniendo la sonrisa.

—Bueno, sí, cometemos errores sin darnos cuenta.

—Desearía saber si hay alguien que haya estado visitando a la señora en estas últimas semanas, y que no corresponda a las personas que ella ve habitualmente. Es sólo ese detalle. Es algo que podré averiguar de igual modo. Créame que, si usted me lo aclara, me ahorraría un tiempo valioso.

El conserje se puso algo serio.

—Es que nuestras normas de discreción no me permitirían decir algo así. No puedo revelarle quien la visita.

—No necesito que me diga su nombre. Eso sería caer en una falta. Dígame sólo sexo y edad de esa persona.

—Hay un señor de unos cincuenta y algo, que ha venido un par de veces —dijo, no sin cierta incomodidad.

—Muchas gracias, amigo mío. No necesito saber nada más. Ha sido muy amable —le dijo con dulzura. Le guiñó entonces un ojo y se dirigió al ascensor número cuatro.

Cuando llegó al departamento, Estel la esperaba de pie al frente del ascensor, en posición rígida, con los brazos cruzados, mientras movía rítmicamente el pulgar de su mano derecha. Su párpado izquierdo tiritaba de tanto en tanto.

—Pase, por favor, teniente...¿Kutsenko?

—Lutsenko —le corrigió la recién llegada, con una sonrisa.

—Por favor, tome asiento —le dijo Estel, mientras le señalaba algo

precipitadamente el sofá —¿Desea un café?

—No, gracias, señora Kravchuk. Estaré sólo unos minutos.

Estel la observó por unos segundos, para después sentarse a su lado.

—¿A que debo su visita, teniente?

La visitante miraba el entorno manteniendo su sonrisa, pero sin responder a su pregunta.

—Es muy hermoso su departamento, señora Kravchuk. La felicito por su buen gusto.

Estel guardó un silencio algo ansioso, mientras esperaba la respuesta de la teniente.

—Verá, esta no es una actividad oficial, propiamente tal. Yo estoy asistiendo a un curso de perfeccionamiento en técnicas policiales en Madrid y, aprovechando mi presencia en este país y al hecho de que hablo el castellano, mi jefe me ha solicitado que averigüe una petición de la familia Kravchuk. La familia de su marido es muy conocida en Kiev.

—La verdad es que no conozco a la familia de mi marido. Y nunca he estado en Kiev —dijo Estel.

—Según me dijo mi jefe, la hermana de su marido, de nombre Galechka, ha hecho un petitorio que no es propiamente tal una denuncia. ¿Conoce usted a la hermana de su marido?

—Bueno, sé que tiene una hermana de ese nombre —dijo Estel con ligera precipitación—, pero no la conozco en persona. Sé que ella no habla más que ucraniano y ruso, que para mí son inentendible, de modo que no hemos podido contactarnos. Por otra parte, nunca he viajado a Ucrania y, cuando nos casamos con Demyan, no asistió nadie de su familia al matrimonio y tampoco después de aquello.

Kalyna miró un momento al cielo de la pieza, para después fijar la vista en Estel.

—Bueno, usted debe saber que la familia de Demyan no aprobaba su matrimonio. Eso se lo confidenció su cuñada a mi jefe. Perdón que lo mencione, pero creo que usted tiene el derecho de saber cuál es la posición de la familia Kravchuk en Kiev, acerca de este asunto. No asistieron a la ceremonia porque, simplemente, no estaban de acuerdo con su unión.

Estel frunció el ceño, pero mantenía el temblor en el párpado izquierdo. Tomó maquinalmente una cucharita de plata de adorno de la mesita lateral y comenzó a darle vueltas en su mano derecha.

—Demyan me dijo que no asistiría nadie de su familia porque no tenía

muchos parientes —explicó Estel—. Muchos han emigrado y los pocos que aún viven en Ucrania no son muy cercanos a él, incluyendo su propia hermana.

Kalyna sonrió, afirmando con su cabeza.

—Me es incómodo hablar de esto con usted, señora Kravchuk. Yo no conozco a la familia de su marido en Kiev, pero sí sé que son personas influyentes. Y no son tan pocos. Más vale que usted esté enterada de todos los pormenores.

—La verdad es que no soy amiga de los chismes. No soy *cotilla*.

—Discúlpeme si la importuno con esto, pero no es mi intención hablar de chismes. Lo que me trae es otra cosa —dijo Kalyna con seriedad.

—Aún no me ha explicado en qué podría yo ayudarla —le dijo Estel en tono ligeramente seco.

—La hermana de su marido, dice que ellos hablan con cierta frecuencia por teléfono.

La cucharita de plata se soltó de la mano de Estel, cayendo al suelo. Ésta la levantó rápidamente y la dejó en donde la había tomado.

—¿Y bien? —le preguntó con un ligero temblor.

—Pues, hace ya varias semanas que él no la llama. Y cuando ella trata de hablar con él, escucha el mensaje que dice que el celular se encuentra apagado o fuera de área de cobertura.

Estel se había puesto pálida y el temblor del párpado estaba intensificándose.

—Debo confidenciarle, teniente Lutsenko, que mi marido tiene sus peculiaridades. Muchas veces evita contestar el celular, aunque sea yo misma quien lo llame.

—¿Podría usted decirle a su marido que por favor llame a su hermana? Creo que aliviaría muchas tensiones y pondría fin a esta historia.

Estel permaneció unos segundos en silencio, como si considerara alternativas.

—Creo que no va a ser posible, teniente.

—¿Se puede saber por qué?

—Mi marido está de viaje. Voló a Ucrania hace un par de semanas y no sé cuándo volverá. Tampoco contesta mis llamadas.

Kalyna miró de fijo a Estel con sus penetrantes ojos celestes. El temblor del párpado izquierdo contestó de inmediato a la mirada.

—¿Está segura de que voló a Ucrania?

—Así es. Yo misma lo llevé al aeropuerto.



—Una cosa es que lo haya llevado al aeropuerto y otra es que haya viajado a Ucrania. La información preliminar que nuestra policía logró recabar de Inmigración de España es que su marido no figura saliendo de la Comunidad Europea.

—Quizás tomó un vuelo doméstico.

—Usted afirma que él le habría dicho que viajaría a Ucrania y eso no lo ha hecho. Y, me dice, además, que él no la ha contactado ni contesta sus llamadas. ¿No es algo extraño?

Estel empezó a frotarse las manos con energía.

—No es la primera vez que Demyan hace algo así desde que estamos casados —improvisó Estel.

La oficial se rascó la barbilla.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, quizás algo incómoda?

—Adelante, pregunte lo que quiera —dijo Estel con aire resignado.

—¿Cómo marcha su matrimonio?

Estel se estremeció. Tomó aire como para decir algo con entusiasmo, pero no le salieron las palabras. Unos segundos después habló, pero en tono sombrío.

—En verdad, muy mal. Como probablemente usted lo averiguará, estoy tramitando el divorcio.

La teniente se quedó un rato pensando.

—¿Su marido tiene una aventura con alguien?

—Estoy segura de eso —le siguió la corriente Estel—. Ya de varios meses, me parece.

—¿No sabe con quién?

—No lo sé y no me interesa averiguarlo. Como ya le he dicho, he iniciado los trámites del divorcio. Me da absolutamente lo mismo.

—Discúlpeme que le pregunte si usted también tiene su propia aventura.

—¿No le parece algo fuera de tono su pregunta? —la voz de Estel había recuperado algo de su aplomo y lucía ofendida.

—Señora Kravchuk —le dijo entonces con suavidad Kalyna—, mi visita no es social. Por favor discúlpeme que le haga estas preguntas, pero creo es por su bien que yo pueda saber estos detalles. Sé que usted se ve con alguien. No llegué ayer y he tenido tiempo para averiguar muchas cosas. Si quien la visita lo hace con fines románticos o no, me es igual. Pero, si fuese así, tanto mejor. Eso me permitirá dar una versión coherente para que mi jefe y

la propia hermana de su marido queden conformes. Y podríamos cerrar este asunto odioso.

Estel puso atención a lo que la Kalyna acababa de decir.

—¿Me está insinuando que si el motivo de la huida de Demyan —evitó decir “desaparición” —es romántico, eso dejaría tranquilos a mi cuñada y a su jefe? No entiendo.

—Cuando los motivos de algún misterio son monetarios, hay muchos más riesgos de conductas inapropiadas. Y en vuestro matrimonio, hay mucho dinero en juego. Lo romántico suele ser más liviano e inocente. Bueno, claro que no siempre es así.

Estel quedó meditando unos segundos, mientras Kalyna se inclinaba hacia ella como buscando mayor confidencialidad.

—En condiciones normales, no le preguntaría esto, señora Kravchuk, pero dadas las circunstancias debo hacerlo. ¿Quién es el señor que la visita?

Estel continuó en silencio por un rato más y luego hizo aflorar una sonrisa ambigua.

—No es lo que piensa, oficial. El señor Rufino Castell, es el profesor de mi hija que estudia teatro. Es un hombre muy interesante y me ha visitado para comentarme lo adelantada y brillante que es su alumna. A mí también me interesaba conocerlo. El señor Castell fue un conocido actor del cine español y hemos tenido unas entretenidas conversaciones.

—¿Sólo en el ámbito social?

—Sólo en ese contexto —confirmó Estel, con una sonrisa que parecía significar todo lo contrario.

Kalyna la miró con atención. Luego sonrió y meneó la cabeza.

—Las cosas que usted me relata me parecen que concuerdan con el perfil que me habían dado en Kiev sobre su marido. Dado que me ha contado que tramita su divorcio, se lo puedo decir sin que parezca que pretendo ofenderla. Su marido, no es un modelo de hombre. Es mujeriego e inmaduro. Ha tenido líos de faldas por cientos, con encaprichamientos de meses de duración.

—No me sorprende, para nada.

—Por lo tanto, sería fantástico concluir que todo lo que tanto preocupa a su cuñada y a mi jefe no son más que vulgares aventurillas corridas por uno o ambos cónyuges de un matrimonio en vías de extinción.

—Sería bueno que todo termine así. Debo confesarle que me asusté cuando me avisaron que una teniente ucraniana quería hablar conmigo.

—En los próximos días debo hacer un par de trámites menores y tomaré unos días de vacaciones. Tengo vuelo reservado para el martes de la semana subsiguiente, y si en ese tiempo no aparecen novedades importantes, concluiré las averiguaciones y daré por cerrado el tema. Y, téngalo por seguro, a mi jefe sé cómo convencerlo.

Estel estuvo tentada de decirle que eso no le cabía duda alguna, pero se contuvo.

—Bueno, teniente, si no hay nada más que quiera saber, le rogaría me excusara. Tengo que hacer algunas diligencias.

—Ha sido muy amable señora Kravchuk y discúlpeme si la he incomodado. Simpatizo con su situación. Estamos rodeadas de hombres que parecen anclados en dos siglos atrás.

Estel acompañó a su visitante hacia el ascensor en donde la dejó tras despedirse. Luego retornó a la sala de estar a paso acelerado. Se dirigió hacia un mueble de tipo bar y sacó una botella de *whisky* y un vaso gordo que llenó con una buena porción del licor, agregando posteriormente hielo desde la nevera. Comenzó a pasearse con el vaso en la mano, mientras bebía sorbos largos. Miró su reloj y se dio cuenta de que era bastante tarde y no había almorzado. En todo caso, no sentía el menor atisbo de apetito, por lo que decidió, sencillamente, omitir esa comida.

Después de un buen rato de cavilaciones, tomó su celular y marcó un número, mientras seguía paseándose, agitando el hielo del licor del vaso que mantenía en la otra mano.

—¿Roser? Hola. ¿Está arreglado lo de Remei? ... ¿Cuándo? ... ¿Para la tarde?

Mientras escuchaba la respuesta seguía entre paseo y tintinear de hielo.

—Bueno, ok. Avísame cuando esté todo acabado. Adiós.

Guardó su celular y dejó el vaso vacío en la mesita de centro, justo cuando hacía su entrada Joana.

—Hola, hija, ¿dónde andabas? —le preguntó tan pronto ésta se asomó.

—Estábamos practicando teatro con Rufo, Martí y Facundo. Nada importante. ¿Y cómo está usted? ¿alguna novedad?

—Nada, hija. He dedicado la tarde a ver tele.

—Ok. Me daré una ducha y luego leeré un poco.

—Muy bien. ¿Quieres que en la noche cenemos pizza?

—¡Ok, estupendo! Y después veamos alguna serie juntas.

—Si hija. Encargaré la pizza para las 8:30.

La joven le hizo un ademán de despedida y se dirigió a su habitación. Se sentía agotada y abrumada.

A las 8 de la noche, Joana, que estaba tendida en su pieza, semi dormida, sintió unos golpes en la puerta.

—¡Pase, madre! —le gritó desde la cama.

Estel entró y se quedó mirando a su hija con los ojos muy abiertos.

—¡Me acaba de llamar Roser! ¡Remei se ha suicidado!

Joana se incorporó bruscamente y tiró el libro a un lado.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Qué pasa con Remei?

—¡Que se ha suicidado! —repitió Estel, poniendo sus manos sobre su boca una vez terminada la frase.

Joana saltó de la cama y fue hacia su madre, abrazándola.

—Pero ¿cómo ha podido suceder algo así?

Estel no contestó de inmediato. Respondió al abrazo de su hija, apretándola contra su cuerpo.

—La chica estaba sufriendo de una depresión. Según me cuenta Roser, estos últimos días estaba como ausente y la sorprendieron llorando varias veces. Hoy se le comunicó oficialmente de su despido y parece haber sido la gota que terminó rebalsando el vaso.

Joana recordó que sólo unas horas atrás, Rufino había hablado con ella.

—¿Cómo ocurrió? ¿Estaba en Construct?

—No. Estaba en su departamentito en San Martí. Según cuentan los vecinos, sintieron un fuerte olor a gas que emanaba desde la puerta de su domicilio. Debieron llamar a los bomberos, los que entraron con los equipos que usan en esos casos. Remei estaba en la cocina. Tenía el horno de gas abierto y la cabeza apoyada en la puerta del dispositivo, con una toalla cubriéndole la cabeza.

—¿Cuándo sucedió?

—Acaba de ocurrir. Una amiga y vecina de Remei, que fue quien llamó a los bomberos, presencié todo esto. Como ella sabía que trabajaba en Construct y tenía el número de su oficina, llamó a Roser poniéndola al tanto. Los bomberos la habían rescatado, ya sin vida, hacía una media hora atrás.

Joana se separó de su madre por unos instantes y la miró con expresión triste.

—Mamá, me siento muy mal. Creo que hemos contribuido a este triste

final. Yo odiaba a la chica sin conocerla realmente, y sólo porque ella había hecho llegar a Demyan información sobre vuestro divorcio y los arreglos prematrimoniales.

Estel se aproximó nuevamente a Joana, tomándole las manos.

—¡No digas eso, hija mía! ¡No puedes culparte de nada! Y, menos tú que ni siquiera hablaste con esa muchacha.

Joana seguía cabizbaja, pensando.

—¿Crees que la desaparición de Demyan haya contribuido a esto?

—Quizás haya sido un factor más. Ignoro si ella estaba sosteniendo una relación más personal con él, o si sólo se limitaba a ser la informante. Pero, suponiendo que mantuviesen algo entre ellos, no ha pasado tanto tiempo como para que ella pudiese haber pensado en un evento trágico.

—Madre, tengo pena y miedo.

—Tranquila hija. Todo va a estar bien. Y recuérdalo: ni tú ni yo hemos hecho cosa alguna de la que debamos reprocharnos.

—Necesitamos de alguien que nos ayude, madre —dijo Joana pensando en Rufino, pero evitando mencionar cosa alguna de su actual rol de apoyo.

—Hija mía, sólo tú y yo debemos estar al tanto de todo. Si alguien más lo sabe, podemos correr muchos riesgos. ¿Entendido?

—Sí, mamá —contestó Joana en tono de resignación.

—Ahora te dejo, en lo tuyo. Buenas noches.

Estel dio un beso a su hija, mientras ésta se subía de vuelta a la cama.

Joana esperó unos instantes, después de que Estel saliera. Entonces se levantó, fue sigilosamente a la puerta y la abrió mirando hacia ambos lados. Luego la cerró nuevamente y se dirigió al velador, en donde estaba su celular. Lo tomó con nerviosismo y marcó el número de Rufino.

Al día siguiente, Martí y Facundo habían sido citados por Rufino, con urgencia, para discutir los últimos sucesos. En su estilo, no les adelantó nada, sino que, simplemente, les dijo que había importantes novedades. Se reunieron, temprano por la mañana, a tomar café en la misma mesita de la cocina donde lo habían hecho el día anterior. Esta vez no los hizo esperar. Apenas éstos llegaron, Rufino los puso en conocimiento de la muerte de Remei y las circunstancias ambiguas que rodeaban este hecho. Les contó cómo él había conocido a la chica y que, a raíz de ese encuentro, se había enterado de que tenía una relación sentimental con Demyan y que estaba muy preocupada por su desaparición.

—Como recordarán, cuando ayer regresábamos a Barcelona, volví a hablar con Remei, esta vez por el celular. Parecía algo alterada, pero no en el sentido en que lo estaría un suicida a horas de cometer el acto final, sino como quien ha descubierto algo.

—¿De qué hablaron? ¿Qué te contó? —preguntó Martí.

—Desgraciadamente no pude entender nada. Al parecer había más gente cerca de ella y me hablaba a susurros a veces inentendibles.

—¿Quién estaba cerca? —preguntó Facundo.

—Me mencionó que Roser, la secretaria de Estel, que es su jefa, la estaba observando o algo así. Luego me dijo una frase en tono confidencial, pero en un volumen tan bajo, que no pude entender su sentido. Finalmente, como dándose cuenta de que era imposible cumplir con lo que deseaba en ese momento, me dijo que me llamaría luego y cortó.

Martí pensó unos segundos.

—¿No te llamó de nuevo?

—No lo hizo. Supe nuevamente de ella cuando Joana me llamó para contarme lo del suicidio, unas cinco horas después de que yo hablara con Remei.

—Es curioso que no lo haya hecho —dijo Martí—. Si tenía esa urgencia

de comunicarte algo, dispuso de horas para haber realizado una nueva llamada.

—¿Tenía motivos para suicidarse? —preguntó Facundo.

—Aparentemente no. Su ánimo ayer estaba excitado, pero sin atisbos de tipo depresivo. Francamente, no me parece que la muerte se deba a una autodeterminación.

—Los suicidas pueden actuar sin que anticipen necesariamente lo que harán—acotó Martí—. No es lo habitual, pero sucede. Por lo tanto, nunca se puede negar que pudiese existir una motivación interna.

—Pero ¿cuáles serían las situaciones negativas que ella estaba viviendo? —preguntó Facundo.

Rufino reflexionó por unos segundos.

—Parece que la chica se había hecho la idea de que se escaparía con Demyan, un tipo de buena presencia, encantador y rico. Su desaparición debe haber influido muy negativamente en su ánimo. Por otra parte, se sentía despreciada y perseguida por su jefa en la oficina y estaba segura de que sería despedida.

—No son motivaciones suficientes como para gatillar un suicidio, a menos que se sumara una personalidad *borderline* de la víctima—dijo Martí.

—O a menos que ella se haya enterado del asesinato —dijo Facundo.

—Bueno, sí, pero parece imposible —dijo Rufino—. Tendría que haberse visto con Jordi. Y no creo que éste le fuese a confesar algo así a alguien que no toleraría ese hecho.

—A menos que se conociesen de antes y que ella fuese una actriz de primera y nos haya hecho tragar una historia falsa—dijo Martí.

Rufino recordó el comentario negativo de Joana sobre Remei, que incluía las supuestas dotes actorales de Remei.

—Si eso fuese cierto, alejaría más aún la posibilidad de un suicidio. Alguien que tiene la frialdad para desempeñar un papel convincente de personalidad distinta a la que realmente tiene, no se suicida —dijo Rufino.

Todos se callaron por un rato pensando, mientras Rufino les rellenaba las tazas de café.

—Pensemos ahora en la otra alternativa: la de un asesinato —propuso Rufino—. Como ya lo dijo Martí, el hecho de no haberme llamado otra vez, sugiere que nunca estuvo sola. Hasta el momento del supuesto suicidio.

—Podría haber ocurrido algo que cambió sus planes y la trastornó al punto de decidir suicidarse —dijo Facundo.

—De acuerdo. El que no me haya llamado de nuevo, no es un dato absoluto en favor del asesinato. Pero sigue siendo muy sugerente.

—Para sostener la tesis del homicidio, debería haber un móvil —opinó Martí.

—El más evidente —dijo Rufino—, sería el intento de acallarla. Es posible que la chica haya descubierto algo sensible para una o varias personas y que, a raíz de aquello, esta o estas personas la silenciaron. Justamente, Remei quiso darme a conocer ayer algo que parecía ser importante.

—Y que seguramente se relaciona con el asesinato de Demyan —especuló Facundo.

—No necesariamente —dijo Rufino—. Puede ser casual, aunque ayer estaba muy preocupada de que Roser, la secretaria de Estel, escuchara lo que me iba a decir. Por otra parte, según lo que Joana me ha contado, Estel y Roser sospechaban que Remei era la que había transmitido a Demyan la información sobre el arreglo matrimonial, con información que había obtenido husmeando en los papeles de Roser. Remei, por su parte, debe haberse dado cuenta de que sospechaban de ella.

—Pero ¿qué información tan importante podría ser aquella que diese lugar a un asesinato?

Siguieron por unos cuantos minutos más especulando con una y otra teoría, hasta que, de pronto, Martí chasqueó los dedos.

—Lo primero que es necesario aclarar es si se trató de un suicidio o asesinato. Creo que eso puedo lograrlo. Haré un par de llamadas.

Se puso de pie y salió de la cocina mientras marcaba un número en su celular.

—Es una suerte tener a Martí —dijo Rufino—. Como psiquiatra forense encaja de maravillas en un caso de probable suicidio.

Facundo aguzaba el oído tratando de escuchar lo que Martí hablaba en la puerta de la cocina. No entendía nada, puesto que éste había virado al catalán, idioma que no había aún logrado asimilar. Se dio cuenta de que Martí conversaba con alguien, al parecer, muy conocido y cercano, por las risotadas y palabrotas catalanas, que sí entendía.

—¿Y a quién está llamando? ¿De qué hablan? —le preguntó a Rufino, arriscando la nariz.

—Ya lo verás —le contestó éste sonriendo, mientras prestaba atención a lo que Martí decía—. Prepara tus dotes de actor, que nuestro amigo te está cocinando un libreto.



Después de unos cuantos minutos, el habla de Martí se hizo de a frases cortas y palabras sueltas como ocurre al finalizar una conversación.

—*¡Fins aviat!* —dijo, finalmente, y volvió a la cocina, guardando su celular.

Facundo lo miraba con mucha atención.

—Acabo de hablar con mi amigo Sergi Díaz, del *Institut de Medicina Legal i Ciències Forenses de Catalunya* —les informó Martí—. Debemos ir a visitarlo, Facundo. Tú, como escritor que trabajas en tu primera novela, en donde una chica se suicida con gas en la cocina de su amante, como me lo has contado, estás muy deseoso de saber cómo luce una víctima que ha sufrido tal daño.

—*¿Me podés* poner al tanto de lo que *tramás*, amigo Martí? Yo no me atrevería a escribir una novela ni aun estando *al pedo*.

—Pues, que debemos tener un pretexto para averiguar lo que sucedió con Remei. Su cuerpo yace en los frigoríficos del Instituto, como todos los suicidas y asesinados, mientras se realiza la autopsia y los estudios aclaratorios. Sergei, mi amigo, es anatomopatólogo forense, jefe de la sección de muertes violentas. El tipo es un magnífico profesional y trabajé con él en muchos casos, mientras yo era psiquiatra forense. Pero, por muy amigo mío que sea, él no puede, así como así, mostrarme nada, especialmente en relación con un caso cuya investigación está en desarrollo.

—*¿Y qué macan pinto* yo en el papel de ese supuesto novelista que *acabás* de mencionar?

—Tú, desde ahora, eres un escritor novel muy promisorio, a quien conocí en las clases de nuestro profe Castell, y que, como tal, mereces toda clase de apoyos. Como buen actor, eres también aficionado a la escritura. Vamos a suponer que en tu novela se produce un suicidio al estilo Remei, y mereces saber de primera fuente las alteraciones en la piel, rostro, manos, etc. que ocurren en estos casos, para que puedas describirlas en forma auténtica en tu texto.

—Comienzo a entender —dijo Facundo—. *Perdoná*, Martí, es muy temprano. Recién ahora se me empiezan a acomodar las neuronas.

—Iremos a la *Ciutat de la Justícia de Barcelona* en donde se encuentra el Instituto de Medicina Legal. Sergi nos espera y te mostrará allí el cuerpo de una joven que ingresó ayer por muerte debida a asfixia con gas. Podrás adivinar de quién se trata.

Rufino escuchaba ese diálogo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Querido Martí, por mucho que me hayas dicho que no te interesa el teatro como oficio, te pediré que actúes en nuestras futuras obras. Realmente has superado mis expectativas.

—Je, je, je. Empiezo a tomarle gustillo al asunto. Creo que lo voy a tener presente y te recordaré esta petición, amigo.

—Vayan los dos. Yo llamaré a Joana para ponerla al tanto.

Martí se volvió hacia Facundo y le hizo un gesto para que se pusieran en marcha.

La pareja partió al Instituto en el auto de Martí, un Seat antiquísimo con varias rayaduras y abollones. El viejo psiquiatra manejaba con una velocidad inusual para el tipo de auto en el que iban, sumado esto con una dirección algo caótica, mientras Facundo se crispaba en el asiento de al lado.

—¡*Pará* que nos vamos a hacer pelota, *che*!

—¡*Hostias*, amigo! ¡Tranquilo! —rio Martí—. Este viejo *trastarro* me ha acompañado casi de por vida y, como ves, todavía ambos caminamos.

—Pero ¿que no *conocés* la línea recta? ¡Esto es un *quilombo*! ¡Vamos de aquí para allá!

—Son peculiaridades que tiene *Reietó*. Con el paso de los años se le ha torcido un poco el eje delantero, al pobre. Yo lo dejo ir sin forzarlo demasiado.

—¿*Reietó*? ¿Qué diablos significa eso?

—Es el nombre de mi coche. Significa reyecito.

—¿Este cacharro tiene hasta nombre? ¡Pero mi asiento ni siquiera tiene cinturón de seguridad!

—¿Para qué? Es algo superfluo. Nunca se ha necesitado —dijo Martí sacando un cigarrillo que encendió con el dispositivo del auto, que sí funcionaba a la perfección.

—¿Y, más encima, *fumás*? ¿Y cómo le dieron autorización a este trasto para que circule?

—No se la han dado. No tiene permiso alguno —dijo Martí con la naturalidad con que se dice la hora si alguien la pregunta.

Siguieron camino discutiendo sobre las estadísticas de accidentes del tránsito y de las formas cómo puede disminuir la seguridad de un viaje, pero pudieron arribar al Instituto sin novedad. En la puerta de los estacionamientos, Martí saludó al guardia.

—¡*Cojones*, no puedo creerlo! ¡Más de un año que no nos visitas,

Maroto! —dijo el guardia, un obeso de uniforme y gorra lagoon ladeada.

—Como lo ves, Pepe, los estoy visitando ahora —le dijo Martí con un guiño de ojo—. ¿Puedes darme un lugar dónde estacionar?

—Aparca a *Reietó* en el 122. La señora Elvira está de viaje.

—Veo que no te has olvidado del nombre de mi bólido. Eso es bueno. Significa que tampoco te has olvidado de mí.

—Ambos son inolvidables —le dijo el gordo sonriendo, mientras movía el control remoto para levantar la barrera.

Aparcaron en el lugar indicado del estacionamiento subterráneo y subieron por un ascensor hasta la recepción. En ese lugar, y a requerimiento de Martí, el oficial de turno llamó por citófono a Sergi Díaz, quien puso al tanto al funcionario de que esperaba a los visitantes. Una vez que colgó, éste les indicó pasar al piso tres, en donde el médico los iba a recibir.

Cuando el ascensor se detuvo, salieron a una sala en la que se veía un mesón de recepción con tres secretarias y varios pasillos que partían en diferentes direcciones. En uno de ellos, divisaron a un sujeto flaco y desgarrado vestido con delantal blanco, que caminaba hacia ellos con rapidez. Tenía la cara algo colorada y un bigote blanquecino con puntas caídas como habían sido la moda más de cuarenta años atrás.

—¡Hola, Maroto! ¡Qué gusto en verte, amigo!

—¡Hola, Sergi! ¡El gusto es mío!

Ambos se abrazaron efusivamente, hablando en catalán, mientras Facundo permanecía en silencio.

—Te presento a Facundo Ramírez —dijo Martí en castellano—. Es un buen amigo argentino, actor y escritor en ciernes. Él es el que desea observar cómo luce una persona que acaba de morir asfixiada por gas.

—Encantado de conocerte, Facundo —lo saludó Sergi en el mismo idioma, mientras le daba la mano.

—Mucho gusto, doctor Díaz —le contestó Facundo.

—¡Qué va, muchacho! ¡Tutéame! —exclamó Sergi, riendo con entusiasmo mientras continuaba agitándole la mano en el saludo—. Es un placer tenerte aquí. Yo he estado en Buenos Aires en varias ocasiones. ¡Linda ciudad!

—Cuando no hay piqueteros —dijo Facundo, recobrando la libertad de la mano tras el prolongado apretón.

—Para un turista, los piqueteros son también pintorescos. Yo los he visto protestando por las más diversas razones. No deja de ser interesante.

Pero, vamos al grano. ¿Eres escritor?

—Pretendo llegar a serlo —dijo Facundo, con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Y cómo es que te interesas por describir a una persona muerta por asfixia?

—Pretendo ser muy riguroso al escribir, por lo que debo documentarme para no estar *flashando*. Creo que la invención, en una novela, debe limitarse al argumento, pero no hacer uso de ella con el escenario, a menos que sea una obra de ciencia ficción o algo así. En mi relato, Ana, la amante del héroe, se siente muy culpable porque éste abandona a su mujer que es una *mina piola*. Ana termina conociendo a la esposa engañada y, sin saber por qué lo hace, comienza a visitarla con distintos pretextos. Después de una gran lucha interior, se da cuenta de que se ha enamorado de ella. En este triángulo dramático, no ve otra salida que matarse para dejar vivir a esos dos amores suyos. Elige entonces el gas.

Martí escuchaba con los ojos fijos y la boca abierta el trágico relato de Facundo.

—Por ese motivo, quiero ver a una víctima de asfixia por gas —continuó Facundo—. Me interesa saber los signos que ese tipo de muerte produce, y cómo se afecta la fisonomía y el cuerpo de la víctima.

—¡Coño! —exclamó Sergi con entusiasmo— ¡Tenemos aquí a la reencarnación de Cortázar! Y dime, ¿hay sexo en tu obra? ¡Me encantan las escenas de *bolleras* follando!

—Bueno, el tema central es algo diferente —dijo Facundo con la mayor tranquilidad—. En realidad, esto acontece en plena guerra mundial, en Londres, cuando los bombardeos alemanes...

—¡Hey!, tranquilo, amigo —lo interrumpió Martí con ligera impaciencia—. Si vas a andar contando la trama completa, nadie te lo va a leer. Vinimos a algo específico. Tengo tiempo limitado.

—Bueno, aquí tienes a un futuro lector —sonrió Sergi, tocándose el pecho con pequeñas palmaditas—. Cuando lo lances, me avisas y lo compro. Pero, ahora, vamos por lo que te interesa.

Diciendo esto, tomó del brazo a Martí y partió caminando con pasos ligeros mientras le comentaba, en catalán, las novedades que había en su sección. Facundo los siguió a cierta distancia, para dejarlos conversar a sus anchas.

Llegaron a un sector con puertas dobles al que se debía acceder con

una tarjeta electrónica. Sergi, que tenía la suya colgando de una cadenita al cuello, la puso en el lector y las puertas se abrieron de inmediato. Entraron a una sala amplia con baja temperatura, en una de cuyas paredes se veían puertas de metal en filas, como si fueran secadoras de ropa gigantes. Se acercó a una de la fila inferior y la abrió, como se abre un archivador, empujando la puerta hacia fuera. De inmediato apareció una enorme bandeja, sobre la que se veía la figura de una mujer con los ojos cerrados y labios amoratados que yacía acostada, desnuda. Prendido del dedo mayor del pie derecho, había una etiqueta identificatoria. Un halo frío emergió de la bandeja al ser abierta.

Facundo palideció de sólo pensar que, tan sólo horas atrás, esa boca había estado conversado con Rufino por el celular. Se mantuvo a cierta distancia, mientras Sergi destapaba el cuerpo, tomando un *file* de papeles guardados en un archivador de plástico transparente que estaba colocado sobre el cadáver, para dejarlo en una mesita vecina. Facundo se percató de que el cuerpo había sido abierto y luego cosido, evidenciando que la autopsia ya se había realizado. Mientras tanto, Martí miraba con tranquilidad, con sus dos manos en la espalda.

—Ven a mi lado, para que puedas ver mejor, Facundo —le pidió Sergi con una seña de su mano—. Esto es lo típico de ver en el cuerpo de una persona fallecida por intoxicación a gas. Si prestas atención, notarás que, a diferencia de la palidez habitual de un cadáver, en este caso la piel se observa rosada, casi vital. El color es parecido al de una cereza madura. Sin embargo, por aquí y allá verás que hay unas livideces agrupadas. Lo curioso es que, además de las habituales que se observan en las zonas de declive, en estos casos hay algunas en el rostro y en otras zonas que no están relacionadas a la fuerza de gravedad. Son las llamadas livideces paradójicas. Y ahora, si nos referimos a los fluidos corporales...—y se detuvo al escuchar un ruido tintineante. Volvió la cabeza y vio a Facundo, blanco como sábana, bamboleándose a su lado agarrado a los bordes de la bandeja.

—¿Te sientes bien, amigo? —le preguntó, sin evitar una sonrisa socarrona.

—Facundo está descompuesto —explicó Martí—. Los artistas son demasiado sensibles.

Sergi se acercó a Facundo que parecía sonámbulo y lo abrazó por un costado.

—Ven conmigo —le dijo y lo condujo casi a empujones a un banquito al lado de la mesa lateral en donde había dejado los documentos del cadáver.

Lo ayudó allí a sentarse.

—Te traeré un poco de agua —agregó mientras tomaba un vaso de un estante, dirigiéndose a un lavatorio que, a todas luces, era el lugar en donde se lavaban los órganos de los cadáveres durante las autopsias.

Facundo, que miraba esto con ojos desorbitados, hacía gestos de negación con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna. Martí se dio cuenta del problema.

—¿No tienes alguna mineral? —le preguntó a Sergi.

—Sí, claro —dijo éste y fue a un pequeño refrigerador en una esquina de la salita, sacando una botella que se la pasó a Facundo, junto al vaso que le había ofrecido antes. Éste agarró la botella y bebió con avidez, directamente del envase.

—Haremos un *brake* mientras te repones —le dijo Sergi— dejándolo solo mientras le hacía un guiño a Martí.

—No está habituado —le dijo éste, sonriendo.

—No entiendo la aprensión de muchas personas en relación con los cadáveres—dijo Sergi, meneando la cabeza—. Para mí, éstos no son personas. Son solamente vestimentas que quedaron, no muy diferentes a las que deben yacer en el *closet* de los recién fallecidos.

—Es que tú llevas muchísimos años en esto —comentó Martí—. Estás acostumbrado. Probablemente, Facundo nunca había visto un cadáver, así de dramático, en directo.

—Es cierto. ¿Sabes lo que yo les decía a mis hijos cuando ellos manifestaban asco hacia algún componente orgánico como las defecaciones, vómitos o cadáveres de bichos?

Dejó la pregunta en el aire por unos segundos para de inmediato emitir la respuesta.

—Les decía que el más asqueroso de los vómitos, está hecho con los mismos componentes de la más bella flor o de un ave majestuosa o, incluso, de una hermosa mujer: carbono, hidrógeno, oxígeno, fósforo, azufre y algunas pocas cositas más.

—¡Por favor, Sergi! ¿Estás de *coña*?

—¡Para nada, amigo! Es como lo que pasa con nuestro abecedario. Con las mismas letras, es posible escribir los más hermosos versos y los disparates más soeces. Las unidades de la biología son los átomos y las moléculas. Las del lenguaje, las letras y las palabras. Es un tema de organización, es decir, en qué sucesión van dispuestas esas unidades.

—*Ok, ok*, pero estarás de acuerdo conmigo en que las reacciones de asco y repugnancia son espontáneas y no pueden evitarse simplemente con esa racionalización. Vienen de lo más profundo.

—Así es, querido amigo —concedió Sergi—, somos entes complejos, más emocionales que racionales. Nos causa horror la muerte y todos los detalles que la acompañan. Y, a veces, usamos esa peculiaridad para divertirnos.

—¿Para diversión? ¡Vaya!

Sergi se acercó a Martí, riendo mientras miraba de soslayo a Facundo que permanecía sentado, muy pálido, en el banquito.

—Tú debes saber que hago clases en la Facultad de Medicina de la *Universitat* de Barcelona. Mi tema es el de muertes violentas en el ramo de medicina legal.

—Bueno, sí. Recuerdo eso cuando trabajaba aquí.

—Me gusta impresionar a mis alumnos, que son unos chicos aún muy nuevitos. El primer tema que debo enseñar en el curso es el de muertes por inmersión. Entonces les digo, “chicos, en nuestra próxima clase práctica, dentro de dos semanas, trataremos el tema de muertes por inmersión. Quiero que reparéis en la fragilidad de la vida. Los muertos que veréis para ese entonces gozan, en estos momentos, de muy buena salud y circulan por nuestras calles”. Me divierte ver que los muchachos quedan helados.

—Ja, ja, ja —rio Martí—, ten cuidado con lo que me cuentas. No te olvides de que soy psiquiatra forense. Lo que me dices me suena ligeramente sádico.

—Para nada me asustas, amigo. Son sólo travesuras para poner algo de vida a un tema que trata sólo de muerte —dijo Sergi, haciendo un gesto de indiferencia con la mano.

Martí se acercó a Sergi, con aire de confidencialidad.

—Te quiero preguntar algo, Sergi. Esta chica que acabas de destapar, ¿se suicidó, realmente?

Sergi se quedó mirando de fijo a Martí, mientras movía la cabeza.

—¿Así que de eso se trataba todo esto? Amigo mío, casi me engañas, pero algo me decía que había otra motivación en tu visita. ¿En qué andas realmente?

—Es un tema personal, amigo.

—Personal o no, tú sabes que no puedo contestar a esa pregunta. Es un asunto oficial, totalmente confidencial y yo debo atenerme a las reglas.

—Lo sé, querido Sergi.

—Pero, más me preocupa la salud de tu acompañante —dijo, acercándose a Facundo—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy mejor —dijo Facundo, sonriendo—. *Disculpame* por el exabrupto. No estoy acostumbrado a ver cadáveres.

—No es problema para nada —dijo, Sergi, poniendo la mano sobre el archivador de plástico que contenía los documentos del cadáver y que estaba sobre la mesita— ¿No te importaría que te dejemos solo por unos minutos en compañía de esta chica? Desearía fumarme un cigarrillo con mi amigo y conversar de algunas cosillas.

—Por supuesto que no —dijo Facundo, mirándolo con cara interrogativa.

Sergi caminó hacia Martí, dejando el archivador con los documentos sobre la mesa.

—Vamos a fumarnos un cigarrillo a la salita del lado, querido Maroto —le dijo, tomándolo del brazo.

—Amigo mío, nada podría ser más placentero para mí. Hay muchas cosas que me gustaría contarte —le contestó Martí de inmediato.

Sergi condujo a Martí a un rincón de la sala que se continuaba con otra en ángulo recto. Antes de entrar allí, se volvió hacia Facundo.

—¿Y vos, *che* Borges, *andás* con tu celular? —le preguntó, imitando el sonsonete argentino

—Creo que sí —balbució Facundo, sin entender con claridad, mientras los otros dos salían a la sala vecina. Entonces reparó en el *file* de plástico. Lo miró por unos segundos, mientras se daba vuelta hacia el dintel por donde habían salido los fumadores. No había una puerta allí, de modo que escuchaba con claridad la cháchara en catalán de los antiguos compañeros de trabajo, mezclada con risas y palabrotas.

Se decidió entonces y extrajo los papeles del envoltorio de plástico. Era un corto documento escrito en catalán. En el título se podía leer “*Cas Remei Tharrats*”. Sacó el celular y fotografió las 12 páginas que lo componían y luego lo puso otra vez en el archivador.

Unos minutos después, oyó la voz de Sergei desde la sala del lado.

—¿Estás listo, Martín Fierro?

—Creo que sí —contestó Facundo, sonriendo.

Al momento, Sergi y Martí entraron de vuelta.

—¡Mira, qué descuido! —dijo el forense, tomando el *file* de la mesita



—. Esta información podría caer en malas manos.

Los puso, entonces, encima del pecho del cadáver de la chica, en donde estaba originalmente. Luego empujó la bandeja, cerrándola.

—Espero que la visita te haya sido de interés —le dijo a Facundo, mientras le guiñaba un ojo.

—Sí que lo fue —dijo el joven—. Estoy muy agradecido.

—Y yo igual —agregó Martí.

—Bueno, si no hay más de que hablar, disculpadme, pero debo seguir con mi trabajo —dijo Sergi—. Te deseo éxito con tu novela, Facundo y tú, querido Maroto, no te pierdas.

—Te visitaré de tanto en tanto, Sergi. Claro que, ojalá, no en estas mismas circunstancias —le contestó mientras lo abrazaba.

Los visitantes se dirigieron al estacionamiento a paso rápido, sin proferir palabras, con rostros de excitación.

—Este Sergi vale oro —dijo Martí, cuando por fin llegaron al coche—. ¿Pudiste fotografiar todo? Estoy ansioso a que me lo leas mientras retornamos.

—Todo está fotografiado. Pero, te propongo un cambio —le dijo Facundo—. Como el documento está en catalán, *vos lo leés* y yo conduzco.

—Mmmm..., me parece que el trato que propones va más allá del detalle que el texto esté escrito en catalán —rio Martí—. Sé que puedes tener dificultades para hablar ese idioma, pero no me vengas a decir que no puedes leerlo.

—¡Insisto! —dijo Facundo, muy seriamente.

—Muy bien, amigo, acepto. Pero procura conducir con cierta velocidad. Si *Reietó* se da cuenta de que no soy yo el que lo maneja, se puede poner insoportable.

Facundo se largó a reír.

—Haré lo posible para que eso no suceda.

El joven le pasó su celular a su acompañante, ubicando previamente las fotos recién tomadas. Subieron entonces al coche y partieron de regreso, mientras Martí, poniéndose gafas gruesas, leía con mucha atención, pasando de página en página con los pulgares.

—Te resumiré lo medular —dijo al rato—. Por supuesto que omitiré, para tu buena salud mental, algunas cosas superfluas como la de los fluidos corporales.

—¡*Andá* al grano *che*, por favor! —gritó Facundo con cara de asco.

—Existen evidencias de estrangulamiento antebraquial, que es el que se realiza poniendo el antebrazo sobre el cuello de la víctima —recitó Martí, en tono muy profesional—. Sin embargo, la muerte se produjo por intoxicación con monóxido de carbono.

—¿Qué se concluye de todo eso?

—Se concluye que el victimario hizo perder la conciencia de su víctima por un cuasi estrangulamiento, pero sin matarla, para luego proceder a dejarla ante el gas, de modo de simular el homicidio para que pareciera ser un suicidio.

—¿No hubo restos orgánicos?

—Algo tan evidente como semen, no se encontró. Pero sí, había trozos de piel, ajenos a la víctima, en su cuello. La cantidad es tan pequeña que no hay seguridad de que se pueda obtener pruebas de ADN de allí. De ser eso posible, tomará al menos semanas para obtener resultados.

—Algo es algo —concluyó Facundo mientras llegaban a destino—. No fue un suicidio y, con suerte, es posible que se conozca al victimario. Vamos a informarle a Rufino.

—Antes, amigo, estoy curioso por saber algo —lo detuvo Martí—. ¿De dónde sacaste la truculenta historia de la mujer bisexual haciendo triángulo con la esposa de su amante?

—Lo fui inventando mientras conversaba.

—Eres un buen improvisador, amigo. Aunque en este caso te sobreactuaste un poquillo —sonrió Martí.

—En la escuela de teatro, en Buenos Aires, practicábamos mucho la improvisación. Es salvadora para un actor que se bloquea en el escenario.

—Bueno, es clave si a un actor se le borra de pronto el libreto de la mente —reconoció Martí—. Y, a propósito, no te olvides de borrar las fotos, más tarde.

—Lo tendré presente —le contestó el joven—. Y dale las gracias a *Reietó*. Se comportó muy bien conmigo.

Cuando Martí y Facundo entraron, vieron que Joana estaba también presente, pues Rufino le había solicitado que viniese para conocer las novedades. Luego de que Martí les relatara el resultado de lo acontecido en el Instituto Médico Legal, tanto Rufino como Joana quedaron pensativos. Ahora era evidente que la muerte de Remei había sido un homicidio y que éste estaría ligado, con toda probabilidad, al asesinato de Demyan.

—Por un lado, el tema comienza a aclararse —les comentó Rufino—, pero, al mismo tiempo, se hace bastante más complejo e inquietante. Mientras no sepamos novedades de Jordi, hay que seguir actuando con normalidad. Tú, Joana, debes convencer a tu madre que le dé la aprobación al chantajista. Le deben asegurar que harán lo que les piden.

—He notado que está ahora de acuerdo con eso —dijo Joana—. Ella misma me dijo que lo hiciéramos así. Antes se había negado a ceder nada, pero ahora ha cambiado de opinión, no sé por qué.

—Es, sobre todo, muy importante que continuemos con la absoluta confidencialidad que hemos mantenido sobre lo que estamos haciendo. Ya no sólo se trata de que corremos el riesgo de que nos acusen de obstrucción a la justicia. Hay un asesino, quizás con cómplices, suelto por ahí. Nadie, repito, absolutamente nadie, que no seamos nosotros cuatro, puede saber lo que estamos haciendo —dijo Rufino, mirando a Joana.

—Lo tengo más que claro, Rufo —le dijo ésta.

—Ahora, muchachos, les voy a pedir que me dejen solo. Aunque esto me ocupa gran parte del cerebro, tengo por allí unas circunvalaciones dedicadas al curso. El lunes tenemos la primera clase práctica de actuación y deseo terminar de prepararla.

Todos se levantaron para despedirse.

—Buen trabajo, Martí y Facundo. Han sido claves en esto —les dijo Rufino cuando iban saliendo—. Y tú, Joana, trata de mantenerte calmada.

Al rato de quedar solo, Rufino tenía la mesa de la cocina llena de papeles y anotaba cosas por aquí y allá. Al lado, tenía tres libros de técnicas teatrales que de tanto en tanto consultaba.

De pronto sonó el timbre de calle y Rufino sonrió

“La despistada de Montserrat suele olvidar la llave” —pensó, mientras se dirigía a la entrada.

Al abrir la puerta, se encontró cara a cara con una hermosa mujer rubia, con cuerpo de modelo, casi tan alta como él mismo.

—Buenos días —le sonrió, mirándolo con unos ojos celeste muy claros mientras le hablaba en correcto castellano con algo de acento—. Soy la teniente Kalyna Lutsenko, jefe de policía de la quinta circunscripción de Kiev, Ucrania. ¿Es usted el señor Rufino Castell?

—Buenos días. Sí soy yo —le contestó Rufino, con ojos de asombro.

—¿Podría hablar con usted por unos segundos? —le preguntó la mujer, mientras le exhibía la credencial en cuero.

Rufino dudó por unos segundos, más bien por la sorpresa que la visitante le había producido.

—Muy bien, pase usted —le dijo finalmente, haciéndole un gesto de invitación para que entrara.

La condujo hasta la sala en donde se realizaban las clases y la invitó a sentarse en una de las sillas, haciendo él lo propio en otra que viró para quedar ambos enfrentados.

—Debo disculparme —le sonrió Rufino—. He debido desarmar la sala de estar, para impartir unas clases de actuación.

—No hay cuidado. Algo me había contado la señora Kravchuk.

—¿Ha visitado a Estel? —preguntó Rufino, y, al momento se arrepintió de haber hecho la pregunta.

—Sí, señor Castell. Es una mujer muy agradable.

—Bueno, sí —dijo Rufino, dubitativamente—. Pero, dígame, ¿podría decirme en qué la puedo ayudar?

Kalyna le contó la motivación de su visita en términos similares a los que usó con Estel. Le subrayó que no se trataba de una investigación formal, sino de una simple averiguación solicitada por gente de la familia Kravchuk, que eran conocidos de su jefe.

Rufino se dio cuenta de que no contaba con la información de lo que éstas habrían conversado en la reunión que habían tenido, lo que lo hizo sentirse incómodo. Le llamó la atención que Estel no le hubiese contado nada

de esto a su hija, porque daba por cierto que, si lo hubiese hecho, Joana lo hubiese puesto al corriente.

—Dígame, ¿por qué acude a mí, que ni siquiera conozco a ese señor Demyan Kravchuk? Lo único que sé, es que estarían en inicios del proceso de divorcio y que, muy colateralmente, Joana, la hija de Estel, me contó de que éste habría regresado a Kiev que es donde vive su familia.

—Señor Castell, sólo deseo que esto se aclare y no siga un curso oficial. El señor Kravchuk no ha viajado a Ucrania ni se sabe dónde podría estar. No se ha contactado con nadie. Técnicamente, es un desaparecido.

Rufino sintió que se le aceleraba el pulso.

—No me sorprende que sea así, teniente. Por lo poco que me ha comentado la señora Kravchuk, su marido sería capaz de irse con alguien sin dar mayor aviso —improvisó Rufino—. Y ese alguien, lo más probable es que sea una mujer joven.

—Por supuesto, es lo más probable en este caso. Conozco el perfil de ese señor y calza perfectamente con lo que usted me dice. Y la señora, también podría tener su aventurilla —dijo Kalyna, mirando con sus ojos celestes fijamente a Rufino.

—Sí, eso es posible —confirmó Rufino, haciendo uso de sus dotes actorales para mantenerse indiferente.

—Lo único que complica este tema, es la estructuración financiera que existe en ese matrimonio. Seguramente la señora Kravchuk le habrá comentado sobre la fortuna que este señor posee en propiedades en California.

—En verdad, no lo sé —dijo Rufino sin poder evitar que asomara la sorpresa en su rostro—. Conozco más a su hija que es mi alumna. A la señora, en cambio, la he visto un par de veces.

—Este señor es el heredero de Yure Kravchuk, que llegaría a ser, con los años, billonario en el negocio inmobiliario. Yure emigró a los Estados Unidos huyendo de los soviéticos en los años treinta, sin otra fortuna que su inteligencia. No se casó y murió hace unos diez años. Le dejó toda su fortuna a Demyan, su sobrino nieto, a quien sólo llegó a conocer poco antes de su muerte, cuando pudo reingresar a Ucrania tras la caída de la Unión Soviética.

—La verdad es que no conocía esa historia —dijo Rufino cada vez más sorprendido.

—Señor Castell, por favor no se incomode con lo que le voy a decir. Es mi oficio averiguar cosas. He sabido que usted ha visitado a la señora Kravchuk a solas. Yo la interrogué sobre el particular y ella no me lo negó de

forma convincente. Si hay algo entre ustedes, no es asunto mío, pero sería incluso mejor. Explicaría que el tema de la desaparición de su marido es, simplemente, que ambos están hartos entre sí. Perdón por la franqueza —se disculpó al final.

—No hay nada entre nosotros —le aseguró Rufino—. Ahora bien, me llamó la atención lo que usted me habla sobre la fortuna del señor Kravchuk. Yo suponía...—y se cayó, pensando en qué decir.

—Que era un oportunista —le completó Kalyna—. Bueno, puede que sea un tipo de mal perfil, pero eso no impide que tenga su fortuna. Lo complicado del caso, es el formato del acuerdo económico prenupcial. Se casaron sin separación de bienes.

—Bueno, siendo ambos ricos, no veo mucho problema —dijo Rufino, sabiendo lo que le dirían.

—La familia Kravchuk en Kiev, logró averiguar que, poco antes del matrimonio, la señora traspasó todos sus bienes a su hija. De ese modo, ella es dueña de la mitad de la fortuna de su marido, y él, de la mitad de la fortuna de ella, es decir, de nada.

Rufino iba de sorpresa en sorpresa. Quedó pensativo sin saber qué decir.

—Pero, sé también —continuó Kalyna—, que este señor posee mucho más dinero en paraísos fiscales, de modo que no va a quedar pobre. Si desapareció por una aventura amorosa, bienvenido sea. Mi deseo es que esto se aclare y no sigan molestándome en estos días libres que voy a tomar.

—Bueno, me alegra que eso quede así —le comentó Rufino con auténtico alivio.

—Debo volver a Kiev el próximo martes. Aprovecharé estos días de vacaciones conociendo más de la ciudad. Primera vez que visito Barcelona —agregó con una amplia sonrisa.

Rufino notó la mirada persistente de Kalyna, pero no se dio por aludido.

—Habla muy bien el castellano, teniente —comentó Rufino.

—Gracias. Es que viví casi diez años en Madrid. Me gusta España, pero creo que aún me queda mucho por conocer.

Hubo un pequeño silencio, ligeramente incómodo.

—Bueno, ha sido un agrado conocerla, teniente Lutsenko —le dijo Rufino, poniéndose de pie—. Discúlpeme, pero debo volver a mis asuntos. Le deseo mucho éxito y una agradable estadía en estas cortas vacaciones que se

tomará.

—Gracias, señor Castell, que tenga un lindo día —dijo Kalyna, poniéndose a su vez de pie.

Se saludaron formalmente de la mano y ésta se dirigió a la salida.

Rufino quedó pensativo, después de la visita. Parecía que Estel no había sido lo suficientemente transparente, pero se rehusaba a pensar que Joana tampoco lo hubiese sido. Sin embargo, debió aceptar que, en parte, no estaba tan sorprendido.

El tema del chantaje parecía ser real. Aunque Estel estuviese ocultando algo, al parecer no estaba libre de ese problema. Pero ¿tenía esto relación con el asesinato de Demyan o podría ser algún otro secreto el que ocultaba?

Tomó su celular y llamó a Martí. Estuvo un rato esperando, pero no contestó la llamada.

“Probablemente no ha escuchado que lo llamaba. Le enviaré un mensaje” —pensó y comenzó a escribir un largo texto que envió finalmente.

Estaba en eso, cuando apareció Montserrat con una bolsa de compras.

—Hola, amor —lo saludó—. Traigo los ingredientes para hacer un mollete de Antequera, que sé que es tu fascinación.

—Hola, Montse —le sonrió con poco entusiasmo—. Mejor que lo guardemos para otro día. Estoy con poco apetito.

Y pasó a relatarle los acontecimientos del día, mientras Montserrat lo miraba con ojos redondos y el paquete aún entre las manos.

—¡Vaya, vaya! Se está complicando el caso y se hace cada vez más peligroso —dijo ella, mientras llevaba la bolsa a la cocina—. Hay alguien que no duda en practicar el homicidio como instrumento de salvación. Me preocupas tú, Rufo. Puedes estar en peligro.

—El tema está complicado, pero, por otro lado, sería peor que la policía de Kiev intervenga. Al parecer, por lo que dijo la teniente, esto no va a ocurrir a menos que ocurran situaciones que lleguen a los oídos de la teniente.

Montserrat lo miró de fijo.

—¿Cómo era? —le preguntó.

—¿La teniente? Una mujer de unos cuarenta años, que hablaba muy bien el castellano.

—No te vayas por las ramas. Sabes lo que te pregunto. ¿Era hermosa?

—Bueno, sí, tenía lindos ojos. Pero, no empieces de nuevo malvada —le dijo sonriendo.

—Ok, te libero. Pero ¡cuidadito! —le dijo ella, riendo con picardía.

—Amor, la situación no está para bromas.

Montserrat le hizo un gesto afirmativo y se puso a ordenar las compras en la mesa de la cocina.

—¿Quieres que prepare los molletes o no?

—Está bien. Trata de que queden como me gustan. Creo que me harían retornar el apetito. Mientras tanto, debo continuar preparando las clases, de modo que compartiré contigo la cocina.

Siguió moviendo papeles, consultando de tanto en tanto los libros y anotando frases en un *block*, mientras Montserrat se afanaba al lado, preparando los ingredientes del almuerzo.

De pronto, el celular de Rufino, que estaba en el otro extremo, al lado de Montserrat, comenzó a sonar.

—Por favor, amor, atiende la llamada —le pidió Rufino mientras terminaba de anotar unas frases en los papeles.

Montserrat tomó el celular y lo contestó.

—¿Si?... claro. Se lo paso enseguida —dijo llevándole el celular a Rufino, mientras éste la miraba con una cara mezcla de pregunta y de fastidio.

—Se trata de una tal Elena. Dice ser vecina de Meritxell no sé qué—le dijo Montserrat, con la mano tapando el micrófono del celular, mientras se lo pasaba.

Rufino tomó el celular con cara interrogativa, mientras Montserrat lo miraba con curiosidad.

—Hola. Sí, soy yo... Entiendo... —la cara de Rufino había tomado una expresión de sorpresa—. ¿Cuándo?... Ok, se lo agradezco. Dígame ¿por qué no me llamó la señora Meritxell en persona?... Ah, claro. Muchas gracias. Haré como ella lo pide —y colgó.

—¿Qué fue eso? —le preguntó Montserrat con cara de pregunta, mientras Rufino marcaba un número en su celular, sin responderle.

—Hola Ricardo —le oyó decir—, ¿cómo estás?... Yo muy bien, gracias... También ella... Te quiero pedir un favor. No tengo el número de Flora. ¿Le puedes decir que me llame?



*Los últimos acontecimientos relacionados a la situación de Joana me habían sorprendido, pero, al mismo tiempo, pareciera que comenzaban a darle sentido al embrollo. Después de saber del asesinato de Demyan, el escenario se puso dramático. Pero las tensiones, en lugar de estancarse, han ido en progresivo aumento con las últimas novedades.*

*Era evidente que yo iba a dudar de la versión del suicidio de Remei, tomando en cuenta que había hablado con ella pocas horas, o quizás, minutos antes. La chica deseaba comunicarme algo. Se notaba asustada, pero de un miedo externo a ella misma, no de la angustia interna que un suicida sufre. No me extrañó que los forenses desecharan el suicidio como causa de muerte y que quedara catalogado, en cambio, como un acto causado por acción de terceros. Por el momento, según me relataron Martí y Facundo, no es posible saber si, con las pequeñas muestras orgánicas encontradas en el cadáver de Remei, se podrán realizar las pruebas de ADN. En todo caso, de ser posible, tomará algunas semanas conocer el resultado.*

*Tengo más que claro que, mientras esperamos el desarrollo de los acontecimientos, debemos seguir con nuestra vida normal, sin cambiar nuestras rutinas. Así se los he hecho ver a Joana, a Martí y a Facundo. Hay que evitar que nuestras acciones alerten a quienes pudiesen estar involucrados en esto. Así, por ejemplo, el próximo lunes tendremos la primera clase práctica de actuación y debemos comportarnos como si nada especial estuviese ocurriendo. Hoy viernes iré a cenar con Montse a casa de Antonia, y lo haré tal como estaba programado de acuerdo con la invitación que nos había hecho una semana atrás. Les advertí a ambas mujeres, que no debíamos comentar cosa alguna mientras estuviésemos en casa con Giorgio. Eso se los repetí muchas veces, porque ambas se habían mostrado tremendamente impactadas cuando les di a conocer los últimos acontecimientos. Es evidente que estarán tentadas en tocar el tema.*

*Montse pasó a buscarme a eso de las 8 de la noche. Lucía preciosa*

*en su mini marrón que destacaba sus atributos anatómicos.*

*—Hola, Rufo. Te ves muy bien, a pesar de todo lo que está pasando —me saludó.*

*—¡Hostias, Montse!, tratemos de evitar el tema —le solicité mientras le daba un beso en la mejilla—. Procuremos pasar una noche agradable y olvidémonos por algunas horas del asunto Joana.*

*La miré con atención. En verdad, se veía maravillosa.*

*—¡Estás esplendorosa, hormiguita! —le dije, para que la conversación se desviara a lo nuestro.*

*El halago no surtió el efecto esperado.*

*—¡Es que me da terror por ti, Rufo! ¡Hay un asesino que anda suelto! ¡Si se entera de que estás tras esto, podrías correr peligro!*

*—Asesino o asesina —le aclaré, resignándome a hablar sobre el tema—. No tenemos la certeza de nada.*

*—Cuidate, Rufo. Me preocupas porque eres demasiado volado y a veces se te va la pinza un poco. Prométeme que estarás muy atento.*

*—Por supuesto, Montse, tranquila. Y, te repito una vez más, no vayas a comentar nada de esto con Tonia mientras esté Giorgio con nosotros.*

*Montse me sonrió, haciendo un signo de cierre en sus labios, moviendo dos dedos en su boca de derecha a izquierda como si hubiese allí una cremallera.*

*Cuando llegamos, debí presentarle a Giorgio, pues no se conocían. De inmediato me di cuenta de que se cayeron bien y comenzaron a hablar fluidamente de la Toscana que es la tierra natal de mi yerno y que le encanta a Montse.*

*—Me maravilló toda la Toscana, y en especial San Gimignano con sus torres medievales —le dijo Montse, con el entusiasmo que pone siempre al hablar de viajes.*

*—Mi padre tenía una pequeña parcela al sur de Siena, cerca de Montepulciano —allí nací yo —dijo Giorgio—. Es una zona de buenos vinos.*

*—Tuve la oportunidad de gozarlos. Son mostos excelentes —dijo Montse, de inmediato.*

*Yo tenía las intenciones de conversar con Giorgio algo más sobre el tema que quedó algo trunco en la visita anterior, pero no quise interferir en la conversación para dejarlos que se conocieran mejor. Debí esperar con paciencia el momento oportuno para hacerlo. Por fin, después de algunos*

*minutos, esa ocasión se presentó. Tonia, con la ayuda de Giorgio, había preparado una fideuá que lucía de maravillas en una fuente de greda, en el medio de la mesa. Tenía un doble fondo con un dispositivo eléctrico que podía mantener la temperatura del guiso por horas. Me aproveché de aquello para hacerle un comentario a Tonia sobre las capacidades culinarias de Montse. Al instante, ambas engancharon en una animada charla sobre el arte de cocinar, de modo que pude escabullirme para conversar con Giorgio.*

*Nos sentamos en unas sillas que estaban en un pequeño balcón que daba al exterior. La temperatura de verano era agradable y, desde la altura del tercer piso, podíamos observar la gente en la calle moviéndose con el entusiasmo eléctrico de un viernes por la noche.*

*—¿Has seguido interesado en el tema de la consciencia? —me preguntó Giorgio, mientras traía un jarro de sangría para servirla en dos vasos alargados.*

*—Así es. El tema no ha dejado de preocuparme, aunque últimamente, por varias razones, he estado en cavilaciones sobre la responsabilidad y la culpa.*

*—¡Per la Madonna! —exclamó Giorgio, riendo— ¿Y qué razones han sido esas? ¿Te han pasado alguna multa de conducción? ¿Te han descubierto eludiendo el pago de impuestos?*

*Aunque era evidente que las preguntas fueron hechas en broma por Giorgio, me di cuenta de que, igualmente, debía aclarar el tema. Obviamente no podía decirle que el asunto Joana era la causa directa.*

*—Claro que no, ja, ja, ja —le contesté, procurando parecer tranquilo—. Es que, en mis clases de teatro, toco el tema de la responsabilidad y la culpa.*

*—¿Y por qué tocas temas como esos? —me preguntó con curiosidad.*

*—Pretendo que mis alumnos, cuando actúen, no simulen estados emocionales copiando sólo lo externo. Creo que es fundamental que ellos entiendan esas emociones para que, recién entonces, las puedan transmitir con verosimilitud, y, para eso, es absolutamente necesario que las hayan analizado fenomenológicamente. ¿Parece exagerado?*

*—No, no, e va bene cosi ¿Pero, por qué, precisamente, tocas esos tópicos específicos para clases de teatro?*

*—En dramaturgia, la culpabilidad es, quizás, el tema más recurrente. De allí derivan otros como la responsabilidad, la verdad y la libertad.*

—¿Y cómo vas desarrollando esos temas? —me preguntó Giorgio, auténticamente interesado, mientras rellenaba los vasos que ya se habían vaciado.

—Procuro que sean ellos mismos los que vayan, paso a paso, descubriendo las respuestas. Yo sólo trato de guiarlos. Son muchachos y muchachas inteligentes, de buen nivel cultural. Por eso intento, por lo general, que los conceptos broten espontáneamente y no sean el resultado de lo que yo les pueda decir al respecto.

Hice una pausa para degustar otro poco de sangría que estaba fría y estimulante.

—Además, tengo la gran fortuna de contar, entre ellos, con un filósofo—agregué.

—¿Un muchacho filósofo? ¡Interesante!

—¡Hostia, no es un muchacho! ¡Es, incluso, mayor que yo!

—Me encantaría asistir a tus clases. Eso de pasarme horas y horas pensando con la racionalidad que se requiere en ciencias, es, a veces, cansador. Creo que tus sesiones me refrescarían el intelecto. Avísame para cuando tengas un nuevo ciclo.

—Con gusto te invitaré Giorgio. He decidido continuarlas. Yo había pensado, inicialmente, que haría estas clases sólo por un ciclo, mientras estuviese atado a mi grillete...

—¿Tu grillete? —me interrumpió con cara de sorpresa.

—Así le llamo a la maldita férula que me inmovilizaba la pierna. Como puedes ver, me he liberado de ella. Y la experiencia que he tenido con este curso ha sido tan estimulante, que voy a seguir con ellas a futuro.

—No hay nada más gratificante que enseñar. Comparto ese sentimiento que tienes. Y es muy alegórico que mezcles esas clases sobre culpa, responsabilidad y libertad, con la liberación de lo que llamas tu grillete. No hay nada mejor que sentirse libre —sonrió Giorgio.

—Así es. Justamente, el tema de la libertad me ha estado dando vueltas en la cabeza —le dije, satisfecho de que por fin nos enfocáramos en lo que me interesaba—. Creo que somos libres, porque nos sentimos libres —le comenté en tono provocador y pasé a comentarle mis disquisiciones sobre el tema.

Giorgio me escuchó con mucha atención, cuidando de no interrumpirme. Me di cuenta de su buen nivel de tolerancia, al dejar que yo pudiese expresarme, sin cortapisas, mientras él esperaba, con absoluta

*tranquilidad, el momento de intervenir. Es una persona que, claramente, sabe escuchar.*

*—La libertad —dije al final, a modo de conclusión —sería más bien una sensación subjetiva y no una propiedad del acto en sí.*

*—Bueno, estoy en general de acuerdo con lo que dices —me concedió Giorgio—, pero más interesante aún, es saber si somos o no marionetas. Si las leyes de la causalidad son inviolables, como lo pensaba alguien tan sabio como Einstein, entonces todo, en lo absoluto, estaría previamente determinado. No sacaríamos nada con ser títeres que se creen libres, pues estaríamos conduciéndonos, forzosamente, del modo que las leyes físicas nos obligan.*

*—Eso me mortifica —le reconocí—, y no sé cómo obviarlo. Tengo la clara idea de que la libertad existe y la experimento con mucha fuerza. Pero, al mismo tiempo, estoy al tanto y acepto las leyes físicas de la causalidad. La libertad podría ser toda una ilusión, ya que las neuronas funcionan siguiendo esas leyes. No soy dualista y, realmente, creo que son pocos los que sostienen esa posición. Me parece imposible que algo inmaterial, como el concepto del alma, pueda cambiar la conducta de la materia.*

*—Esa imposibilidad ocurriría si la materia fuera siguiendo siempre una conducta lineal, Rufo —me dijo entonces Giorgio con una sonrisa especial—. Pero, quizás no sea así siempre.*

*—¿Qué me quieres decir? —le pregunté, asombrado.*

*—Tú mismo lo has pensado y no te has dado cuenta.*

*—¿Qué yo lo he pensado? Creo que te equivocas, Giorgio.*

*Mientras conversábamos en la terraza, Tonia y Montse se encontraban en la salita de estar, comentando todos los secretos que se esconden para lograr resultados espectaculares en guisos sencillos, de modo que estaban ajenas a nuestro diálogo. Giorgio les echó una mirada y luego se volvió hacia mí haciéndome un gesto de complicidad. Se puso de pie y me invitó a que lo acompañara, no sin cierto sigilo, a la mesa en donde estaban dispuestos los servicios para la comida.*

*—Cuando nos visitaste hace unas semanas —me dijo al llegar—, me comentaste que estabas intrigado con la percepción del tiempo por parte de nuestra consciencia. Y dijiste que todo ocurría como si ella lograra dilatar el presente.*

*—Bueno, sí, eso dije —le reconocí—. Cuando escuchamos una*

*melodía, por ejemplo, la valoramos porque somos capaces de captar los sonidos presentes, conservando la percepción de los anteriores y anticipándonos a los que vienen. De ese modo somos capaces de gozar esos sonidos como una melodía organizada. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con lo que me has dicho.*

*—El presente de la conciencia no es puntual, tal como lo has mencionado —me dijo Giorgio, sin apurarse en aclararme el punto—. En realidad, está constituido por tres componentes. San Agustín hablaba del presente del pasado, del presente del presente y del presente del futuro. Exactamente lo que tú piensas, expresado de otro modo. En el presente de nuestra consciencia coexisten porciones de pasado y anticipaciones del futuro.*

*Diciendo esto tomó tres tenedores y los puso en fila, uno detrás del otro.*

*—Si el presente fuese puntual —me explicó entonces— el pasado —mostró el tenedor de más atrás— influiría sobre el presente —señaló el del medio— y el resultado de esa interacción sería uno y tan sólo uno. Es decir, estaría totalmente determinado —terminó, mostrando al tenedor de más adelante.*

*Yo lo miraba con atención, sin entender claramente lo que me quería decir.*

*Entonces tomó más tenedores y los ordenó poniendo uno atrás, tres en el medio con uno al lado del otro y cinco más adelante, también dispuestos uno al lado del otro.*

*—El tiempo de la conciencia es diferente. El pasado —me dijo, mostrando con el dedo al tenedor de más atrás— influye sobre un presente que, a su vez está compuesto de presente, pasado y futuro —dijo, mientras indicaba a los tres tenedores del medio—. Esa es una interacción compleja, no lineal. El resultado, entonces, no es una, sino varias alternativas probables —terminó con el dedo señalando la fila de más adelante—. Esta no linealidad o no computabilidad, como queramos llamarla, significa que el futuro no está determinado en la conciencia. Sólo podemos hablar de probabilidad de ocurrencia. Tal como sucede en la física cuántica.*

*Quedé pasmado al escuchar lo que me decía. Para mí tenía mucho sentido, pero, a la vez, me generaba sospechas.*

*—Pero ¿no será eso algo así como una ilusión que nuestra consciencia inventa, es decir algo aparente pero imaginario? —le pregunté*

*después de unos segundos de cavilación.*

*—Ma non è così! Es, más bien, la puesta en evidencia de que no existe la estricta linealidad que los materialistas a ultranza creen. El presente de la conciencia no es un instante efímero. Es algo complejo, con espesor, como tú mismo lo dices. Podríamos llamarlo hipercubo temporal.*

*—Y, en ese esquema, ¿cuál sería el factor que decide cuál de las alternativas posibles será la que finalmente se produce?*

*—Ma, qui lo sa? Esa es, sin duda, la pregunta del millón. Para un científico monista como yo, creo que es el acaso, el azar. El absoluto azar de la física cuántica. Para un religioso dualista, en cambio, ese factor se llama espíritu. Nadie puede probar una u otra cosa. Es un tema abierto.*

*Me quedé asombrado con el ejemplo y orgulloso de haber pensado por mí mismo, algo parecido a lo que un filósofo de la talla de san Agustín ya lo había planteado.*

*—Quiero que veas en la práctica —me dijo entonces Giorgio—, cómo podemos mezclar pasado y presente en el mismo instante, no en nuestra conciencia, sino en un objeto físico. Presto, acompáñame —agregó y se puso en marcha sin esperar respuesta.*

*Yo lo seguí asombrado, preguntándome si mi especial yerno no estaría enloqueciendo. Por un momento temí que me pretendiera mostrar algo así como una máquina del tiempo para viajar a otras eras. Por fortuna, su paseo terminó en un baño, en donde no se veía artilugio alguno. Habiendo llegado allí, buscó en una gaveta y sacó un espejo.*

*—Presta attenzione. Acércate para que veas esto —me dijo poniendo el espejo de mano en frente al fijo que estaba empotrado en la pared, sobre el lavamanos.*

*De inmediato apareció una secuencia de imágenes del espejo pequeño en el de la pared. Era una fila parecida a la que se ve en los desfiles militares. Yo miraba sin entender lo que Giorgio me pretendía mostrar.*

*—Las imágenes del espejo pequeño se forman al rebotar la luz con el espejo grande que lo devuelven al pequeño y así sucesivamente. Es un loop visual. Una especie de ping-pong de la luz.*

*—Ok, lo veo, pero ¿cuál es la idea que quieres graficar?*

*—La imagen más grande en la secuencia de espejos, es la primera, la más reciente. La que le sigue en tamaño se formó millonésimas de segundo más tarde al rebotar la luz de vuelta. La siguiente es más antigua*

*aún y así, sucesivamente, mientras se van haciendo cada vez más pequeñas. Es como si el tiempo presente estuviese rebotando entre un espejo y otro. Y nosotros vemos, simultáneamente, las más recientes y las más antiguas, es decir, el pasado y el presente al mismo tiempo. Es como trabaja nuestra conciencia. Poniendo a la vez el presente y el pasado simultáneamente.*

*Entonces, me invitó a que me acercara más y puso el espejo pequeño delante de mí. Al momento vi aparecer la imagen de mi cara multiplicada varias veces.*

*—Come puoi vedere, la analogía se hace más evidente si notas que, mientras más antigua es la imagen, más pequeña y difusa se ve, como si se fuera marcando así también, en nuestra conciencia, la flecha del tiempo. El presente más antiguo que se arremolina en nuestro cerebro se va, paulatinamente, degradando.*

*Quedé pensativo. ¡El tiempo en el espejo! Es como si nuestra conciencia fueran espejos, uno frente al otro, para que el tiempo presente quedara allí atrapado.*

*Mientras mirábamos los espejos absortos en las imágenes que proyectaban, Tonia y Montse se habían asomado al baño y nos miraban con cierto asombro.*

*—Estábamos preocupadas —dijo Tonia, mientras Giorgio y yo, que no las habíamos sentido llegar, pegábamos un brinco—. No sabíamos en dónde os habíais metido, pero veo que estáis jugando, mis queridos niños. Si queréis, os puedo preparar un líquido con detergente, agua y glicerina. Se pueden lograr unas pompas gigantes.*

*—Y yo —dijo Montse, a su vez—, os puedo enseñar cómo se fabrica un pito sonoro a partir de una tapa de gaseosa doblada.*

*—Para hacerlo más entretenido —agregó Tonia—, podemos hacer una competencia de quién de vosotros hacéis la pompa de jabón más grande y el pito más sonoro. Nosotras dos, que somos adultas, podemos servirnos de jurado.*

*Inútil fue que tratara de explicarles el tema del tiempo en el espejo o del hipercubo temporal de la conciencia. Por unos buenos minutos nos subieron al columpio, como dicen en Chile, y bromearon acerca de nuestras reflexiones hasta hartarse.*

*—En lugar de decir que olvidé algo —dijo Montse con sonrisa socarrona—, cuando esto me ocurra diré que se me empañaron los espejos. Espero así disculparme con mayor facilidad.*



—Eso del hipercubo en los sesos me hace pensar que puede aplicarse sólo a los cabezotas que la tienen cuadrada —dijo a su vez Tonia—. Ellos serían los más inteligentes.

Estuvieron por varios minutos, dale que dale, empujando el columpio hasta hacernos reír, finalmente, a carcajadas.

—Vemos que estáis de coña, malvadas —rezongó Giorgio, muerto de la risa.

—La fideuá que preparamos con Giorgio reúne las mismas características de vuestros espejitos —dijo Tonia como un final del balanceo—. Está el pasado de la cocción, el presente que luce, sin falsa modestia, de maravillas, y el futuro que espera cuando lo devoremos. Así es que ¡manos a la obra! —y nos invitó a pasar a la mesa.

Cuando llegamos, Tonia se dio cuenta del desorden en que habían quedado los tenedores que, por supuesto, Giorgio había dejado tal cual desde su explicación.

—Vaya, vaya, mis niñotes —decía meneando la cabeza y sonriendo, mientras ordenaba el servicio.

La fideuá quedó, francamente, de maravillas. El guiso fue rematado, posteriormente, con un magnífico Mel i mató, justo postre para estar a la altura.

Ya las dos mujeres nos habían dado tregua y dejaron que la conversación girara hacia el tema de los viajes. Giorgio era el más trotamundos de los presentes. Narró sus peripecias en el norte de Italia, luego su estada en Harvard, posteriormente algunos años ejerciendo docencia en Estocolmo para finalmente radicarse en Barcelona.

—Viajar y conocer es una experiencia maravillosa —dijo Tonia—. Yo casi no me he movido de aquí. Sólo hice algunos periplos por Europa en mi época de estudiante, cuando aún se podía viajar con la artimaña del autostop.

—Ya lo haremos, mi Tonia —le dijo Giorgio—. Irás conmigo a todos los congresos que se organicen.

—Espero que no sea en calidad de equipaje, Giorgi —le dijo ella, imitando un mohín, mientras le tomaba la mano con ternura.

—Calmati, ragazza mia! En lo único que te pareces al equipaje es en ser necesaria. Tú eres tan indispensable para mí como lo son mis maletas. Pero más livianita, manuable y entretenida.

Nos miramos con Montse, divertidos. En un momento, Tonia y

*Giorgio se habían concentrado en lo que se decían a tal punto de que parecíamos haber desaparecido para ellos. Era una situación similar a la que les había ocurrido cuando se conocieron y participaron de ese frustrado debate.*

*—Giorgio —lo llamé para que su atención retornara a la mesa en donde todos estábamos—, a Montse le encantaría escuchar tus canzonettas napolitanas.*

*—Rufo me ha comentado que cantas de maravillas, Giorgio —dijo Montse—. Por favor, regálanos unas canciones de tu país.*

*Esta vez no se hizo de rogar y tomó la guitarra de inmediato, acomodándose en una silla del comedor.*

*—Bueno, me gusta cantar; pero creo que exageraron un poquillo con la calidad —nos advirtió Giorgio—. Espero que no te decepcione demasiado, Montse.*

*Después de unos cuantos rasgueos para afinar el instrumento, anunció que interpretaría una canzonetta napolitana llamada *Te voglio bene assaje*.*

*De inmediato comenzó a cantar con su voz delicada de suave vibrato. El tema elegido era una dulce melodía romántica del siglo antepasado.*

*—¡Me mola tu forma de cantar, Giorgio! —exclamó Montse, con entusiasmo cuando éste finalizó— Confieso que se me erizaron los pelos del brazo.*

*—Ahora, os quiero dejar pensando —dijo Giorgio con una sonrisa socarrona—. Cantaré la canzonetta titulada *Piccere che vene a dicere*. Quiero que le prestéis atención puesto que es un pequeño experimento relacionado con lo que dice Rufo sobre el mecanismo que usa nuestra consciencia para reconocer las melodías —agregó crípticamente, dejándonos con la curiosidad sobre lo que quería decir y comenzó a cantar.*

*La melodía sonaba muy romántica, pero empezamos a notar algo bastante familiar en ella.*

*—¡Has cantado *Yesterday* de los Beatles! —exclamó Montse al finalizar la canción—. En otro idioma y con algunas variaciones, pero es la misma que conocemos.*

*—Tu consciencia, como dice Rufo, ha hecho una síntesis y metido todos los momentos de la canción en un solo objeto. Y has reconocido que se parece mucho a *Yesterday* porque en tu memoria yace esa canción también*

*en forma completa.*

*—¡Pero, tu canción sería entonces un plagio! —opiné.*

*—Difícil que así sea. La canzonetta fue compuesta en 1895.*

*—¡A tomar por culo! —exclamó Montse. Las sangrías le habían soltado la lengua— ¿Yesterday sería, entonces, un plagio? ¡No lo puedo creer!*

*—¡No, amigos, porca miseria, es sólo un experimento! Un músico italiano llamado Lilli Greco, ha acusado a los Beatles de plagio por esa canción. Tienen una cierta similitud, pero no al punto de ser plagio. Yo la modifiqué un poquito y la hice más parecida a Yesterday. Lo que quería era demostrar que llevamos en la cabeza la melodía completa de las canciones que recordamos. Ustedes reconocieron a Yesterday, a pesar de que la canción era algo diferente, porque pudieron comparar ambas melodías en el subconsciente, en donde yacen en la misma forma de hipercubo temporal que las percepciones del presente.*

*—¡No vengáis a montarnos un pollo de nuevo con lo del hipercubo, niños! —protestó Montse.*

*Yo, por mi parte, recordé lo que Joana sostenía acerca de las obras de arte y entre ellas la música.*

*—No siempre la similitud evidente entre dos obras musicales es un plagio —les dije—. Una de mis alumnas tiene una interesante tesis. Sostiene que una melodía, para ser bella, debe expresar una síntesis de lo esperable con lo sorprendente. Los plagios pueden ser involuntarios cuando unas pocas notas, entre dos canciones, por azar son las mismas. Entonces, lo que continúa, puede seguir la ley de lo esperable y mantener el parecido en las notas que se van sucediendo, sin haber intención de plagio.*

*Justo en ese momento, mi celular sonó. Vi que me llamaba Martí.*

*—Discúlpeme —dije y me paré para salir al balcón y poder hablar lejos de Giorgio.*

*Martí me dio un completo informe de lo que yo le había solicitado. La conversación se prolongó por unos diez minutos. Cuando terminé la llamada, mi mente retornó a la idea que había estado describiendo unos minutos antes. La síntesis de lo esperable con lo sorprendente. Es curioso el hilvanar del pensamiento que a veces funciona espontáneamente. De allí salté, inmediatamente, a la imagen del tiempo en el espejo. Y entonces, sin que me cupiera duda alguna, supe lo que en realidad había pasado en el caso Joana.*

El lunes había un estado de excitación especial entre los alumnos de Rufino. Estaban muy conscientes de que ésta sería la primera sesión de teatro práctico, en el que iban a desarrollar ejemplos de actuación en temas concretos. Había un murmullo continuo en la salita con los ocho alumnos hablando casi a la vez, mientras esperaban la aparición del maestro, que, fiel a su estilo, se hacía esperar algunos minutos.

Tonia y Montserrat, que, como de costumbre asistían a las clases de pie en un rincón trasero de la sala, parecían haberse contagiado del ambiente y conversaban haciendo animados gestos.

De pronto, Rufino apareció por la puerta lateral, esta vez sin férula en la pierna, y con gran agilidad se encaramó al tablado de un salto.

—Buenas tardes, estimados alumnos. Como todos ustedes ya saben, hoy día iniciaremos la práctica actoral. Antes que nada, quiero enfatizarles que todo lo que hemos desarrollado hasta aquí, no es para nada accesorio. Si se emplean bien las ideas que hemos estado trabajando, éstas serán el factor decisivo que los convertirá en actores en cuerpo y no sólo buenos imitadores. Hoy he preparado algunos ejemplos de situaciones, en los que deberán basarse para improvisar. Es sumamente importante que ustedes se habitúen a crear sobre la marcha, diálogos y actitudes espontáneas que, sin apartarse del contexto de una situación particular, les de la naturalidad de lo que es verdadero. Para que la imaginación se ponga en marcha y puedan usar de ella para la improvisación, la mente debe estar alimentada de ideas profundas, que toquen los más variados temas y, al mismo tiempo, abierta a todo en una actitud libre. La ausencia de prejuicios es la única actitud que nos permitirá obtener resultados fecundos al escudriñar las alternativas a inventar, cuando improvisen.

Mientras les dirigía la palabra, se paseaba de uno a otro extremo del tablado, esta vez sin el rengueo al que ya todos se habían habituado de observar, lo que lo hacía lucir unos cuantos años más joven.

—Los ejercicios que he preparado, son algunos diálogos relacionados con situaciones de variado tipo. Yo se los iré entregando a medida del desarrollo. Pero antes, les voy a pedir que realicemos un paseo mental por todos los temas que hemos tocado en nuestras sesiones anteriores. Es importante que los activemos para que, cuando improvisemos, estos les ayuden a desempeñarse, aunque ustedes ni siquiera se den cuenta de esa colaboración. Quiero invitarlos a sacarse los zapatos y tomar asiento en el piso.

Al escuchar la curiosa solicitud, todos los concurrentes se miraron entre sí.

—¿Dijo sin calzado y en el piso, profe? —preguntó Andrea, poniendo cara de estar perdida en un barrio apartado de la ciudad.

—Así es —contestó Rufino, dando el ejemplo al sentarse él mismo en el suelo del tablado, sacándose los zapatos y adoptando, con sorprendente rapidez, la posición yoga de Flor de Loto.

Se produjo un breve desorden acompañado de risas mientras los alumnos se movían para seguir las indicaciones del profesor, entre bromas y parloteo. Martí intentó con esfuerzos sobrehumanos lograr el objetivo, sin conseguirlo.

—La posición que he adoptado es del Yoga. Ayuda mucho a la meditación. Si alguno tiene dificultad en lograrla, por supuesto que no está obligado a hacerlo y puede seguir sentado—dijo Facundo sonriendo, mientras miraba a Martí, el que de inmediato se sentó en la silla con cara de agradecimiento, pero manteniéndose absurdamente descalzo, pues eso era el requisito sólo para facilitar la posición yoga.

—*Tenés* un culito hecho a mano, Andrea —le susurró Facundo a su vecina del frente, cuando la chica se sentaba en el suelo.

—Me falta amortiguación en el *trasera*. Me va a doler —protestó Darko quejándose de su delgadez tan pronto sus posaderas impactaron el piso.

El desorden se prolongó por algunos minutos, pero finalmente todos, con la excepción de Martí que permanecía sentado en la silla, terminaron de acomodarse en la posición de Flor de Loto y quedaron en silencio mirando al profesor que se mantenía estático en su posición.

—Haremos un breve repaso de lo tratado en las semanas previas. Quiero que se impregnen de todo aquello y que, cuando actúen, se dejen llevar por las sensaciones que esas ideas fundamentales les vayan indicando.

Todos escuchaban con mucha atención, y parecía haberseles esfumado

las naturales ganas de bromear acerca de las solicitudes sorprendidas del profesor.

—Por favor, mantengan la posición del cuerpo y cierren los ojos con suavidad. Les voy a pedir que se concentren en las conclusiones que ustedes mismos han llegado a expresar con respecto a las ideas tratadas.

Y empezó a resumirles lo conversado sobre el ser, la verdad, la creatividad, la libertad, la responsabilidad, la culpa, etc. En cada tema, les recordaba las opiniones que habían surgido, sin dar ninguna por verdadera o falsa, sino solamente, como una recopilación de las discusiones creadas al analizarlas. Todos estaban asombrados de la capacidad de síntesis del profesor, que explicaba paso a paso lo tratado, haciendo gala, no sólo de una notable memoria, sino también, de una capacidad organizativa de las ideas.

—Les pido ahora que, mentalmente, repasen todo esto y traten de asimilar, para ustedes, la opinión que tengan de cada uno de esos temas —les dijo al finalizar—. Es importante no ser prejuiciado con nada, pero que eso no les haga pensar que no puedan tener, cada uno, su propia opinión. Por otra parte, es muy importante que, al mismo tiempo que sostengan algo en lo que creen, se mantengan abiertos a la posibilidad de estar equivocados. Por favor, les pido que mediten sobre todos estos pensamientos por unos cuantos minutos en silencio, manteniendo los ojos cerrados.

Mientras tanto, Antonia y Montserrat se habían unido a las peticiones de Rufino y habían adoptado también la posición de los demás. El silencio se hizo casi religioso, cortado sólo por los sutiles sonidos que cada uno sentía de su propia respiración.

Al cabo de unos minutos se sintieron las palmas del profesor indicando que esa parte de la sesión estaba concluida.

—¡Listo, muchachos! Es hora de comenzar con la práctica. Por favor, pueden sentarse en las sillas.

De inmediato todos los asistentes se sentaron y se calzaron nuevamente sus zapatos. La meditación parecía haberles producido un efecto especial que se reflejaba en una actitud seria y motivada.

—Los ejercicios que realizarán, son improvisaciones de diálogos en torno a situaciones escénicas que ocurren en una supuesta obra de teatro. Les indicaré, en forma muy esquemática, cuál es la trama y ustedes tratarán de protagonizarla inventando los parlamentos que en ella ocurren. Les debo advertir que esto es en serio, y no aceptaré ni risas ni bromas —el volumen de voz se hizo paulatinamente creciente y el gesto del rostro, en paralelo, cada

vez más adusto, mientras se paseaba.

—¿Está claro? —preguntó al final, con el ceño fruncido, mientras posaba la mirada en Facundo.

Después de unos segundos de silencio, se escucharon algunos tímidos síes murmurados por aquí y allá.

—Comenzaremos con el diálogo entre dos amigos o amigas que se encuentran después de unos años. El personaje que llamaremos Uno debe actuar con sincera alegría. El otro, que llamaremos Dos, debe expresar algo de desconfianza, como dudando de la amistad entre ellos, hasta que Uno se exaspera y conmina a Dos a aclarar qué *coño* le pasa.

—¿Cuál sería el tema en conflicto? —preguntó Pau.

—No es mi problema —contestó tranquilamente Rufino.

—¿Tenemos que ir inventándolo en el camino?

—Por supuesto. Estamos en la llamada improvisación teatral libre. Y ya que estás con la palabra, tú serás Uno y ...—miró a los concurrentes por segundos— ...Gala será Dos. Pau será el que empieza el diálogo. Ustedes tienen la libertad de ir inventando situaciones que el otro deberá seguir al instante, sin dudar. No está permitido rechazar el parlamento del otro, les guste o no lo que haya dicho y deberán seguirle la corriente como puedan. Las ideas que vayan desarrollando deben ser expresadas, no sólo con palabras que las expliquen, sino también con las entonaciones, gestos y actitudes que las apoyen.

Se bajó entonces de un salto, invitando a Gala y Pau a que subieran.

—El tablado les servirá de escenario, muchachos —les dijo animándolos con el pulgar derecho levantado, mientras se acomodaba en la silla que había dejado vacante Pau.

Los dos jóvenes subieron al tablado y se sonrieron con un ligero gesto de saludo, temerosos de los arranques iracundos de Rufino. Después de unos segundos en los que se vieron concentrados, Pau se acercó a Gala con cara de abierta sorpresa e inició el diálogo.

—¡No puedo creerlo, eres tú, querida Dos! ¡Han pasado años que no nos habíamos visto! ¡Estás más linda que nunca! —dijo Pau/Uno, abrazando a Gala/Dos, con grandes muestras de cariño.

Gala/Dos respondió al abrazo con cierta frialdad, con una sonrisa leve y apartando ligeramente la cara de Pau/Uno que la había pegado a la de ella.

—En verdad, no quería volver. Si he venido es por lo de mi padre. Si no hubiese sido por ello, jamás lo habría hecho.

—He sabido que tu padre ha estado algo delicado de salud —dijo Pau/Uno —, pero sé que no es un estado crítico. Deseo que pronto se recupere. ¿Te quedarás aquí?

—El tiempo más corto que sea posible. En verdad odio este pueblo...y a sus habitantes —dijo Gala/Dos con asomo de ira en su rostro.

El diálogo se fue desarrollando de manera fluida y bastante natural, con algunas exageraciones de alegría y extrañeza por parte de Pau/Uno y de frialdad de Gala/Dos. A medida que los muchachos improvisaban, la historia comenzaba a emerger paso a paso, sin que ni los propios protagonistas de la actuación supieran lo que iba a suceder: Del parlamento, los alumnos que miraban el desarrollo de la actuación comenzaron a entender que había habido el principio de una relación sentimental entre ambos personajes cuando se habían conocido en el conservatorio de música. Pau/Uno era un pianista en ciernes y Gala/Dos una violinista de gran talento. El romance había sido truncado por la aparición de una segunda mujer, de la que Pau/Uno aparentemente se había enamorado. Sin embargo, eso, según el muchacho, no era efectivo, puesto que se trataba de una hija extramarital de su padre, y, por tanto, media hermana de él, que se había hecho presente en el pueblo cuando llegó a saber quién era su verdadero padre. Pau/Uno, que por azares de la vida había llegado a conocer el secreto de familia, estaba dispuesto a ayudar a su media hermana a que contactase a su padre, pero lo hacía de una forma sigilosa para que nadie se enterara de lo que estaba ocurriendo, porque su madre no soportaría esa infidelidad de su marido. Gala/Dos, que no estaba al tanto de la situación, se había imaginado que había una relación amorosa entre Pau/Uno y la chica recién llegada. Entonces, y sólo por despecho, logró obtener una beca de estudio de violín en Milán y había viajado dos años atrás a esa ciudad, sin siquiera despedirse de Pau/Uno.

Rufino observaba el desarrollo de la escena con evidente satisfacción, mientras tomaba notas en su celular. Todos los demás, incluyendo a Montserrat y Antonia observaban, con cierta admiración, la rapidez con que los muchachos iban inventando espontáneamente la historia, sin pausas de duda.

De pronto, Rufino les pidió a los muchachos que pararan y se levantó del asiento aplaudiendo. Todos los demás asistentes se sumaron a la celebración.

—Los aplausos, mis queridos alumnos, son la miel que alimenta a un actor —dijo Rufino, sonriendo—. Es algo que ustedes desearán más que la compensación económica que les traiga su futuro trabajo. Quiero felicitarlos y



expresarles mi satisfacción por lo que han hecho. Pasaremos ahora a analizarlo en detalle. Todos debemos participar en la discusión.

El debate fue muy animado. Todos estuvieron de acuerdo en que la trama que fueron construyendo los actores resultó de muy buen nivel, sin pausas ni vacíos, lo que evidenció un buen aporte creativo. En cuanto a la *performance* de los actores, Rufino fue ordenando los temas técnicos relacionados a las expresiones gestuales, los tonos de voz, los silencios, etc. Las críticas constructivas hacia Pau, en las que estuvieron todos de acuerdo, se refirieron a que tuvo una cierta tendencia a exagerar la expresión de sus sentimientos y que Gala, en cambio, presentó algunas falencias emocionales en el sentido contrario. Ambos escucharon las críticas con mucha atención y las respetaron con humildad. Rufino los invitó a que, posteriormente, practicasen entre ellos y se criticaran mutuamente, tomando en cuenta de que habían exhibido falencias en sentidos opuestos.

Los ocho discípulos fueron participando sucesivamente en los ejercicios de improvisación en grupos de dos a cuatro. En general los alumnos, incluyendo a Joana, Facundo y hasta el propio Martí que inexplicablemente continuaba descalzo, demostraron muy buenos desarrollos, con algunas ligeras desigualdades, pero siempre en niveles aceptables. Cada uno de los participantes tuvo la oportunidad de realizar, a lo menos dos caracterizaciones, y, por regla general, la segunda resultó mejor que la primera. Las discusiones y críticas se desarrollaron con mucha animación, pero sin mayores conflictos. Rufino las guiaba, aportando los consejos técnicos necesarios a cada situación sin mayores exabruptos de temperamento, salvo ocasionales gritos y reprimendas, que todos aceptaron sin mayor problema tomando en cuenta que conocían las explosivas salidas de madre del profesor.

La cosa anecdótica ocurrió casi al final, con una de las *performances* de Darko cuando éste hizo dupla con Andrea.

—El tema que deben actuar, es un ejemplo de la confrontación entre materia y espíritu —los instruyó Rufino—. Darko defenderá las ideas materiales. El dinero, el éxito social, la apariencia física, el sexo y el erotismo. Andrea, en cambio, encarnará la espiritualidad, la intelectualidad, los sentimientos. Darko, que será Uno, tratará de convencer a Andrea, que encarnará a Dos, de que él es un buen partido y que quisiera que Dos se convierta en su pareja, ya que babea por ella.

Ambos jóvenes subieron al escenario y se dispusieron a empezar,

pensando por algunos segundos en cómo desarrollar la trama. Los dos se veían especiales: Darko con su estatura de casi dos metros, flaco y desgarrado frente a la delgada Andrea, que lucía sus curvas en un traje con mini de mezclilla. Su cabeza, pese a los tacones gigantescos que calzaba, apenas llegaba a unos centímetros bajo los hombros de Darko.

—Te estaba esperando, Dos —dijo Darko/Uno con alegría. Me encanta verte en tu tenida de verano. Luces de *maravilloso*.

—Disculpa que me atrasé, Uno —dijo Andrea/Dos, con tono algo indiferente—. Estaba terminando de escribir mi ensayo sobre la influencia de lo emocional en la toma de decisiones.

—¿Otra vez, escribiendo? ¡Parece que no vas a parar nunca! —rio Darko/Uno—. Dime, por favor ¿quién te va a leer tu *escrita*?

—Me da igual. No escribo para que me lean. Lo hago para ordenar mis ideas.

—¿Y no te interesa ganar nada *dinera* a pesar del esfuerzo? Lo encuentro increíble.

—¿Me explicas por qué lo encuentras tan *increíble*? —preguntó Andrea/Dos, enfatizando burlescamente el adjetivo.

—Querida Dos, no veo la necesidad de que te enredes en ideas *locos* que no le interesan a nadie más que a ti. Y que no te reportan nada. Yo no puedo ofrecerte ideas, pero si *muchos* cosas. Hay una en particular que sé que te encanta.

—No lo creo así. ¿A qué te refieres?

—A mi *pinca*, sé que te fascina.

—¿Tu..., qué? —preguntó Andrea/Dos con ojos de estupor, buscando a Rufino con la mirada.

Rufino permanecía indiferente. Todos tenían más que claro que no se podía objetar nada del parlamento y que debían seguir la corriente como si nada.

—Mi *pinca*, querida Dos. Te encanta. No te vengas a hacer la *desentendido*.

—Creo que no me gusta tu... *pinca* —reclamó Andrea/Dos que inútilmente buscaba cómo darle un giro intelectual a la situación, para salir del atolladero vulgar.

—No dijiste eso hace dos días —dijo Darko/Uno, como cantando, imitando la forma de hablar de alguien que se burla con picardía—. Estuviste gozando de mi *pinca* por horas.

—¡Creo que prefiero la *pinca* de Eduardo! —gritó Andrea/Dos sin saber qué más inventar, mientras se comenzaron a escuchar murmullos de risas en la audiencia. Facundo estaba casi morado conteniéndose.

—¡La mía es mucho más grande! —protestó Darko/Uno que mantenía la seriedad del diálogo—. Además, la de Eduardo, junto con ser *pequeño*, es muy seca.

Andrea se veía desesperada al no encontrar la forma de salir del tema.

—¿Conoces la *pinca* de Eduardo? —inquirió, dándose de inmediato cuenta de la estupidez de la pregunta.

—¡Basta, basta! —rugió Rufino, saltando al tablado— ¡*Que te den por culo*, Darko! ¿Nos puedes decir, qué *coño* es tu maldita *pinca*? Espero que no sea lo que parece —dicho lo cual, no pudo contenerse y, traicionando su pretendido furor, soltó una carcajada sonora que fue acompañada por la risa de todo el resto que se aliviaba después de haber estado aguantándola sufridamente.

Darko miraba con ojos desorbitados sin entender nada.

—Se suponía que yo era un hombre de *fortuno* —se defendió—. En ese *contexta* puedo tener tierras.

—¡Una cosa es tener dinero y otra es tener la *pinca* grande y maravillosa! —gritó Rufino entre divertido y enojado.

Martí, riendo también con ganas, se puso de pie, todavía descalzo, y se acercó al profesor susurrándole algo al oído.

Rufino hizo un gesto de *jeureka!*

—¿Te referías a una propiedad agrícola? —le preguntó a Darko.

—¡Por *supuesta!* —dijo Darko, ofendido—. *Pinca*, según el *diccionaria* es una extensión de tierra en la que puede cultivarse plantas y tener animales.

—Eso es una “finca” amigo mio —le gritó Rufino, sin poder dejar de reírse, contraviniendo sus propias reglas—. Gracias, Martí, por haber ayudado a aclarar el misterio. Y tú, Darko, si quieres prosperar en el teatro en estas tierras, tienes que tomar un buen curso de perfeccionamiento del castellano y uno de catalán.

Se acercó entonces al muchacho y lo abrazó paternalmente diciéndole algo al oído. Darko puso cara de sorpresa y entonces comenzó a reír también a la par con los demás.

—¡Era eso, ja, ja, ja! —exclamó, divertido—. En todo caso —agregó imitando un gesto petulante—, la *fantasío* no está tan lejos de la realidad.

Mientras tanto, Andrea regresaba a su sitio mientras miraba con temor a su vecino de atrás, ya que conocía las salidas de Facundo. Éste mantenía una sonrisa diabólica mientras ella se sentaba.

—*¡Mirá vos, Andreita!* El hecho de que prefieras la *pinca* pequeña y seca de Eduardo, confirma ese dicho de que en gustos no hay nada escrito.

Andrea le contestó sacándole la lengua y levantando el dedo medio de la mano derecha que le puso a Facundo casi en la cara, mientras reía.

Una vez que todo se calmó, Rufino recobró la seriedad habitual y se paró al medio del tablado, con las manos en las caderas.

— Queridos amigos, quiero felicitarlos de corazón. Han llegado a sorprenderme gratamente con el nivel que han adquirido en tan pocas semanas que nos conocemos. Ahora me atrevo a proponerles algo distinto. No tenía programado hacer esto, pero la calidad que han demostrado todos ustedes, me alienta a plantearles el desafío. Para terminar la sesión de hoy, quiero invitarlos a enfrentar uno de los recursos más difíciles del teatro en casi todos sus géneros. Me refiero al monólogo. Quiero que en este ejercicio expresen sus ideas en forma realmente dramática y, si pueden lograrlo, conmovedora.

Comenzó entonces a pasearse de lado a lado en su forma habitual, sobándose las manos lentamente, como si eso lo ayudara a expresarse.

—Supongamos que, por azares de la vida, ustedes se encuentren en una situación límite pues se han enterado de que les queda un breve tiempo de vida. Puede ser debido a una enfermedad implacable o a una condena a muerte por los enfrentamientos humanos que a veces sufrimos en las guerras y en las revoluciones, o por cualquier otro motivo. La causa no importa. La cosa es que, estando plenamente lúcidos, deberemos enfrentarnos a esa realidad. Nuestros pensamientos se elevan, entonces, a la persona que amamos. Quisiéramos hablarle y expresarle nuestro amor como despedida. Deseamos tener la mayor elocuencia para que esas emociones puedan ser transmitidas fielmente al corazón de nuestro amor. Pero ella o él no está presente. Esa ausencia nos desespera. Entonces, decidimos desarrollar nuestro pensamiento hablando para nosotros mismos, en lo que será un monólogo de despedida.

Siguió paseándose mientras miraba a los concurrentes uno por uno.

—Como éste es un ejercicio especial, no designaré yo a quien lo haga. Quiero que sea un voluntario. Ofrezco la palabra a quien se atreva.

Se hizo un silencio total. Todos comenzaron a mirar al vecino o al de más allá para ver quién sería la persona que tomase el desafío.

—*¡Yo quisiera intentarlo!* —dijo de pronto la voz resuelta de Joana,

sin el tinte tímido y dubitativo que le era característico.

Rufino la miró con cierta sorpresa, pero en seguida sonrió.

—Está muy bien, Joana. Por favor sube al estrado y tómate el tiempo que necesites para que te inspires —dijo, mientras procedía a bajarse para dejarle todo el espacio a su disposición.

Joana subió, enlazó sus manos y guardó un breve lapso de silencio, después del cual comenzó a pasearse lentamente, pero con resolución, mientras elevaba su voz en tono dramático.

*“Mañana, cuando te hayas enterado de que todo terminó, quiero que sigas mirándome como siempre lo has hecho. No quiero que te inquietes porque haya regresado a esa eternidad sin tiempo, a esa inmensidad sin espacio, desde donde todos hemos venido. No debes llorar mi ausencia, porque siempre estaré presente. Yo te lo aseguro. Me verás hasta en las más humildes expresiones de este Universo maravilloso que supimos amar juntos”.*

Se detuvo de pronto y permaneció unos segundos de costado al auditorio, para después ir girando lentamente hasta quedar de frente.

*“Piensa que mi viaje será un ir sin dejar, un partir sin abandonar. Será como el de aquellos pequeños globos que la lluvia crea en los charcos al caer. Flotan efímeramente hasta desaparecer, pero el agua de donde vinieron y en donde se deslizan, permanece”.*

Mientras hablaba, su rostro trasmitía una emoción pura y honesta que se acentuaba por el absoluto silencio que se había producido a su alrededor.

*“Tú y yo, siempre nos mostramos divertidos por existir, pero sorprendidos ante los insondables misterios del ser y deslumbrados por su inasible belleza. Recuerdo que me enseñaste un día que el espacio/tiempo es una ficción, como lo han sostenido con firmeza algunos sabios desmelenados. Es tan irreal como el sentido de las historias que alguna vez inventaste para divertirme o como las bromas que cruzábamos entre nosotros jugando como niños, aunque éramos adultos”.*

En ese momento, Rufino recordó el nombre de Ferrán, el que fuera el gran amor de Joana. *“No lo ha olvidado”*, pensó.

La joven caminó a paso lento hacia el borde del tablado para sentarse allí, mirando al grupo con una sonrisa triste.

*“Es cierto. El espacio/tiempo no es real. Pero sí lo es la consciencia. Es tan necesaria que, sin ella, el Universo sería sordo, ciego y mudo.*

*Existiría sin existir, como el peor de los olvidos. Pero, no. La consciencia está aquí y lo ilumina todo. Hace que lo irreal se convierta en verdadero. Que la dureza mecánica de las cosas se transforme en libertad. Que las cercanías deriven en amor. Y por eso te pido, con la urgencia que lo hacía cuando te solicitaba un beso, que para cuando yo no esté, no me llores. Y que, en cambio, me hagas sitio en tu pensamiento, recordando los momentos en que nos divertimos juntos, amor mío”.*

*“Porque, si lo haces así, viviré otra vez”.*

Al terminar de hablar, permaneció unos cuantos segundos con la cabeza hundida en el pecho. Y entonces, la audiencia comenzó a aplaudir en forma creciente, mientras se ponían de pie, uno tras otros.

En los ojos de Rufino, se notaba un brillo húmedo. Se incorporó lentamente y se acercó a Joana que permanecía sentada en el borde del tablado. La tomó de las manos con suavidad, la hizo levantarse y la abrazó con la ternura de un padre.

Al día siguiente, Rufino llamó a Joana, Martí y Facundo y los citó a reunión para el jueves por la mañana a ser realizada en su casa. Les había dicho que era esencial que pudieran estar presentes y que éste sería el encuentro final.

El día de la cita llegaron todos puntualmente. Se saludaron con ligereza y se encerraron en la cocina en donde estuvieron por dos horas, sin pausa, debatiendo con energía los pasos a seguir. Finalmente, llegaron a un consenso.

—Es importante que finiquites los trámites en los bancos y que luego te reúnas con tu madre para que converses con ella en los términos que hemos acordado —le dijo Rufino a Joana al poner término a la reunión—. Están todos los dados echados. O bien todo resulta como esperamos, o bien, todo se va a la mierda.

—Si repasamos el contexto, el plan es macizo. Tiene sentido —dijo Martí.

—Así lo veo yo también —dijo Facundo—. No veo que exista otra alternativa.

—Aunque, hasta el momento, estamos hablando de supuestos —les advirtió Rufino—. No podemos asegurar nada. A veces las apariencias nos encandilan y no nos dejan ver con claridad la verdad.

A juzgar por el tono preocupado que adquirió el rostro de Joana, se hizo evidente que lo dicho por Rufino impactó en la joven.

—No quise decir que no estemos seguros del resultado de lo que vamos a hacer —se apresuró a decir Rufino, al ver su reacción—. Existe sólo un mínimo margen de error.

—*Recordá* que estamos todos juntos en esto con vos —le dijo Facundo.

—Y no te vamos a abandonar —agregó Martí.

Joana asintió con un suspiro. Luego abrazó uno a uno a los presentes y partió sin decir palabra. Era evidente que estaba emocionada.

Llegó a su casa al mediodía, cuando su madre ya había regresado.

—¿Cómo te fue en los trámites, Joana? —le dijo tan pronto la vio aparecer—. Acabo de hablar con los agentes bancarios y todos confirmaron que habías estado allí, pero ninguno me clarificó si lo que estabas pidiendo fue o no exitoso. Al parecer, soy ahora un ente externo que no merece confianza.

Joana se acercó a Estel y le dio un beso en la mejilla.

—Madre, bien sabe usted que los bancos deben seguir sus propias normas de conducta en donde la confidencialidad es muy importante. Siguiendo el plan que usted misma trazó, yo soy la titular.

—Pero yo soy tu madre y la verdadera dueña de esos bienes.

—Pero, legalmente, eso no es así. Por mucho que usted sea mi madre, los bancos deben actuar de acuerdo con las leyes y sus propios reglamentos. No pueden informar a un tercero de temas confidenciales.

—¿Yo, un tercero? ¿De qué hablas? —su tono sonaba como si la estuviesen ofendiendo.

—Hablo de las consecuencias legales que se produjeron cuando usted cedió en mí sus bienes. Desde ese momento, ya no es la titular de ellos. Y, créamelo, no soy yo la que ordena cómo hacer las cosas, madre.

Estel, se levantó y fue al aparador en donde tenía los licores. Sacó un vaso y se sirvió con generosidad un *whisky* que empezó a beber directamente, sin agregarle hielo ni agua, mientras se paseaba de lado a lado.

—Está bien. Deberé acostumbrarme a este nuevo formato. Pero, dime, ¿pudiste acordar con todos los bancos lo fundamental de nuestra petición?

—Desde el lunes próximo por la mañana podré disponer de los cinco millones de euros en billetes.

Estel detuvo su paseo y la miró con atención.

—¿No les ha parecido algo insólita tu solicitud?

—Creo que sí, madre. No es corriente que uno ande juntando billetes en tal cantidad, si no es por algún negocio raro. Sin embargo, nuevamente ellos actúan de acuerdo con sus reglamentos de confidencialidad, tomando en cuenta la calidad del cliente. Están dispuestos a entregar el dinero, sin mediar preguntas sobre usos o fines.

—¿No hay riesgos de que te sigan o traten de hacer averiguaciones al respecto?

—Estoy absolutamente convencida de que no. La labor de ellos termina cuando uno cruza la puerta del banco hacia el exterior. Sólo me



insinuaron la necesidad de que tenga los resguardos convenientes al portar tal cantidad de dinero.

—Que en este caso tendrán que reducirse a cero —dijo Estel mientras retomaba el paseo agitando nerviosamente el vaso en la mano, pese a que no tenía hielo alguno, bebiendo de a cortos sorbos—. Podríamos ser objeto de un robo con mucha facilidad.

—Nadie se podría imaginar que ese bolso contiene cinco millones de euros. Es obvio que existe el riesgo de un robo azaroso. Pero, no tenemos alternativa.

—Es de esperar que después podamos quedar tranquilas y que no se repita esta pesadilla —dijo Estel—. Creo que no lo soportaría

—¿En qué punto estamos en comunicaciones con ellos? —preguntó Joana.

—¿En comunicación con quién?

—Con los que nos amenazan, madre.

—Es cierto. Siempre escribe en plural, ¿habrá realmente más de uno? —inquirió Estel.

—No lo sabemos. Podría ser así o podría ser una táctica para despistarnos. Habrá que cumplir con sus demandas sin mayores especulaciones. ¿Han mandado nuevas exigencias?

Estel se detuvo en su caminar, dejando el vaso en una mesa cercana.

—Tenemos una especie de ultimátum —dijo con las cejas levantadas en la parte central—. Si no entregamos el dinero a más tardar el próximo martes, comenzarán a enviar a la prensa datos extremadamente incómodos.

—Nada de eso sería lógico, madre. Si lo hicieran, perderían el beneficio que están buscando.

—Lo que insinuaron no es que contarían toda la historia, sino que llamarían la atención de la prensa para que se realicen reportajes sobre la extraña desaparición del señor Kravchuk o cosas por el estilo. Sería muy incómodo para nosotras salir a dar explicaciones a la prensa.

—No es tan relevante, entonces. Incómodo sí, pero no vital.

—Es que, si se llegaran a realizar esas publicaciones, podría haber consecuencias en el plano policial, por acciones que sus parientes inicien —dijo y calló repentinamente.

—¿De qué está hablando, madre? ¿Qué parientes?

Estel se detuvo confundida. Tomó otra vez el vaso que había dejado y bebió un largo trago.

—Nada, hija, olvídalo. Estoy diciendo tonterías.

Joana la miró fijamente por unos segundos, sin decir nada.

—Lo que están pidiendo ahora es que definamos la fecha a entregar el dinero —dijo Estel—. Yo ya les había dicho que aceptábamos sus demandas, de acuerdo con lo que acordamos juntas.

—Entonces, debemos comunicarles que el lunes en la tarde estaríamos en condiciones de hacerlo. Los bancos nos aseguraron eso.

—Ok, Joana. Les enviaré de inmediato el mensaje diciéndoles eso.

Tomó su celular y escribió unas líneas con sus pulgares que en seguida envió.

—Ahora, hija, debemos estar más unidas que nunca. Espero que esta locura termine pronto.

Joana la miró con cierta tristeza.

—Eso espero —dijo, sin especificar si se refería a la primera o segunda parte de lo dicho por Estel.

—Es hora de almuerzo, hija. Acompañame, por favor.

Se dirigieron a la cocina a preparar la comida. Todas las labores domésticas las realizaban juntas desde que no contaban con Jordi.

Almorzaron casi en silencio, cada una sumida en su mundo interior. De pronto, el celular de Estel emitió un pitido.

—Es la respuesta —dijo mirando la pantalla—. El lunes, es decir, dentro de cuatro días, debemos estar preparadas para llevar la carga, que es el término que usan para referirse al dinero, a donde ellos nos indiquen.

—Déjeme ver el mensaje —dijo Joana, estirando la mano para recibir el celular.

Estel la miró por unos instantes en actitud de duda, para luego entregárselo.

—“El lunes a las seis de la tarde en punto —leyó Joana desde la pantalla—, la carga deberá ser llevada por una de vosotras dentro de una bolsa de género que luzca lo más vieja posible a la *Plaça de Sant Jaume* y esperar allí instrucciones. Os debe quedar claro que, al menor paso en falso que cualquiera de vosotras deis, será enviado de inmediato a la policía, vía email, un documento escrito con el relato de todo lo que le aconteció a Demyan Kravchuk, incluyendo la participación de sus cómplices. Si nos diéramos cuenta de que hay terceros en conocimiento de lo que estéis haciendo al seguir nuestras instrucciones, el envío del documento acusador se haría sin tardanza alguna”.

Al terminar de leer, levantó la vista del celular.

—Yo debo hacer la entrega.

—Por ningún motivo, hija. Yo debo ser la que lo lleve —dijo Estel—. He sido la causante de todo este lío y no quiero que te expongas a más riesgos. Por otra parte, siempre ellos me han contactado a mí.

—Madre, ellos no dicen que deba ser usted quien lleve el envío. Esto va a requerir cierta fuerza física y nervios tranquilos. Perdóneme que se lo diga, pero no son atributos que usted tenga.

—¿Qué dices, Joana? ¡Por supuesto que soy capaz!

—Si usted se quiebra y comienza a actuar en forma errática, los chantajistas pueden pensar que los está traicionando. Sería el fin.

—Es cierto que soy algo nerviosa, pero puedo controlarme. Te juro que lo haré.

—¿Al igual que lo hizo cuando le tiró por la cara sus documentos a aquel policía de carreteras que la detuvo por exceso de velocidad? Y todo sólo porque consideró que era una trampa ya que el policía estaba semioculto al lado del camino. Más aún, después de arrojarle los documentos, siguió con una escena atroz de gritos, imprecaciones y lágrimas.

—¡Eso fue un accidente y tú lo sabes! ¡En mi precipitación por darle los documentos estos salieron volando!

—Madre, por favor, no necesita contarme nada. Recuerde que yo viajaba con usted. Sé lo que pasó —le dijo Joana con voz muy tranquila.

—¡Yo llevaré la carga! —vociferó Estel.

Joana se le acercó y la miró de fijo.

—¿Por qué tan insistente madre? ¿Hay alguna razón que no me haya contado? —le preguntó con mucha suavidad.

Estel se estremeció. Desvió la vista hacia un lado para luego caminar hacia una ventana en donde se detuvo mirando al exterior.

—¿Por qué me hablas así? ¿Acaso estás dudando de tu propia madre? —su voz sonaba algo trémula—. Está bien. Llévelo tú misma.

Joana se le acercó y la abrazó.

—No pasa nada mamá. Es sólo que creo que es lo mejor. Les enviaré un mensaje de confirmación a los extorsionadores de que la entrega se hará el lunes y que yo personalmente me haré cargo. Desde este momento deberán comunicarse sólo a mi propio celular.

Diciendo esto escribió el mensaje con decisión. Estel la miraba en silencio.

La respuesta llegó casi de inmediato, esta vez al celular de Joana, que puso la pantalla antes sus ojos.

—“Conforme” —leyó con voz tranquila—. “Desde este momento serás tú nuestro contacto. El lunes, a las 6 de la tarde, deberás estar con la carga en la *Plaça de Sant Jaume* en donde aguardarás a que te enviemos las instrucciones a seguir. Es condición absoluta que Estel no salga de su casa desde ese momento. Estaremos atentos a ello”.

Estel se mantenía ante la ventana, pensativa, mientras Joana la observaba a su lado.

—Debo ir a mi habitación mamá. Tengo trabajo que hacer—se despidió, dándole un beso en la mejilla.

Estel se mantuvo estática en su lugar.

—Ve, hija —le dijo, sin volverse, mientras mantenía ambas manos recogidas en su pecho.

Joana la miró por unos segundos y luego se encaminó a su pieza, meneando la cabeza. Tan pronto ingresó, tomó su celular y marcó un número.

—Está listo, Rufo. La entrega será el lunes y la llevaré yo personalmente. Debo estar a las seis en punto en *Plaça de Sant Jaume* y esperar allí por instrucciones.

Escuchó la respuesta con aparente tranquilidad.

—Ok, Rufo, así lo haremos —dijo y cortó.

Tiró el celular a los pies de la cama y se tendió allí cubriéndose el rostro con sus manos.

El lunes en la tarde, Joana se dirigía hacia la *Plaça de Sant Jaume* portando en su costado derecho un bolso grande de género de mezclilla algo raído, que sujetaba en bandolera en el hombro izquierdo con una banda del mismo material. Caminaba con cierta cautela, manteniendo el bolso apretado al cuerpo con su brazo y mirando a su alrededor a cada paso. Una vez en la plaza buscó un escaño en el que se sentó, sin retirar la banda de su lugar, mientras apoyaba el bolso en el asiento. No tenía claro si iba a recibir instrucciones en el celular o a través de alguna persona que la abordara. Miró su reloj y verificó que eran las cinco con cincuenta y tres minutos.

La tarde de verano era clarísima y en la plaza, muy limpia y bien cuidada, se veían hermosos arreglos florales en macetas de concreto, distribuidas con gusto y cuidadosa simetría. Desde su asiento comenzó a observar a la gente a su alrededor, preguntándose si alguna de las personas que veía pudiera ser quien le daría las instrucciones a seguir. Había un joven barbado, que se paseaba leyendo un libro tras unos anteojos de marco redondo. “No. Demasiado joven e intelectual” pensó al verlo pasar. Después se fijó en una señora obesa que se paseaba como observando las flores del entorno. “Demasiado dueña de casa. No puede ser”.

Miró el reloj. Eran ya las seis y cuatro minutos y no había pasado nada. Vio entonces venir a un señor de edad mediana con un periódico bajo el brazo. Tenía una nariz aguileña sobresaliente y un marcado gesto adusto. Pasó frente a ella y notó que la miraba de soslayo. “Ése es, sin duda pensó” y procuró mantenerse indiferente. En ese preciso instante apareció una señora algo enjuta vestida en tonos oscuros.

—Hola, vecino —le dijo al sujeto de la gran nariz—. Las señoras os esperan para las clases de dibujo. Por favor, no tarde.

—Ya estaba en camino, Dolores. Sólo que debo pasar por la farmacia antes. Decíles que en minutos llegaré.

Joana lo miró entre desilusionada y aliviada. “Finalmente, no es”,

pensó, justo en el momento en el que su celular daba un sonido de aviso. Se sobresaltó y lo buscó con manos agitadas lográndolo sacar, con algún esfuerzo, como si nudos invisibles lo hubiesen mantenido atado a su bolsillo. Miró el mensaje que aparecía en la pantalla.

“Debe esperar instrucciones, sin moverse de donde está sentada. Estamos verificando que no se haya atrevido a traer testigos inoportunos. Ya le hemos insistido que, a la menor sospecha, enviaremos la información que le hemos comentado al cuartel de policía”.

Se dio cuenta de que sabían que estaba allí. Miró maquinalmente a su derredor sin ver nada especial. Comenzó entonces a escribir “Estoy absolutamente sola, tal como lo habéis solicitado. Espero vuestras instrucciones”.

Pasaron varios minutos desde que envió la comunicación, sin que ocurriera nada especial. De pronto escuchó un nuevo pitido.

“Diríjase a *Calle de Ferrán* en la esquina con *Carrer de L'Ensenyança* y espere allí” leyó en la pantalla.

Joana no estaba muy familiarizada con ese sector de la ciudad, de modo que debió acudir al *Waze*, como ayuda. La esquina mencionada no estaba lejos de allí, y en minutos se encontraba en el lugar indicado.

Esperó un buen tiempo en ese lugar, sin saber qué hacer y con la bolsa pesándole como plomo en el hombro. A los cinco minutos llegó otra orden que le indicaba volver al lugar de origen.

Ese mismo proceder se repitió en varias ocasiones en las que debió movilizarse a lugares cercanos para después volver otra vez a la plaza original. El tedio, la fatiga y los nervios conspiraban en contra de Joana, que logró, pese a todo, mantenerse relativamente calmada.

Por fin, después de una nueva movilización, esta vez a *Carrer d'Hèrcules* esquina *Carrer de la Ciutat*, recibió un mensaje que le indicaba que, en lugar de retornar al sitio de origen, debía continuar caminado por *Carrer d'Hèrcules* hacia *Plaça de Sant Just* por la vereda izquierda para detenerse a unos treinta metros de la esquina. A penas llegó allí, recibió otro en los siguientes términos: “Lo has hecho muy bien, Joana. Fue necesario asegurarnos de que estuvieses realmente sola. Sentimos mucho si te has incomodado. Ahora viene lo importante. Debes seguir caminando hacia adelante, en donde verás, como a unos cuarenta metros, una pequeña entrada a la izquierda por ensanchamiento de la vereda. Debes localizar, al fondo, un bote de basura. Tienes que depositar la carga en ese lugar, como si estuvieses

botando desperdicios. Después deberás seguir caminando en la misma dirección que llevabas y no volver atrás por ningún motivo. Desde allí retornarás a tu casa. Si apareciese alguien ajeno a buscar el paquete, o si somos interceptados, inmediatamente la policía conocerá la verdad”.

Joana siguió las instrucciones al pie de la letra. No tuvo dificultades en localizar el bote de basura que, aunque estaba con bastante contenido en su interior, no impidió que pudiese depositar la bolsa.

Una vez hecho esto, se sintió liviana como una hoja al viento. De inmediato siguió caminando en la dirección que le habían ordenado y desapareció. Eran ya las seis y cuarenta.

La calle *Carrer d'Hèrcules* se encontraba bastante animada. En el tramo en el que Joana había realizado el depósito de la bolsa, había restaurantes y tiendas que eran visitados por peatones y turistas que transitaban en movidos paseos. En la vereda del frente al depósito de basura, se encontraba el costado de la Basílica *deis Sants Màrtirs Just i Pastor* en donde se estacionaban cantantes, malabaristas y jóvenes que practicaban el arte de ser estatuas humanas. Al lado había una tienda de flores en donde una señora con sobrepeso barría ramitas, pétalos y hojas. Más allá se levantaba un restorán de comidas marinas y a su lado un pequeño cajero de banco automático. Casi en la esquina se veía una pareja de muchachos pintados de color bronce que permanecían por horas, estáticos, simulando ser una estatua épica, mientras algunos jóvenes iban y venían portando toda clase de instrumentos musicales con los que interpretaban canciones más o menos conocidas buscando las propinas callejeras. Un muchacho de unos veinte y algo llegó con una guitarra y se sentó en el suelo al costado de la basílica. Puso un tarrito con algunas monedas en su interior frente a él y comenzó a tocar melodías antiguas de la época de los Beatles. Más hacia la esquina, un prestidigitador hacía malabares complicados de altísima precisión con pelotas de goma, que no envidiarían a los que se ven en el *Cirque du Soleil*.

Unos cuarenta y cinco minutos después de que Joana dejara su carga, un sujeto alto y fornido apareció caminando por la vereda en donde estaba el depósito de basura. Venía, al igual que Joana, desde el *Carrer de la Ciutat* hacia *Plaça de Sant Just*. Pasó en frente del bote de basura al que miró de reojo, para detenerse unos 10 metros más adelante, frente al restorán. Se acercó al menú que estaba exhibido en la entrada y se mantuvo como leyendo con atención lo que allí estaba escrito. Después de unos minutos en eso, volvió

sobre sus pasos mirando con atención el entorno. Finalmente se dirigió con decisión hacia el tarro, lo abrió y extrajo la bolsa de mezclilla que se echó al hombro. Segundos después, se volvió hacia la vereda y se detuvo un momento mientras miraba con atención en ambas direcciones.

El joven de la guitarra comenzó entonces a tocar y cantar con fuerza el tema “*Michelle*”, ayudado por el potente amplificador acoplado a la guitarra y a un micrófono que sujetaba frente a su boca con un dispositivo semejante al que usan las telefonistas.

El sujeto de la bolsa comenzó entonces a caminar con estudiada displicencia en la misma dirección que llevaba al llegar. Cerca de la esquina se percató de que, frente a él, había un movimiento inusual de personas que venía desde la *Font de Sant Just*. Detuvo la marcha con una expresión de alarma que se fue calmando cuando pudo divisar unas pancartas independentistas llenas de llamados en catalán a que se unieran para lograr “sacudirse del yugo español”. Eran unas cuarenta personas que gritaban consignas que fueron de inmediato celebradas por algunos de los transeúntes que circulaban por el lugar, mientras otros movían la cabeza en forma de negación. Los manifestantes se desplazaban por el medio de la calzada, de modo que ocupaban todo el espacio de vereda a vereda.

El sujeto soltó una imprecación y volvió por sus pasos en la dirección opuesta, alejándose del grupo. Sin embargo, a los pocos metros se dio cuenta de que en frente suyo aparecía otro contingente, igualmente numeroso, pero esta vez de *Somatemps*, el grupo antagónico al independentismo, gritando también consignas y agitando los brazos con pancartas. Se dio cuenta de que no podía avanzar ni retroceder. Estaba justo en el medio de ambas manifestaciones, las que se iban acercando entre sí estrechando, poco a poco, el espacio que disponía para moverse. Cuando estuvieron a pocos metros unos de otros, los gritos parecieron disminuir. En ese preciso momento, desde el grupo de los *Somatemps* emergió un sujeto alto, de pelo negro, y algo ondulado con algunas canas en las sienes. Tenía los ojos grises acerados y en sus mejillas se veían dos surcos casi verticales uno a cada lado.

—Estimado Demyan—dijo el recién aparecido—, es un placer por fin conocerlo. Mi nombre es Rufino Castell y hace tiempo que buscaba esta oportunidad.

El sujeto de la bolsa se veía como petrificado. Mantenía la bolsa agarrada con fuerza y no articulaba palabra.

Rufino se acercó sonriéndole como a un viejo amigo. Cuando estuvo



próximo, puso suavemente la mano en su hombro y le dijo en voz muy baja, para que sólo él lo escuchara.

—Tranquilo, no soy policía —le susurró—. Sé que no quieres nada con ellos, pero yo tampoco. Podemos llegar a un acuerdo amistoso. Como ves, sabía que no estás enterrado, pero Estel y Joana piensan que sí. Debes entender que eso, para mí, es un valioso plus. Sé que estás vivo y que estás extorsionando a tu esposa. Debes tener claro que los intentos de chantaje suelen ser muy complicados para los extorsionadores, si se llegan a saber. Pero eso no tendría por qué ocurrir. Mejor es que nos unamos y nadie pierde.

El sujeto de la bolsa miraba con desconcierto lo que Rufino le decía.

—No entiendo...cómo ha podido...—balbuceó finalmente con marcado acento extranjero.

En ese momento, aparecieron dos oficiales de policía que se les acercaron con cara seria. Demyan los miraba con ojos desorbitados.

—Tranquilo —le susurró Rufino—, yo puedo manejar esto. Tengo amigos en la esfera policial.

El oficial de mayor rango se dirigió hacia él, hablándole con cierta sequedad, pero cortésmente.

—¿Es usted el señor Castell? Me han informado que es quien ha organizado esta manifestación no autorizada.

—Señor oficial, déjeme conversar un segundo con usted. Todo se aclarará —diciendo lo cual le hizo un gesto a uno de los vociferantes el que a su vez agitó las manos y como por milagro se disolvieron, casi de inmediato, ambas manifestaciones.

—Espérame unos segundos, ya vuelvo — le dijo a Demyan en voz baja, mientras tomaba del brazo al policía y lo apartaba hacia un lado.

Demyan miraba cómo Rufino conversaba con el oficial y cómo éste parecía ir cediendo su gesto adusto. Observó que Rufino sacó su celular y estuvo hablando con alguien, mientras el oficial lo observaba. A los segundos de estar conversando, vio que le pasaba el celular al oficial, el que a su vez habló unos momentos.

Mientras tanto, el otro policía miraba con atención la bolsa que portaba Demyan.

—No me diga que lleva panfletos de los *Somatemps*. Parece que se le ha pasado la mano con el cálculo. A juzgar por el volumen podrían bañar Barcelona entera con esa basura.

—Creo que debo irme, oficial —dijo entonces Demyan al borde del

pánico.

—No puede moverse, amigo, hasta que aclaremos esto. Pero veo que es extranjero. ¿Qué *coño* lo lleva a usted a participar en nuestras disputas locales?

Demyan no contestó. No quería entrar a explicar situaciones difíciles que agravaran el momento.

En eso, después de que habían pasado unos cuantos minutos, se acercó nuevamente Rufino acompañado del oficial.

—Está todo aclarado, Daniel —le dijo el policía a su acompañante.

Luego se volvió hacia Rufino.

—Pueden irse, señores. Por favor, sin organizar nuevas manifestaciones.

—Descuide, oficial. No lo perturbaremos más —dijo Rufino, haciéndole un gesto a Demyan de que lo acompañara.

Partieron los dos caminando, como si fueran antiguos conocidos.

—Cuando se producen problemas, lo mejor es que uno se contacte con amigos influyentes. Así, las cosas siempre terminan por arreglarse a las buenas, Demyan —le dijo entonces Rufino en tono jovial a su acompañante—. Como decía un antiguo conocido mío, más vale tener amigos que dinero. Aunque discrepo algo de eso. Creo que es preferible tener ambas cosas.

—No entiendo nada de lo que está pasando —le dijo Demyan. ¿Qué ha sido eso de las manifestaciones? ¿Las organizó usted?

—Primero que nada, tutéame, Demyan. Ahora que somos socios.

—*Ok*, Rufino. Pero tienes que aclararme qué *coño* está pasando.

—Esos manifestantes que has visto, son mis alumnos de teatro. Cada uno trajo un conjunto de amigos. Ellos creen que están en clases prácticas de actuación y, en verdad, lo hicieron muy bien. Los felicitaré en nuestra próxima sesión.

—Pero ¿por qué has tenido que organizar algo tan... raro como esto?

—Había dos alternativas para detenerte. Una, denunciarte a la policía, con lo que todo terminaría allí, pero el dinero volvería a sus orígenes y no nos veríamos beneficiados. Todos perderíamos. La otra, obligarte a hablar conmigo y poder entonces demostrarte que tengo un as bajo la manga. La única forma que se me ocurrió de hacerlo era sorprenderte de la manera que lo hicimos.

Mientras conversaban, seguían caminando en dirección a la *Plaça de Sant Jaume*. Demyan guardó unos segundos de silencio. Parecía cavilar

mientras seguía los pasos de Rufino.

—Pero para hacer todo esto, Estel o, al menos Joana, debería estar en connivencia contigo —dijo después de un rato.

—Efectivamente, Joana me ha estado informando de los pasos que tú la has obligado a seguir para dejar el dinero en el basurero. Ella ignora que eres tú el que está detrás de esto y menos que yo podría ser tu aliado. Piensa que yaces bajo cemento y que ella y su madre son cómplices de encubrir el supuesto asesinato cometido por Jordi. En este momento, Joana debe haber llegado a casa y espera, con su madre, a que el extorsionador tome el dinero y que éste sea abordado por mí, con el único objetivo de averiguar su identidad. Piensa que si conocemos quién está detrás de esto, no se atreverá a seguir con la extorsión a futuro so pena de ser denunciado.

—¿Qué quieres específicamente?

—Compartir la carga contigo. Veo que la bolsa debe pesar bastante y te puede lastimar el hombro.

—¿*Estás de coña?* ¿Y si me niego?

—Ya viste que tengo amigos en la policía. No lograrías pasar un día libre. Pero eres un tipo hábil, Demyan, y estoy seguro de que no harás tonterías.

—¿Cuánto quieres?

—Creo que no es correcto negociar algo tan importante mientras caminamos por la calle. Te invito a un café para que conversemos con tranquilidad. Conozco un lugar por estos lados.

Sin más comentarios, siguió caminando con Demyan a su lado. Éste lucía un ceño fruncido y una boca desdibujada con un gesto descendente a lo Donald Trump. Llegaron guiados por el actor al *Café Dels Miralls* que se encontraba cerca de la plaza

Rufino invitó a Demyan a que entrara al establecimiento antes que él con un ademán entre cortés e irónico. El interior era acogedor, con música suave y varias mesas ocupadas por parroquianos que hablaban en voz baja. Se veían también algunas mesas con niños, un sujeto taciturno tomándose un café y una algo más ruidosa con 4 jóvenes riendo y tomándose *selfies* con las barritas para esos efectos.

Se sentaron en una pequeña mesita lateral que tenía sólo dos sillas.

—¿Deseas un café, Demyan, o quizás un trago para celebrar nuestra alianza?

—Antes de que celebremos, quisiera saber qué pretendes —le contestó

hoscamente.

En ese instante se les acercó un garzón con cara solícita, portando tarjetas de menú.

—Para mí, un Aperol con bastante hielo —dijo Rufino—. Es muy refrescante. ¿Y tú, Demyan?

—Que sea lo mismo —contestó éste de mala manera.

—Tranquilo, amigo. Pronto verás que nuestra sociedad te rendirá más frutos de los que esperabas.

—Dime de una puta vez, ¿qué pretendes?

—Creo que lo correcto sería la mitad de esa linda bolsita que portas tan coquetamente.

—¡*Que te den por culo!* ¿Estás demente?

—Aunque no podría asegurarlo, creo que no. Estoy seguro de que me lo merezco.

El tono irónico de Rufino parecía enardecer a Demyan, que se veía cada vez mas hosco. Comenzaron a discutir en voz creciente, hasta que los vecinos de otras mesas comenzaron a mirarlos con cara de asombro. Demyan se dio cuenta de que no era conveniente armar un escándalo, considerando el contenido que tenía la bolsa que portaba.

—Está bien —dijo después de un rato, bajando la voz—. Acepto, siempre que sea un tercio. No más.

—¿Y por qué habría de conformarme con recibir menos que tú?

—Porque no soy solo. Hay una persona más.

Rufino le sonrió, como quien cede, pero ganando.

—Está bien, me parece equitativo. Y ahora verás por qué te conviene mi sociedad.

—Explícamelo. Soy todo oídos.

—Yo conozco a Joana y ella es cercana a mí. La mantendré ignorante del tema que creará superado. Pero, la gran ventaja es que, si procedemos en forma inteligente, esta misma petición la podemos repetir de tanto en tanto. Digamos, cada dos años, que es el plazo que demorarán los intereses de la fortuna de esta chiquilla en acumularse para darnos unos nuevos milloncillos. Yo sabré manejar la situación de modo que ella me haga caso. Su fortuna no disminuirá. La nuestra tampoco. Es un maravilloso acuerdo *win-win-win*.

Demyan comenzó a mirar a su interlocutor con cierta admiración.

—La única condición es que te mantengas ausente —le advirtió Rufino—. Si descubre que vives, se acaba el plan.

—Me parece que ahora nos estamos entendiendo —dijo Demyan con tono de voz cambiado—. Brindemos, pero con algo mejor que esa mierda de Aperol.

Llamó al garzón que acudió al instante y pidió dos *vodkas* sin preguntarle a Rufino si le apetecía aquello.

—Debe ser con Beluga —dijo al hacer el pedido—. ¿Tienes esa marca?

—Sí, señor —respondió el garzón y partió.

Rufino lo miraba hacer, con cara de estar divirtiéndose.

—Invito yo —explicó Demyan con su acento eslavo—. Un buen negocio debe cerrarse sólo con un buen *vodka*.

El garzón se apresuró en traer los tragos. Se le veía nervioso pero aliviado después de que había temido que las cosas derivasen a escándalo cuando la particular pareja había estado levantando la voz. Demyan terminó de tranquilizarlo adelantándole una succulenta propina que le puso en la bandeja en la que había traído los vasos.

Desde ese momento, ambos siguieron conversando como amigos. Había bromas y risas animadas, mientras aquellos vecinos de mesa que habían temido una disputa, los miraban con curiosidad. Las rondas de *vodka* se sucedieron con rapidez.

—Hay un punto que me tiene curioso y otro que me inquieta —dijo Rufino después de chocar por tercera vez el vaso con su acompañante.

—Adelante. Quiero que no haya sombras en nuestra sociedad —la voz de Demyan acusaba un ligero efecto debido al alcohol.

—¿Cómo pudiste convencer a Jordi a seguir la comedia que inventaste de estar enterrado en el cemento? El tipo más bien quería matarte.

Demyan sonrió como quien recibe por fin una pregunta que estaba esperando.

—Cuando recibí la petición de Jordi de reunirnos en el edificio, inmediatamente me di cuenta de que sus intenciones no eran muy buenas. Tomé entonces la precaución de ir armado. Cuando el tipo comenzó a amenazarme de que si no dejaba de molestar a Estel me mataría, no pude contenerme. Me burlé en su cara de lo ridículo que era que un estúpido como él pretendiera darme órdenes. Entonces se me vino encima como toro enceguecido y no me quedó otra opción que dispararle. La bala le rozó la mejilla y lo tiró de espaldas. Y en ese instante, se me iluminó la cabeza. Me di cuenta de que podría sacar un enorme partido de la situación, siempre y cuando lograra

convencer a ese estúpido de que colaborara con el plan. Con mucha paciencia y manteniéndolo encañonado, le conté que su amada Estel no sólo no lo amaba, sino que lo consideraba un débil mental, útil sólo para lo que fuera capaz con su enorme fuerza física. Afortunadamente, conservo los mensajes que ella me enviaba en los que lo nombraba como “el mico Jordi”. En esos mensajes, Estel me amenazaba diciéndome, textualmente, que “si no te detienes y dejas de molestarme, te enviaré al mico Jordi a zamarrearte, el que, como buen estúpido que es, no va a dudar en matarte sin medir las consecuencias que podrían ocurrir de aquello”. Mientras con una mano lo encañonaba, con la otra le mostré lo que su amada había escrito. Los términos usados eran tan claros que Jordi debió aceptar que así era como lo trataba Estel a sus espaldas. No me vas a creer, pero el grandulón comenzó a llorar como un chiquillo. No podía aceptar que su queridísima amada tuviese ese concepto de él.

—Bueno, yo conocí al gorila —dijo Rufino—. No me lo puedo imaginar sollozando.

—Lloró como una Magdalena. Entonces, comencé a decirle que él podría vengarse de esa descomunal ingratitud, y de paso, haciéndose rico. Le expliqué que lo único que tendría que hacer sería contar la fantasía de que accidentalmente me había matado y que no encontró nada mejor que enterrarme en la gravilla, la que estaba lista para ser pavimentada. No habría mayor crimen. Sólo un pequeño engaño.

—Bueno, el resto lo conozco —dijo Rufino—. El tipo, dentro de su estupidez, lo hizo bastante bien y nos convenció a todos. Pero, lo que me inquieta, es que no podemos confiarnos de un tipo así. El día de mañana le podrían bajar los escrúpulos y cantar a voz en cuello lo que en realidad ha pasado.

—Lo tengo más que claro. A los pocos días del episodio inventado, y estando él en la casa de su hermana en Gerona, comenzó a dar muestras de debilidad. Que no quería perjudicar a Estel. Que quería irse del país. Después volvía a aceptar como justo recibir el dinero para luego, otra vez, sumirse en la desesperación. Finalmente me tenía en ascuas y no me quedó otro remedio que silenciarlo. Lo invité a que hiciésemos un pequeño viaje para conocernos mejor y para tener tiempo de que discutiéramos sobre sus dudas. Yo le aseguré que, después de que lo hubiésemos considerado todo con seriedad, haría lo que él me pidiera. Nos fuimos de viaje hacia el sur, discutiendo el tema de la manera más tranquila que pude. Sólo después de un día, me dijo entonces que

había decidido, en forma irrevocable, contarle a su hermana lo que en realidad había pasado. Y debí terminar con él de un balazo antes de que concretara tal imbecilidad. Tomé el cuerpo y lo tiré en unas grietas que existen en los alrededores de las cuevas de Serriñá que se ubican cerca de Gerona. No me fue para nada fácil realizar esa tarea considerando el tamaño del bruto. Dudo que lo encuentren algún día. Créeme que el mundo no perdió nada valioso — terminó sonriendo.

—Entonces no me dijiste la verdad, amigo Demyan. Me contaste que había que entregar un tercio a otra persona. Y esa persona está muerta.

—No me refería a Jordi, estimado socio —dijo Demyan.

Rufino lo miró por algunos segundos con cara seria. Entonces sonrió.

—¡Apuesto a que es una mujer!

—Has acertado, Sherlock —rio Demyan—. Y nos vamos a encontrar con ella en unos minutos.

Tomó su celular y escribió un largo mensaje. Se sucedieron mensajes y respuestas durante unos cuantos minutos, mientras Rufino lo observaba con entera complacencia.

—Ya la verás, amigo. Viene en camino —le dijo, mientras le guiñaba un ojo.

Rufino le contestó levantando el pulgar de su mano derecha.

—¿Cuáles serán tus planes, una vez que hayamos repartido la carga? —le preguntó.

—Creo que me tomaré unas largas y merecidas vacaciones, amigo — dijo Demyan mientras llamaba una vez más al garzón, que acudió casi de inmediato.

—¿Qué desean servirse los señores? —preguntó tan pronto estuvo al lado de los especiales parroquianos.

—Esta vez mandas tú, Rufino. ¿Qué te apetece?

El actor pensó por algunos momentos.

—Que sea un Negroni —dijo con decisión.

—¡Excelente elección, amigo! —exclamó Demyan—. Veo que tenemos buenas coincidencias en gustos. Lo mismo para mí —agregó mirando al garzón.

Los licores les fueron traídos con eficiente rapidez, y, mientras los bebían siguieron en la misma actitud de viejos conocidos que llevaban ya por más de una hora. De pronto, el garzón apareció otra vez.

—Hay una señora que pregunta por usted —le susurró acercándose a

Demyan.

—Pues, que pase, amigo. No vamos a dejar esperando a una dama.

El garzón se alejó, para volver de inmediato acompañado de una mujer muy rubia, alta y de cuerpo curvilíneo.

—Hola, señor Castell —dijo, tan pronto vio a Rufino.

—¡Pero si es la oficial Kalyna Lutsenko! —exclamó Rufino con cara de sorpresa.

—En realidad, se trata de Kalyna Bodnarenko, mi pareja —precisó Demyan, sonriendo.

—¡Ah, bueno!, me tuvieron siempre engañado —dijo Rufino.

—Como ves, la famosa tercera persona existe —afirmó Demyan—. Yo no miento. Al menos cuando no es necesario —agregó con cara socarrona.

Mientras tanto, el garzón había aproximado una nueva silla en donde la mujer se sentó.

—Eres una excelente actriz, Kalyna —le dijo Rufino—. Tu rol de agente policial fue ejecutado a la perfección. Es como para tenerlo presente en mis próximas presentaciones teatrales. Me encantaría invitarte a que actúes.

La mujer le sonrió, haciendo brillar la profundidad de sus ojos celestes.

—Demyan me ha relatado en sus mensajes la actuación que has tenido con tus alumnos, Rufino. Si te hemos sorprendido, tú lo has hecho aún más con nosotros.

Rufino sonrió y se acercó a ambos.

—Les quiero confidenciar algo que es clave en actuación. Actuar es simular algo. Cuando, a través del ardid de las manifestaciones en pro y contra la independencia de Cataluña obligué a Demyan a que conversara conmigo conminándolo a convertirse en mi socio, los alumnos de teatro que me observaban creían que estaba sólo actuando con el fin de desenmascarar a Demyan.

—No te entiendo con mucha claridad —le dijo Kalyna, sonriendo—. Explícamelo, por favor.

—El tema es que los alumnos creían eso, mientras Demyan, por su lado, pensaba que yo actuaba ante mis alumnos para que ellos lo creyeran así. ¿No es curioso? ¡Yo actuaba que actuaba! Y, como actuar es simular, Demyan pensaba que yo simulaba que simulaba. Y tenía razón.

Demyan y Kalyna lo miraban con rostros de sorpresa. Era evidente que no entendían palabra.



—Amigos míos —continuó Rufino con aire de profesor que explica algo a sus alumnos—, tomemos el ejemplo del acto de reír. Simular que uno ríe significa que, en realidad, uno no ríe. Por lo tanto, simular que yo simulaba, significa que, en realidad, no estaba simulando antes mis alumnos.

—¿Qué coño estás diciendo? —preguntó Kalyna con cara de desagrado— ¿Acaso es un puto trabalenguas? ¿No te estarás riendo de nosotros por no dominar bien el castellano?

—Para nada, amigos. Les estoy diciendo que lo que yo conversaba amistosamente con Demyan, era en realidad una actuación, tal como mis alumnos pensaban.

—¿Estás tirando todo por la borda? —gritó Demyan. El acento ucraniano parecía habersele multiplicado por mil—¿Ya no te interesa tu parte del botín?

—Vosotros sois la pareja perfecta —le replicó Rufino—. Creo que os merecéis la emoción de ver el contenido de este botín mejor que nadie. Por lo tanto, yo renuncio a mi tercio. Pueden quedárselo. Además, ya tengo ejemplares de esa obra y no deseo más.

—¿De qué estás hablando? ¿Ejemplares de qué obra? —le preguntó Demyan, alarmado.

Desesperado, abrió la bolsa a tirones y se encontró con que, en lugar de billetes, en su interior había fajos de ejemplares de la obra de teatro *Trampa Mortal* de Ira Levin.

—Les recomiendo que la lean. El final es sorprendente —les dijo Rufino mientras se levantaba, haciéndoles una señal de despedida con la mano y emprendiendo la marcha hacia el exterior. Al pasar cerca del parroquiano que estaba solo, le pasó su celular.

—Inspector, la pareja es toda vuestra —le dijo.

Demyan y Kalyna se pusieron de pie como movidos por un resorte. El sujeto que recibió el celular se les acercó entonces, mostrándoles una placa de policía de Barcelona.

—Por favor, tengan la amabilidad de acompañarme —les dijo en tono amable.

Ambos se dieron cuenta de que todo parecía preparado de antemano y de que no había más que hacer, de modo que optaron por seguirlo sin protestar. Al salir, se encontraron con un número importante de agentes y un carro de la policía.

De inmediato fueron rodeados y les informaron de que estaban siendo

detenidos, conminándolos a que cooperaran sin ofrecer resistencia.

—¿De qué cargos se nos acusa? —preguntó Demyan en tono de indignación.

—Señor Demyan Kravchuk, usted está siendo detenido como presunto autor del asesinato de Jordi Turull y por el intento de extorsión a Estel Kravchuk. Y usted, Kalyna Bodnarenko, por complicidad en ambos delitos.

Mientras les decían esto, procedieron a esposarlos leyéndoles sus derechos.

—Vosotros estáis locos —les gritó Demyan—. Vais a pagar caro por lo que estáis haciendo. No tenéis prueba alguna.

—Os equivocáis, amigos —les dijo entonces el policía con mucha calma—. Pocas veces una confesión ha sido registrada de modo tan completo y contundente. Con sonido directo —mostró el celular que Rufino —y videos filmados desde diversos ángulos —agregó, señalando a los muchachos que habían estado en la mesa cercana y que salían del restaurante.

Desde ese punto, Andrea, Gala, Pau y Darko los saludaron agitando las manos. Cada uno tenía una barrita para *selfies*, una de las cuales llevaba adosada, en lugar de celular, una cámara fotográfica con un lente de *zoom* de aspecto profesional.

—Como veis, estas barritas sirven para muchas cosas —les gritó Andrea, sonriendo.

Demyan y Kalyna, ya esposados, fueron conducidos al carro por dos policías e introducidos al interior con mucho cuidado. Sus rostros expresaban un condensado de emociones, mientras buscaban con la vista a Rufino que parecía haberse evaporado. Una vez cerradas las puertas, el furgón emprendió la marcha con sus potentes focos azules en la cima parpadeando a intervalos fijos, mientras la sirena aullaba con tono lastimero.

El lunes que siguió, la Academia de Teatro de Rufino estaba particularmente llena. Habían puesto asientos adicionales ya que, aparte de los asistentes habituales, se les había sumado Estel, Ricardo, Flora y Giorgio. Por otra parte, Tonia y Montserrat estaban también sentadas en las sillas en lugar de observar de pie como lo hacían habitualmente.

Contrariando su habitual estilo teatral de aparecer después de que todos hubiesen llegado, Rufino había estado presente desde un inicio, saludando a los asistentes a medida que estos llegaban. Había un ambiente especial, en donde todos conversaban animadamente, pero en forma más bien seria. Pocas risas se escuchaban desde los asientos ocupados.

De pronto, al ver que todos ya habían llegado, Rufino trepó ágilmente al tablado. Parecía haber adelgazado y se le notaba casi atlético.

—Estimados amigos. Esta no va a ser una jornada de clases ni de práctica teatral. Creo que merecen conocer los detalles de lo acontecido hace una semana, cuando me ayudaron a mí y a la policía a revertir un intento de extorsión a Estel López y a su hija Joana —anunció, recalcando con énfasis el apellido de soltera de la madre.

Se detuvo frente a ellas que estaban sentadas juntas en primera fila.

—Por favor, Estel, ponte de pie para que te conozcan.

La aludida se paró con un gesto algo coqueto y se dio vuelta hacia atrás saludando al resto con la mano con una encantadora sonrisa. Lucía magnífica en un sobrio traje oscuro, con anteojos de sol subidos en la parte superior de su cabeza.

—Muchas gracias a todos, muchachos. Lo han hecho estupendo y me han librado de una pesadilla. No lo olvidaré.

Rufino procedió a presentar a todos los demás asistentes adicionales que saludaron rápidamente a la concurrencia.

—Todos vosotros —dijo, cuando las presentaciones llegaron a su término—, de una u otra manera me ayudaron a finalizar con éxito este asunto.

Estoy muy en deuda con todos y creo que merecen conocer lo que en realidad aconteció.

Comenzó entonces con su característico paseo mientras hablaba.

—Como ustedes recordarán, queridos alumnos, yo les conté la semana pasada que íbamos a hacer una especie de ejercicio de actuación tipo *reality*, y les expliqué que se trataba de desenmascarar a un estafador que pretendía extorsionar con la fantasía de que había sido asesinado. Parecía un juego algo excitante, pero no extremo. Pero, no les dije que ese individuo era, además, un asesino que cargaba con la muerte de dos personas. Me disculpo ahora. En verdad, temí asustarlos con ello y preferí ocultarlo. Por otra parte, tampoco les dije que todo era una teoría y que quizás íbamos a enfrentarnos con algo muy diferente, como una mafia o algo peor. Afortunadamente, la teoría resultó ser completamente cierta.

La audiencia guardaba silencio manteniendo suma atención a lo que Rufino iba diciendo. Éste comenzó a relatar todos los antecedentes que rodeaban el caso referidos a la situación del matrimonio entre Estel y Demyan, sin mayores reservas porque Estel lo había autorizado para mencionar los detalles sensibles y truculentos de lo acontecido.

—Se merecen conocer la historia completa —había sido su comentario hacia Rufino—. No escatimes detalles. Harán más comprensible la actitud que tuve tratando de ayudar a Jordi.

Rufino aprovechaba sus dotes actorales para hacer que su relato fluyera atractivo y tensionado.

—Inicialmente, todo hacía pensar que Jordi Turell, chofer de Estel López, había matado accidentalmente a Demyan Kravchuk. El accidental asesino, teniendo una inteligencia más bien limítrofe, había hecho las cosas de una manera tal que hacía difícil volver atrás sin incriminarlo. Entonces Estel, debido a la estima que le tenía pese a reconocer sus limitaciones de seso, había decidido ocultar este hecho bajo la premisa de que, siendo una muerte más bien accidental, no tenía responsabilidad en el hecho. Por otra parte, racionalizó que todo lo que posteriormente hizo Jordi al ocultar el supuesto cadáver, se debió a un atolondramiento causado por su limitación de pensamiento.

—Yo hubiese actuado igual que Estel —dijo Martí—. Por otra parte, el tipo no tenía ni parientes ni amigos. No era una gran persona.

—El asunto es que, cuando comenzaron a aparecer los mensajes de extorsión, todos pensamos que era Jordi quien los enviaba. Siendo él la única

persona que podría saber lo que había acontecido, era lógico pensar que él era el presunto asesino. Y pensábamos también que su actuar había sido motivado, en gran parte, por el rechazo rudo que Estel le hizo notar ante sus pretensiones amorosas.

—Pero, no podía descartarse la participación de *una* tercero que hubiese estado espiando todo *la* que ocurrió —dijo Darko.

—No se podía descartar, es cierto, pero era altamente improbable —explicó Rufino—. Tendría que haber sido alguien espiando sin intervenir. Para estar oculto allí, debía saber que podría ocurrir algo ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para qué? Tendría que haberse quedado horas mirando a Jordi enterrar el cuerpo en la gravilla. No parecía posible. El tema es que Jordi era el principal sospechoso. Hasta que Meritxell, su hermana, fue informada de la aparición del cuerpo de Jordi en unas grietas cerca de las cuevas de Serriñá. Yo recibí un llamado de su vecina. Me dijo que Meritxell me había estado llamando insistentemente, pero yo estaba recibiendo la visita de Kalyna, y no me percaté de esas llamadas pues tenía el celular en silencio. Ya que ella debió acudir a la policía para los trámites judiciales del hallazgo, le había encargado a su vecina que me avisara. Todavía no se sabían las circunstancias de la muerte. Por encargo de Meritxell, su vecina me pidió que no revelara nada a Estel y Joana para evitarles una información errada. Prefería enterarse por sí misma. Yo llamé posteriormente a Meritxell para que mantuviese todo en silencio.

—Recién supe lo de la muerte de Jordi la semana pasada —dijo Estel—. Fue tremendamente traumático en lo emocional.

—Esa noticia y la aparición de Kalyna, fueron las dos piezas que terminaron por aclarar el cuadro.

Relató entonces todos los detalles de la visita de la supuesta oficial de policía ucraniana.

—Yo llamé a Martí para que averiguara con la policía de Kiev sobre la presunta teniente. A petición mía, lo acompañó Flora para que, gracias a sus conocimientos lingüísticos, hablase fluidamente con los policías de Kiev. Lo hizo en ruso, idioma que casi todos hablan en esa ciudad. La policía ucraniana nos informó que no había ninguna oficial de ese nombre allí. Ni siquiera existía la tal quinta circunscripción que pusieron en la documentación falsa. Debimos visitar el edificio en donde vive Estel, para apropiarnos de la foto que el conserje le tomó en su visita y se la enviamos a los policías. Inmediatamente la identificaron como Kalyna Bodnarenko, la “Estafadora de la Dulce Mirada” que era el apodo que le tenía la prensa de esa ciudad. Su

nombre circulaba en los temas de farándula y mitad en las secciones policiales. Las características de la especial estafadora habían cautivado a la *media* de esa ciudad. Una delincuente muy hermosa, sexi, joven, aventurera. Tenía todos los atributos para salir mencionada en las revistas del corazón. Había salido en libertad de su última condena hacía unos seis meses.

—Vaya, vaya con lo de la Dulce Mirada —murmuró con una sonrisilla irónica Montserrat, mientras atravesaba con una no muy dulce a Rufino.

—Todo lo dicho por ella eran fantasías —continuó Rufino sin hacer caso del comentario de Montserrat, aunque lo había escuchado con claridad—. La presunta fortuna de Demyan en California; la preocupación de sus parientes incluyendo a su hermana Galechka; la solicitud de investigación, etc. Por el contrario, lo único que deseaba la única pariente que existe en Kiev, que es su hermana, era no verlo más.

—Como ven, el tipo es adorable —comentó Facundo.

—Esas visitas, primero a Estel y luego a mí, fueron hechas con intenciones específicas. A Estel, con el objeto de presionarla emocionalmente para que aceptara el chantaje, pues, de no hacerlo, la familia de Demyan se involucraría, supuestamente, en una investigación que le resultaría riesgosa. Y a mí, para averiguar si era un tipo que estuviese husmeando sobre el tema. Esas acciones fueron clarísimos errores cometidos con torpeza por estos delincuentes. No contaban con que yo haría las averiguaciones con la policía de Kiev. Cuando supe lo que la policía ucraniana había informado, inmediatamente me di cuenta de que una persona con perfil de conocida estafadora en su país, que sabía detalles de la situación entre Demyan y Estel muy específicos, y cuyo cómplice mencionaba lo que presuntamente había pasado la noche del supuesto crimen, sólo podía haber obtenido esa información de uno de los dos participantes de la reunión traumática: Jordi o Demyan. Pero Jordi podía ser descartado como informante puesto que estaba muerto. Sólo nos quedaba Demyan y, por lo tanto, estaba vivo. Eso, además, encajaba con el perfil del sujeto y su compatriota cómplice.

—Pero existe otra persona cruelmente asesinada— hizo ver Pau—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Se trata de Remei Tharrats, ayudante de la secretaria de Estel. Esta desventurada joven fue seducida por Demyan con el objeto de que le pasara información sobre su esposa. A través de ello se enteró del arreglo financiero que se realizó antes del matrimonio y que fue el detonante en este drama. La pobre Remei creía, cándidamente, que Demyan se fugaría con ella. Cuando

éste elucubró, o más bien improvisó, el plan de haber sido asesinado y enterrado bajo cemento, ella no entraba para nada en el libreto. Por lo tanto, como no fue informada de cosa alguna sobre esto, al producirse la desaparición de Demyan, ella creía que éste había sido víctima de algo tenebroso por parte, justamente, de Estel, su supuestamente malévolas esposa.

—Pobre muchacha —sonrió Estel—. Sobrestimé mis capacidades. Confieso que fantaseé con que le ocurrieran cosas trágicas a Demyan, pero quedaron solo en eso. Fantasías.

—Casi por accidente, Remei se enteró de que Demyan vivía. En su desesperación, visitó diversos lugares a donde ellos habían ido como amantes tratando de obtener información interrogando a testigos que los habían visto juntos. Uno de esos sitios era un pequeño hotel en Tarragona llamado *Balcó Blau* en el que solían pasar fines de semana completos. Se dirigió al hotel para preguntar por Demyan justo en el momento en que éste entraba con una bella mujer alta y de preciosos ojos azules —miró a Montserrat al decir esto y ella le hizo un mohín arriscándole la nariz.

—La Estafadora de la Dulce Mirada, sin duda —dijo, sonriendo.

—Todo apuntaba a que, efectivamente, era ella —confirmó Rufino—. Pueden imaginarse lo que ocurrió. Hubo gritos, llantos, imprecaciones. De pronto, la mujer que acompañaba a Demyan desapareció y éste quedó consolando a la pobre Remei y diciéndole que eran sólo tonterías. Estuvieron en eso por más de una hora y se marcharon juntos.

—Es de suponer que Kalyna abandonó el lugar en acuerdo con Demyan, para que éste lograra aplacar a Remei —intervino Martí.

—¿Cómo han podido averiguar eso? ¿Quién lo testifica? —preguntó Gala.

—Cuando en la autopsia hecha a Remei se estableció que había sido asesinada —explicó Rufino—, se hizo una completa revisión de la habitación en donde la chica vivía, por orden del fiscal investigador. Allí encontraron una cajita de fósforos aplastados con el nombre del hotel *Balcó Blau* en una de sus carillas. Enviaron a un grupo de detectives al establecimiento los que interrogaron a los recepcionistas y garzones mostrándoles una foto de Remei. Se pudo obtener la información de que Demyan y ella habían visitado el hotel varias veces y de la ocurrencia del episodio incómodo que les conté. Uno de los empleados presentes el día del escándalo, afirma haberle escuchado a Remei decirle a Demyan que debía renunciar al plan y que tenía que aclarar la situación a más tardar en el plazo de dos días. Que, si no lo hacía él, lo haría

ella misma. Por supuesto que ese informante no tenía la menor idea de qué plan podría ser el que mencionaba la chica.

—Lo que la policía ha concluido —intervino Martí—, es que Remei, pese a seguir enamorada de Demyan, se dio cuenta de la clase de persona que éste era. Debido al encuentro casual en el hotel *Balcó Blau*, Demyan se habría visto obligado a contarle, a regañadientes, todo lo que estaba realizando. Lo habría tenido que hacer para que ella no contara nada, posiblemente endulzándolo con promesas de que tendrían una vida maravillosa, juntos y adinerados. Pero Remei se negaba a participar de esa comedia. Cuando, al día siguiente del escándalo en el *Balcó Blau*, ella le confirmó que hablaría ya que él no estaba dispuesto a hacerlo, él la silenció asesinándola y trató de que pareciera un suicidio. Pero las cosas se le han complicado más aún a Demyan. Las pruebas de ADN dieron finalmente resultados y confirman que él fue el autor de ese homicidio.

—Todo esto fue averiguado por la policía recién en la semana que pasó— dijo Rufino—. Estoy seguro de que la pobre chica trató de contarme la situación que estaba sufriendo justo el día de su muerte. Al parecer, no lo hizo con la secretaria de Estel porque desconfiaba enormemente de ella.

La audiencia escuchaba con enorme atención. Los que no habían estado en conocimiento de las acciones en todos sus detalles, se admiraban de que, mientras todo parecía normal en la vida de Joana, por debajo se había estado desarrollando un drama turbulento de esas envergaduras.

—¿Por qué razón montaste todo ese acto de teatro para atrapar a Demyan? —preguntó Flora—. Si la policía tenía los antecedentes incriminatorios ¿por qué hacerlo?

—En el momento en que hicimos eso, no teníamos nada sólido en contra de Demyan. No conocíamos, aún, lo ocurrido con Remei. Ni siquiera estábamos seguros de que fuese él quien estaba detrás de todo esto. Pero lo más importante, necesitábamos tener una instancia en la que Demyan, si resultaba ser culpable, confesara con la mayor cantidad de detalles posibles para facilitarle así la tarea a la policía.

—No hay nada mejor que ganarse la confianza de un delincuente —acotó Martí—. En psiquiatría forense, sabemos que los asesinos siempre están deseando alardear de lo que han hecho, pero sólo ante quienes no los lleguen a incriminar.

—Por esa razón —continuó Rufino—, teníamos que crear una situación bajo la cual Demyan confiara en mí y me contara lo que había hecho, con lujo



de detalles. En acuerdo con los amigos de Martí de la policía, montamos esta pieza teatral que resultó de maravillas gracias a la gran actuación de los que participaron en ella.

—¿Pero ¿cómo pudieron lograr que todo coincidiera tan bien? — insistió Flora con curiosidad.

—Prácticamente, nada fue por azar. Cuando planificamos junto a la policía lo que haríamos, ellos pusieron toda su experiencia al servicio del plan. Sabían que, cuando un extorsionador pretende la recepción de un botín a ser entregado por la víctima, hacen que las cosas nunca sean precipitadas. Los movimientos son más bien lentos y espaciados, especialmente cuando el extorsionador cree que la víctima no puede ni querría hacer una denuncia. Es decir, cuando la víctima es, además, victimaria. Eso nos daba tiempo para ir adaptándonos a las instrucciones que le enviaban a Joana. El sitio inicial al que la hicieron ir en la *Plaça de Sant Jaume*, nos hizo suponer que la entrega sería en un radio de un kilómetro a su alrededor. Todos los que participaríamos, nos encontrábamos repartidos en esa área. Cuando quedó claro el sitio en donde se depositaría el dinero, nos movilizamos a través de mensajes de *Whatsapps* en un grupo que denominamos “Acto Final”.

—Nombre muy melodramático —rio Flora—. Digno de los que participaban.

—Facundo se instaló con su guitarra en frente del basurero para avisarnos, cantando el tema *Michelle*, el momento en que el sujeto tomara la carga. Por su parte, Andrea, Gala, Darko y Pau, junto al inspector Fernández, se movilizaron al café *Dels Miralls* que había sido elegido porque quedaba cercano. Teníamos otros cuatro sitios alternativos dependiendo de dónde iba a ser depositada la carga. Por nuestra parte, los que íbamos a participar en el simulacro de manifestación, esperábamos en dos grupos en cada extremo de la calle, pero manteniéndonos diluidos entre la gente del lugar. Apenas Facundo comenzó su canto, nos agrupamos a cada lado, unos independentistas y los otros *Sometemps* antagónicos y recién empezamos con los gritos exhibiendo las pancartas.

—Apuesto a que Rufó estaba entre estos últimos —le susurró Montserrat a Antonia, riendo desde su asiento en primera fila.

—Tuvimos también que improvisar algunas situaciones —reconoció Rufino—. Aparecieron dos policías de calle que no estaban al tanto del plan. Afortunadamente, logré que hablaran por celular con el inspector Fernández y sorteamos ese escollo. De allí adelante, todo fluyó tal cual lo habíamos

planeado. Y también tuvimos la suerte de que Demyan llamara a su cómplice al café. Eso facilitó el arresto de ambos.

—Profe, *tenés* que reconocer que actuamos como alumnos aventajados —se jactó Facundo.

—Es que tenéis la suerte de tener un buen profesor —le contestó Rufino remedándole el tono.

—Es verdad, *sos* bárbaro.

—Además, en tu caso veo que eres más que adelantado —le dijo Rufino al ver que el muchacho y Andrea estaban tomados de la mano y muy arrimados entre sí en sus sillas.

—No lo culpes sólo a él —rio la joven—. Creo que es una acción concertada entre nosotros dos, ¿no es *verdá*, mi Facu?

—Pues, que sea lo mejor para los dos —les dijo Rufino—. Sólo espero que no lo echés a perder, Facundo. Andrea se merece lo mejor.

—Tranquilo, profe. No lo dejaré hacer bobadas —dijo ella mientras le hacía un ademán de advertencia a Facundo con la mano.

Rufino les hizo un signo de pulgar levantado y luego se volvió al resto de la audiencia.

—Hemos vivido un interesante episodio en el que muchos de vosotros habéis tenido la oportunidad de ejercitar vuestras dotes actorales. La vida muchas veces es eso. Una madeja llena de verdades, mentiras, simulaciones, misterios, sorpresas. Hay que aprender a soportarla y a aceptarla, así como es.

—Creo que nos será muy difícil olvidar esta experiencia, profe —dijo Sofía—. Gracias por haber confiado en nosotros.

Todos entonces, incluyendo a los que no eran sus alumnos, comenzaron a aplaudir con entusiasmo, mientras Rufino hacía ademanes de que se calmaran.

—*Che*, Rufo —dijo Facundo riendo—. *Vos* mismo nos dijiste que los aplausos son el alimento del artista. Como actor que *sos*, no *vengás* a decirnos ahora que no los *merecés*.

—Tienes toda la razón, amigo mío —dijo Rufino, mientras comenzaba a saludar al público remedando el gesto que hacen los actores al finalizar una obra.

—Pero esto no termina aquí —agregó al momento—. El próximo lunes los espero, nuevamente, para continuar con nuestro curso.

*Hace ya más de cuatro meses que mis muchachos se lucieron actuando en el “Asunto Joana”, como lo habíamos bautizado. En el desarrollo de las clases que han seguido a ese evento, me han seguido impresionando positivamente al constatar cómo han crecido en el arte de la actuación. En las interpretaciones de los roles que les ha tocado realizar, he ido notando una profundidad que va lejos más allá de los gestos y las entonaciones que puedan expresar. Lo irradian desde el interior, como la portentosa máquina de Resonancia Magnética que me escrutó la pierna estropeada, sin que revelase la fuente de origen de su poder, haciéndolo más misterioso y atractivo. Pero yo sé que todo nace de la reflexión que los he invitado a realizar sobre la existencia, la trascendencia, y, sobre todo, la vida, con sus propósitos, no propósitos o despropósitos.*

*Estamos ya a punto de terminar el curso y los he reclutado a todos, incluyendo al propio Martí, para que formen parte del elenco de mi próxima aparición en las tablas, en la adaptación teatral de Smultronstället, de Bergman. Les he advertido de que no todos tendrán personajes formidables que encarnar, pero que deben tener la paciencia que un actor necesita para esperar encontrarse, en algún momento, con la oportunidad soñada. Creo que han madurado en forma muy positiva y esta advertencia fue aceptada tácitamente por ellos.*

*Esta interesante experiencia docente, me ha alentado a continuar con las clases de actuación con nuevos alumnos dispuestos a perfeccionarse, que creo realizaré en ciclos de algunos meses cada año, combinándolos con mi retorno a las tablas. En el intertanto, en el grupo actual, todos hemos ido estrechando lazos como una familia. Se han creado relaciones personales que han ido contribuyendo a que cada uno de los participantes ganen como individuos. Una de las parejas formadas, que para mí no fue para nada sorprendente, es la de Facundo con Andrea. Eso lo veía venir desde un principio, al advertir que coqueteaban sin parar.*

*Cuando le pregunté a Facundo si su conducta de comediante no pondría en riesgo esa relación, él, muy en su estilo, me citó a Rubén Turienzo.*

*—Muy por el contrario, Rufo — me dijo sonriendo—. Habrás escuchado que “quien no te hace reír, seguramente no te hará gemir”. Creo que la frase es muy sabia y, por lo demás, verdadera —agregó cerrándome un ojo.*

*La otra pareja que se formó durante este ciclo, que sí fue para mí muy sorprendente, fue la de Darko con Gala. No se veía algo más distinto que la personalidad de ambos componentes. Pero, para mi propio encantamiento, he sido testigo de que, a consecuencias de esta relación, ambos han progresado una infinidad. Darko, que tenía un dogmatismo materialista que le opacaba su gran inteligencia, ha logrado ser menos obtuso, más abierto, hasta soñador. Gala, por su parte, sin que haya abandonado su posición aperturista, se le ve más proclive a un entendimiento razonado, no tan agresivo. Ambos han ganado.*

*Joana y Sofía tienen afinidad de pensamiento. Ambas, aunque no son pareja, comparten gustos por la especulación metafísica. Se reúnen todos los miércoles en las tardes con Martí, en encendidas polémicas sobre el origen del ser. Yo mismo he participado en algunas de esas reuniones que, aunque fascinantes, creo pecan de ser excesivamente disgregadas, con elementos a veces fantasiosos que, para mi gusto, se apartan demasiado de lo científico. Todo se realiza en el departamento minúsculo de Martí, en una atmósfera casi viscosa impregnada por el humo de los cigarrillos del filósofo. Sofía no parece tener intereses amorosos en nadie y nada. Joana, en cambio, creo que sigue atada sentimentalmente al amor de su vida: Ferrán.*

*A Estel se le ve transformada. Después del trauma sufrido, parece haber entrado en razón. Por lo que me ha relatado Joana, no se ve ansiosa de encontrar pareja. Más bien está reflexiva y desea tener la oportunidad de actuar, su sueño de siempre. Aún no me he atrevido a ofrecerle participar en alguna obra, pero no descarto hacerlo a futuro. Sí, le he sugerido que se matricule en mi próximo ciclo de clases.*

*A propósito de Estel, nunca he confesado, ni lo haré, que estuvo en mi primera lista de sospechosos. Yo veía en ella una persona voluble, capaz de realizar actos reñidos con la moral natural, para obtener fines mezquinos. Esas sospechas parecieron confirmarse cuando Kalyna, como supuesta agente ucraniana, me habló de la fortuna de Demyan en California*

*que después resultó ser una fantasía. Cuando todo se aclaró, me sentí avergonzado de haber dudado de ella y reconozco que su actuar, equivocado o no, sólo tuvo como motivación evitarle el daño a alguien que ella estimaba a su manera, a pesar de que era consciente del riesgo que corría. Fue un auténtico acto de generosidad.*

*En cuanto a Pau, sus intereses musicales siguen vivos. Lo he escuchado en el piano en ciertas oportunidades y es, francamente, un promisorio pianista. Actualmente le ha tocado la varita de la composición y trabaja incansablemente en la creación de música de corte moderno. Sin embargo, para mi gran satisfacción, eso no le ha disminuido su interés por el teatro. Ha pulido su tendencia a exagerar las emociones que desea transmitir desde los personajes que encarna, pero conservando la potencia para expresarlas. Está hecho para el drama.*

*Con Ricardo y Flora nos hemos seguido viendo con regularidad. Creo que he logrado entrar un poquito en el mundo de mi hijo para mostrarle que la vida es más importante que las formas. Que la educación y los buenos modales pueden ser importantes, pero que la realidad de las emociones lo es más aún. A Flora la he llevado a ser estudiada por Giorgio y su grupo de neurocientíficos para que traten de determinar en dónde podría radicar su increíble capacidad para aprender idiomas. Es todo un suceso cuando ella es rodeada y examinada con una variada clase de aparatos que le captan la actividad cerebral, mientras los investigadores la hacen hablar cambiando las frases de idioma a idioma. Según Giorgio, a ella le divierte participar y no tiene objeción alguna en ser sujeto de esas investigaciones.*

*Montserrat está igual que siempre. Es mi dulce chocolate, fiel, pero algo arisco y amante de su independencia. Hace unas semanas atrás me atreví a sugerirle que viviéramos juntos. La respuesta, fue un rotundo no, disfrazado con un cariñoso abrazo y beso. Me produjo una rara mezcla de decepción y alivio.*

*—¿Con qué objeto vamos a arriesgar una relación tan maravillosa como la que tenemos? —me dijo con dulzura—. No cambiemos lo que hasta ahora ha funcionado a la perfección. Deseo mantener esa ausencia tuya que es disipada con tu presencia cada vez que te veo. Recordarás que Neruda dijo, “me gustas cuando callas porque estás como ausente”.*

*No sé si fue sólo un comentario al pasar, o si reflejaba algo más profundo. En todo caso, creo que tenía razón. Cuando la veo después de*

*unos días de ausencia, mi corazón me anuncia algo que no creo que pueda sentir si está conmigo día a día.*

*He mantenido mis visitas a Tonia y Giorgio, regularmente. Mi hija es mi debilidad, lo reconozco. Me hace ser el más feliz de los mortales cuando adivino en ella algún gesto de cariño hacia mí, por mínimo que parezca. Qué curioso y elusivo es el mundo de las emociones. Es espontáneo y no calculado. Es todo lo contrario a la mal llamada inteligencia emocional, usando el ambiguo término inventado por Goleman. Las emociones, por definición, no son inteligentes. Que la inteligencia, es decir la razón, las use para obtener ventajas, siempre me ha sonado atrocamente calculador.*

*Mis conversaciones con Giorgio sobre la fenomenología de la consciencia han continuado. Él siempre me sorprende al poner en evidencia que cada aparente descubrimiento que yo he hecho ya había sido advertido o pensado por algún investigador antes que mí. En la más reciente reunión que tuvimos, llegué muy excitado a comentarle mis “hallazgos”. Apenas entré a su casa lo llevé con impaciencia al balcón en donde se nos ha hecho costumbre conversar sobre esos temas.*

*—Giorgio —le dije con entusiasmo—, si el presente es un cubo complejo, como lo hemos conversado, en el que se mezcla presente, pasado inmediato y futuro próximo, entonces, eso implicaría no sólo que el pasado está influyendo sobre el presente. Significa también que el presente influye sobre el pasado.*

*—Pues, así es—me dijo extrañado, como no entendiendo mis dudas sobre algo tan evidente.*

*—Pero es que, si el presente influye sobre el pasado, entonces éste cambia —le dije, desconcertado por su aparente indiferencia—. Y si el pasado cambia, también lo haría el futuro. Que, a su vez, volvería a influir sobre el pasado que vuelve a cambiar y así hasta el infinito.*

*—Habrás oído hablar de las paradojas de Zenón —me dijo con cara divertida.*

*—Bueno, sí —le dije, algo desconcertado.*

*—Recordarás que, en una de ellas, Aquiles desafía a la tortuga a una carrera. Le da una ventaja de, digamos, doscientos metros. Parten ambos y cuando Aquiles llega a donde estaba inicialmente la tortuga, ésta se había movilizado un cierto espacio, algo así como veinte metros más adelante. Cuando Aquiles cubre esos metros, la tortuga ya está a una cierta distancia, nuevamente más adelante. Entonces, cada vez que Aquiles llega al punto en*

*donde estaba la tortuga, ésta ya se ha desplazado y así al infinito. ¿Alcanza Aquiles a la tortuga?*

*—Bueno, sí —le dije, sabiendo lo que me haría notar—, finalmente la alcanza. Planteándolo de ese modo, se produce una ilusión de infinito porque sumamos espacios de tiempo como si fueran manzanas iguales, pero en realidad se trata de lapsos que son diferentes entre sí. Son cada vez más pequeños.*

*—Con la consciencia sucede lo mismo. El presente y pasado es un loop que rebota hacia atrás y adelante, creando un aparente infinito. Pero, al igual de lo que sucede con Aquiles y la tortuga, es sólo una percepción equivocada. Ese ciclo complejo, que se repite una y otra vez, es el que forma el espesor de nuestra consciencia que tiene, efectivamente, una duración, pero no infinita.*

*Aunque no me quedó en claro totalmente lo que me decía en el plano de la razón, sí lo hizo en mi intuición. Debí reconocer que, como en tantas otras ocasiones, mi sensación de haber descubierto algo nuevo, no era más que algo ilusorio.*

*—Me encanta que conversemos sobre estos temas, aunque a veces quienes nos rodean no se interesen en igual forma—se rio—. Espero que Montserrat te haya dejado de tomar a la coña por habernos sorprendido jugando con los espejitos*

*—En realidad, sí lo hizo por algún tiempo, pero igual te agradezco que me hayas hecho esa demostración. Tus espejos, me ayudaron a darme cuenta de lo que pasaba en el caso Joana. Nosotros apreciamos los fenómenos en su integridad porque mantenemos en la cabeza el fenómeno completo. Como una melodía o como el discurso de alguien que razona. Lo terminamos de entender cuando todo coincide.*

*—Así es, Rufo —me reafirmó Giorgio.*

*—En tu analogía, se ve cómo el presente rebota hacia adelante y atrás en forma coincidente. No aparecen espejos distintos en este vaivén. En el caso Joana, yo pensaba en algunas ideas que no eran coincidentes internamente, y que, por lo tanto, no me satisfacían. Hasta que de pronto, al saber de la muerte de Jordi y de la verdadera personalidad de Kalyna, todo se ordenó y se me hizo claro como lo que mostrabas en tu ejemplo. Es decir, era la evidencia que nos da la consciencia. El fenómeno tenía estructura estable y todo coincidía. Las molestas dudas desaparecieron. El loop que resonaba en mi consciencia lo hacía evidente.*

*Giorgio me miraba con evidente satisfacción. Era notorio que le gustaban mis visitas. Probablemente, antes de conocerme tenía que guardarse muchas de sus inquietudes por falta de un interlocutor con quien discutir las, y ahora me tenía a mí, ávido por saber más. Yo, por mi parte, empezaba a admirar cada vez más a mi especial yerno. Sus ideas, me parecían lógicas y estructuradas. La fenomenología de la consciencia, por primera vez, se me hacía algo abordable y claro. El engrosamiento del tiempo presente, que inicialmente me había impactado como un enigma difícil de entender, tenía ahora sentido para mí. La consciencia lo atrapa y lo mantiene cautivo, enjaulado, persistente.*

*Como el tiempo en el espejo.*